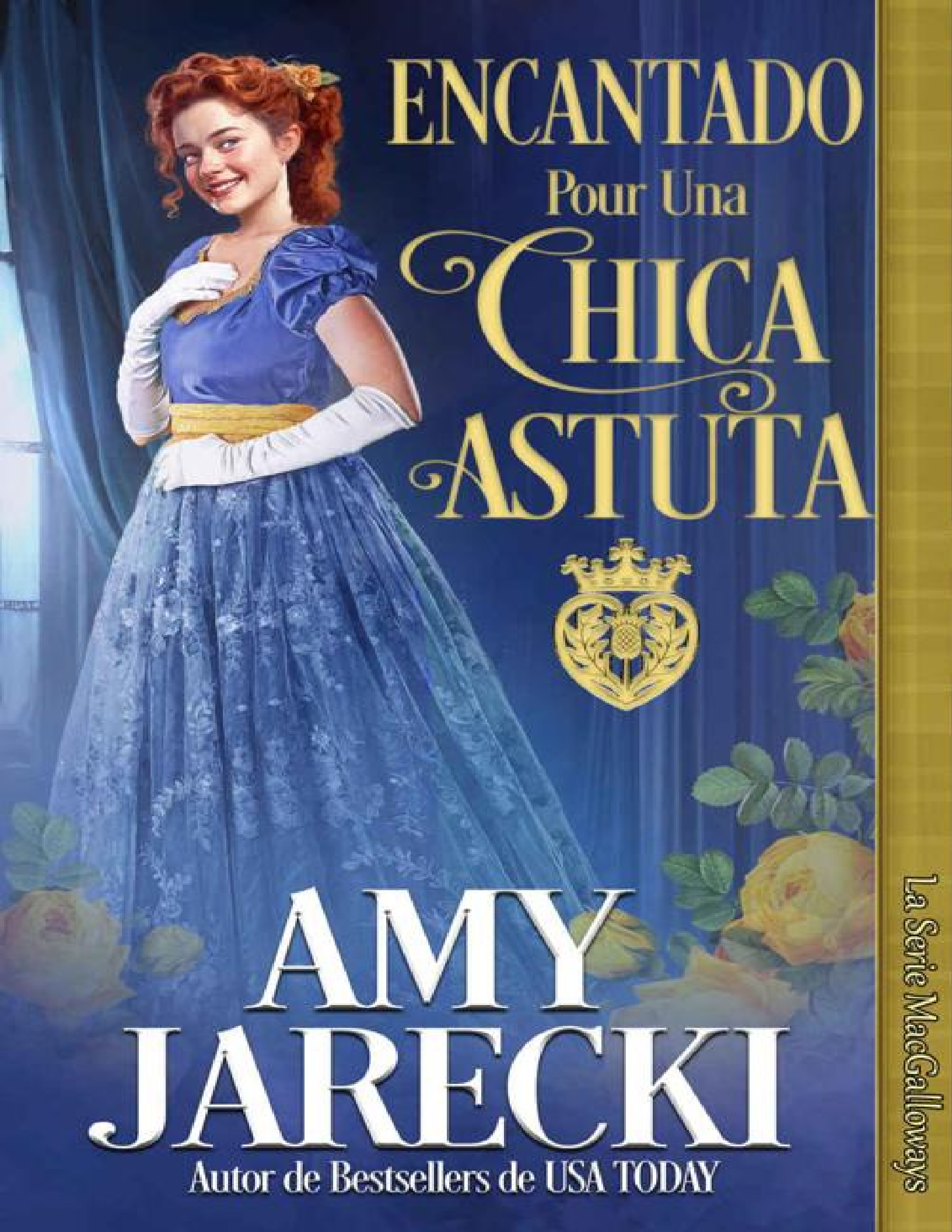




# ENCANTADO

Pour Una

# CHICA ASTUTA



# AMY JARECKI

Autor de Bestsellers de USA TODAY

La Serie MacGalloways

# ENCANTADO POR UNA CHICA ASTUTA

Amy Jarecki

# Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

# Capítulo uno

*5 de junio de 1819.*

“¿Por qué diablos compraste un anillo de zafiro?” Reflexionó Kenneth Davenport, en voz alta, notando que la fecha, en la factura de la joyería Phillip, era de un día anterior a la muerte de su hermano.

Alfred, el séptimo vizconde de Berwick, había fallecido en su cama hacía casi quince días, lo que convertía a Kenneth en el octavo vizconde. El médico que lo atendió determinó que la causa de la muerte fue asfixia provocada por intoxicación, lo que fue confirmado por el forense. Sin embargo, Kenneth pensaba de otra manera. No es que a Alfred no le gustara el alcohol. Todo lo contrario. Más bien, el ex vizconde no solo tenía apenas treinta y uno años, además estaba en forma y controlaba bien sus facultades. Alfred sentía pasión por las carreras de caballos y había adquirido el Kiedler Equine Estate, en el norte de Inglaterra, una de las principales instalaciones de entrenamiento de caballos del reino. Era un jinete consumado y podía manejar un carruaje tan bien como cualquier cochero, que llevara el correo por la gran carretera del norte. El ex vizconde era astuto, decidido e imponente.

Sentado en el escritorio de su hermano, que ahora era el escritorio de Kenneth, estratégicamente ubicado junto a la ventana orientada al sur para aprovechar al máximo la luz del día, colocó la factura del zafiro, en la pila de documentos, considerados “de interés”, en oposición con la otra pila que no era importante. Luego jaló del tirador de la campana.

Brown entró y juntó las manos sobre su abrigo negro, aclarándose la garganta.

“¿Llamó, milord?”

Kenneth se estremeció. Nunca en toda su vida había esperado que lo llamaran “milord”. El título de vizconde le había quedado tan bien a Alfred, pero a él no.

“Me sorprende ver que todavía está aquí,” respondió secamente.

La hilera de cejas del mayordomo... o pronto ex mayordomo se inclinaron hacia adentro.

“¿Milord?”

“Con su herencia, pensé que ya tendría su maleta preparada.”

“De ninguna manera, milord.”

“¿Piensa permanecer trabajando aquí?” Preguntó Kenneth, sin inmutarse por la expresión desconcertada de Brown. Alfred le había dejado a ese hombre una suma bastante considerable. Aunque no era inusual que un empleador proporcionara una pensión a sus sirvientes mayores, el ex vizconde había sido extremadamente generoso, en este caso, lo que había llevado al mayordomo al tope de la lista de sospechosos del asesinato de Kenneth.

“¿Qué desea, milord?”

“Seguramente, ¿no me dirá que no tiene planes para su herencia?”

Los hombros del hombre cayeron, mientras suspiraba.

“Apenas he tenido tiempo de considerar el generoso legado de su hermano. Además, no tengo intención de hacer nada con el dinero hasta que usted se sienta cómodo y satisfecho con mi reemplazo.”

¡Qué interesante! Aunque este altruismo no eliminó a Brown de la lista de sospechosos, especialmente porque después de un poco de investigación, no parecía haber otros sirvientes, que pudieran haber tenido un motivo para despachar a su empleador.

“Dígame,” expresó Kenneth, buscando cualquier signo de culpabilidad, “si en los próximos quince días, yo encontrara un mayordomo con el que me sintiera satisfecho, ¿qué haría? ¿A dónde se iría?”

“Bueno, señor, como usted sabe, estoy más viejo, y siempre he pensado que sería agradable retirarme al campo, a Surrey, donde pasé mi infancia. Tal vez compraré una casita y un bote.”

“¿Un bote?” Preguntó Kenneth.

“Para pescar.”

Eso era un esfuerzo bastante modesto para cometer un asesinato. Pero no era esa la razón por la que Kenneth había tocado la campana. Honestamente, pensaba que la señora Fielding, el ama de llaves, habría respondido a su llamada, pero ya eso no venía al caso. Señaló la factura que estaba en la parte superior de su pila de documentos “de interés”.

“¿Sabía usted que Alfred compró un anillo de zafiro, el día antes de morir?”

Una vez más, Brown parecía estar completamente desconcertado.

“¿Un anillo, milord?”

“Eso es lo que dije.”

“¿Para quién?”

Kenneth apretó los brazos en su silla.

“¿No lo sabe? Por el amor al Cielo, usted ha servido a mi hermano durante años.”

Brown se dio unos golpecitos con un dedo grueso, en la barbilla, antes de replicar.

“Él asistió a muchos bailes, esta temporada, muchos más de lo habitual.”

¡Ajá! Tal vez había dado con una pista.

“¿Sabe si él cortejaba a alguna jovencita?”

“No me correspondía entrometerme, milord. Y usted sabe lo reservado que era Su Señoría. Rara vez me decía los detalles sobre dónde podía estar, de día o de noche. Solo por su atuendo y los artículos del periódico, yo suponía dónde había estado.”

“¿Y qué hay del ayuda de cámara de Alfred? No estaba entre los sirvientes que entrevisté a mi llegada a Londres.”

Eso fue hace quince días. En cuanto Kenneth recibió la noticia de la muerte de su hermano, él y su sirviente se apresuraron a ir a Londres. Y una vez que llegó, no tuvo un momento de descanso con los preparativos del funeral, y todo el papeleo necesario para asumir un título nobiliario.

“Zarpó hacia América hace seis meses,” respondió Brown.

“¿Dejó todo en regla?”

“Muy bien. Creo que el ex vizconde le dio dos meses de indemnización.”

“Generoso de su parte.” Kenneth tamborileó con los dedos. “¿Ha tenido noticias del ayuda de cámara desde que zarpó?”

“Sí, milord. Escribió una magnífica carta a Su Señoría, quien nos la dio para que la leyéramos, en la planta baja. El tipo conoció a una mujer en el barco y se casó con ella, y compró un terreno en Delaware.”

*¡Al diablo con las pistas!*

“¿Alguien se hizo cargo como el ayuda de cámara de Alfred?”

“Sí, señor. Después de todo, fui el ayuda de cámara de su padre, antes que me ascendieran a mayordomo.”

Kenneth lo sabía, por supuesto. Y hasta donde podía recordar, Brown había sido un sirviente muy leal al vizcondado.

“¿Hacer eso no lo disuadió de cumplir con sus deberes?”

“No realmente. Lord Berwick, el primero, solo requería la atención de un ayuda de cámara por las mañanas y cuando planeaba salir por la noche. Prefería que lo dejaran solo, una vez que regresaba de sus compromisos sociales, si es que regresaba. Además, como Lord Berwick, el primero, era soltero, rara vez recibía invitados. Las cosas han estado bastante tranquilas desde que sus padres fueron enterrados y ustedes dos volaron del nido, por así decirlo.” Brown se inclinó hacia adelante, como si tuviera que contar un secreto. “¿Puedo hablar libremente, milord?”

Esperando una declaración de culpabilidad, Kenneth también se inclinó.

“Sí, por favor hágalo.”

“Todo este desafortunado giro de los acontecimientos simplemente no parece plausible, ¿cierto? No puedo comprender que su hermano muera en su cama, un hombre lleno de juventud y vitalidad.”

Kenneth tampoco lo comprendía. De ahí la razón por la que estaba examinando la correspondencia de su hermano. Y por la que evaluaba críticamente el carácter de los sirvientes, que habían estado al servicio del vizcondado durante años.

“Hipotéticamente, supongamos que se trata de una trama criminal.”

Brown asintió con la cabeza con discernimiento, mientras sus papadas se parecían a las de un sabueso que se sacudían.

“¿Se le ocurre alguien que pudiera haberse beneficiado de la muerte de Alfred?”

El mayordomo se quedó perplejo por un momento, luego se enderezó y se llevó una mano al corazón.

“Seguramente, usted no creerá que tuve algo que ver con la muerte de Su Señoría.”

Kenneth entrecerró la mirada. ¿Por qué Brown había llegado a una conclusión tan repentina? Es cierto que conocía al mayordomo de toda la vida, y que el hombre había servido bien a su familia. Pero no podía dejar piedra sin remover.

“¿Usted sabía que Alfred lo había incluido en su testamento, solo a usted, y a ninguno de los otros sirvientes?”

“No, milord. No tenía ni la menor idea de esto hasta que usted mismo me lo dijo. Seguramente, recordará lo sorprendido que yo estaba en el momento de la lectura del testamento, después de todo, eso fue ayer,” respondió Brown con el rostro completamente pálido.

Es cierto que el mayordomo se había sorprendido excesivamente, o al menos eso parecía. Ahora Kenneth no estaba del todo convencido.

“Me pregunto...” dijo, tamborileando con los dedos sobre los labios. “¿Mi hermano tenía una amante?”

“No, milord.”

“¿No?”

“Nadie de quien yo supiera.”

“Pero, ¿usted tampoco sabe si estaba o no cortejando a una joven dama?”

“Correcto, señor.”

“Muy bien.” Kenneth tomó el siguiente trozo de papel: una factura por el establo del caballo de Alfred en el Derby de Epsom, que se había celebrado en Surrey. “Me sorprendió leer en los periódicos que Venom no ganó el Derby este año. Era el favorito, ¿no?”

“Sí, lo era, milord. Y debo decir que después Su Señoría estaba muy de mal humor. Los caballos eran algo de lo que al vizconde le encantaba hablar, especialmente cuando desayunaba.”

Kenneth no quería discutir eso, después de la compra de Kiedler Equine por parte de Alfred.

“¿Viajó a Surrey para la carrera?”

“Sí, lo hice, a pedido de Su Señoría.”

Kenneth observó la expresión del mayordomo, mientras respondía con naturalidad:

“¡Qué buena oportunidad para preguntar por propiedades en venta!”

Un pellizco se formó entre las cejas de Brown.

“No creo que el vizconde estuviera buscando comprar propiedades.”

“No me refería a mi hermano, ¿usted estaba planeando retirarse a Surrey con todo eso que le darían?”

Brown volvió a juntar las manos sobre su abrigo, sus guantes eran blancos e impecables.

“Le aseguro que no tenía conocimiento previo del dinero que me habían dejado. Todos estamos desamparados. Tal vez, usted se sienta mejor después de un brandy caliente o...”

“No... Gracias.” Por un momento, Kenneth reflexionó sobre si despedir al mayordomo de inmediato y enviarlo a Surrey, pero decidió no hacerlo. Por supuesto, podía arreglárselas como siempre lo había hecho con su sirviente, Welch. Pero hasta que descubriera la verdadera causa de la muerte de Alfred, necesitaba a Brown cerca, y debía mantenerlo bajo estrecha vigilancia.

Después que despidiera al mayordomo, Kenneth guardó bajo llave los artículos de la “pila de interés”, en el cajón superior del escritorio. Luego se encargó de hurgar, en cada rincón de la casa, en busca del anillo de zafiro. Cuando todo lo demás falló, se puso de rodillas y miró debajo de la enorme cama con dosel de Alfred. Para su disgusto, la caverna de abajo estaba demasiado oscura para ver algo.

Se puso de pie y giró completamente, observando el calentador de cama de cobre, apoyado contra la enorme chimenea de mármol negro. Rápidamente, quitó el mango de madera, luego se arrodilló de nuevo y barrió con la herramienta, en un arco debajo de la cama, primero hacia la cabecera y luego hacia los pies.

“¡Maldita sea!” Dijo, sacando una caja de terciopelo de debajo del borde de la colcha.

Los dedos de Kenneth temblaron, cuando abrió la caja ovalada. La vista hizo que todos los músculos de su cuerpo se tensaran, su rostro ardiera con fuego, y sus ojos casi se salieran de sus órbitas.

“La muerte de Alfred no fue un caso de asfixia.” Envolvió la caja vacía en su puño. “¡Y esto lo demuestra!”

\*\*\*

Lady Modesty MacGalloway recogió las riendas de Poseidón con su mano izquierda, antes de subirse al taco de montar.

“Creo que es hora que empieces a correr contra un oponente,” dijo el señor Willett, su entrenador, un hombre que había conocido en el Derby de Epsom, y la única persona en la que confiaba para guardar su secreto, además de su doncella, en quien Modesty confiaba para todo.

Antes de montar al pura sangre castaño, echó un vistazo al largo pasillo del establo, bordeado de puestos, a ambos lados, cada uno con un preciado caballo de carreras.

“¿Oponente? ¿Estás entrenando a otras mujeres?”

“No, tú eres la única.”

Se mordió el labio inferior. Modesty daría su brazo derecho para competir con un jockey experimentado. Pero, por otra parte, permitir que alguien que no fuera el señor Willett conociera su secreto implicaba un riesgo monumental.

“¿Crees que es seguro?”

“Hay uno o dos, en los que confío, pero sí. Habrá una pequeña tarifa, por supuesto.”

Era domingo. Al mediodía. No solo los jockeys descansaban los domingos, sino que todos

los mozos de cuadra tomaban el mediodía, y se reunían en el Lion's Den, un poquito más abajo, por la carretera. Era el único día de la semana en el que Modesty podía entrenar. Y también la única hora. No se permitía a las mujeres entrar en la pista. Por lo que ella estaba disfrazada: sus pantalones blancos estaban ajustados, su camisa era de seda roja y usaba una gorra de jockey, que estaba atada debajo de la barbilla con una cinta, pero tenía demasiado pelo, lo cual impedía que la pequeña gorra le quedara bien.

“Además,” dijo el señor Willett, dándole una palmada en la rodilla. “Pareces un jockey. Además, montas mejor que la mayoría.”

Modesty sonrió radiante. Desde que le regalaron un poni a los cinco años, se había enamorado de los caballos. Pero solo cuando el patriarca de la familia, Martin MacGalloway, duque de Dunscahy, le permitió acompañarlo a la pista de Surrey, se dio cuenta de que ya estaba enamorada de las carreras.

“No se lo digas a mi hermano ni a mamá. Cuando se trata de cómo deben comportarse las señoritas, los dos no tienen ningún sentido del humor.”

“Dudo que tenga el honor. Los únicos nobles que visitan la pista de prácticas son los que se dedican al comercio de caballos, aunque la mayoría de ellos les echan un vistazo rápido, a sus caballos, antes de dejarlos en manos de sus entrenadores.”

Modesty deslizó las puntas de sus botas de agua, en los estribos de hierro.

“Bueno, yo apoyo bastante a la nobleza, aparte de nuestras horas al mediodía, los domingos.”

“Imagino que sí.”

Ella levantó las riendas y le indicó a Poseidón que caminara hacia la pista.

El señor Willett siguió el ritmo junto a ellos.

“¿Qué haré hoy? ¿Ocho furlongs? ¿Seis?”

“El Derby es de una milla y media,” replicó.

“Una milla, cuatro furlongs y diez yardas,” corrigió el señor Willett.

Ella sacudió la cabeza.

“Lo cual es una milla y media, ¿sabes?”

“Así es, milady.” Cuando se detuvieron en la pista, él envolvió sus dedos alrededor de la brida de Poseidón. “Dime, ¿en qué es lo único en lo que necesitas concentrarte?”

En realidad, había muchas cosas, la primera era no caerse de su diminuta silla, hecha más pequeña para mantener al mínimo el peso que Poseidón debía soportar. Aunque el asiento de Modesty era seguro.

“Tacones abajo, agachada para que el viento se deslice sobre mi espalda, ojos al frente y...” se mordió el labio inferior. Incluso si vestía ropa de jockey, no era apropiado hablar de ciertas partes de su anatomía.

“Eso fueron varias cosas, y tú ya las dominas todas. Si quieres montar como el viento, mantén el trasero en alto.” El señor Willett le dio una palmada en la cadera. “Te diré la verdad, todo jockey, que ha aprendido a levantar el trasero en el aire, multiplica por diez sus posibilidades. Te estás entrenando para ser jockey, ¿no?”

“Sí, señor.”

“Entonces, lo mejor es que montes como cualquier otro, o puedes volver a tu silla de montar, y desfilas por ‘Yde Park con las damas.’”

Modesty se rió para sí misma. El hombre siempre hablaba, como si ella realmente tuviera la oportunidad de convertirse en jockey. Ciertamente, ella era lo suficientemente pequeña. Ni siquiera necesitaba vendarse los pechos porque su corsé se encargaba de hacer que sus senos

parecieran planos, a menos que se estuviera vistiendo para un baile, en cuyo caso la doncella de su madre se las arreglaba milagrosamente para producir un escote. Pero, con pechos pequeños o no, había contratado al señor Willett para disfrutar de algo para ella, con lo que había soñado, aparte del interminable desfile de bailes, fiestas de té, veladas, recitales, óperas... Aunque a Modesty le fascinaba Shakespeare.

Sin embargo, las cosas se habían vuelto muy desconcertantes para ella y su mejor amiga Kitty, cuando fueron presentadas en la corte para el comienzo de su primera temporada. Parecía que todos consideraban a Kitty una de las muchachas mimadas de la alta sociedad, mientras que las únicas visitas que había recibido Modesty eran parásitos, en busca de una fortuna fácil. Bueno, ella no tenía intención de permitir que algún malhechor se llevara su dote, y la perdiera en las mesas de juego de algún horrible infierno.

Practicando, en esta pista, todos los pensamientos sobre su desastrosa primera temporada se esfumaron, mientras ella hacía que Poseidón probara sus pasos, calentando con un trote, instándolo gradualmente a ir más rápido hasta que pasó al medio galope. Cuando el caballo estuvo listo para galopar, el señor Willett había marchado a través del potrero hasta la marca de media milla, y esa la señal para que Modesty cabalgara hacia la línea de partida.

Incluso sin ninguna competencia, el pura sangre resopló y sacudió la cabeza, deslizándose hacia un lado, en su entusiasmo por echar a correr.

“Tranquilo, muchacho,” dijo ella, dándole palmaditas en el cuello, y sujetando las riendas con firmeza para evitar que se tambaleara hacia adelante.

Con su reloj de bolsillo en la mano, el señor Willett hizo sonar su silbato, mientras Modesty clavó los talones y golpeó su fusta, inclinándose sobre la cruz de Poseidón, como le habían enseñado. Sus ojos se llenaron de lágrimas con la fuerza del viento en su rostro, pero, por las estrellas, se sintió liberada. Montar a caballo sin restricciones ni reglas, que la obstaculizaran, era lo más cercano a la libertad descarada, que Modesty jamás había experimentado. Los años de lecciones de etiqueta se habían desvanecido. Las ataduras de su nacimiento de alta alcurnia no importaban. La circunstancia de ser la menor de ocho hijos se le olvidó por un momento, cuando la emoción, al ordenar al animal ir lo más rápido que pudiera, en una pista de carreras, corrió por su sangre, como un sorbo de whisky con el estómago vacío (que había bebido una vez de la botella de su hermano).

“¡Levanta el trasero!” Gritó el señor Willett.

Sobresaltada por la corrección de su entrenador, empujó los talones hacia abajo, apoyando todo su peso sobre sus muslos, el movimiento la hizo tambalearse hacia adelante tanto que la melena de Poseidón, ante el viento, le hizo cosquillas en la barbilla.

“¡Eso es!” Gritó, mientras ellos pasaban a toda velocidad. La emoción de ese cumplido reforzó su confianza, obligándola a exigirle más al caballo.

Mientras galopaban alrededor de la curva y se dirigían hacia la recta, un hombre entró en la pista, no era un trabajador, sino uno vestido como un dandi: sombrero de copa Wellington, arpilleras brillantes sobre un par de pantalones ajustados y un abrigo cruzado con faldones.

Modesty, jadeante, aminoró la marcha de Poseidón, aunque era imposible hacer que se detuviera de inmediato. Después de su tirón inicial, aflojó las riendas, permitiendo que el caballo disminuyera la marcha de forma natural hasta el galope y luego al trote, mientras el señor Willett marchaba de vuelta por el potrero, con los puños apretados a los costados.

“¿Qué diablos estás haciendo, Modesty? ¡Ah, eh! ... Amo Modistie,” improvisó, obviamente desconcertado al ver al caballero, que interrumpía tan groseramente su lección. Modesty cerró los labios y se encogió de hombros, mientras inclinaba la cabeza hacia el visitante no deseado.

“Le pido perdón, espero no estar interrumpiendo su práctica,” dijo el intruso. ¿Era ese un cabello pelirrojo, el que se asomaba por debajo del borde de su sombrero? “No pude encontrar a nadie en los establos, y he venido a preguntar por el caballo de mi difunto hermano.” Se bajó el ala de la gorra, mientras el señor Willett guardaba su reloj, en el bolsillo de su chaleco.

“Si me dice el nombre del caballo, tal vez pueda ayudarlo, señor.”

“Venom.”

Modesty emitió un jadeo, agudo antes de pensar en contenerse. El caballero desvió la mirada hacia ella, mientras se tapaba la boca con una mano. Sus ojos eran de un azul pálido y la intensidad de su mirada era bastante desconcertante. Aunque todos sabían que el hermano de este hombre había fallecido recientemente. Rompiendo la conexión polarizadora entre sus miradas, Modesty miró la cinta de luto negra alrededor del brazo del hombre. Los periódicos habían informado que a Alfred Davenport le sobrevivía un hermano menor.

*Entonces, ¿este es el nuevo vizconde? Ciertamente, no es tan guapo como el anterior.*

Pero dejando de lado la apariencia del hombre, ella había asistido al Derby, y lo ganó un outsider. Además, los periódicos informaron rumores, que indicaban que podría haber una trampa en marcha, lo cual fue refutado de todo corazón por el Jockey Club.

El señor Willett hizo una reverencia con un gesto.

“Perdóneme, Lord Berwick. Por favor, acepte mis condolencias por su pérdida.”

“Gracias. La muerte de Alfred fue una gran sorpresa.” Su Señoría hizo un gesto hacia los establos. “¿Puedo ver el caballo?”

“Por supuesto, milord. Inmediatamente.” El entrenador miró a Modesty. “Me temo que tendremos que interrumpir su lección, mi... eh... Amo Mod... eh... ah... istie.”

¡Maravilloso! El señor Willett se había convertido de repente en un tonto de primera. A menos que hablara con un mínimo de confianza, todos los miembros de la sociedad educada podrían enterarse que alguien había visto a una mujer, poniendo a prueba, a un caballo de carreras.

“Sí, señor,” dijo ella, fingiendo una voz profunda y masculina.

Después de esperar a que el mentor entrara primero al establo, Modesty se apresuró a devolver a Poseidón a su establo. Le quitó la silla de montar, algo que siempre hacían los mozos de cuadra, en casa, aunque era una tarea que a ella le encantaba hacer. En verdad, Modesty, a menudo, se sentía más a gusto en un establo, que en un salón, o en un baile. Los caballos no juzgaban a una persona por su apariencia, más bien la evaluaban por su carácter, y si consideraban o no a sus humanos dignos de respeto.

Afortunadamente, Poseidón y ella habían entablado un vínculo inmediato, como si él supiera que ella era su parte humana desde el momento en que se habían saludado. Cuando los presentaron, ella no intentó montarlo ni tomar el mando, simplemente aceptó la cuerda, que le dio el mozo de cuadra, y aspiró el aroma del caballo, susurrando un “hola”, y elogiando su belleza. Cuando Poseidón comenzó a relajarse, ella apoyó la frente contra su hombro, y pasó al menos una hora acariciándolo, susurrándole cumplidos todo el tiempo.

Después de guardar la silla, Modesty se puso un delantal de cuero para trabajar, y cepilló a su caballo, mientras la conversación, que el señor Willett estaba manteniendo con Lord Berwick, se escuchaba a través de las paredes.

“Es una belleza. Mi hermano estaba seguro que ganaría el Derby.”

“Fue una casualidad, si me pregunta. Usted sabe que el ex vizconde Berwick pidió a los comisarios del Jockey Club que hicieran un control dental, después de la carrera, para confirmar la edad del ganador.”

El cepillo de Modesty se detuvo. Los periódicos no habían dado más detalles sobre los detalles de la preocupación de Su Señoría. Simplemente habían insinuado que el ganador era un desconocido, y una sustitución de último minuto, lo que era motivo suficiente de consternación.

“No tenía ni idea,” replicó el vizconde con una voz profunda y conmovedoramente resonante. “¿Cómo respondieron los comisarios?”

“Hicieron caso omiso de la solicitud de Su Señoría, dijeron que era de mala educación y todo eso...”

“Apuesto a que Alfred no estuvo contento por ese rechazo.”

“Estaba furioso, así que despidió al jockey de Venom.”

“¿En serio?” Una pausa profunda quedó suspendida en el aire. “Dígame, ¿quién es el dueño de ese caballo, el outsider que ganó?”

“El señor Ward Crockford, propietario del Waiter’s Gentleman’s Club en Bolton Row. ¿Lo conoce?”

Modesty seguramente había oído hablar de ese lugar exclusivo para hombres, dirigido por un demonio corrupto y estafador, según la revista *Lady’s Magazine*.

“¿Ese es un infierno de juegos?” Preguntó el vizconde con su inflexión llena de desdén.

“Sí, pero uno de los más altos. ‘Crocky el Tiburón’ es hijo de un pescadero, creció en el sórdido entorno de Temple Bar, pero nunca lo sabría, si echara un vistazo a las galas de Waiter’s. Supongo que es tan elegante como la casa de Carlton.”

Mientras la conversación de los hombres se prolongaba, Modesty se puso su pelliza larga y se abrochó los botones, luego se quitó la gorra y la reemplazó por un bonete. Vestida de nuevo, como ella misma, se apresuró a salir, a un carruaje, que la esperaba, conducido por un hombre al que pagaba generosamente para que la llevara y trajera del hipódromo, todos los domingos. Su pago, por supuesto, era a cambio de su silencio.

Sin embargo, antes que el carruaje se pusiera en marcha, Lord Berwick apareció en la acera. Nuevamente sus miradas se cruzaron. Su jadeo inicial fue reemplazado rápidamente por unos labios apretados, y, en lugar de permitir que Su Señoría la mirara, Modesty cerró la cortina, y bloqueó al hombre de su vista.

## Capítulo dos

Modesty estaba de pie, junto a Kitty, o Lady Katherine Mansfield, como la habían anunciado al entrar en el salón de baile del duque y la duquesa de York. Las dos queridas amigas se habían conocido, cuando ambas tenían doce años, poco antes que el hermano de Kitty, quien había trabajado como carnicero hasta que inesperadamente heredó el condado de Brixham, se casara con la hermana mayor de Modesty.

“Mira ahí,” dijo Kitty detrás de su abanico. “¿Quién es el dandi que está con Philomina?”

El mayordomo respondió a la pregunta, como si se dirigiera directamente a Kitty, cantando a todo pulmón:

“Lord Melvin Carmichael y su hermana Lady Philomina Carmichael.”

“¿Dónde ha estado él durante la temporada?” Susurró Felicity con interés desenfrenado, mientras su compañera debutante se acercaba sigilosamente a Modesty.

“Creo que ha estado en el extranjero,” replicó Modesty, aunque los periódicos no habían mencionado el regreso de Su Señoría. Y Modesty nunca se perdía un solo número, que siempre leía de cabo a rabo. Todos los días, en cuanto Martin terminaba de leer *The Gazette*, ella tomaba el periódico, antes que nadie más pudiera ponerle las manos encima, especialmente los sirvientes, ya que una vez que Giles, el mayordomo, lo llevaba escaleras abajo, la codiciada noticia terminaba dividida en pedazos, y finalmente incinerada en la gigantesca hornilla de la cocinera. Después de todo, el conocimiento era poder, y Modesty detestaba sentirse impotente.

“¿Dónde?” Preguntó Kitty.

“Francia, creo.” Modesty miró hacia un candelabro brillantemente iluminado, que había encima, alumbrado con al menos una docena de velas. “¿O España?”

Felicity se rió entre dientes.

“Bueno, entonces tu madre simplemente debe presentarnos.”

Al mencionar a su madre, Modesty miró por encima del hombro y vio de inmediato a la duquesa viuda de Dunscahy. La matriarca de la familia estaba charlando con la anfitriona del baile, la duquesa de York, y parecía no prestar atención alguna a los recién llegados, lo cual era una artimaña descarada. Su madre siempre las presentaba a los caballeros, aunque los ojos de los hombres siempre se fijaban en Kitty con su piel perfecta, cabello rubio y asombrosos ojos color ámbar. Era humillante destacar a un ganso entre un banco de cisnes. Por desgracia, ojalá Modesty no tuviera que sufrir estos malditos bailes y todo el alboroto que los acompañaba.

“Mmm,” asintió a regañadientes, deseando el poder de hacerse invisible, antes de ser sometida a la inevitable presentación.

“¿Perdón?” Kitty le pellizcó el brazo. “¿Por qué estás tan triste de repente? Nunca te había visto triste, pero durante las últimas dos semanas has estado actuando bastante melancólica.”

En verdad, Modesty solo se sentía miserable, cuando estaba en un baile siendo comparada con su mejor amiga. Odiaba admitir lo insignificante que se sentía, cuando estaban una al lado de la otra, pero, ¿cómo no iba a estarlo? Kitty era una rosa inglesa y Modesty... Bueno, ella era un cardo espinoso. Honestamente, su hermana mediana, Grace, ¡una vez se había referido a ella como un diente de león!

“Estás exagerando.”

“No lo estoy. ¡Cielos! No solo llevas los diamantes de tu madre, Su Gracia te dio la peinet

para el cabello más impresionante que he visto en mi vida. Incluso esta recibió una mención en la sección de sociedad de *The Gazette*. ¿Cuántas otras damas presentes tienen su peinado adornado con diamantes famosos? Veinte de ellas, no hay más...”

Mientras el mayordomo continuaba con las presentaciones, la bravuconería de Kitty no hizo nada para levantar el ánimo de Modesty. Marty le había dado la peineta, mientras su madre observaba, y su expresión rebosaba de aprobación aristocrática. El duque dijo que era apropiado que la hermana del par más poderoso de Escocia estuviera adornada así, cuando asistía a un baile real. Pero para Modesty, las piedras brillantes representaban los esfuerzos de su familia por compensar lo que le faltaba en belleza. Sí, podía ser traviesamente linda, eso era totalmente apropiado para una chica.

Por desgracia, como debutante, que desfilaba ante la nobleza del reino, las expectativas de belleza de la sociedad se le habían escapado. Ahora la madre de Modesty estaba empleando todos los trucos de la alta costura para atraer al tipo adecuado de caballeros, lo que hasta el momento había producido resultados completamente opuestos. Peor aún, las chismosas “páginas de la sociedad” habían informado con tristeza que Modesty llevaría la llamativa peineta, esa misma noche. Un hecho que sin duda haría salir de sus casillas a los diabólicos buscadores de fortuna.

“¡El vizconde Berwick!” Gritó el mayordomo, ante la multitud que crecía.

Inmediatamente después de sentirse mal por sí misma, Modesty miró hacia la entrada, mientras Kitty casi la derribaba en un esfuerzo por echar un vistazo al nuevo vizconde.

“He oído que es un tipo muy duro,” dijo Kitty.

“¡Sí! También es retraído,” añadió Felicity.

“¿Cómo se les ocurre hacer esas observaciones?” Modesty miró a sus dos amigas. “No se publicó nada parecido en el periódico.”

“*The Gazette* no informa todo.” Kitty se sacudió los rizos.

“Bueno, ¿quién culparía al hombre por ser un poco duro y retraído?” Preguntó Modesty. “Su querido hermano acaba de fallecer. Mucho antes de tiempo, claro está.”

“Digo que tienes un muy buen punto.” Felicity cerró el abanico, en la palma de su mano.

“De acuerdo.” Se rió Kitty, dándole un pequeño empujón en el hombro a Modesty. “Tal vez Su Gracia también nos presente a Lord Berwick.”

Debido a este comentario, Modesty volvió a mirar hacia la viuda, quien ya no estaba a la vista. Después del incidente del amo Modistie en el hipódromo, sería mejor mantenerse alejada del vizconde, durante esa noche.

“¿Lo encuentras atractivo a pesar de ser pelirrojo?” Preguntó Felicity.

Kitty se rió entre dientes con un dejo de condescendencia, mientras Modesty se preguntaba si podría tirar de una de las cortinas de terciopelo azul, y colocarla sobre su escandalosamente pelirroja cabeza.

“Por supuesto que no.”

Lady Philomina se acercó con los brazos extendidos y una sonrisa radiante.

“Modesty, ¿puedo decir que te ves particularmente adorable esta noche?”

¿*Adorable*? Esa era la realidad. Ninguna cantidad de polvos faciales ocultaba las pecas. No era encantadora ni atractiva, era absurdamente adorable. Lo cual era sinónimo de traviesamente linda. Modesty logró adoptar una expresión agradable, e hizo una reverencia.

“Eres muy considerada al decir eso.”

“Te ves impresionante.” Felicity instó a Modesty, a que le diera la espalda. “Y mira todos esos diamantes.”

“¡Oh, cielos!” Dijo Philomina con admiración. “Simplemente adoro el color de tu cabello. Aunque no esté de moda, con una melena tan brillante, no necesitas docenas de diamantes para destacar.”

*La chica no ha pronunciado palabras ciertas.* Modesty volvió a mirar a sus amigas, su semblante ahora estaba apropiadamente fijo en la afabilidad educada de la hermana de un duque. *No falta mucho para que termine mi primera temporada. Entonces, tendré tiempo de pensar cómo decirle a mamá, que tengo la intención de seguir siendo solterona.*

“¡Qué amable de tu parte decirlo, querida Philomina! ¿Viste a Lord Berwick? También es pelirrojo.”

Pero nadie escuchó la pregunta de Modesty porque el pequeño grupo de damas había centrado su atención en Lord Melvin Carmichael, que era un ícono de belleza atractiva con cabello castaño y ojos verdes llenos de sentimiento. Agarrando a su hermano por el codo, Philomina hizo pasar al heredero de un marqués, bastante rígido.

“Permítanme presentarles al mayor de los Carmichael, Lord Melvin.”

Modesty y sus amigas hicieron una reverencia al unísono, mientras Philomina recitaba sus nombres.

Su Señoría hizo una reverencia galante.

“Es un placer, damas. ¿Puedo firmar sus tarjetas de baile?”

Primero, Kitty sacó la suya, junto con un lápiz. Por supuesto, esa tarjeta estaba casi llena.

“Amo tanto el minueto,” expresó, aunque ella estaba mintiendo descaradamente. Encontraba el minueto aburrido y anticuado.

“A mí también,” respondió el lord, firmando su nombre en la línea solicitada, antes de volverse hacia Felicity. “¿Y usted, señorita? ¿Cuál es su baile favorito?”

Ella se rió entre dientes, otra vez, algo que se le quedaba muy bien. Molesta o no, ya tenía tres bailes en su tarjeta.

“Los disfruto todos.”

Modesty le entregó su tarjeta de baile vacía.

“Bueno, podemos empezar con la gran marcha. Después de todo, los músicos están ocupando sus lugares.” Sus cejas se alzaron al destacar su acento escocés. Tal vez no debería haber pronunciado la erre con tanta dureza. Tal vez debería haber seguido el consejo de su hermana Grace, y haber asistido al seminario de Northbourne para señoritas, en lugar de quedarse en casa con su institutriz. Pero, por otra parte, a Modesty le gustaba su acento escocés. El problema era que no estaban en Escocia, en ese momento.

Aunque al menos no tenía que quedarse fuera de la gran marcha. Mientras sonaba una fanfarria, Lord Melvin le ofreció el codo.

“¿Vamos?”

Juntos se unieron a la fila de miembros de la alta sociedad, en el suelo del salón de baile, mientras suaves notas de Mozart se elevaban por encima de las voces susurrantes. El duque y la duquesa de York no habían escatimado en gastos, adornando sus molduras doradas con cortinas de un encaje festoneado de color marfil. Cada uno de los tres enormes candelabros brillaba con una luz resplandeciente, que se hacía más luminosa, gracias a pequeños espejos y cristales.

Todos estaban elegantemente vestidos con galas, a la última moda, la sala estaba llena de emoción, mientras se reunían para comenzar la marcha inaugural. Después que Sus Gracias tomaran posiciones al frente de la procesión, un momento de silencio se extendió por el aire. Luego, con una fanfarria estimulante, la orquesta comenzó *La marcha turca* de Beethoven.

“¿Disfrutó su tiempo en el continente?” Preguntó Modesty.

“Sí.”

“¿Fue a Francia?”

“España.”

*¡Maldita sea! ¡Debí haberlo recordado!*

“¿Y está contento por estar de regreso en Inglaterra?”

Lord Melvin la miró con el rabillo del ojo.

“Si se refiere a si estoy feliz de estar nuevamente bajo el escrutinio de mi padre, mi respuesta sería no.”

Desvió la mirada hacia el tocado con plumas de pavo real de la mujer que tenía delante. Tal vez Su Señoría pudiera hacerle una pregunta. Cuando no lo hizo, incapaz de soportar la incomodidad, Modesty decidió cambiar de tema a algo que Su Señoría pudiera disfrutar discutiendo.

“¿Puede decirme le pareció divertido de España?”

“Que mi padre no estaba allí.”

“Supongo que no puedo culparlo. A veces mi madre puede ser sofocante.”

“¿De ahí todos los diamantes?” Manifestó, logrando finalmente esbozar una sonrisa.

“Me sorprende que pueda verlos con el color ardiente de mi cabello.”

Él se rió entre dientes.

“Bueno, es bueno saber que usted tiene sentido del humor, milady. Con su cabello y sus pecas, apuesto a que el chiste le viene muy bien.”

Una rápida bofetada en esas mejillas presumidas le vino a la mente. Modesty podría haber bromeado sobre el color de su cabello, pero los comentarios de ese insolente rayaban en el ridículo.

*¿Cómo se atrevió?*

Si su madre no estuviera mirando, junto con tres cuartas partes de la sociedad educada, muy bien podría retirar su mano, continuar por la gran marcha hacia la puerta, e ir directamente hacia el carruaje.

En cambio, apretó los labios, miró fijamente hacia las ridículas plumas, e ignoró al demonio. Al menos hasta que terminó la marcha. Después que ella hizo una reverencia y él se inclinó, Modesty se negó a tomar su brazo y permitirle que la escoltara fuera de la pista de baile.

“Venga, milady. Pensé que tenía sentido del humor.”

“Lo tengo. Es que no hace nada para que se mueva.” Abrió el abanico y lo agitó delante de su cara. “¿Puedo recomendarle que vuelva a España, donde su hedor estará lo suficientemente lejos, como para no hacerme doler el estómago?”

Para su diversión, el señorito se puso rojo. También giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas. Lo bueno de la marcha era que los participantes simplemente caminaban en círculo, alrededor del salón, y a Modesty le resultó relativamente fácil meterse entre la multitud sin llamar la atención. Observó cómo Lord Melvin se colocaba detrás de un fisco, inclinaba la nariz hacia su hombro y olfateaba. Ahora tenía una muy buena razón para reírse del canalla.

“¡Ahí estás, querida!” Dijo su madre, pasando a su lado, como una abeja zumbadora. “Me encantó verte paseando con Lord Melvin.”

Modesty se metió la mano detrás de la espalda, ocultando así la tarjeta de baile, atada a su muñeca.

“Él fue tan amable de preguntar.”

“¿Y?”

“Descubrí que no le gusta mucho el pelo rojo y que emite un olor desagradable.”

La sonrisa de su madre desapareció.

“Tu pelo es impresionante. Especialmente esta noche.”

“Te dije que los diamantes no harían ninguna diferencia.”

“¿Lo provocaste?”

Por supuesto, su madre asumiría que Modesty estaba tramando algo malo. Esa era la conclusión más fácil, a la que podía llegar. Mientras que ella no estaría dispuesta a admitir nada. Aunque había estado en todo su derecho de insultar al señorito egocéntrico.

“¿A quién?”

“Sabes muy bien a quién... Lord Melvin es rico. Además, es el heredero de un marqués.”

“Y me dijo que es una maldita suerte que tenga sentido del humor con mi pelo rojo y mis pecas.”

“¡Modesty, cuida tu lenguaje!”

“Muy bien, mi sentido del humor es una maldita suerte.”

Su madre resopló y agitó su abanico en un remolino de encaje blanco.

“En realidad, no dijo semejante basura, ¿cierto?”

Modesty miró a su madre con seriedad.

“No miento. No tengo necesidad de hacerlo.”

“¡Ese demonio!” Maldijo su madre, y su labio superior desapareció con la sutil expresión de ira de una viuda.

“Exactamente, eso es lo que pienso.”

Su madre agarró el codo de Modesty, y la fue empujando.

“Digo que ese malhechor no tiene importancia. Ven, hay alguien que quiero que conozcas.”

Modesty gimió y arrastró los pies.

“Pensé que habías indicado que Su Señoría era un buen partido.”

“No si es grosero y poco refinado. No si tiene el descaro de decir algo inapropiado e insensible a mi hija menor, cuyo hermano resulta ser uno de los duques más poderosos del reino. De ahora en adelante no tendrás nada que ver con Lord Melvin Carmichael.”

“Quizás deberíamos decírselo a Marty. Retará al señorito a un duelo y le disparará en la rótula.”

“Preferiría que, de ahora en adelante, evitáramos los duelos en esta familia,” dijo su madre, abriéndose paso entre la multitud, con las faldas crujiendo. “¡Aquí estamos!”

Cuando Modesty casi pasó a trompicones, junto a la mujer que llevaba el tocado de plumas de avestruz, su madre se detuvo frente al vizconde Berwick, y sonrió alegremente, olvidando todos los vestigios de mal genio.

“Buenas noches, Su Señoría.”

Él hizo una reverencia.

“Su Gracia.”

Modesty se interesó mucho por la cinta de seda atada sobre su cintura. Su madre siempre incluía a Kitty en las presentaciones, ¿por qué no ahora? Seguramente, si Kitty también estuviera a cuestas, el vizconde solo tendría ojos para ella.

“Como le prometí, me complace presentarle a mi hija menor, Lady Modesty MacGalloway.”

Los ojos claros del hombre se movieron hacia ella, mientras tomaba su mano enguantada.

“Milady,” lo dijo con bastante autoridad, mientras se inclinaba para darle un beso detrás de los nudillos. Aunque su cabello era rojo, el color era un tono o dos más claro que el de Modesty. Tampoco parecía tener pecas. Al menos no en su rostro. Aunque sus manos estaban

apropiadamente ocultas por guantes blancos.

“Es un placer, milord,” replicó ella, acentuando su acento escocés. Si su cabello no lo disuadía, tal vez su acento podría hacerlo.

“Dígame, milady, ¿no nos hemos conocido antes?” Preguntó, viéndola fijamente, y su mirada era demasiado penetrante.

¡Oh, por los erizos! ¿Podría haber recordado su rostro, en la pista? Después de todo, habían pasado seis días desde entonces.

“No lo creo, milord. Esta es mi primera temporada.”

“Es un diamante de primera calidad, ¿no?” Insistió su madre, sonriendo como si su hija del medio, Grace, estuviera de pie con las zapatillas de Modesty.

“Adornada con ellos, sin duda,” respondió Su Señoría, sonriendo. “¿Puedo tener el honor de firmar su tarjeta de baile, milady?”

Con la vacilación de Modesty, su madre agarró su muñeca, y miró boquiabierta todos los espacios vacíos, en la tarjeta.

“Creo que mi hija ha sido invadida por un repentino ataque de timidez.”

“Perdóneme,” Modesty se las arregló para no mirar a ningún lado excepto a esos ojos evaluadores de Berwick. Parecían tan inteligentes, como si no se les escapara nada, incluyendo a mujeres vestidas de jockeys, galopando alrededor de una pista de carreras. Por otra parte, él también la había visto desde la ventana del coche de alquiler.

*¿Es por eso que me reconoce?*

“Leí en los periódicos que se unirá a la partida de ajedrez en Waiter’s mañana,” dijo Modesty con la esperanza de desviar su atención.

Berwick asintió, usando un lápiz para firmar su nombre.

“¿Le gusta el ajedrez?”

“Sí,” respondió ella.

Él le soltó la muñeca y sus ojos malditos se encontraron con los de ella, ¡maldita sea!

“Entonces, tenemos algo en común.”

Ella casi se rió, cuando él hizo una reverencia, y se disculpó. Era raro que al conocer a alguien, por primera vez, no comentara sobre su cabello. ¿Tal vez, él no lo hacía porque llamaría la atención sobre su propio peinado?

Modesty miró su tarjeta y jadeó.

“¿Qué pasa, querida?” Preguntó su madre.

“Lord Berwick reservó el vals.” Deslizó su muñeca detrás de su espalda.

“¡Oh, cielos, qué maravilloso!”

*¿Otro calamitoso sería más apropiado? ¿Y si él me reconoce de la pista del hipódromo?*

## Capítulo tres

Si había algo que Kenneth detestaba, esto era bailar. Como hijo de un vizconde, él había recibido lecciones de un maestro de baile, dos veces por semana, lo que significaba que su habilidad era aceptable, simplemente por años de repetición. Pero Kenneth era un científico. Había estudiado herencia biológica en la universidad. Antes que lo llamaran urgentemente a Londres, había estado trabajando en un proyecto de cría selectiva para crear una nueva variedad de ovejas, que produjeran más lana, leche y carne. También mantenía ciento cincuenta colmenas, que no solo suministraban una gran cantidad de miel al reino, sino que requerían horas de su atención, aunque empleaba trabajadores para administrarlas.

Pero aún así, allí estaba, firmando tarjetas de baile, saltando alegremente y señalando con los dedos de los pies. Sí, esto era un ejercicio de autoflagelación, pero asistir al baile del duque de York lo acercó un paso más para descubrir por qué diablos Alfred había comprado el anillo de zafiro y, con suerte, para quién estaba destinado, lo que luego podría conducir a la identificación del asesino de Alfred.

El problema de Kenneth era que habló con todas las señoritas, a las que había conseguido que le presentaran, y, aunque todas conocían a Alfred, ninguna había mencionado que él la hubiera cortejado. También tenía otra razón, bastante más siniestra, para su presencia en el salón. En realidad, no era realmente siniestra, pero quería que pareciera así. Había tenido la suerte de descubrir que en Waiter's se celebraba una partida de ajedrez y, cuando preguntó, resultó que tenían sitio para un jugador más. Durante la última semana, Kenneth había llevado a cabo su propia pequeña investigación sobre los asuntos de Ward Crockford. Se decía por ahí que el propietario de Waiter's estaba metido en todas las transacciones nefastas de Londres. Aunque Crockford se esforzaba mucho por dar la impresión de ser un hombre de negocios respetado, los rumores y habladurías se le pegaban como la miel. ¿Y qué mejor manera que Kenneth se abriera paso a codazos, en el exclusivo club de caballeros, que unirse a una partida de ajedrez organizada por el famoso Crocky el Tiburón? Después de todo, Kenneth había ganado todos los torneos de Cambridge. Aunque estaba un poco oxidado, debería ser capaz de defenderse, en un duelo de intelectuales.

Cuando se anunció el primer toque para el vals, encontró a Lady Modesty en el vestíbulo, frente a una mesa, que mostraba un jarrón lleno de lirios de agua. Estudió las flores blancas, como si fueran las más fascinantes que hubiera visto nunca.

Se puso a su lado.

“*Zantedeschia aethiopica* es una planta perenne rizomatosa originaria del sur de África.”

Ella se sobresaltó, su mirada de ojos azules se encontró con la de él, luego se apartó, como si la hubieran pillado, pellizcando una de las flores. ¿Era tímida o estaba avergonzada porque se le había cruzado en el hipódromo? En ese momento, el entrenador había cometido un error terrible con su nombre. Más aún, por la forma en que sus pantalones de satén abrazaban sus caderas, no había duda sobre su género.

“¿Le ruego que me disculpe?” Se expresó de esta manera, manteniendo la mirada desviada. Obviamente, no quería que él supiera que había estado cabalgando por una pista, donde las mujeres tenían prohibido el paso. Además, no solo había cabalgado a horcajadas, sino que lo había hecho a una velocidad vertiginosa. ¡Cielos! Con una mujer así, en los lomos de Venom, lo

más probable es que este hubiera ganado el Derby de Epsom, en vez de Red Charlie de Ward Crockford.

Kenneth señaló las flores.

“Me refería a los lirios de agua. ¿Tiene debilidad por ellos?”

Ella frunció el ceño y dio un golpecito a uno de los pétalos.

“Soy más partidaria de los dientes de león.”

“Excelente elección,” convino él, aunque era asombroso encontrar a alguna dama, en ese salón de baile, con afinidad por una flor considerada como una mala hierba. “Son muy adecuadas para los insectos polinizadores, a principios de la primavera, cuando otras flores aún no han florecido.”

“¿Insectos polinizadores?” Ladeó la cabeza, como si estuviera reflexionando sobre esas palabras. En la pista de carreras, la muchacha probablemente no se había dado cuenta que varios mechones de su glorioso cabello cobrizo se habían escapado de su gorra. “¿Se refiere a las abejas?”

“Sí, especialmente a las abejas melíferas.” Le ofreció el codo, sonriendo para sí mismo al ver cómo su gorra estaba torcida. En verdad, si alguien le había pedido que la describiera con una sola palabra, era adorablemente despeinada... pero, de nuevo, eran dos palabras, y él no asistía al baile para encontrar adorable a nadie. Había dos razones muy específicas para su presencia en esta pomposa reunión de la alta sociedad. “Acaban de hacer la segunda convocatoria para el vals. Si no vamos ahora, nos lo perderemos.”

“¡Och!” Gruñó, sonando como si acabara de galopar desde las Tierras Altas de Escocia. “No quiero escuchar quejas de mi madre.”

Ella le rodeó el brazo con los dedos, con un toque ligero, pero firme, que indicaba que se trataba de una mujer que poseía mucha más confianza de la que permitía a los demás ver. A Kenneth le desconcertó su tácita seguridad, en sí misma, porque hasta el momento, ella había sido muy reservada, a la hora de mirarlo a los ojos. Su pelo era de un rojo brillante y estaba adornado con rizos, tan lustroso que no había necesidad que llevara diamantes. Pero, por otra parte, Kenneth también era pelirrojo. Durante la mayor parte de su vida se habían burlado de él por ese color de su pelo. Lo había oído todo: ningún tipo con el pelo color zanahoria podría ser guapo, inteligente, rico, querido, astuto o afortunado, etcétera. Kenneth se alegraba que su pelo hubiera empezado a escasear. Tal vez un día en el futuro, haría que su criado le afeitara la cabeza, y así terminaría con los ridículos insultos.

Fueron de los últimos en llegar a la pista, Kenneth encontró rápidamente un lugar, en el enorme círculo de bailarines, hizo girar a Lady Modesty hacia él, y le puso la mano en la cintura. Una muy pequeña. Y también cálida.

La música empezó y de repente no estaba muy seguro con qué pie empezar.

Ella tiró de él, su pie izquierdo se deslizó hacia atrás, obligándolo a seguir con el derecho.

“¿Con qué frecuencia baila el vals, milord?”

“Lo menos posible.”

“Eso supuse.”

La dejó guiarlo por un momento.

“No se preocupe, puede que esté un poco fuera de práctica, pero no le pisaré los pies.”

“Es muy amable,” replicó ella con un tono sardónico.

Rápidamente, él recobró la compostura y tomó el mando, entrando, saliendo, y haciéndole dar un giro bajo su brazo, como se requiere en el lento vals francés, que había llegado a Londres solo dos años antes.

“Bien hecho,” dijo ella, mientras se unían, una vez más, uno al lado de la otra, mirando hacia adelante, con las manos alrededor de la cintura del otro. “¿Me puede decir cómo es ser vizconde?”

“Ha sido bastante abrumador, dado el inesperado fallecimiento de mi amado hermano.”

“¡Qué terrible para usted! Tengo cinco hermanos y no puedo imaginarme perder a uno. Pero...” Su voz se fue apagando, mientras ejecutaban otra combinación de giros.

“¿Pero?” Preguntó él, cuando se juntaron de nuevo.

Su mirada se deslizó hacia la cinta negra alrededor de su brazo.

“Me sorprende verlo aquí, considerando que está de luto.”

“Mmm,” dijo sin comprometerse. “Supuse que era lo correcto, considerando la invitación que recibí del duque de York.”

“Por supuesto.” Uno, dos, tres, abajo, arriba, arriba. “Su hermano tiene un caballo de carreras, ¿no?”

Miró a la muchacha con el rabillo del ojo. Tal vez era hora de asegurarse que no hubiera dudas que Lady Modesty se diera cuenta que él sabía de sus esfuerzos como jinete.

“Usted es muy consciente de lo que hace el amo Modistie.”

De repente, el cuerpo entero de la joven se irguió de golpe, haciéndola tambalearse hacia delante, aunque con la mano de Kenneth firmemente sobre su cintura, su juego de pies rápidamente reanudó el paso de tres tiempos.

“¡Wheesht!” Susurró. “Nunca más debe referirse, a mí de esa manera, de lo contrario negaré rotundamente que alguna vez estuve allí.”

Kenneth inclinó sus labios hacia su oído, mientras hábilmente le quitaba la peineta de diamantes del cabello, deslizando la pieza en su bolsillo con la misma agilidad con la que la había sacado.

“No se preocupe, milady. Guardaré su secreto, mientras usted guarde el mío.”

Los ojos de ella se encontraron con los de él, directamente. No eran simplemente azules, eran enormes. Mostraban un azul celeste como el cielo de pleno invierno. Y eran claros y brillantes, salpicados de facetas de oro, mucho más deslumbrantes de lo que cualquier diamante podría reflejar.

“¿Cuál es su secreto?” Susurró.

“Usted lo descubrirá muy pronto.” Él sonrió, incapaz de apartar la mirada.

\*\*\*

Después que Lord Berwick la escoltara hasta el borde del salón de baile, Modesty lo observó, mientras desaparecía entre la multitud, la mayoría de los cuales se dirigían al guardarropa o se despedían. Su madre estaba enfrascada en una conversación con Lord Roxburgh, y parecía que no tenía prisa por despedirse. Kitty estaba rodeada de mujeres, que reían tontamente, aunque cuando se enfrentó a la opción de unirse a su madre o a su amiga, Modesty se dirigió hacia Kitty, acariciando distraídamente con la mano los rizos amontonados sobre su cabeza.

Se detuvo de repente, con el estómago hundiéndose hasta las profundidades de sus entrañas. Apenas respiró, mientras sus dedos buscaban frenéticamente la peineta de diamantes, que su hermano le había regalado, la única pieza de joyería verdaderamente exquisita en su ajuar. Kitty captó su mirada, justo cuando Modesty cambió de dirección, y se apresuró hacia la puerta.

¡Por el amor de San Eligio, no estaba dispuesta a dejar que ese demonio ladrón abandonara el baile con esos diamantes! La doncella de su madre debió habérselos puesto con una cadena.

Tal vez una jaula sobre su cabeza hubiera dado a todos los vengativos chismosos algo de qué hablar.

Cuando entró en el vestíbulo, se vio bloqueada por una multitud, que se agolpaba en el suelo.

“¿Vizconde Berwick?” Preguntó en voz alta, aunque nadie se molestó en mirarla.

Se puso de puntillas y se esforzó por ver por encima de las cabezas, pero fue en vano.

“Disculpen,” dijo, tratando de abrirse paso entre la multitud, pero sin conseguir nada.

“Tendrá que esperar su turno, milady,” replicó un perro de nariz aguileña con una horrible mordida.

Modesty, burlándose, se arrastró hasta la pared a tiempo de ver el pelo rojo de Su Señoría, justo antes que se pusiera su sombrero de copa Wellington, y tomara su abrigo del mayordomo.

“¡Lord Berwick!” Su grito fue muy poco femenino, pero era su única opción para atrapar al ladrón, antes que se fuera.

“Tu secreto no es...” Modesty apretó los labios, cuando el vizconde dio la vuelta, la miró a los ojos, y se quitó el sombrero. “¡Demonio repugnante, despreciable y tramposo!” Se enfureció por lo bajo que era él.

“¿Modesty? ¿Qué te pasa?” Preguntó Kitty, tocándole el brazo. Volteó y se enfrentó a su amiga, y decenas de explicaciones le pasaron por la cabeza, aunque lo único que consiguió fue un grito ahogado. Kitty deslizó el brazo por los hombros de Modesty, y la condujo hasta un salón cercano, que estaba vacío, gracias a las estrellas

“¿Qué diablos te tiene tan molesta?”

Secretos. Odiaba guardar secretos, pero tenía los suyos propios porque, aunque Kitty tenía buenas intenciones, en los momentos más inoportunos, a veces se las arreglaba para soltar cosas, que no debían decirse. Kitty ni siquiera sabía nada de las lecciones de jockey. Modesty miró hacia la puerta cerrada.

“No debes decírselo a nadie.”

“Por supuesto que no lo haré. Sabes que siempre puedes contar con mi discreción.”

Ese era el problema. Kitty era la amiga más cariñosa y amable, pero la discreción no era su punto fuerte.

“No repetirás ni una palabra. ¡Júralo o me marcharé ahora mismo!”

Kitty le ofreció su dedo meñique y lo entrelazó con el de Modesty.

“Puedes confiar en mí. Nuestro vínculo es más fuerte que una fortaleza.”

Lo era. Dejando a un lado los secretos, Modesty estaba más cerca de la señorita Katherine Mansfield que de cualquiera de sus hermanas. Respiró profundamente, luego dio la vuelta y mostró la parte de atrás de su peinado, donde debería estar sujeta la peineta.

“¡Lord Berwick me robó mi peineta de diamantes!”

“¡Oh, cielos! Debemos informar a tu madre de inmediato.”

“¿Has perdido la cabeza? Marty me la acaba de comprar. Dijo que era un regalo de bodas adelantado porque estaba seguro que me traería suerte. No puedo decirle que la perdí.”

Un pellizco se formó entre las cejas perfectamente arqueadas de Kitty.

“Pero te la robaron.”

“Sí, y necesito una oportunidad para recuperarla, antes que vayamos a reclutar al regimiento de infantería MacGalloway.”

“¿Tienes la intención de recuperarla? ¿Cómo?”

Modesty ya había formulado un plan, pero no era algo que pudiera compartir con su querida amiga. No era como si Kitty compartiera intencionalmente los secretos de otras personas. La

muchacha simplemente tenía una forma de olvidar que las cosas le habían sido contadas en confianza. No obstante, normalmente se podía contar con que Kitty recordara guardar silencio durante un día o dos.

“Tengo un pequeño plan, y si eso no funciona, hablaré con Su Gracia, pero no hasta que me haya enfrentado al canalla, yo misma, y le haya exigido que me devuelva lo que es de mi propiedad.”

“¡Oh, querida! No estás planeando ir a su casa, ¿cierto? Si alguien te viera...”

“Por supuesto que no, ¿eres tonta? Estaría arruinada para el resto de mis días.”

“Pero, ¿tienes la intención de enfrentarte a Berwick?” Preguntó Kitty, inclinándose con expresión horrorizada.

Mientras sacudía la cabeza, Modesty se cubrió la boca. Por mucho que quisiera decirle a su amiga exactamente lo que debía hacer al día siguiente, no podía.

“Todo lo que necesito es un día, luego te lo contaré todo.”

Engacharon sus deditos, una vez más, luego Kitty tomó la mano de Modesty y se dirigió a la puerta.

“Será mejor que te pongas la capa y te subas la capucha, antes que Su Gracia se dé cuenta que te falta la peineta.”

## Capítulo cuatro

Modesty bajó del coche de alquiler con el pelo peinado hacia atrás de forma poco elegante, y se acomodó el sombrero de copa. En realidad, era el sombrero de su hermano mayor con un poco de algodón enrollado y encajado, en la banda interior, para que el ridículamente gigantesco John Bull no se le cayera de la cabeza con la brisa. También llevaba la ropa interior de la duquesa de Dunscahy, que había descubierto en un baúl, en el ático de Newhailles, una de las residencias ducales cerca de Edimburgo.

Una dama nunca sabía cuándo sería una buena oportunidad para vestirse como hombre, una opinión que había sido enfatizada por la cuñada de Modesty, cuando llegó por primera vez, a la familia, para trabajar como mayordomo del duque, proclamándose Jules Smallwood. En realidad, en ese momento era Julia St. Vincent, hija del ex conde de Brixham, en ruina. Independientemente de su género, Julia era la mejor administradora, que Martin había empleado. Aunque desde que se casó con Su Gracia, estaba demasiado ocupada con sus deberes, como duquesa, en vez de prestar atención a la gestión de las vastas propiedades de Dunscahy.

Segura de su disfraz, desde el sendero, Modesty miró hacia la fachada de marfil del edificio con sus columnas corintias y grandes ventanales. Un portero gigantesco vestido con librea custodiaba la entrada. Desde su punto de vista, parecía bastante ancho de hombros y tan alto que probablemente tenía que agacharse, cada vez que cruzaba un umbral.

No había necesidad de colocar un cartel en la pared. Todos sabían que Waiter's ocupaba la esquina de Piccadilly y Bolton Row, y que era un salón sagrado solo para caballeros, aparte de mujeres fáciles de dudosa reputación.

Por supuesto, Modesty decididamente no era así.

Después de respirar profundamente, subió las escaleras, y se dirigió al portero con su voz más profunda.

“Señor MacFee, señor... Soy abogado del duque de Dunscahy.”

“¿Está aquí para ver la partida de ajedrez?”

“Sí, como espectador.”

El hombre abrió la puerta y señaló hacia el interior.

“Bienvenido a Waiter's.”

El vestíbulo de entrada estaba tallado en mármol con barandillas de hierro dorado, que conducían a media docena de escalones alfombrados, más allá de los cuales se oía un zumbido de voces profundas.

“¿En qué puedo ayudarlo, señor?” Preguntó un mayordomo, de pie detrás de un podio de caoba tallado con gran ornamentación.

Modesty miró hacia la puerta cerrada. Ya había dado su nombre y propósito.

“He venido para ver la partida de ajedrez.”

Los ojos del mayordomo se entrecerraron, mientras la observaba.

“¿Ha estado antes en Waiter's?”

¿Era este el tipo de hombre que nunca olvidaba una cara? Si mentía, lo más probable es que la arrojara al lacayo gigante, que estaba afuera.

“No, no he estado aquí. Solo estoy de visita desde Edimburgo. Sacó una tarjeta que había escrito con mucho cuidado la noche anterior. Soy el abogado del duque de Dunscahy.”

“¿Se aloja con Su Gracia?”

“Sí.”

“¿Le ha proporcionado una carta de presentación?”

Modesty se movió de un pie a otro.

*¿Será él tan amable de dejarlo así?*

“No exactamente. Un conocido mío es uno de los concursantes del partido de hoy.”

El hombre se inclinó hacia delante en su podio.

“¿Y quién podría ser?”

“¡Cielos! Findley, esto no es Bow Street,” gritó un hombre bastante corpulento, que bajaba las escaleras. Hizo una reverencia respetuosa. “Buenas tardes, señor...”

“MacFee.” Modesty se quitó el sombrero y se inclinó en señal de respeto. “Abogado.”

“Bienvenido. Soy el señor Crockford,” dijo, mientras el mayordomo le quitaba el John Bull de las yemas de los dedos. *¿Así que este es Crocky el Tiburón?* Por el estrabismo de sus ojos oscuros y brillantes, ciertamente parecía el dueño de un casino corrupto. Incluso su vestimenta era exagerada, desde su chaleco de satén dorado hasta la gruesa y llamativa cadena de oro unida a su reloj de bolsillo. Llevaba anillos en todos los dedos. ¡En todos! Qué desfachatez absoluta. De hecho, después de leer sobre su apariencia pretenciosa en los periódicos, Modesty no habría necesitado presentación para identificar al hombre.

“Es un placer conocerlo, señor. ¿Podría decirme dónde encontrar la partida de ajedrez?”

“Ah, sí, los caballeros se han reunido en la sala de juegos. Pero primero, ¿puedo mostrarle mi club? Descubrirá que ofrecemos todo lo que un caballero puede necesitar.” Instó a Modesty a que lo siguiera, escaleras arriba, hasta un salón lleno de humo, con hombres ocupando casi todos los asientos, desde los respaldos de las alas hasta los sofás, pasando por los asientos acolchados situados alrededor de las mesas de juego. El interior no encajaba exactamente con su imaginación de un antro de libertinaje. Pero, por otra parte, el libertinaje probablemente no ocurría en las salas delanteras.

“En Waiter’s nos enorgullecemos de nuestra reputación de ‘juegos honestos’,” continuó Crocky.

Modesty parpadeó rápidamente, pero hacerlo no hizo nada para aliviar el humo que le irritaba los ojos.

“¿Así es?” Preguntó, tratando de parecer que creía sus palabras engañosas. Todo el mundo sabía que este infierno de juegos era tan despiadado como cualquier otro en Londres.

“¿Qué es lo que le gusta? ¿Cartas? ¿Dados?” El hombre meneó sus pobladas cejas, luciendo como un cerdo licencioso de papada. “¿Mujeres?”

Modesty se echó hacia atrás, y tuvo que hacer todo lo posible para no jadear. ¿Cómo se atrevía a insinuar, que en ese establecimiento había mujeres de fácil virtud, a una persona que acababa de llegar? ¿No existían protocolos delicados para abordar esos asuntos?

“Le aseguro que estoy aquí simplemente para ver a los caballeros jugar al ajedrez.” Miró a su alrededor, mientras un grupo de hombres entraba, recibidos con gran entusiasmo por el maldito mayordomo. “¿Ha comenzado el torneo?”

“En efecto.” Crocky continuó atravesando el salón, hacia las puertas dobles atendidas por más lacayos enormes, por las que ahora pasaba el grupo de caballeros. Hizo señas a un camarero y sacó dos vasos de líquido ambarino de una bandeja de plata. “¿Un brandy? Por cuenta de la casa, por supuesto.”

Completamente desconcertada con la propuesta de beber brandy en público, todo lo que logró fue esbozar una media sonrisa, mientras aceptaba la bebida. Había venido a buscar al

demonio, que le había robado su peineta de diamantes, no a beber licor.

“Muchas gracias.”

Antes de llegar a la sala de juegos, una mujer se acercó por la izquierda.

“Crockford,” dijo con bastante atrevimiento. “¿Puedo hablar contigo?”

Modesty fingió beber un sorbo de brandy, mientras observaba atentamente a la mujer. Se recordó a sí misma, que no debía mirarla fijamente, pero lo hacía. Sin embargo, se quedó con la boca abierta y los ojos prácticamente se le salieron de las órbitas. ¿Así que esta es una Jezabel? La mujer era bastante bonita. Tenía una figura refinada, que muchas mujeres de la alta sociedad envidiarían. Excepto que abarataba su apariencia al llevar un vestido escarlata con una vulgar abundancia de encaje negro, cuyo escote revelaba demasiado de ella para esa hora del día.

Crocky le dio un codazo en el brazo a Modesty.

“Uf,” gruñó, mientras el brandy se derramaba sobre la alfombra roja.

“El deber llama, señor MacFee. Disfrute de la partida de ajedrez,” dijo, inclinándose levemente.

La mujer le guiñó el ojo.

Modesty se quedó con la boca abierta. Otra vez. ¡Macarrones! ¡Qué desvergonzada!

Al menos la habían dejado sola para que se las arreglara. Se dirigió directamente a las grandes puertas dobles flanqueadas por los lacayos de gran tamaño, y le entregó a uno su copa.

“Toma un brandy, muchacho. Parece que le vendrá bien uno.”

Sin esperar una respuesta, atravesó las puertas, como si hubiera nacido para honrar los pasillos de los infiernos de juego salaces.

El humo de la pipa era igual de espeso en la abarrotada sala de juego, donde los espectadores se reunían alrededor de las mesas de los jugadores de ajedrez. La conversación consistía en murmullos bajos. Al otro lado de la sala, una multitud aplaudió la conclusión de una partida, mientras los dos concursantes se ponían de pie y se estrechaban las manos. Junto a ellos, Modesty vio a su presa, y se acercó a él.

Por supuesto, no haría una escena. Necesitaba esperar hasta que terminara su partida, y luego tenía la plena intención de hablarle al demonio con calma y cortesía.

Berwick estaba muy concentrado, sus cejas rubias permanecían en línea recta. Su cabello estaba bastante despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él, y se hubiera olvidado de acariciarlo después. Un rayo de sol, que entraba por la ventana, le daba en la coronilla, lo que hacía que su pelo pareciera no solo cobrizo, sino también un poco más raro. Modesty se cruzó de brazos y se lo imaginó calvo. Tenía una bonita forma en la cabeza.

*¿Quizá sería algo atractivo sin pelo? Sí, si le crecieran las patillas, sería marginalmente atractivo. Me pregunto si su barba es suave o áspera.*

Él tamborileara con los dedos, mientras esperaba a que su oponente hiciera un movimiento. Los dedos de Berwick eran extraordinariamente largos. ¿Quizás es pintor o músico?

Físicamente, parecía estar en bastante buena forma. Y su corbata estaba perfectamente atada. Su traje estaba bien confeccionado, pero sin pretensiones. En todos los aspectos, la mayoría asumiría que era un caballero honorable y digno de confianza.

*Excepto que es un ladrón. Y no soporto a los malhechores, cobardes, que se dignan a aprovecharse de las señoritas. Él es un canalla, un demonio y un percebe, en el brillo satinado de la sociedad educada.*

¿Él conocía su secreto? Bueno, ahora ella sabía que Modesty y él, ciertamente no habían infringido la ley. Posiblemente, ella quebrantara una ordenanza o dos. Definitivamente, sí infringió las reglas del club de equitación. Y si Berwick transmitía la verdad de sus lecciones de

equitación a los periódicos, ella definitivamente se sentiría humillada. Posiblemente, arruinada. Por supuesto, como vizconde, el hombre podría escabullirse de cualquier cosa excepto de un asesinato. No obstante, su reputación se vería adecuadamente empañada, si ella exponía su robo.

Después de algunos movimientos, Modesty se aclaró la garganta, el sonido sirvió para su propósito de hacer que Berwick levantara la mirada, directamente hacia ella. Sus ojos se abrieron de par en par, justo antes de apartar la mirada, y pasarse una mano por la boca.

Se cruzó de brazos y levantó la barbilla en desafío. *Sí, él sabe por qué estoy aquí.* En medio de esta multitud, él no expondría su artimaña, así como ella no tenía la intención de exponer la de él.

Berwick no volvió a mirarla, aunque su color adquirió un aspecto bastante indecoroso, como de bronceado. Modesty sabía muy bien con qué facilidad se ruborizaban las personas pelirrojas. También era propensa a ruborizarse, lo cual le resultaba exasperante. Martin siempre se reía de ella, y decía que podía leerla como un libro. ¿Qué mujer querría que sus deseos más profundos y sus pensamientos más íntimos se transmitieran mediante una reacción interna, que no podía controlar?

Cuando finalmente el mayordomo anunció que harían una pausa para servir el almuerzo arriba, Modesty se dirigió directamente a la mesa de Su Señoría.

“¿Puedo hablar con usted, un momento, milord?”

Él se puso de pie y la agarró por el brazo, sus dedos se hundieron bruscamente en su carne, y era seguro que le dejarían una marca.

“¿Qué diablos está usted haciendo aquí?” Gruñó, sus labios estaban inmóviles, y sus cejas arqueadas permanecían hacia adentro, como si ella fuera la culpable.

Antes que Modesty respondiera, le permitió que lo acompañara a una habitación, que contenía solo una mesa de juego redonda y un aparador con una licorera de cristal, que estaba vacía.

“Le pido perdón,” dijo furiosa, retorciendo el brazo para liberarse de su agarre, y frotando la quemadura. “¡Pero es usted quien me obligó a estar en esta situación, desagradable y vergonzosa!”

“¿Vergonzosa?” Él se burló. “De ninguna manera puedo ser responsable de su propia y estúpida ruina.”

“¿Ah, sí? ¿No recuerda las palabras: *Guardaré su secreto, mientras usted guarde el mío*?”

“¡Cielos, mujer! No se suponía que descubriera tan rápidamente lo que le faltaba. Y cuando lo hizo, esperaba que informara al duque de Dunsaby de inmediato. ¡La peineta robada debería haber sido la noticia principal de hoy, maldita sea!”

“¿Esperaba que molestara a mamá y a Martin, cuando ya sabía quién era el culpable? ¿Qué tan tonta cree que soy?”

Él dio un paso atrás, e hizo un gesto exagerado al examinarla de pies a cabeza.

“A juzgar por su disfraz, milady, tengo motivos para creer que está completamente loca.”

Gruñendo, Modesty hizo un gesto grandilocuente hacia sus pantalones.

“No lo creo, señor. Usted fue quien me amenazó y...”

“¡No hice tal cosa!”

“¡Och! ¿No? Dejó claro que sabía que yo había estado tomando lecciones de jockey, en Primrose Hill. Con esa sola declaración, usted me hizo creer que expondría mi comportamiento poco femenino, a todo Londres. Habría parecido mucho más lunática, si no hubiera ideado un plan para recuperar mi peineta robada.”

Berwick frunció el ceño y caminó tranquilamente alrededor de la mesa, agarrando el

respaldo de una de las sillas, mirándola.

“Usted puede quedar arruinada al venir aquí.”

“Por eso me puse un disfraz.”

“Lo cual no hace nada para ocultar su verdadera identidad. Podría enfrentarse a la ruina por el mero hecho de venir sola, no solo en una sala de juego, sino en un club de caballeros con un hombre al que apenas conoces.”

No estaba dispuesta a permitir que la confundiera, se cruzó de brazos, e hizo todo lo posible por parecer más alta.

“Sabía que usted no me haría daño.”

“¡Oh! Ahora sí. ¿Cómo diablos usted llegó a esa decisión sobre mi carácter?”

“Por su sonrisa,” dijo con total naturalidad. Con cinco hermanos y todos sus amigos deambulando a lo largo de los años, Modesty se había convertido en una buena jueza de sonrisas, y la de Berwick era decididamente amable. Aunque tal vez había llegado a esa conclusión, un poco prematuramente. Después de todo, él era un ladrón.

“Milady, no tiene ningún sentido lo que usted dice.” El vizconde empujó la silla hacia la mesa. “Y además, ¿usted cree, por un momento, que cualquier hombre en toda la cristiandad no se daría cuenta que es una mujer?”

“Se equivoca. Parezco muy masculino. No llevo ni una sola prenda de ropa exterior de mujer, y la doncella me peinó con palos para asegurarse, que no hubiera ningún error en cuanto a mi género.”

Los ojos azules del hombre bajaron lentamente, deteniéndose en las caderas de Modesty.

“Exactamente lo que quería decirle, milady.”

Ella sacudió la cabeza.

“Incluso conocí al señor Crockford, y él no se dio cuenta que soy una chica.”

“Eso es porque el hombre es ciego, o le importan más las monedas, que usted lleva en el bolso, que su sexo.”

Mientras el calor quemaba el rostro de Modesty, agarró el respaldo de una silla opuesta e imitó su postura.

“Dejando a un lado mi disfraz, devuélvame mi peineta, y le prometo que nunca volveré a visitar este vulgar establecimiento.”

“No puedo.”

“¿No me diga que ya la vendió?”

“No, pero la necesito. Solo por unos días. Una quincena como máximo. Luego le devolveré con gusto la llamativa baratija.”

*¡Cielos! Este hombre es insoportable.*

“¿Entonces, es un préstamo lo que quiere?”

“De algún modo. Piense en ello, como un favor.”

Modesty apenas conocía al vizconde y ahora ¿le estaba pidiendo favores? ¿Qué querría a continuación? ¿Su caballo? Soltó la silla y lo analizó. ¿Por qué una peineta de diamantes era tan importante para un hombre capaz de comprar docenas de ellas? ¿O no tenía dinero? No había leído nada que indicara que el vizcondado estuviera en peligro financiero, y esas noticias siempre aparecían en los periódicos. Aún así, no conocía bien sus circunstancias.

“Dígame.” Tamborilearon sus dedos contra sus labios. “¿Por qué necesita tanto mi peineta de diamantes?”

“Es un asunto personal.”

“¿Está planeando tentar a una mujer con eso? Porque si es así, iré directo a la sala de juegos

y les diré a todos que usted es un tramposo, un ladrón y un... un... maldito mentiroso.”

“¡No! No, se lo ruego, por favor, mis razones son bastante respetables.” Hizo un gesto hacia la puerta. “Regresemos tranquilamente a la sala de juegos. Terminaré mi partida de ajedrez y luego me ocuparé del asunto por el que vine.”

“¡Ah! Entonces, usted está aquí con un propósito distinto al de jugar al ajedrez con una habilidad moderada.”

“Discúlpeme, pero estoy ganando.”

“Usted solo cree que está ganando. Todo lo que su oponente necesita hacer es mover su peón a d-tres y, recibirá jaque mate. ¡Usted ya fue engañado!”

“Pero yo...” Berwick parpadeó, mirando a un lado, como si estuviera imaginando el tablero. “¡Maldita sea!”

“Ahora, a menos que quiera que dé la vuelta inmediatamente, y exponga su travesura, insisto en que me diga exactamente por qué necesita mi peineta.”

Berwick dejó caer los hombros, mientras suspiraba y se enderezaba.

“He llegado a sospechar que mi hermano fue asesinado.”

*¡Cielos! Eso era lo último que esperaba que él dijera.*

“¡Oh, cielos! ¿Sabe quién lo hizo?”

“Tengo una lista, cada vez mayor de sospechosos, pero como entusiasta de las carreras, es muy probable que usted sepa que el caballo del señor Crockford venció al de mi hermano, en el Derby.”

“Ciertamente, asistí a la carrera con mis parientes, y Venom era el favorito, mientras que Red Charlie era un outsider; el caballo de Crocky incluso se inscribió como un sustituto de último momento.”

“Sí,” dijo Berwick, arqueando las cejas, como si estuviera sorprendido que Modesty supiera el nombre del caballo de Crocky. “Además, quería que los periódicos informaran de la desaparición de los diamantes porque me enteré de que el hombre también comercia en el mercado negro. Tenía la intención de tentarlo con la peineta, después de la competencia de ajedrez.”

“Pero, ¿yo no sospecharía de usted?”

“Esa era la cuestión. No podría haber forma de demostrar que le robé la peineta porque usted no sabía cuándo la tomé.”

Modesty abrió la boca para argumentar su punto, pero él levantó la palma.

“El objeto podría haberse caído de su cabello, a todos los efectos. De todos modos, mi estrategia es... presentar una propuesta comercial que Crockford no pueda rechazar... una que me permita obtener acceso a su operación clandestina y, con suerte, exponerlo como un asesino.”

“¿Cómo, exactamente? ¿No necesitaría un suministro constante de peinetas de diamantes?”

“De hecho. ¿Dónde mejor encontrar esas piezas que en los salones de baile de la alta sociedad? ¿Quién mejor para robárselas que un par del reino?”

“¿Pero eso no es robar? ¿Cómo puede devolver los artículos, si usted se los da al Tiburón, para que coma?”

“No planeo convertirme en ladrón. Sin embargo, para atrapar a un ladrón, que también es un asesino, uno tiene que fingir ser una persona ruda.”

“Ya veo.” Modesty no lo veía. El plan de Su Señoría estaba lleno de debilidades. Docenas de preguntas vinieron a la punta de su lengua. “Pero, ¿por qué no llevó esto a Bow Street?”

“Lo intenté. Examinaron los hechos: el forense declaró la muerte de Alfred por causas naturales, y como murió solo en su cama, sin signos de lucha, creen que no hay nada más que

investigar.”

“Usted dijo que tiene una lista. Aparte de Crocky, ¿quién más está allí...?”

“Algunos cabos sueltos en su mayoría. Me han hecho creer que Alfred podría haber estado cortejando a alguien. El día antes de morir, compró un anillo de zafiro para el cual encontré la caja, pero... No hay anillo.”

Modesty sonrió, cuando esa imagen de la caja comenzó a transformarse de borrosa a turbia.

“¡Och! ¿Puedo ayudarlo?”

“¿Discúlpeme? Tiene que ir a casa y hacer lo que hacen las señoritas de su calaña.”

“¿No lo ve? El hecho que sea mujer no significa que sea inútil. Puedo ayudarlo. ¿Quién mejor para averiguar a quién cortejaba el ex vizconde, que la hermana de un duque, que está en Londres para su primera temporada?”

Berwick lo consideró.

“¿Usted sabe a quién cortejaba mi hermano?”

“No, pero puedo averiguarlo.”

“Gracias por su preocupación, pero no. La muerte de Alfred es un misterio que debo resolver por mi cuenta.”

Mientras se enderezaba y se movía alrededor de la mesa, Modesty le bloqueó el paso.

“He soportado demasiado a los hombres que pasan por alto mi valor porque soy mujer. Como tengo el pelo rojo y pecas, los hombres como usted suponen que soy una *frivolité*. Pero le diré, aquí y ahora, tengo una mente y una voluntad fuerte, y soy capaz de acceder a lugares, a los que a usted, milord, no se le permite entrar.”

“¿Cómo? ¿Por ejemplo?”

“Como los salones de descanso de las damas. Como las fiestas de té solo para damas. Como las partidas de ajedrez, en casas, donde a las mujeres se les permite jugar.” El último punto era simplemente un reflejo de su irritación por ser excluida de tales juegos, cuando ella era la mejor jugadora de ajedrez de su familia. Y por el hecho que él no tenía idea, que ya había perdido su partida, ella estaba razonablemente segura que era más hábil en ajedrez, que Berwick.

Él le ofreció el codo.

“Mi carruaje está esperando en el callejón. Haré que mi chofer la acompañe a su casa.”

“No me iré. No hasta que usted acepte...”

Él resopló, con irritación reflejada en sus ojos.

“Si cree que puede averiguar, a quién podría haber estado cortejando mi hermano, sin informar a todo el mundo en Londres, que estoy buscando al asesino de Alfred, no veo ningún problema en permitirle hacer algunas averiguaciones discretas.”

“¿En serio, usted cree que revelaría su secreto?”

“No me ha dado ninguna base para suponer lo contrario.”

“No estoy de acuerdo. Podría haberles dicho a todos en el baile de anoche que usted me robó la peineta. Y si usted es demasiado arrogante para darse cuenta que no me creerían, incluso si intentara deshonrarme, entonces le escupiría en el ojo. Mi hermano me creería y...”

“Eso es con lo que contaba.”

“¡Oh!” Modesty se quitó una partícula imaginaria de pelusa de la chaqueta. “Entonces, ¿estamos de acuerdo?”

Con una fuerte presión en la mandíbula, Berwick tomó su mano y la colocó en el centro de su codo.

“¿Por qué siento que me arrepentiré de esto?”

“No lo hará.” Ella apartó la mano y se frotó la palma de la mano contra los pantalones. “Si

me acompaña a la sala de juegos, como lo haría con una dama, todos sabrán que soy una mujer.”

## Capítulo cinco

Si tan solo Kenneth pudiera despedirse de Lady Modesty y regresar a su sangriento juego de ajedrez. Excepto que no tuvo más opción que sacarla de Waiter's, antes que todos los presentes se dieran cuenta que no solo era una mujer, sino también la hermana del estimado duque de Dunscahy. Además, era culpa suya, que ella hubiera venido, en primer lugar. Él era la razón por la que ella se había puesto un disfraz tan ridículo. Si él no hubiera hurtado la maldita peineta, ella estaría felizmente bordando cojines de asiento, u ocupada en alguna otra actividad apropiada.

Peor aún, se suponía que ella no debía ir tras él. Tampoco esperaba que supiera, directamente, que había sido él quien había cogido la peineta. Quizás había sido demasiado revelador, cuando dijo que conocía su secreto, y que ella pronto conocería el suyo.

Por alguna razón absurda, en el baile, se había sentido abrumadoramente tentado de burlarse de ella. Él nunca fue alguien que bromeara, pero la mujer era tan condenadamente adorable, como un cachorro al que no podía resistirse a abrazar. Excepto que ella es muy diferente a un cachorro. Aunque sus enormes ojos azules brillaban con un toque de picardía.

¿Qué hombre podría resistirse a una mujer así, cuando bailaba un vals tan suavemente, como un experto patinando sobre hielo? Envolver a Modesty MacGalloway, en sus brazos, podría provocar su perdición. Nunca en todos sus días sus rodillas se habían debilitado, como lo habían hecho, cuando colocó su mano sobre su delicada cintura, durante el vals, en la víspera anterior. Sin embargo, un abrazo estaba completamente fuera de discusión. ¡Esto era inconcebible! De hecho, Kenneth decidió resueltamente que nunca más debía tocarla.

¿Quizás debería haber optado por el cotillón o por un minueto? Kenneth solo tuvo que culpar de su agitación de la lengua al champán, que había consumido, antes del maldito vals. Las bebidas burbujeantes siempre lograban subirse directamente a su cabeza. Incluso la cerveza le resultaba más embriagadora, que una copa de brandy. Tomó un sorbo de brandy, y consiguió que un vaso le durara al menos una hora. ¿Era por el champán de anoche? Dos vasos se habían deslizado por su garganta tan rápido como agua fría.

Ahora había llegado el momento de lavarse las manos, ante esta debacle impuesta por él mismo. El problema en cuestión era que Lady Modesty era obviamente demasiado inteligente para su propio bien. Quizás ella debió haber nacido hombre porque ciertamente manejaba un caballo como tal. ¡Cielos! Había hecho galopar a un caballo pura sangre por el hipódromo, como si lo hubieran disparado por un cañón.

Independientemente de su habilidad con las riendas, ciertamente, la impetuosa no llenaba un par de pantalones, como un hombre. Sus caderas eran suaves y redondas, como un reloj de arena. Su rostro era demasiado atractivo, con delicadas cejas arqueadas y una boquita atrevida, que no podía ser masculina. A pesar de sus adorables pecas, por sus dedos, ya se sabía que su piel era más suave que el terciopelo. El problema era que no podía dejar de pensar en cuánto deseaba saberlo con certeza.

*¡Maldita sea! Lo último que necesito es una mujer que cometa un error en mi investigación.*  
Él hizo crujir sus nudillos.

“Muy bien, para evitar un espectáculo, por no hablar de un escándalo absoluto, saldremos juntos, y nos dirigiremos directamente a la entrada trasera.”

“¿Pero qué hay de su almuerzo? ¿No está hambriento?” Preguntó Lady Modesty.

Kenneth estaba hambriento.

“Le aseguro que no podré comer nada hasta que esté seguro que usted está a salvo, dentro de mi carruaje, y se dirija a su casa.”

Ella asintió y juntos caminaron por la sala de juegos, que estaba vacía aparte de un puñado de lacayos de gran tamaño, quienes custodiaban los tableros de ajedrez. Kenneth miró hacia donde había estado sentado, y resistió la tentación de examinar el tablero. Tenía pocos motivos para dudar de la acusación, que estaba a punto de perder. Quizás esa presencia femenina lo había distraído. Después de todo, él no era alguien que pasara por alto un peón, que estaba a punto de causarle jaque mate.

“Por aquí,” dijo, guiándola por un pasillo.

“¡Oh, cielos! He estado tan preocupada por la perspectiva de resolver su misterio, que olvidé preguntarle cuándo puedo esperar que me devuelva mi peineta. El baile de Ruthland... dentro de quince días. Es el evento más anunciado en Almack’s...”

“En primer lugar, usted no va a resolver el misterio de la muerte de Alfred. Simplemente, debe utilizar su red de amigas para descubrir a quién podría haber estado cortejando mi hermano.” Él abrió la puerta. “Y en cuanto a su peineta, le doy mi palabra que le será devuelta, antes del baile.”

“Pero...” Su expresión cambió abruptamente de curiosa a asombrada, Lady Modesty se detuvo y se llevó las manos a la cabeza. “¡Oh, cielos! Olvidé mi sombrero.”

Con la esperanza que nadie oyó a la mujer chillar, como una muchacha caprichosa de las Tierras Altas, Kenneth miró hacia el pasillo. ¡Maldita sea! Ya casi estaban afuera. No podían regresar al vestíbulo de entrada por un maldito sombrero.

“Le compraré uno nuevo.”

“¿Uno que encaje?” Preguntó con un atrevido movimiento de cabeza. “La cabeza de Martin es enorme.”

Kenneth colocó la palma de su mano, en la parte baja de su espalda, e instó a la mujer a continuar.

“Ciertamente.”

“Te haré cumplir.” Él abrió la puerta y ella entró. “Para que lo sepa, mañana tomaré el té con mi hermana, la condesa de Brixham, y mi querida amiga Kitty. Allí empezaré a hacer averiguaciones sobre su hermano.”

“Excelente,” replicó sin escuchar realmente, cuando captó la mirada de su conductor. La mirada del tipo rápidamente se movió hacia arriba, mientras que su expresión cambió de agradable a alarmada.

Una sensación inmediata de un presentimiento hizo que el pelo de la nuca de Kenneth se inflamara.

El tiempo se ralentizó, aunque el aire exterior seguía mortalmente quieto.

Sobresaltado por el sonido de cristales rotos arriba, él se abalanzó sobre la dama, rodeándola con sus brazos, mientras se lanzaban hacia los adoquines. Moviéndose, mientras caían, Kenneth logró girar lo suficiente para absorber la mayor parte del impacto con su hombro, protegiendo a Lady Modesty de la fuerte caída.

Su chillido agudo le irritó los tímpanos.

Una afilada cascada de vidrios repiqueteó, a su alrededor, mientras Kenneth se hacía a un lado, realizando todo lo posible para proteger a la mujer en sus brazos... justo antes que un cuerpo aterrizara exactamente donde habían estado. El repugnante golpe heló a Kenneth hasta los huesos, apretando su agarre. Ella desvió su mirada hacia los ojos helados y vacíos de Ward

Crockford.

“¡Él je... fe...! ¡Él está muerto!” Gritó Lady Modesty, sobresaltada. Su cuerpo temblaba.

Su movimiento hizo que la mano de Kenneth se desplazara por la espalda de ella. Un líquido cálido rezumaba entre sus dedos.

“Usted está sangrando...” dijo él, sacando un fragmento de vidrio del abrigo.

“¿Un hombre acaba de caerse por una ventana y a usted le preocupa una pequeña gota de sangre?” Ella hundió su cabeza sobre su pecho con bastante fuerza. “¡Acabo de hablar con él, cuando llegué!”

“Lo sé,” respondió Kenneth, mirando hacia arriba, observando a una sombra, que se movía en la ventana de arriba. La sombra envió otro escalofrío, a través de su sangre, como si un espíritu maligno hubiera llegado para hacer que Crockford pagara su penitencia. “Vamos, debo sacarla de aquí, antes que todos, los que se encuentren a cincuenta pasos a la redonda, sepan que una mujer se estaba haciendo pasar por un hombre en Waiter’s, en el momento, en que el propietario cayó y murió.”

Pareciendo aturdida y confusa, Lady Modesty comenzó a alejarse de él, con las piernas enredadas, como si no estuviera muy segura sobre qué hacer a continuación.

“Iremos poco a poco.” En un solo movimiento, se sentó, sosteniéndola en sus brazos, gruñendo, mientras su hombro punzaba de dolor.

“Usted también está herido,” dijo ella, sin hacer ningún movimiento para deslizarse fuera de su regazo.

“No es nada,” gruñó en un susurro, mientras una fila de lacayos salía corriendo por la puerta. “Recuerda que soy un hombre.”

Sus palabras parecieron encender un fuego en la mujer, porque ella se arrastró hacia un lado, haciendo una mueca de dolor.

“Ay,” siseó con una voz más profunda, mientras los hombres de Crocky rodeaban su cadáver.

“¡Vi a alguien allí arriba!” Kenneth señaló la ventana, mientras la ayudaba a ella a ponerse de pie. “Quizás puedan atraparlo. ¡Apúrense!”

Varios lacayos regresaron corriendo al interior, mientras una multitud reunida estaba tan obsesionada con el cadáver, que apenas notaron a Kenneth y Lady Modesty. Él aprovechó su distracción y llevó a la mujer temblorosa, a su carruaje, todavía esperando a unas buenas diez yardas de donde Crockford había encontrado su fin.

“Llévanos a casa,” le dijo al conductor.

Una vez adentro, Lady Modesty se deslizó hasta el otro extremo del banco. A juzgar por su capacidad para moverse rápidamente, o su herida no era muy grave o estaba en shock, y el dolor vendría más tarde.

“No puedo ir a su casa. No sería correcto. De hecho, no deberíamos estar juntos en un carruaje.”

El golpe de las ruedas al alejarse hizo que Kenneth cayera contra el asiento, o simplemente se había caído porque estaba estupefacto más allá de toda medida.

“¿Preferiría ir a la casa de su hermano, luciendo como si la hubieran apuñalado por atrás?”

“No.” Gimió ella. “Muy bien, si me presta una camisa. Pero debemos entrar por las caballerizas. Y todavía soy un hombre, eso sí. Si alguien de su casa revela que soy la hermana del duque de Dunsaby, estaré arruinada por el resto de mis días.”

Aunque la situación era bastante grave, Kenneth intentó en vano contener la risa, mientras un resoplido se escapaba por su nariz. ¿Esta mujer que deambulaba por Londres vestida de

hombre estaba preocupada por su reputación?

“Usted se está riendo de mí.”

“No,” mintió. “Aunque me parece algo sorprendente que te importe un comino lo que la gente piense de usted.”

“No es cierto. Me importa mucho. Lastimosamente...”

“¿Mmm?”

“Estoy cansada de ser la más joven. Estoy cansada que todos me digan lo que debo hacer, y que nadie crea que puedo lograr algo.”

Kenneth giró el hombro, satisfecho de que sus articulaciones todavía parecían funcionar correctamente.

“Creo que usted es una ecuestre muy consumada.”

“Gracias, pero quiero hacer cualquier cosa que sea importante.”

“¿No cree que la capacidad de manejar un caballo de carreras alegre sea importante?”

“¡Usted es insoportable!” Modesty arqueó la espalda, e hizo una mueca. “Me refiero a todo lo que la sociedad valora en una mujer. No soy muy elegante ni hermosa, ni tengo inclinaciones musicales. El bordado me resulta aburrido y siempre hojeo las páginas de los libros para poder acelerar hasta el final y descubrir qué pasó. Además, mi madre cree que debí haber nacido niño.”

Kenneth también lo pensaba.

“Creo que usted es hermosa,” espetó. ¡Cielos! Realmente, ¿había dicho una falacia tan condenable? Modesty MacGalloway tenía demasiadas pecas para ser linda, en el sentido de lo que la sociedad consideraba una belleza icónica, pero era una mujer interesante.

*No, eso no es.*

*¿Querida?*

*¿Traviesamente linda?*

*Ciertamente, ¿no es bonita?*

*Multifacética, sin duda.*

*Curiosamente atractiva e imposible de ignorar es más apropiado, pero, ¿cómo puede un hombre expresar tal sentimiento sin sonar como un absoluto canalla?*

En lugar de expresar su aprecio y gratitud, ella lo miró con esos azules intensos, sospechando que no se le escaparía nada.

“Tengo cinco hermanos... Una hermana que en su primera y única temporada fue la muchacha más hermosa de la alta sociedad. Conozco mis debilidades y mis fortalezas, así que no intente hacerme sentir como un diamante de primera.”

Tan pronto como ella le dio la orden de cerrar la boca, se acurrucó y se cubrió la cara con las manos.

“¡Och! No puedo creer que Crocky se haya caído por una ventana, a pocas pulgadas, de donde estábamos.”

Según la estimación de Kenneth, el tipo aterrizó exactamente donde ellos estaban.

“Y usted planeaba hablar con él.” Ella extendió las manos. “Era uno de sus sospechosos. ¿Aún cree que él es el asesino?”

“No tengo ni idea.” Kenneth se pasó una mano por la cara. Algo le decía que la muerte de Ward Crockford tampoco fue un accidente. Sin embargo, ¿podría alguien demostrar que el hombre había sido asesinado? Además, Kenneth no tenía motivo alguno para suponer que la muerte de su hermano y la de Crocky estuvieran relacionadas. El único denominador común que conocía era el hecho de que ambos hombres tenían caballos corriendo en el Derby de Epsom.

\*\*\*

Este fue un giro de los acontecimientos absolutamente insostenible. Todo lo que Modesty había intentado hacer era recuperar su peineta. Una vez que los latidos de su corazón volvieron a un ritmo algo normal, sintió como si realmente la hubieran apuñalado por la espalda. Y ahora estaba sola en un carruaje con un hombre que apenas conocía, y que ya le había robado. ¿Y si ese personaje fuera lascivo? ¿Qué pasaría si albergara dispositivos de tortura en su casa? ¿Y si hubiera asesinado a su hermano para reclamar el vizcondado?

*Bueno, no puedo permitir que mi imaginación llegue tan lejos. Después de todo, era de conocimiento general que Kenneth Davenport estaba en el norte de Inglaterra, cuando su hermano encontró la muerte. Incluso el funeral tuvo que posponerse hasta la llegada del nuevo vizconde.*

Miró a Berwick por el rabillo del ojo, mientras la catástrofe de la tarde se repetía en su mente. Honestamente, si no hubiera sido por Su Señoría, seguramente habría sido aplastada por el inmenso cuerpo del señor Crockford.

*¡Oh, todavía es demasiado horrible pensar en ello!*

El vizconde había reaccionado, antes que Modesty supiera que el cristal de la ventana se estaba rompiendo. Ella esperaba aterrizar de cara sobre los adoquines, pero en el último instante, él la había movido, protegiéndola de cualquier daño. Excepto que, a pesar de estar protegida por Berwick, había sido golpeada por un fragmento de vidrio.

Su Señoría apartó la cortina del carruaje.

“Llegamos a las caballerizas. ¿Necesita ayuda para bajar, milady?”

Aunque él tenía una voz profunda y cautivadora, que la atravesaba como chocolate caliente, necesitaba mantener todas las pretensiones de su disfraz.

“Soy perfectamente capaz, gracias.”

“Como usted quiera,” replicó, abriendo la puerta y luego bajando de un salto.

“Uf,” gruñó Modesty, su espalda ardía con una punzada aguda, mientras se deslizaba hacia la abertura.

“¿Está usted bien?”

Ella podría estar mejor.

“Simplemente, es un rasguño,” logró gruñir, una vez más, afectando su voz más profunda, mientras bajaba pesadamente hasta el escalón, que en su opinión era demasiado bajo, lo que la hizo estirar demasiado la pierna.

Berwick abrió el camino por la puerta trasera y pasó por las cocinas, donde un cocinero apenas les dirigió una mirada.

“Ahí está, milord,” dijo un hombre vestido con un traje negro de mayordomo. “Lo estaba esperando en la puerta principal.”

“Mi amigo, el señor... Ah... Me temo que Modistie fue golpeado por un fragmento de vidrio.”

“¡Qué horrible!” El mayordomo miró a Modesty con preocupación. “¿Voy a buscar un poco de agua y rollos de vendas?”

“No,” respondió Modistie. “Gracias.”

“Por favor, hágalo.” Berwick la condujo hacia las escaleras de servicio. “Y envíe a la señora Fielding a mi dormitorio con aguja e hilo.”

“Me temo que el ama de llaves tuvo que abandonar Londres urgentemente durante un par de semanas. Su padre está muy enfermo. ¿Debo traer esos artículos también?”

“Sí, por favor.”

Modesty golpeó al vizconde con el codo.

“No necesito que me cosan.”

Por amor al Cielo, no podía subir las escaleras con un hombre. Mordiéndose el labio, ella esperó hasta que el mayordomo se perdió de vista, antes de detenerse, a medio camino de las escaleras, y mirar a Berwick. ¡Maldita sea! Él aún era más alto, a pesar de que ella estaba un paso más arriba.

“No puedo ir a su dormitorio,” susurró con fuerte énfasis.

“Pero ahí es donde guardo mis camisas.” Él la instó a seguir adelante. “Le doy mi palabra que no la importunaré.”

“¿Cómo puedo creerle a un hombre que me robó?” Le preguntó por encima del hombro.

“Dije que devolveré la peineta.” Cuando llegaron al siguiente piso, él la rodeó y le tendió la pieza con sus brillantes diamantes llamativos. “Aquí está, tómela...”

“Gracias,” dijo ella, agarrándola y siguiéndolo a su maldito dormitorio. Si su madre alguna vez se enterara de esto, la convertiría al catolicismo solo para enviar a Modesty a un convento, y encerrarla allí por la eternidad.

“¿Quiere que eche un vistazo a su herida?”

Ella se paró en medio del suelo con los brazos cruzados sobre el pecho.

“¿Usted?” Ella se burló. “Ahora sé que es un poquito tonto.”

“¿Le ruego que me disculpe?”

“No.” Ella se quedó boquiabierta, ante la enorme cama con dosel, y dio un gigantesco paso para alejarse de ella. “Si fuera tan amable de darme una camisa limpia, y dejarme en paz, estaré en camino, en poco tiempo.”

Le dio unos golpecitos en el codo, y lo instó a que le diera la espalda.

“Por el aspecto del agujero en su abrigo, usted también necesitará un reemplazo.”

Modesty simplemente necesitaba entrar en la cochera de su hermano, donde había dejado su pelliza, en una vieja y polvorienta silla de manos, al menos estaba polvorienta por fuera.

“El abrigo que llevo estará bien.”

“Al menos es negro y no se ve demasiada sangre.”

Esperó impaciente, mientras él iba a buscar una camisa, y luego aceptaba del mayordomo dos rollos de vendas, un cuenco de agua tibia y una aguja con un carrete de algodón. Una vez que se cerró la puerta, Su Señoría colocó los artículos en el lavabo.

“Su herida está terriblemente cerca de su columna. ¿Está segura que no necesita ayuda? Podría llamar a una criada.”

“¿Y ella sabría que hay una mujer en su dormitorio? Me moriría del escándalo.” Modesty estiró la espalda, e hizo una mueca. “No es tan malo. Por favor, váyase. Si me entretengo mucho más aquí, me extrañarán.”

“Algo me dice que una mujer que se escapa para pasar tiempo en una pista de carreras alberga numerosas excusas sobre su paradero.”

Tosió con exasperación. En verdad, su doncella era una joya que nunca podría ser reemplazada en ese sentido. Modesty nunca se había quedado afuera toda la noche, pero si lo hacía, Randolph no permitiría que un alma entrara a su dormitorio. Simplemente agradeció a las estrellas, que no tenía compromisos esta noche, lo cual era una ocasión rara, dado que la temporada estaba en su apogeo.

Ella le quitó la camisa de la punta de los dedos.

“Váyase. Por favor.”

“Muy bien.” Señaló una puerta contigua. “Estaré allí, por si necesita algo.”

“No lo necesitaré.”

Tan pronto como estuvo sola, Modesty se quitó rápidamente el abrigo, el chaleco, la corbata y la camisa, que no le sentaban bien, y su espalda estaba saturada de sangre. Se alejó del espejo, miró su corsé por encima del hombro y siseó. Era nuevo y estaba completamente arruinado. Aunque lo más probable es que la prenda impidió que el vidrio la cortara más profundamente.

Cogió un rollo de vendaje y trabajó para envolverlo alrededor de su torso tan rápido, como se desenrollara. La quinta vez, tiró el cuenco de agua del lavabo, se abalanzó para recogerlo, pero el maldito objeto se deslizó fuera de su alcance, y se hizo añicos, en el suelo, mientras ella perdía el equilibrio y caía al charco.

Antes que pudiera soltar un grito, Berwick cruzó la puerta, y se arrodilló junto a ella.

“¿Qué pasó? ¿Está herida?”

Modesty hizo un ovillo y cruzó las manos sobre el pecho.

“Usted no puede estar aquí.”

“Esta es mi casa, mi dormitorio, y puedo estar donde quiera.” Se inclinó sobre ella y examinó su espalda. “¿Usó corsé?”

“Sí. Son más efectivos que las ataduras.”

Se inclinó más cerca... de lejos a cerca según la estimación de Modesty.

“Y por lo que parece, lo más probable es que el mismo le haya salvado la vida.”

Ella intentó girar para echar un vistazo, pero su herida estaba en el lugar más inaccesible.

“Quizás si lo intento con otro vendaje...”

“Yo creo que no. Todavía está sangrando.” Él tiró de los cordones. “Esteartilugio necesita desaparecer.”

“¿Qué?” Gritó ella, apretando sus brazos sobre sus pechos. “Absolutamente, no.”

“Entonces, tendré que llamar al médico.”

“¡No!”

“¿Entonces, quién? No estoy bromeando, milady. Necesita cuidados. Alguien debe ocuparse de su herida.” Se levantó y se dirigió hacia el timbre. “Voy a llamar a su hermano.”

“¡No, no, no, no!”

Berwick volteó y se cruzó de brazos.

“Tu hermano o un médico. ¿A quién?”

Gimiendo, Modesty dejó caer la cabeza hacia adelante. El vizconde ya había visto sus hombros desnudos, también podría evitar que un grupo de otros hombres la vieran en un estado de desnudez tan impactante.

“Le permitiré echar un pequeño vistazo a mi herida.”

“Gracias.”

Por amor a Moisés, le desató los cordones con más destreza que Randolph.

“¿Tiene experiencia con prendas de mujer?”

“Un poco.”

“No le creo.”

“Está bien. Es posible que haya desatado uno o dos tirantes en el pasado.”

Ella no lo presionó más, aunque imaginó que el número era significativamente mayor que unos pocos.

Él siseó, cuando la prenda se abrió.

“¿Es mala?” Preguntó ella, encogiéndose.

“Nada que media docena de puntos no solucionen.”

“¿Seis? ¡Usted no puede hablar en serio!”

## Capítulo seis

Kenneth levantó la licorera. “¿Más brandy?” Preguntó, bastante inseguro de si estaba haciendo lo correcto. Obviamente, no quería causarle dolor, pero tampoco tenía muchas ganas de ver a la mujer en sus copas.

Lady Modesty se balanceaba en el sofá. Todavía tenía la venda envuelta alrededor de su corsé arruinado y una pequeña manta sobre sus hombros.

“Un trago más, supongo.” Este era el tercero y, con cada bebida, su acento escocés se hacía más pronunciado, como el de una muchacha de las Tierras Altas, que había estado enclaustrada en las Hébridas Exteriores, toda su vida.

Lo pensó dos veces, antes de volver a llenarle el vaso, pero los puntos dolían, incluso cuando un médico de dedos ágiles los estaba cosiendo. Kenneth solo había cosido a los animales heridos, y estos bramaban mucho. ¿Quién sabía cuánto le dolerían a ella los puntos, cuando cogiera la aguja y el hilo?

Tomó un sorbo y arrugó su pecosa nariz.

“No es como el vino porque el sabor no mejora en absoluto, después de los primeros tragos.”

“Supongo que eso es algo bueno, de lo contrario habría muchos más hombres deambulando en sus copas... Y las mujeres,” murmuró, tomando otro trago. Se sentó un momento y luego apoyó la barbilla en el pecho. “¡Och! Lo que usted debe pensar de mí. Soy un desastre desaliñado.”

“En absoluto,” dijo, dejando la jarra en el aparador y regresando con su vaso.

“No quiero que piense que soy un guante flojo, ¿usted sabe? Nunca deberá pronunciar una palabra sobre esto. Después de todo, si no hubiera robado mis diamantes, yo no estaría en esta situación.”

Si antes se arrepentía de haber pellizcado la maldita peineta, ahora lo hacía doblemente. Kenneth necesitaba tiempo para pensar. La persona que encabezaba su lista de presuntos asesinos acababa de caer por una ventana, pero ahora él estaba trabajando como sanador para una joven, que debería estar sentada en su salón, disfrutando de una taza de té. *¡Té, maldita sea!* No, ella estaba bebiendo brandy, en su dormitorio.

Kenneth se acercó a ella para sentarse en el sofá, pero se detuvo, y decidió que la dama estaría más cómoda, si él optara por la silla de enfrente.

“Tiene mi palabra, nada de lo que ha ocurrido este día será revelado.”

Ella se desplomó un poco más.

“Sé que no soy lo suficientemente atractiva para personas como usted.”

“¿Le ruego que me disculpe?” Preguntó, completamente desconcertado. No, Lady Modesty MacGalloway no era hermosa para los estándares de la sociedad educada, pero tenía un atractivo único, ejemplificado por el mero hecho que él no había podido ignorarla, desde que puso un pie en el maldito salón de baile del duque de York. Pensó en cogerle la mano, pero se detuvo, y cerró los dedos en un puño. “Hay un malentendido. Simplemente, quise decirle que no traicionaré su confianza.”

“¡Oh!” Ella sonrió, ocultando rápidamente su sonrisa detrás de su mano. La dama tenía una sonrisa encantadora. Su labio inferior estaba un poco más lleno que el superior y sus ojos

brillaban, como si solo ella poseyera la clave de la felicidad.

Él tomó un sorbo. Ella también lo hizo.

“Háblame del caballo que montaba en el hipódromo,” dijo él.

Esta vez su sonrisa iluminó toda la habitación, como un rayo de sol que irradia a través del cristal de una ventana.

“Poseidón. Se retiró de la pista, por supuesto, porque Marty no me permitiría comprar un caballo, que todavía estuviera corriendo. Mi hermano insiste en que los caballos de carreras, en su mejor momento, son demasiado enérgicos para gente como yo.”

El duque parecía un hombre razonable. Aunque Kenneth había visto a Dunscahy, una o dos veces, todavía era demasiado “nuevo” en su título, para llegar a conocer al duque.

“Bueno, Poseidón ciertamente no es un fastidio.”

Su expresión cambió una vez más a la de una gata saciada. A diferencia de la mayoría de las mujeres inglesas, que tenían fama de estoicismo, Modesty era bastante expresiva.

“Es más rápido que Marty Kens.”

“Mmm... Eso me sorprende. Creo que Su Gracia sería un excelente juez de la carne de caballo.”

“Tal vez, pero estoy mejor. Tomemos como ejemplo a Venom.”

Kenneth se enderezó.

“¿Conoce el caballo de mi hermano?”

“Aposté por él.”

“¿Usted?”

“Bueno, Kitty y yo apostamos, entre nosotras.”

Recordó a la hermana de Brixham, era bastante atractiva y más bien una típica chica mimada de la alta sociedad. Pero a Kenneth no le interesaban las queridas, ni siquiera las pelirrojas, envueltas en ropa de fumar, sentadas en el sofá de su dormitorio. Aún así, sí quería saber más sobre el campeón de su hermano.

“¿Qué tanto conoce a Venom?”

“Lo he admirado desde la distancia,” respondió ella, suspirando como si el caballo fuera un pretendiente intocable del que se había enamorado perdidamente. Era eso o ella realmente estaba cayendo en sus copas. “Como está alojado en el mismo establo que Poseidón, le he pasado algún que otro trozo de caramelo.” Dejó su vaso sobre la mesa baja, y luego se dio unas palmaditas en los labios. “Perdóneme. Será mejor que no termine ese trago, de lo contrario, no encontraré el camino a casa.”

Aunque no había posibilidad que permitiera a la joven salir de su casa sin escolta, Kenneth estuvo de acuerdo y tomó la aguja, que ya había enhebrado.

“¿Está lista?”

“¿Debo estarlo?” Su frente se arrugó.

“Creo que es hora que nos ocupemos de su lesión. ¿No habrá alguien buscándola pronto?”

Miró el reloj de la repisa y Kenneth siguió su mirada. Eran casi las tres y media de la tarde.

“No,” dijo de inmediato. “Afortunadamente, mi madre se fue a Bath, a disfrutar de las aguas con algunas de sus amigas.” Ella resopló con hipo. “Kitty y yo las hemos llamado las viudas rebeldes.”

“¿Realmente? ¿Cómo llegaron a ese apodo?”

“Bueno, viudas encantadas no encajaba. Así que, como se reúnen anualmente en Londres y dejan a sus familias para ir de excursión por el campo, nos conformamos con considerarlas como rebeldes.”

Kenneth se rió entre dientes. Alfred y él habían puesto apodos a varias personas, aunque la mayoría de ellos eran mucho más insultantes que *rebeldes*. Se acercó al sofá y tocó ligeramente la manta, que cubría el hombro de Modesty.

“¿Puedo?”

“Lo haré,” dijo, dándole la espalda, y permitiendo que la manta se deslizara hasta sus caderas.

Lentamente, él desenrolló las vendas, como si fuera consciente de cuánto la torturaba. Con los ojos entrecerrados, ella miró por encima del hombro, avivando un fuego dentro de él. Pero ella era inocente. Una mujer que sabía poco o nada sobre cómo seducir a los hombres.

¡Cielos! Su piel era del color de la crema fresca, y parecía más suave que el pelaje de un cordero recién nacido. Si tan solo pudiera presionar sus labios contra su nuca, y permitirse una pequeña muestra de tanta succulencia. Pero había prometido comportarse. Kenneth había levantado su cuota de faldas, a lo largo de los años, pero seguía siendo un hombre de palabra.

En cambio, esperó a que la dama estuviera lista, y luego ella se agarró la manta sobre el pecho, como si fuera excesivamente consciente de sí misma. Podía creer su timidez.

Obligándose a volver a concentrarse en la tarea, que tenía entre manos, Kenneth inspeccionó la herida.

“La hemorragia se ha detenido, en su mayor parte.”

“¿Todavía necesito puntos?”

Colocó suavemente sus dedos a cada lado de la herida escarlata y dentada. Al presionar, el corte se abrió y un chorro de sangre goteó hacia abajo. Kenneth no era médico, pero atendía las heridas de sus ovejas, y la experiencia pasada le había enseñado que era mejor pecar de cauteloso.

“Quizás solo un par.”

“¿Dos?”

“O tres.” Encogiéndose, aplicó la aguja.

Con un grito ahogado, Modesty se sobresaltó y se arqueó, haciendo que la aguja cayera de sus dedos.

“¡*Banshees gritones!* Usted dijo que si bebía un poquito o dos de brandy, ¡no me dolería!”

Kenneth sacó la aguja del montón de vendas.

“Dije que no dolería tanto.”

“¡No mienta! Eso duele.”

“Ni siquiera saqué una gota de sangre,” dijo, aunque tras una inspección más cercana, había extraído más de una gota.

Ella se arqueó y miró por encima del hombro, como si pudiera ver algo, en medio de su espalda, así fuera un pinchazo.

“¿Está seguro que sabe manejar la aguja y el hilo?”

“He cerrado muchas heridas en mi pasado,” respondió, omitiendo convenientemente el hecho que todos sus cuidados habían sido con animales. Ovejas, en su mayoría, pero una vez le había curado la pata rota a un perro. “Intente respirar profundamente, y suéltelo lentamente.”

Lady Modesty hizo lo que él le pidió, dos veces, después de lo cual la tensión en sus hombros se alivió visiblemente. Antes de que Kenneth lo intentara de nuevo, colocó una de sus palmas sobre su carne fría. Él tenía las manos calientes, y su acción era recompensada por el más mínimo suspiro.

“Háblame de Kitty,” dijo para distraerla.

“Ella es mi amiga más querida.”

“¿Cómo la conoció?”

“¡Oh! Es toda una historia.”

“Tengo tiempo,” respondió, empujando con cuidado la aguja, a través de las dos mitades abiertas de la piel.

Lady Modesty siseó, y se movió un poco, pero no se despegó como antes.

“Bueno, después que Marty se casara con Julia, compró la propiedad de Brixham para su esposa porque allí fue donde ella creció... su padre era el ex conde, ya usted sabe...”

“Julia quería convertirlo en un hogar para señoritas, que habían atravesado tiempos difíciles. Viajé allí con mi hermana mayor, Charity.” Modesty volvió la oreja por encima del hombro. “A Charity se le dio la oportunidad de ocuparse de la casa, durante el verano.”

“¿Lo hizo?” Preguntó Kenneth.

“Sí, y poco después que llegáramos, el techo del granero se derrumbó, casi me mata, claro está, y el carnicero vino a repararlo. También era una especie de carpintero, por no hablar de boxeador. De todos modos, trajo a su hermana con él, que resultó ser Kitty.”

Después de rematar el primer punto, Kenneth hizo otro.

“Pero pensé que ella era la hermana del conde de Brixham.”

“Aún no he terminado con la historia, ¿cierto?”

“Continúe,” dijo, haciendo un nudo al ras de la piel de ella.

“Bueno, creo que Charity se enamoró de Harry, antes que descubriera que él era el siguiente en la fila para el condado. Incluso me topé con ellos, besándose detrás de la leñera. Oh, después, mamá estaba lista para encerrar a mi hermana, en una de las torres del castillo Stack... hasta que el hombre del príncipe regente vino a decirle a Harry que su tercer bisabuelo resultó ser el duodécimo conde de Brixham. A las oficinas reales les llevó meses y meses rastrear el linaje, cinco generaciones atrás, pero una vez que lo hicieron, nombraron a Harry decimoséptimo conde.”

“Un carnicero, ¿usted dijo?”

“Sí, y un boxeador. El hombre es tan fuerte como un buey.”

La muerte de Alfred había sido un golpe devastador. Pero Kenneth había sido criado, como un segundo hijo, en el vizcondado. Él era el repuesto. Y como tal, en general, había recibido casi la misma educación que Alfred. Al menos hasta que Kenneth optó por estudiar herencia biológica en la universidad.

“¡Cielos! El cambio de plebeyo a par debe haber sido una transición difícil,” dijo, incapaz de comprender lo difícil que debió haber sido para un carnicero asumir su responsabilidad, en la Cámara de los Lores.

Mientras él cortaba el hilo, Modesty bostezó.

“Quizás al principio, pero tenía a mi hermana para ayudarlo. Y mi hermano, por supuesto.”

“¿Qué pasó con el hogar para señoritas?”

“Charity y Brixham todavía lo dirigen. Aunque una vez que nació Hyacinth, ellos agregaron un ala a la mansión para mantener a la familia y a los huéspedes algo separados.”

“Me alegra oírlo,” dijo Kenneth, apoyando las tijeras y la aguja en la mesa baja.

“¿Por qué?”

“Supongo que es fácil darle la espalda a la filantropía, especialmente cuando una persona se enfrenta a los rigores de formar una familia.”

“A Charity nunca se le ocurriría algo así. Es la mujer más amable y gentil que conozco.” Modesty miró hacia la mesa y bostezó. “¿Por qué se detuvo?”

“Porque he terminado.” Kenneth levantó la manta y la colocó suavemente sobre sus

hombros, muy triste al ver tanta belleza oculta, una vez más, para él. “Dime, si su hermana es tan agradable, ¿podría enviarla con ella? Algo me dice que si la condesa es la matrona de un hogar para señoritas, que han atravesado tiempos difíciles, probablemente conservará tu confianza.”

“¿Charity?” Lady Modesty abrazó la manta. “Yo creo que no. Si Charity descubre que me he estado haciendo pasar por un hombre, entonces Kitty lo descubrirá, y aunque amo a Kitty, tanto como a mis propias hermanas, ella no puede guardar un secreto por más de uno o dos días.”

“Pero, ¿Lady Brixham guarda confidencias?” Preguntó.

“¡Oh, sí! ... Si Kitty no viviera en casa, lo más probable es que yo le contaría todo a Charity, incluso lo de aprender a ser jockey.”

*Quizás puedo llamar a la condesa y hablar con ella sobre la situación de Modesty.*

“¿Cuánto tiempo piensa visitar el hipódromo sin que Su Gracia se entere?”

“Al menos hasta la duración de la temporada.” Sentada un poco más alta, Lady Modesty se rió entre dientes. “Willett dice que soy mejor que la mayoría de los jinetes que conoce.”

“Por lo que he visto, no me sorprende, pero, ¿realmente espera participar en una carrera de caballos autorizada? Eso está prohibido para las mujeres.”

“¡Och! Dime algo que no sé. Pero, ¡me encantan los caballos! Me encanta sentir el viento en mi cabello, galopando más rápido de lo que la mayoría de las chicas se atreven. Sí, más que nada, quiero demostrar mi valía, en una pista real, en una carrera real, pero, conozco mi lugar.”

“Ya veo,” dijo, aunque no estaba muy seguro de haberla entendido. ¿Se refería a su género o a su rol de hermana de un duque?

“Mamá me lo recuerda en cada oportunidad,” continuó ella, mientras la manta se deslizaba por un hombro. Quizás todavía estaba un poco afectada por el brandy. “Debo buscar un buen partido. Debo actuar como una dama adecuada y casarme bien. No puedo viajar ni ver el mundo. No debo ir a ninguna parte sin escolta y, definitivamente, no se supone que deba andar por Londres con pantalones de hombre.”

Kenneth tiró del borde de la manta para volver a colocarla sobre su hombro desnudo. Sin embargo, dudó por un momento. En realidad, nunca había pensado mucho en la vida de las mujeres de alta cuna. Pero todo lo que milady le había dicho era la verdad absoluta. No tenía libertad para moverse, especialmente si estaba sola. Es cierto que había asumido que la mayoría de las jóvenes estaban contentas con sus vidas, tomando té, bordando ropa de cama y asistiendo a veladas. Pero ciertamente no todo el mundo era apto para una vida así. Quizás por eso inventaron el término “bluestocking”.

Sí, el hombro de Lady Modesty era tan hermoso como una cala, pero esta mujer tenía tantas facetas como los dientes de león con los que su hermana la había vinculado. Antes que Kenneth lo pensara mejor, sus labios acariciaron su hermoso hombro. No fue un beso deslumbrante, sino una expresión de reverencia, comprensión y reconocimiento de su valor.

Un pequeño jadeo sonó junto a su oreja.

“Lord,” susurró, con un sonido mucho más femenino de lo que él hubiera esperado.

“Perdóneme,” pronunció, encontrando su mirada entrecerrada. Tenía los labios entreabiertos y húmedos y, si Kenneth no lo supiera, pensaría que ella lo estaba invitando a darle un beso apasionado.

En cambio, él se puso de pie y se aclaró la garganta, fingiendo que nunca había sentido un solo anhelo por la muchacha pelirroja, a quien vio montar a caballo como un reguero de pólvora.

“Iré a buscar otro rollo de vendas.”

## Capítulo siete

Los deliciosos labios de Berwick rozaron su hombro, una y otra vez. Y con cada presión de esos cálidos y masculinos labios, ella anhelaba girar la cabeza y capturar su boca, besarlo plenamente y rodear su cuello con sus brazos, y...

“¿Modesty?”

“Vaya,” balbuceó, aturdida y de repente con dolor de cabeza, en lugar de adormecerse por los besos de plumas. Soñar durante el día siempre era mucho más vívido, que durante la noche, pero despertarse en medio de un sueño fantástico era miserable.

“¡Cielos, si no te despiertas ahora, tendré que tirarte un vaso de agua a la cara!”

Los ojos de Modesty se abrieron de golpe.

“¿Charity?” Espetó, preguntándose por qué su hermana estaba allí, y... ¡Cielos! Todavía estaba en el dormitorio de Berwick. Aparte de su amplio corsé, que ya no ocultaba nada, estaba desnuda de la cintura para arriba, simplemente cubierta por una manta.

“¿Qué estás haciendo aquí?”

“¿Ruego que me disculpes? La pregunta es: ¿qué estás haciendo aquí de todos los lugares? ¡Hadas misericordiosas, hadas! Pensé que tenías más sentido común que deambular por Londres, vestida como un hombre. ¿Tienes algún cuidado con tu reputación?”

“¿Berwick te lo dijo?” Preguntó, agarrando la manta bajo su barbilla y sentándose, recordándose a sí misma patearlo, en las espinillas, sin importar si él la había besado en el hombro con más pasión de lo que jamás había imaginado posible.

“Dijo que estabas en Waiter’s, cuando el señor Crockford fue asfixiado y murió al caerse.”

“¿Sabes algo acerca de Crocky?” Modesty se frotó las sienes, deseando que su garganta se aclarara. “Pero se cayó por una ventana. ¿Estás segura que murió por asfixia?”

“Sí, las noticias están por todo Londres. Todo el mundo lo sabe.”

Modesty miró el reloj de la repisa de la chimenea. Habían pasado dos horas enteras desde la última vez que lo había visto a las tres y media. ¿Por qué Su Señoría le permitió quedarse dormida? ¿Y en su dormitorio precisamente? Si alguien, que no fuera Charity hubiera venido, su vida habría terminado.

“Ahora déjame echarle un vistazo a tu herida.”

Modesty le dio la espalda lo suficiente como para que su hermana le quitara las vendas, y echara un vistazo a la costura del vizconde.

“Es de un rojo furioso, pero me atrevo a decir que las costuras están bien. ¿Te duele demasiado?”

“Ya no.”

Charity le dio una suave palmadita al vendaje.

“Berwick dijo que tuvo que hacer tres puntos, él mismo, porque te negaste a dejar que ninguna de las criadas de la casa te viera.”

“Sí, porque seguramente estaría arruinada.”

“¿Arruinada?” Charity abrió los brazos y miró de una pared a la otra. “Actualmente te encuentras desnuda en el dormitorio de un vizconde. Tienes la ropa manchada de sangre y el pelo recogido hacia atrás, como si planearas fumar puros y beber whisky en un club de caballeros.” Charity jugueteó con los botones de su redingote de lana azul. “Es muy bueno que

mamá no esté aquí para ver qué tan cerca estuviste de sufrir una lesión grave. De lo contrario, estarías encerrada, en tu dormitorio, por el resto de tus días; o eso, o ella arreglaría un matrimonio apresurado con algún oloroso, barón anciano que no pueda ver más allá de su nariz.”

“¿Berwick te dijo por qué no tuve más remedio que vestirme como un hombre, y hacer una pequeña aparición en Waiter’s?”

“¿Por qué importa la razón?”

“Porque él me robó la peineta de diamantes, cuando bailamos el vals la noche pasada.”

Charity se quitó el redingote.

“¿Robada por un vizconde? ¡Pshaw! ¿Cómo pudiste estar segura que él era el culpable de robarlo?”

Modesty sacó su chaqueta ensangrentada, que estaba colgada sobre el brazo del sofá, metió la mano en el bolsillo y sacó la peineta.

“Lo supe tan pronto como terminó el vals, y sabía que Marty haría un escándalo, así que me encargué de recuperar la chuchería. ¿Sabes que *The Gazette* informó que Berwick era uno de los participantes en la partida de ajedrez en Waiter’s?”

Suspirando, Charity se sentó en el sofá.

“Entonces, ¿te pusiste los pantalones y fuiste a enfrentarlo?”

“Sí.” Modesty se le adelantó. “Fue entonces cuando descubrí que Su Señoría está tratando de descubrir quién asesinó a su hermano. Como Crocky encabezaba su lista de sospechosos, estaba planeando atraer al demonio con la peineta robada... Entonces, sin quererlo, desbaraté su estratagema porque, en lugar de quejarme con Marty, quien, según Berwick, habría denunciado la pieza faltante al magistrado, si yo no hubiera sabido, quien lo robó... Pero parece que Berwick me subestimó en todos los sentidos. Fui a Waiter’s para enfrentarme al ladrón, yo misma.”

“Todavía no puedo creer que hayas hecho tal cosa. ¿Qué estabas pensando? Tu disfraz podría haber sido revelado, y nunca más habrías podido mostrar tu rostro en una sociedad educada.”

“¿Sí? ¿Igual que tú podrías haberte arruinado, cuando estabas en el granero, tomando lecciones de boxeo, antes de casarte con Harry? ¿Qué pasó con Julia cuando se vistió como un hombre, y asumió el puesto de mayordomo de nuestro hermano?”

Charity cogió el vaso de brandy medio lleno de Modesty y agitó el líquido.

“¡Cielos! Parece que las mujeres MacGalloway somos un grupo aventurero.” Devolvió el vaso, y luego deslizó un brazo alrededor de los hombros de Modesty. “Pero podrían haberte matado, y nunca te perdonaría por ser tan descuidada contigo misma.”

Modesty se echó hacia atrás y pasó los dedos por la herida recién vendada.

“No sabía que Crocky caería por una ventana.”

Charity tomó el abrigo de Modesty y lo levantó, siseando, cuando vio el corte hecho por el fragmento de vidrio.

“Hay más cosas que no me estás diciendo, ¿no?”

“¡Oh, no! Kenneth Berwick tomó mis diamantes y fui a enfrentarlo. No esperaba terminar aquí.”

“Entiendo, pero lo que quise decir es que esta no es la primera vez que te disfrazas como un hombre, ¿cierto?”

La cara de Modesty ardía. ¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que ponerse roja, como una manzana, cada vez que alguien le pedía que fuera honesta sobre algo que prefería evitar? Le había ocultado el secreto a Kitty, pero la muchacha debió descubrirlo de todos modos.

“¿Qué te ha dicho Kitty?”

Charity arrojó el abrigo sobre la mesa baja y suspiró. “Ella simplemente dijo que siempre estás afuera, a la misma hora, todos los domingos, y está empezando a pensar que tienes una cita secreta. Por favor, dime que no estás tomando lecciones de boxeo.”

“No lo estoy.”

“Pero estás haciendo algo poco femenino. Te conozco, Modesty Alice MacGalloway, y nunca has sido alguien que se ciña a lo convencional.”

“Sí, bueno, intenta ser yo, por un día. Pecas y cabello rojo llamativo, compárame con Kitty y su hermosa tez y sus mechones rubios... Ya sabes lo que los chismosos susurran a mis espaldas.”

“¡No se atreverían!”

“¡Oh! Tú has estado alejada de los salones de baile por demasiado tiempo. Todos dicen que Kitty debería ser la hermana de un duque, y que yo debería ser una maldita fregona.”

“¡Qué cosa tan horrible! No puedo creerlo.”

“Bueno, escuché esas palabras, verás, en el Teatro Real, el jueves pasado.”

“Algunas cosas nunca cambian. Olvídate de los chismosos y sus desagradables murmuraciones. ¡No puedo soportar el esnobismo!” Charity levantó el dedo en un gesto, que le recordaba demasiado al de su madre. “Ahora, dime la verdad, ¿qué haces los domingos?”

Modesty miró hacia la puerta. Si tan solo pudiera escabullirse y olvidarse convenientemente de decir la verdad. Pero mentir solo empeoraría las cosas.

“¡Och! Debes prometer que no se lo contarás a nadie, especialmente a mamá, Kitty, Martin, Harry o...”

“Si no me lo cuentas en este instante, les informaré a todos lo que creo que estás haciendo.”

Después de haber sido casi aplastada hasta la muerte por Crocky, en la parte trasera de Waiter’s, y luego encontrada en un vergonzoso estado de desnudez, en el tocador de un vizconde, Modesty solo podía imaginar lo que su hermana estaba pensando.

“Estoy tomando lecciones de equitación.”

Los labios de Charity se abrieron, sus ojos también se ampliaron... y luego se entrecerraron. De los miembros de su gran familia, Charity era quien mejor conocía a Modesty, lo cual era bastante desafortunado en ese momento.

“¿Qué tipo de lecciones de equitación, exactamente?”

“Los rápidos...” Se mordió el labio.

“¿Quieres decir que estás aprendiendo a ser jockey?”

“No exactamente. Después de todo, nunca permitirán que una mujer suba a lomos de un caballo, durante una carrera.”

“¡Oh, por mi palabra! Me preguntaba por qué convenciste a Marty para que te comprara Poseidón. Pero debería haberlo sabido. Mamá siempre decía que te comportabas, como si hubieras nacido montando a caballo.” Charity se llevó ambas manos al corazón. “¿Tienes alguna idea de lo peligrosas que son las carreras de caballos?”

“Sí... pero, soy buena en eso.”

“Ser talentoso en una empresa y ser imprudente, a menudo, se cortejan entre sí. Ahora rápido, ponme mi redingote y vámonos a toda prisa. Ya nos hemos impuesto a la amabilidad del vizconde Berwick durante demasiado tiempo.”

“¿Amabilidad?” Preguntó Modesty, poniéndose de pie. “El hombre robó mis diamantes y terminé apuñalada por la espalda con un fragmento de vidrio por mi molestia.”

“Lamento mucho que estás herida, pero al menos, él tenía la intención de devolverte la peineta desde el principio.”

“Eso es lo que él dice,” siseó Modesty, ante el escozor de los puntos, mientras le ponía la prenda. “Me encontraste en su dormitorio de todos los lugares posibles. ¿Cómo sabes que el vizconde no me ha violado?”

“¡Oh! Por favor.” Charity agitó una mano en el aire con desdén. “Un hombre que viene a verme, medio preocupado, quien me cuenta lo que pasó con Crocky, y cómo te robó la peineta, además de la razón...”

“¿Él te dijo todo eso?”

“Sí.”

“Bueno, ¿por qué me dejaste repetirlo?”

“Porque quería estar segura que no te hubiera violado, cariño.” Charity se levantó, dirigiéndose hacia la puerta. “Vamos, necesitas que Randolph atienda tu herida. La doncella de tu dama seguramente tendrá un ungüento para evitar que la misma se pudra.”

Modesty la siguió.

“Muy bien, pero debes prometer que nunca le dirás una palabra de esto a Kitty.”

Riéndose, Charity abrió el camino por el pasillo.

“Tienes suerte que Kitty estuviera tomando el té con la señorita Pinter, cuando Berwick llegó a la casa.”

“¿Felicity? ¿Por qué no me invitaron?”

“Lo más probable es que te hagas pasar por un hombre, como hiciste en Waiter’s.”

\*\*\*

En Londres, si el forense determinaba que la muerte se debía a causas naturales, entonces, no había necesidad de llevar el caso, ante los tribunales ni convocar al magistrado. Por eso Kenneth estaba sentado en un banco muy incómodo, en la oficina del forense, mirando una puerta de la que salían todo tipo de olores desagradables.

Había esperado al menos tres cuartos de hora, antes que se abriera la puerta, y saliera un señor mayor, con chaleco y camisa arremangada, con el rostro demacrado. Kenneth se puso de pie y le tendió su tarjeta de visita.

“Señor Clark, ¿puedo hablar con usted?”

El hombre tomó la tarjeta con la mano sucia, cubierta de sangre, y el Cielo sabe si algo más.

“Ah, sí, el nuevo vizconde de Berwick. Acepte mi más sentido pésame por la prematura pérdida de su hermano. ¿Cómo puedo ayudarlo?”

“He venido a preguntar por Alfred. Tengo entendido que usted es el forense que determinó la causa de la muerte.”

El hombre se rascó la barba de un día de antigüedad, que tenía en la barbilla.

“La verdad es que no hay mucho que decir. En mi opinión, solo podría haber habido una posible causa de muerte, y esa fue la asfixia.”

“¿Como lo fue para el señor Crockford?” Kenneth apretó los puños. “Me dijeron que usted también realizó su autopsia.”

“La hice.” El señor Clark regresó a la sala de exámenes, seguido por Kenneth. “Aunque la muerte del señor Crockford planteó un desafío mayor, ya que también sufrió una caída por una ventana del segundo piso.”

Kenneth había pensado lo mismo. En realidad, el hecho que la muerte de Crockford fuera causada por asfixia fue la razón por la que decidió hablar directamente con el forense.

“¿Qué le hizo llegar a esa conclusión?”

“La falta de hematomas que normalmente se verían si la caída lo hubiera matado. La lengua

hinchada. Y el hecho que el perro no murió.”

“¿Perro?” Preguntó Kenneth, mientras que un sonido de perros ladrando resonaba desde más allá de la sala de exámenes.

El señor Clark se acercó a un lavabo y vertió agua en un recipiente. “Efectivamente. Siempre realizo una prueba con un perro, en casos de asfixia, para descartar una intoxicación.”

“¿Es efectivo y cómo es eso, exactamente?”

“Le doy de comer al perro el contenido del estómago del difunto,” respondió el forense, lavándose las manos. “Si el perro vive, entonces puedo descartar con seguridad el envenenamiento y, por lo tanto, desecho el asesinato como causa de la muerte.”

Al lado de Kenneth había una mesa llena de trapos recién lavados, y él le entregó uno al forense.

“¿Le realizó la prueba del perro a mi hermano?”

“Acabo de decirlo, ¿no?” Respondió Clark, secándose las manos, y luego arrojando el paño, a un barril lleno de suciedad.

Kenneth optó por reformular.

“Dígame, ¿usted conoce algún veneno que no cause la muerte de un perro?”

“¿No tiene nada mejor que hacer con su tiempo, milord?” Preguntó el señor Clark, arremangándose. “Puede que yo sea un hombre tranquilo, pero le aseguro que debo trabajar para alimentar a mi esposa y a mis hijos.”

No tenía sentido explicar que hacía menos de un mes, Kenneth había estado administrando una granja para ganarse la vida, y estaba bastante contento de hacerlo.

“¿Supongo que su respuesta es no?”

“Correcto. De lo contrario, ¿qué sentido tendría hacer sufrir a un perro?”

“Sé que está ocupado, pero este asunto me tiene desconcertado. Mi hermano era un pilar de salud. Y casualmente yo estaba en el callejón, cuando Crockford encontró su fin. Vi una sombra moverse a través de la ventana, cuando él cayó.”

“¿Sombras y corazonadas?” El señor Clark sacó su abrigo de un perchero detrás de la puerta. “Lo próximo que dirán es que el fantasma del señor Crockford está rondando por Waiter’s. Hágame un favor, deje el examen médico a los hombres, que han estudiado para tomar decisiones, basadas en hechos científicos.”

Ya era suficiente. Kenneth plantó los puños en las caderas.

“Quiero que sepa que estudié herencia biológica en Cambridge, y que soy un científico por derecho propio.”

“Excelente.” El señor Clark lo acompañó hasta la puerta, antes de ir con él al sendero. “Entonces debería aceptar fácilmente mis hallazgos. Lamento muchísimo que haya perdido a su hermano, pero le aseguro que Su Señoría murió por causas naturales. Espero que esto le traiga algo de tranquilidad. Buen día, milord.”

Kenneth observó al hombre alejarse entre la masa de tráfico, peatones, todo tipo de carruajes, carretillas, carros sedán, y otras cosas. Londres era un centro de actividad similar a una colmena en verano, que estaba en constante estado de conmoción.

*¿Cuántos otros asesinatos le pasaron por alto a ese hombre y a sus perros? Bueno, este compañero, en particular, no se quedará de brazos cruzados y no dejará de pensar en ello. Hay un asesino suelto, y no descansaré hasta descubrir al bastardo.*

## Capítulo ocho

¡Bendita sea Randolph! Ella aplicó un poco de ungüento para proteger la herida de Modesty, y le ató el corsé, mucho más flojo de lo habitual. El deber la llamaba y Modesty no se atrevía a faltar a sus compromisos sociales, para que su madre no sospechara. Incluso con el ungüento, el dolor era soportable.

“¿Dónde estabas ayer?” Preguntó Kitty, cuando se encontró con Modesty, en la entrada de la lujosa casa de Lady Warwick, para su almuerzo anual de finales de primavera. Solo la entrada estaba adornada con cinco mármoles griegos. ¡Cinco!

Modesty fingió admirar una estatua de Afrodita, ocultando así cualquier expresión, que pudiera revelar sin querer, ya que todos creían que su rostro siempre exponía su alma.

“Fui a la biblioteca a devolver un libro. Donde me encontré con Charity y pasamos la tarde recorriendo las tiendas de Piccadilly Arcade.” Afortunadamente, Modesty y Charity habían acordado la pequeña mentira durante el viaje, en carruaje, de regreso a Mayfair, la noche anterior.

“Bueno,” replicó Kitty, siguiendo a un lacayo por el pasillo, que conducía a la enorme sala de banquetes, donde se serviría el almuerzo. Hoy, en lugar de una mesa larga, había varias mesas pequeñas cubiertas con manteles rosados y con cuatro o seis sillas alrededor de cada una. Se llevó la mano a la boca, y bajó la voz. “Yo, por mi parte, me alegro que no estuvieras en casa porque después de tomar el té con Felicity, Lord Richter detuvo su faetón, mientras yo estaba en el sendero.”

“¿Lord Richter? ¿Ese es otro de tus pretendientes?”

Kitty, radiante, hizo una pirueta.

“No me ha escrito poesía ni enviado flores, pero sí me pidió que lo acompañara en un paseo por Rotten Row.”

“¿Cierto? Y en el momento adecuado, cuando todos en Hyde Park te verán,” reflexionó Modesty.

“Mmm...” Kitty juntó las yemas de los dedos. “Además, me preguntó si yo asistiría al baile de Ruthland en Almack’s.”

“Lo cual él hará, por supuesto.”

“No me lo perdería ni por cien soberanos.”

*Me gustaría. Pero me lo perdería por un penique.*

Lo único bueno del baile de Ruthland era que marcaba el comienzo de la última quincena de la temporada, que terminaría con el baile de máscaras de Lady Northampton.

Felicity saludó con la mano desde una mesa, preparada para cuatro personas, y las dos damas se abrieron paso, a través del laberinto de mesas, para unirse a ella.

Después que se sentaron, y Modesty se disculpó rápidamente por perderse el té de ayer, a su grupo se unió Lady Philomina, quien recientemente se había convertido en una aliada de ellas. No solo tenía un hermano muy guapo, sino que conocía a casi todos los miembros de la alta sociedad, y si alguien podía saber a quién cortejaba Alfred Davenport, esa era ella. Por supuesto, Modesty también había sido presentada, a casi todo el mundo, pero después de media docena de comentarios sobre su cabello y sus pecas, optó por fingir ser una alhelí. Después de todo, estaba segura que esta sería su única temporada, y luego tenía toda la intención de establecer una

empresa de cría de caballos, y disfrutar de una vida en Escocia, lo más lejos posible de Londres.

Simplemente, no había resuelto los detalles de cómo podría financiar tal empresa. Pero en todo caso, Modesty MacGalloway era tenaz. Hoy, sin embargo, sus aspiraciones futuras no tenían nada que ver con resolver no uno, sino quizás dos asesinatos. Y tenía la intención de comenzar su investigación, ese mismo día.

Felicity se inclinó hacia delante y se llevó la mano a la boca, como si albergara un secreto.

“¿Se enteraron que pillaron a Lord Bottesford escabulléndose por la ventana de la señorita Trent?”

“¡Oh, cielos!” Kitty se llevó los dedos a la boca, mientras un lacayo le colocaba un vaso de cordial por delante. “¿Cómo pudo haber permitido que ese sinvergüenza la sedujera?”

Felicity seleccionó una barra de pan de una canasta, en el centro de la mesa.

“Si tan solo lo supiera. Puede que sea un barón, pero su reputación es abominable.”

“¡Querida, oh, pobre querida!” Philomina desvió la mirada hacia su regazo, y sacudió la cabeza, como si ella personalmente hubiera podido evitar el escándalo.

Felicity continuó con los ojos muy abiertos, y los labios apretados:

“Tengo entendido que su padre se enfrentó a Bottesford, y que todos ellos ya están en North Road rumbo a Gretna Green para un matrimonio apresurado.”

Un lacayo colocó un plato con pechuga de pollo asada y patatas estofadas delante de Modesty.

“La señorita Trent debió haber sido más cuidadosa.”

“¡Modesty!” Dijeron las tres damas al unísono.

“Lo único que digo es que parece como si quisieran ser atrapadas. Después de todo, el dormitorio de la señorita Trent da a Oxford Street, una de las calles más transitadas de Londres. Me imagino que Lord Bottesford habría sido descubierto, incluso después de la hora de las brujas.”

“Tal vez la señorita Trent quería que vieses a Lord Bottesford para que no tuviera más remedio que casarse con ella, o, el Cielo no lo quiera, batirse en duelo con su padre,” dijo Kitty.

“Yo creo que no.” Modesty cogió el cuchillo y el tenedor. “No me sorprendería que Su Señoría montara todo el asunto. Después de todo, la señorita Trent tiene una dote considerable, y los periódicos han indicado que Bottesford prácticamente no tiene un centavo. Además, si no fuera su par, ya habría sido llevado, ante el tribunal de deudores.”

“Los periódicos son famosos por dar información errónea.” Felicity se secó los labios. “Mi padre lo dice. Me prohíbe leer cualquier cosa que no sean las páginas de moda femenina.”

“¡Qué están llenos de chismes! Están llenos de falsificaciones más ruinosas que cualquier otra columna,” murmuró Modesty, detrás de su vaso. Después de beber un sorbo, dijo en voz más alta: “lamento que tu padre sea tan mojigato. Sin embargo, ¿te mantiene informado sobre lo que está sucediendo en el reino, o incluso en la ciudad?”

“Papá me dice lo que necesito saber.”

“Mi padre también,” coincidió Philomina.

“Bueno, prefiero formar mis propias opiniones.” Modesty levantó un dedo, como si tuviera una noticia importante. “¿No les parece extraño que tanto el señor Crockford como Lord Berwick murieran por asfixia con unas pocas semanas de diferencia?”

Philomina jadeó y se tapó la boca con la mano, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Antes de que Modesty tuviera la oportunidad de preguntar por qué la muchacha tuvo una reacción tan violenta a su declaración, Philomina corrió hacia el salón de damas.

Kitty le dio una palmada en el hombro.

“¡Cielos! A veces, tú tienes la sensibilidad de una cabra.”

“¿Yo? ¿Por qué? Simplemente, estaba afirmando un hecho. Ambos hombres murieron por asfixia.”

“Pero el ex Lord Berwick estaba cortejando a Philomina,” dijo Felicity. “¿Ella no te lo dijo?”

¡Por los erizos! Sus dos amigas más cercanas ya sabían lo que ella estaba allí para descubrir.

“Obviamente, no lo hizo. ¿Cuántos otros lo saben, Kitty? ¿Toda la sociedad educada?”

Kitty y Felicity intercambiaron miradas, antes que Kitty se encogiera de hombros.

“Ella nos lo dijo en confianza.”

“Nos hizo jurar no decírselo a nadie,” añadió Felicity.

Bueno, si ese era el caso, entonces tal vez Modesty estaba sentada con las únicas personas que realmente sabían en quién había dirigido su atención el ex vizconde.

*¿Y desde cuándo Kitty empezó a guardar secretos durante más de dos días?*

Modesty empujó su silla hacia atrás.

“Si me disculpan... Debo disculparme con, ella inmediatamente.”

Encontró a Philomina sentada en una otomana, en el centro del salón de damas, sollozando y secándose los ojos con un pañuelo bordado. En lugar de hablar, Modesty se sentó junto a la joven por un tiempo, pensando en qué palabras podría usar para ayudarla a aliviar su carga.

“Lo siento mucho,” dijo finalmente. “No sabía que le tenías cariño a Su Señoría.”

“No muchos lo tenían.” Ella resopló, secándose una lágrima, que se le había escapado por el rabillo del ojo. “Él era muy ti... tímido.”

“Lo recuerdo.” Modesty lo había visto en los establos, una o dos veces, los días en que visitaba a Poseidón sin montarlo. Alfred Davenport siempre había sido reservado, pero impartía un inconfundible sentido de nobleza.

“Lo amabas, ¿no?”

Philomina miró hacia arriba con los ojos enrojecidos e hinchados.

“Así fue. Pensé que me iba a proponer matrimonio.”

“¡Oh!”

“Me rescató en el palco del teatro de mi familia, cuando...”

“¿Cuándo?” Modesty la animó, tomando la mano de la dama entre sus palmas.

“Bueno, estaba asistiendo a la ópera con mi madre, cuando ella salió del palco por un momento. Lo siguiente que supe fue que Lord Bottesford me encontró sola, y amenazó con arruinarme, trepando por la ventana de mi dormitorio. Alfred entró desde el palco vecino y le dijo al barón que se disculpara. Dijo que si alguna vez lo oía amenazar a una mujer otra vez, lo azotaría.”

“¡Oh, cielos, qué heroico!” Respondió Modesty, con la mente acelerada. “¿Fue Bottesford el asesino?”

Philomina suspiró y se secó los ojos con un pañuelo rosa.

“Berwick fue un héroe y a la mañana siguiente me envió dos docenas de rosas blancas.”

“Era un héroe y uno romántico.” Modesty se preguntó si realmente el hermano de Alfred era un poquito romántico. Ciertamente, parecía tener inclinaciones románticas, cuando se trataba de besar los hombros. “¿Cuánto tiempo te cortejó?”

“Treinta y siete días gloriosos.”

Modesty sonrió, aunque su mente estaba acelerada. No solo había encontrado el objeto del afecto de Alfred, sino que las dificultades financieras de Bottesford no eran ningún secreto. Además, Waiter's era el tipo de club de caballeros, que frecuentaría un hombre como el barón

Bottesford. Lo más probable es que el sinvergüenza le debiera una gran cantidad de dinero a Crocky el Tiburón.

“Si tan solo hubiera expuesto a Bottesford, podría haber evitado que la señorita Trent se viera obligada a casarse con él.”

“Pero al hacerlo, habrías puesto en riesgo tu propia reputación.”

“Odio todas las estúpidas reglas que rigen nuestro sexo. ¿Por qué una mujer no puede presentarse, y acusar a un hombre, un compañero, de comportamiento inapropiado sin arruinarse ella misma?”

“Porque los hombres ponen las reglas, y ninguno de ellos sabe lo que es ser una mujer, aunque ciertamente creen que tienen todo el derecho de hacer con nosotras lo que quieran. Son unos mojigatos, todos ellos.”

“Quizás todos, excepto Lord Berwick, el primero.”

“¿Sí? Tendré que aceptar esa opinión.”

\*\*\*

Kenneth hojeó *The Gazette*, mientras desayunaba en el comedor, orientado al este. Con papel tapiz de rayas amarillas y blancas, este era un lugar brillante o feliz para comenzar el día. Y ningún otro sitio era más luminoso ni mejor para ponerse al día con las noticias de la mañana, que resultaron ser deslucidas, en comparación con aquellas del día anterior, cuando apareció en primera plana un boceto del rostro de Ward Crockford. Afortunadamente, Kenneth había alejado a Lady Modesty de Waiter's, antes que los vendedores de noticias llegaran al callejón.

“Buenos días, milord,” dijo Brown, entrando.

Kenneth bajó el periódico y analizó al mayordomo.

“¿Se ha puesto en contacto con alguien para encontrar una cabaña en Surrey?”

“Todavía no, milord.”

Honestamente, en las últimas tres semanas y media, Brown había desempeñado sus funciones de manera silenciosa y eficiente. Siempre respondía las preguntas con honestidad (lo cual Kenneth sabía porque había interrogado al mayordomo sobre algunos temas para los cuales Kenneth ya tenía la respuesta). Por supuesto, el hombre había sido el mayordomo del vizcondado, desde la infancia de Kenneth, y siempre había parecido ser incondicionalmente leal. En su observación, Brown tenía tantas probabilidades de haber asesinado a Alfred, como la tímida fregona de debajo de las escaleras, que se sonrojó, y se apresuró a alejarse, cuando él hizo una visita sin previo aviso a las cocinas.

Brown entregó una bandeja de plata con una tarjeta de visita.

“Hay un tal señor Modistie aquí para verlo. ¿Lo hago esperar en el salón?”

Kenneth sacó la tarjeta y frotó el pulgar sobre la caligrafía experta, pero femenina.

*¡Cielos! ¿Esa mujer no descansa?*

“No. Tráe... ah... a él inmediatamente.”

“¿Aquí, milord?”

“Sí,” respondió Kenneth, sin ofrecer nada más. No solo no había terminado de leer *The Gazette*, sino que estaba muy seguro que un encuentro con la impetuosa pelirroja no tomaría mucho tiempo.

Por supuesto, como caballero bien educado, se puso de pie, cuando Lady Modesty MacGalloway siguió a Brown, al salón del desayuno, y posteriormente fue presentado como el señor Modistie. ¡Y todavía parecía una maldita mujer! Kenneth no podía comprender por qué diablos todos aceptaban su ridículo disfraz.

Cuando Brown se despidió, Kenneth miró a su sirviente, que en ese momento actuaba como lacayo.

“Welch, por favor permítanos un momento.”

“Por supuesto, milord.”

Una vez que estuvieron solos, agarró a la mujer por los hombros.

“¿Qué diablos está usted haciendo aquí? ¿Y a esta hora? Y con puntos en la espalda, nada menos. ¿No le duele?”

“La doncella de mi madre ha hecho que su labor sea soportable, milord.” Su rostro se sonrojó instantáneamente, y se encogió de hombros para librarse de sus dedos. “Y esto no es una visita social.”

“Deje de intentar profundizar la voz. ¡Suenan horrible!”

“Le pido perdón,” respondió ella, abandonando el truco. “¡No soy horrible!”

“Bueno, ciertamente suena antinatural.”

“Y usted es demasiado crítico.” Tomó un panecillo pegajoso de un plato sobre la mesa. “Además, después del almuerzo de ayer, no podría esperar un momento más para contarle todo lo que descubrí.”

“No quiero saber qué descubrió. ¡Quiero que deje de vestirse como un hombre y de ponerse, en situaciones precarias, que, en última instancia, podrían llevarla a la ruina!”

Con el moño delicadamente equilibrado entre sus dedos, ella se hizo un gesto a sí misma.

“Pero estoy usando esta ropa para evitar la ruina.”

“Eso lo dice usted.”

Ella dio un mordisco al panecillo.

“Muy bien, si usted no quiere que use pantalones, ¿dónde nos veremos?”

“No nos veremos”

“Pero, ¿cómo voy a ayudarlo a resolver el asesinato sin hablar con usted? ¿Prefiere que le envíe una misiva?”

Honestamente, él preferiría no volver a verla nunca más. La mujer era demasiado confusa. Incluso su aroma a madreselva hizo que su mente se convirtiera en un zumbido sangriento.

“No necesito su ayuda.”

“¿Por qué, porque soy mujer?” Preguntó, metiéndose el resto del panecillo pegajoso, en la boca, y luego secándose los dedos con una servilleta.

“Porque este asunto requiere visitar algunas partes inseguras de la ciudad, así como hablar con algún tipo desagradable, y hacerlo es peligroso para un hombre, y mucho más para una mujer.”

“Usted es muy miope para ser un muchacho que asistió a la universidad.” Ella le empujó el hombro. “Ahora, siéntese y permítame dar mi opinión. Por el amor de Moisés, sufrí un fragmento de vidrio en la espalda por usted, lo menos que puede hacer es ser hospitalario.”

Kenneth se dejó caer en su silla, con la boca abierta, mientras Lady Modesty tomaba una taza del aparador y se servía té, añadiendo leche y una pizca de azúcar. A juzgar por su ceño amargo, debería haber tomado dos cucharadas en lugar de un pellizco. Ella tomó un sorbo, antes de mirarlo por encima del borde de su taza, y emitir un suspiro de saciedad. ¿Su estado de ánimo siempre cambiaba del calor al frío tan rápido como el movimiento de un péndulo?

“Entonces,” comenzó. “Lord Berwick, el primero...”

“Por favor, refiérase a mi hermano como Alfred. No puedo soportar oír que lo anuncien como ‘el primero’.”

“Muy bien, Alfred estaba cortejando a Lady Philomina Carmichael. Estaba segura que él

estaba a punto de proponerle matrimonio, cuando...” Dejó su taza y frunció el ceño. “Usted es muy consciente de lo que pasó.”

“¿Lady Philomina?”

“Sí, y además, su noviazgo comenzó, cuando su hermano intercedió en nombre de ella.”

“¿Intercedió?”

Modesty continuó explicando cómo Alfred había impedido que el barón Bottesford engañara a Lady Philomina para que ella no tuviera más remedio que casarse con el réprobo. Kenneth estaba listo para enfrentarse al bastardo con una pistola, cuando Modesty le aseguró que el barón estaba de camino a Gretna Green para casarse con la pobre señorita Trent.

Kenneth apretó los nudillos contra la palma de su mano.

“Deberían detenerlo.”

“Tal vez, pero en mi opinión, la señorita Trent es una mejor opción para Bottesford de lo que lo habría sido Lady Philomina.”

“¿Cómo es eso?”

“El padre de la señorita Trent es un comerciante. Seguro que es rico, pero su familia... Ellos son trepadores sociales, por así decirlo. Si su hija se casa con un miembro de una baronía, sus nietos serán incuestionablemente aceptados en la alta sociedad. Además, conozco a la señorita Trent, y si hay alguna debutante en Londres, que tenga el coraje de someterse a ese sinvergüenza, esa es ella.”

Kenneth recordaba vagamente a la señorita Trent del baile. Era alta, de hombros anchos y con una mandíbula dura.

“¿Usted cree que ella quiere ir corriendo, a Gretna Green, con un barón sin un centavo?”

“Lo único que digo es que el matrimonio les convendrá a ambos.”

“Muy bien, si así lo dice,” replicó, mientras su mente intentaba encajar piezas, que no coincidían.

“Pero, nos hemos desviado del tema que nos interesa. Philomina afirmó amar a su hermano, pero estoy muy segura que el barón Bottesford debió sentirse indebidamente menospreciado por la intromisión de Alfred.”

Kenneth había pensado lo mismo tan pronto como Modesty expuso el carácter del hombre. Y no estaba fuera de lo posible que un hombre, como el barón, estuviera en deuda con Ward Crockford.

“Entonces, será mejor que coloque a Su Señoría en la parte superior de su lista de sospechosos.” Por supuesto, Kenneth estuvo de acuerdo, aunque admitirlo, ante la impredecible Lady Modesty MacGalloway bien podría terminar provocándole acidez de estómago. “Y ahora, usted sabe por qué puedo serle de ayuda.”

Kenneth desvió su mirada hacia *The Gazette*. Necesitaba disuadir a esta mujer obstinada.

“De hecho, estoy agradecido por saber a quién estaba cortejando mi hermano, y que hubo un pequeño incidente entre él y el barón Bottesford, sin embargo...”

“Prometo usar un vestido en todo momento...” dijo Modesty, continuando apresuradamente, y dejando a Kenneth incapaz de decir una palabra. “Excepto los domingos en el hipódromo. Y prometo mantener mis labios firmemente cerrados, cuando crea que debo hacerlo. Sin embargo, usted me necesita. Insisto en ello. Entonces... ¿qué hay en la agenda para hoy? ¿Visitará la residencia de Lord Bottesford? ¿Llamará a Lady Philomina? ¿Qué pasa con el Teatro Real, donde Alfred tenía su palco, que ahora es el suyo, por supuesto? Usted sabe que su hermano rara vez faltaba a una producción.”

“¿Mi palco?” Reflexionó Kenneth.

“Sí. Está al lado del de Carmichael, que es donde su hermano escuchó al barón amenazar a Philomina.”

Kenneth se tocó los labios con el dedo índice. A Alfred siempre le había encantado el teatro, y no le sorprendió saber que su hermano nunca se perdía una producción teatral.

Lady Modesty se levantó, y le tiró de la manga del abrigo.

“Venga, hay lugares a donde ir, y cosas que hacer.”

Kenneth se puso de pie, dándose cuenta de lo pequeña que era milady. Tenía que ser al menos nueve pulgadas más baja. Pero, esa diminuta mujer podría torcerle el brazo.

“¿Conoce algún boticario fuera de Mayfair?”

Los ojos de color azul cristalino de Modesty brillaron con picardía.

“Conozco a un químico de las Tierras Altas que mezcla todos los remedios antiguos... y está en Southwark.”

*Quizás ese hombre podría resultarme útil para aclarar mis dudas.*

“¿Cuál es su nombre?”

Modesty pasó su brazo por el de él.

Contratemos discretamente a un pirata, y se lo presentaré.

## Capítulo nueve

“¡Lady Modesty MacGalloway! ¿Eres tú?” Preguntó el señor MacDougall, encorvado y con gafas, desde detrás del mostrador de la botica.

Por un momento, ella se quedó atónita, con el rostro ardiendo, pero conocía a este hombre, desde la primera vez que visitó Londres, al menos recordaba haberlo visitado. En ese momento, ella era una niña pequeña, acompañada de su niñera, recogiendo una tintura para la tos, que se estaba extendiendo por toda la familia.

“¡Och! Estoy usando un disfraz. Se supone que no debes reconocerme.”

“Te reconocería en cualquier parte, muchacha.” El señor MacDougall lanzó una mirada de desaprobación a Lord Berwick. “Pero, ¿por qué llevas pantalones?”

Modesty se movió frente al vizconde.

“Es para un próximo baile de máscaras,” mintió, considerándolo necesario, por supuesto. “La modista debe haber entendido mal lo que quería decir, cuando le dije que quería un disfraz para Samhain. Ya sabes que los ingleses nunca entienden nuestros pequeños zapatos escoceses.”

Los labios del señor MacDougall se torcieron junto con el ceño fruncido. Para evitar más preguntas, ella se hizo a un lado, e hizo un gesto hacia Su Señoría.

“Permítanme presentarle al vizconde Berwick. Lo traje aquí hoy porque tiene preguntas de naturaleza boticaria, y sé que esta era la mejor tienda de toda Bretaña para ese tipo de consultas.”

“Sí, así es,” replicó el señor MacDougall, inclinándose. “Encantado de conocerlo, milord.”

“Señor MacDougall.” Berwick hizo la misma reverencia. “¿Cómo es posible que un boticario escocés haya venido a Londres para ejercer su oficio?”

“¡Oh! Me enamoré de una rosa inglesa. Todavía sigo enamorado de esa bella mujer. Ella me dio seis hijos.” El hombre le guiñó un ojo a Modesty, mientras colocaba sus palmas sobre el mostrador de vidrio. “¿En qué puedo ayudarlo?”

Su Señoría le explicó su visita al forense, y el hecho que había salido de la oficina del forense, sintiéndose como si lo hubieran tomado por tonto.

“Después de todo, soy un científico por derecho propio. Además, no aceptaré causas naturales como motivo de la muerte de mi hermano hasta que haya agotado todas las posibilidades. Sé hasta los huesos que se están tramando trampas. Lo sé.”

El señor MacDougall se rascó debajo de su gorra a cuadros.

“El perro no murió, ¿no?”

“No. Tampoco encontraron señales de lucha.”

“Bueno, no soy médico, pero sé más sobre la tradición herbaria que la mayoría de la gente. Lo que encuentro más interesante de mi profesión es que los médicos, a menudo, se encuentran exactamente donde usted está, en este momento, pero he conocido a muy pocos que admitirían haber consultado conmigo, especialmente un forense.”

“¿El señor Clark le consultó sobre mi hermano?”

“No, no creo que el señor Clark haya venido alguna vez, a Southwark, para hacerme una sola pregunta.”

“¿Pero es una práctica común alimentar a un perro con el contenido del estómago de una persona fallecida para determinar si ha sido envenenado?” Preguntó Modesty.

“Sí, lo ha sido durante siglos.” El viejo boticario entrecerró la mirada, como si estuviera

pensando. “¿Qué pasa con la asfixia? ¿La descartó?”

Berwick asintió.

“La descarté porque Alfred estaba en forma y no había señales de lucha... Nadie fue visto entrando a la casa.”

“Mmm...” MacDougall se acercó a un gran volumen, que estaba sobre un podio, y hojeó las páginas gastadas. “Hay otra opción, además de asfixia, que no aparecería en una prueba con perros.”

Modesty se acercó y leyó la palabra en la parte superior de la página.

“¿*Acónito o matalobos?* ... Sí”

“Pero eso ha existido desde el principio de los tiempos,” dijo el vizconde, sonando estupefacto. “Lo sé, yo mismo, el acónito habría matado a un perro... y a un maldito caballo.”

El señor MacDougall parpadeó, mirando por encima de sus gafas.

“No si se usó como ungüento.”

Mientras Modesty y Berwick permanecían uno al lado de la otra, reflexionando sobre las palabras del boticario, el hombre aplaudió.

“Permítanme darles un ejemplo: digamos que Su Señoría estaba resfriado y alguien le dio un ungüento con un poquito de aceite de menta para aliviar su congestión. El pobre habría muerto, a las pocas horas de la aplicación. Además, el único signo post mortem de tal muerte es la asfixia.” El señor MacDougall cerró el libro y miró al vizconde. “No sé si su hermano fue envenenado o no, pero si alguien lo quería muerto, supongo que el asesino era una persona que lo conocía bien.”

Berwick asintió una vez.

“Estoy de acuerdo, ya que no hubo señales de lucha.”

“¿Qué pasa con el asesinato de Ward Crockford?” Preguntó Modesty, mirando entre los dos hombres.

“¿Qué tiene que ver la muerte del vizconde con Crocky el Tiburón?” Preguntó el boticario.

Modesty abrió la boca para explicar, pero Kenneth la silenció con un movimiento de su mano.

“Pensamos que el propietario de ese infierno de juegos podría haber estado involucrado, debido a la forma cuestionable en que el caballo de Crockford ganó el Derby de Epsom.”

“Y Lord Berwi... quiero decir, el caballo de Alfred era el favorito para ganar,” añadió Modesty.

“Lo veo.” El señor MacDougall volvió a su libro, lo abrió en la parte de *Acónito*, y hojeó la página.

“¿La caída mató al señor Crockford?” Preguntó el boticario.

“Creo que sí,” respondió Modesty. “Ciertamente, parecía muerto.”

“¿Y si ya estuviera muerto? ¿Y si lo hubieran envenenado con un ungüento de acónito?” Preguntó Kenneth.

“Entonces calculo que la dosis debe haber sido muy alta para que reaccionara tan violentamente y cayera por una ventana. Sin embargo, si la caída no lo mató, entre el momento en que cayó y el momento en que el forense tuvo la oportunidad de examinarlo, no habría signos de envenenamiento.”

“Podrían haberlo empujado,” sugirió Berwick. “Todo el incidente podría haber sido un montaje.”

Un escalofrío recorrió la nuca de Modesty.

“La sombra que usted vio. ¿Cree que fue el asesino?”

“Posiblemente. Pero los periódicos no indican que se haya visto a nadie huyendo de Waiter’s.”

“Es posible que el culpable no haya huido,” dijo MacDougall.

La mirada de Modesty se conectó con la mirada de halcón de Berwick. Si ambas víctimas fueron asesinadas con un ungüento de acónito, debieron tener un conocido cercano en común.

“Quizás debería hablar con el señor Willett. ¿Quizás Alfred y Crocky tenían el mismo entrenador de caballos?”

Los labios de Berwick se estrecharon.

¿Por qué cada vez que ella le sugería que lo ayudaría de alguna manera, él actuaba como si no necesitara su ayuda? ¿Y por qué los hombres siempre actúan, como si fueran los únicos que pueden resolver los problemas?

\*\*\*

Después de llamar a un coche para que los llevara a casa, Kenneth se sentó en el banco opuesto, frente a Lady Modesty. Había cometido el error de sentarse a su lado de camino a Southwark, y le había costado un enorme acto de autocontrol no tocar ese muslo exquisitamente ágil, que presionaba contra el suyo. De ninguna manera debería tener actividades amorosas con esta mujer. Todos los hombres en Inglaterra sabían que no se debía coquetear con mujeres de alta cuna. Además, estaba en una búsqueda para descubrir el misterio de la muerte de Alfred, y no debía permitirse dejarse distraer por una debutante, que desfilaba por la ciudad con pantalones.

Decidió continuar con el tema que los ocupaba, y preguntó:

“¿Estaban Venom y Red Charlie del señor Crockford en el establo de la pista de entrenamiento de Londres?”

“Sé que Red Charlie no estaba allí, después de la carrera. No comencé las lecciones con el señor Willett hasta después, pero el caballo de Crocky podría haber estado ahí antes del Derby.” Ella se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, un gesto de aspecto muy femenino, que nunca debería hacer, cuando intentaba hacerse pasar por un hombre. “Al menos podré saberlo el domingo.”

El estómago de Kenneth se apretó.

“No considero seguro que usted haga más consultas.”

“¿Le ruego que me disculpe? Ya tengo una lección programada con el señor Willett. No hay absolutamente nada peligroso en preguntarle si el caballo del señor Crockford alguna vez estuvo allí en el establo. Es una pregunta perfectamente inocente.”

¿Debía ser ella siempre tan razonable? Y con razonamientos lógicos, ¿debía él mirarla con sus enormes y penetrantes ojos azules? Kenneth desvió la mirada. Lady Modesty tenía razón, por supuesto. Incluso si algún sinvergüenza la escuchara, nadie pensaría que estaba preguntando, porque ella no estaba convencida que Crockford hubiera muerto por causas naturales.

¿Quién era la persona en la ventana? ¿Se había imaginado Kenneth haber visto el movimiento? El incidente era tan impresionante en su mente, que una nube podría haber pasado volando, y hacer que pareciera, como si hubiera habido una sombra detrás del cristal.

De repente, llena de exuberancia, Modesty aplaudió, haciendo que su sombrero se inclinara hacia un lado. ¿Lo volvió a pedir prestado a su hermano? Todavía no le había comprado uno nuevo, y tampoco aprobaba que ninguna mujer llevara un John Bull.

“Tengo una idea maravillosa.”

Kenneth gimió y puso los ojos en blanco hacia el techo del carruaje.

“Por favor, ¡Otra, no!”

“¡Ejem!” Milady tosió. “Realmente, usted puede ser un cascarrabias, aunque sé que no lo es. Me recuerda a mi hermano Philip. Siempre se comporta como un cascarrabias adolorido, pero hace mejores moños que cualquier doncella de la casa de mi hermano.”

“¿Philip?”

“Tercer hijo, primogénito de los gemelos.”

Kenneth sabía que la familia MacGalloway era numerosa, pero en realidad no tenía idea de cuán grande era. Además, estaba muy seguro que no necesitaba saberlo.

“¡Oh!”

“De todos modos, el señor Willett dijo que estoy lista para correr...”

Kenneth cortó el aire con la mano y sacudió la cabeza con vehemencia.

“¡No, no, no, no! Usted estaría completamente arruinada, si tomara las riendas en una carrera autorizada... Eso sí, supe que usted era una mujer, desde cincuenta pasos, y en ese momento, usted circulaba por la pista, como en el infierno.”

“No dije en una carrera autorizada, estoy lista para enfrentar a Poseidón contra otro jockey, el domingo... Si el señor Willett puede encontrar a alguien que guarde silencio. Y...”

“¡Lo prohíbo! No se puede confiar en que un jockey se muerda la lengua acerca de competir contra la hermana de un duque. Además, ¡usted tiene tres puntos en la espalda!”

“¡Sí!” Un fuego se encendió en los ojos de ella, mientras agitaba vehementemente su dedo debajo de su nariz. “En primer lugar, no tiene ningún derecho a decirme qué puedo y qué no puedo hacer. Mi espalda está sanando, gracias a Randolph. Estará arreglada el domingo. Y además, antes que me interrumpiera groseramente, iba a sugerir que enfrentáramos a Poseidón contra Venom. De esa manera, usted estará presente cuando hablemos de Crocky, y dado que Venom fue vencido por el caballo de Crocky, es perfectamente lógico que haga esa pregunta.”

Kenneth parpadeó. ¿Cómo diablos podría discutir con esa impetuosa? Es cierto que era lógico que le diera una oportunidad a Venom. Sin embargo... “No tiene ningún sentido que un vizconde acepte una carrera contra una joven.”

“Nadie sabe que soy mujer.”

“El señor Willett ciertamente lo sabe.”

“Sí, pero a él no le importa.”

“Le aseguro que le importará, si le decimos que hemos aceptado competir. Supondrá que me he aprovechado de usted.”

“¡Tonterías!” Se quitó uno de sus guantes y le golpeó la rodilla con él. “Podemos decir la verdad, tonto... Diremos que usted me reconoció en el baile, y le sugerí que enfrentara a Venom contra Poseidón, y acordamos encontrarnos en la pista... ¡fácil!”

Si la dama hubiera sido un hombre, Kenneth se habría ofendido por haber sido golpeado por su guante, pero hizo todo lo que pudo para no reírse a carcajadas. ¡Cielos! Lady Modesty tenía agallas.

“¡Vaya!” Gritó el conductor desde su posición, mientras frenaba, derribándola a ella, quien gritó, mientras caía a través del hueco, aterrizando torpemente en el regazo de Kenneth.

Sus brazos rodearon a la mujer, protegiéndola de cualquier daño.

“¿Está herida? ¿Le duele mucho la espalda?” Preguntó.

El conductor indicó que reanudaría.

“Lo siento, milord. Estuvimos a punto de chocar de frente con un faetón, que perdió a su conductor.”

“Siga conduciendo...” replicó Kenneth, antes de mirar hacia abajo y reformular su pregunta: “¿Está ilesa, milady? ¿Sus puntos siguen intactos?”

Sin responder, Modesty encontró su mirada, y luego esos benditos ojos azules se arrastraron hasta su boca.

“¿Mmm?” Preguntó, pasándose los dientes por el labio inferior.

¡Dioses! La mujer es magnífica. ¿Cómo llegó a pensar que ella era simplemente linda? Simplemente, su movimiento entre los párpados pesados le robó el aliento de los pulmones. Lady Modesty era inteligente, atenta y siempre estaba dispuesta a ayudar, cuando todos los demás le habían dicho que era un tonto por pensar que la muerte de Alfred no se debía a causas naturales. La mujer no tenía miedo al peligro, y lo enfrentó como una guerrera vestida con una armadura de oro rosado. Pero ella era demasiado arrogante, en su valentía, sin tener idea de cuán vulnerable era en realidad.

Ella sonrió de manera entrañable y las pecas en el puente de su nariz lo cautivaron aún más. Él apartó un rizo errante de su cara, mientras lentamente inclinaba sus labios hacia los de ella. Sus ojos se cerraron, mientras se demoraba, besándola suavemente, solo con la intención de darle un pequeño beso. Sí, eso fue todo, un beso para mostrarle su preocupación por ser arrojada por el carruaje, y aterrizar sobre su regazo.

Mantuvo sus brazos alrededor de ella con su mano acariciando su espalda baja, donde no había puntos.

Entonces, la dama deslizó sus manos alrededor de su cuello, emitiendo un gemido femenino.

Completamente deshecho, Kenneth pidió permiso para entrar en su boca, acariciando la separación de sus labios con su lengua. Cuando ella cedió ante él, los dulces restos de un panecillo pegajoso lo dejaron sin sentido. Todo concepto del tiempo desapareció, cuando él se entregó a su suavidad, sensualidad y a su propio encanto.

Cuando finalmente terminó el beso, Lady Modesty pareció balancearse en su regazo. ¿O Kenneth se inclinó? ¿O fue la sensación de balanceo por el movimiento del carruaje? Sus dedos rozaron la tela Nankeen de sus pantalones, recordándole por qué estaban juntos, pero ella era una dama, vestida con ropa de hombre. Miró hacia la ventana, afortunadamente la cortina estaba cerrada.

“Perdóneme. No tenía derecho a tomarme libertades.”

“Lo sé. Fue un error.” Modesty quitó los brazos que le rodeaban el cuello, se deslizó fuera de su regazo, y volvió a ocupar su asiento correspondiente. Ella cruzó las manos y lo miró fijamente. “No soy bonita como Kitty ni como mi hermana Grace, ni siquiera como mi hermana Charity.”

¿La mujer guerrera se había encerrado en su caparazón? Kenneth no entendía por qué en un momento estaban encerrados en un abrazo apasionado, y con su disculpa, que sin duda era necesaria, ella de repente se volvía mansa y recatada, muy diferente a como ella es realmente.

“¿Le ruego que me disculpe?”

“¡Och! No tiene que fingir que soy diferente. No soy sorda a los chismes.”

La analizó por un momento, recordando sus palabras del día en que Crocky había encontrado su fin y se alejaban de la escena en su carruaje. “*Así que no intente hacerme sentir como un diamante de primera.*” En ese momento, estaban envueltos en una crisis, lo que no le dio a Kenneth tiempo para reflexionar sobre lo que ella le había dicho. Pero ahora, como hombre que creció como pelirrojo, la entendía muy bien.

*Ella piensa que es una mujer sencilla.*

“No tiene idea de lo hermosa que es usted, ¿cierto?”

“¿Yo? ¿Hermosa? ¿El señor MacDougall le dio una poción de amor, antes de salir de su

tienda?” Ella también era experta en desviar cualquier conversación centrada en su apariencia.

“No lo hizo.” Pero Kenneth era muy consciente de los comentarios despectivos dirigidos a las personas pelirrojas. “Supongo que la han molestado sin piedad por el color de su cabello.”

“¿Y a usted no? Es casi tan rojo como yo.”

“Asistí a Eton, la principal escuela de varones para aristócratas privilegiados, a quienes les encantaba reírse de mí.”

“¡Oh!” Su mirada cayó de nuevo. “¡Qué horrible!”

“Esto me hizo más fuerte. También me desagrada mezclarme con la sociedad educada.”

“¿Usted también? ¡Oh! Cuando termine con esta horrible temporada, encontraré una manera de tener un establecimiento de cría y entrenamiento de caballos de carreras.”

*Esa era la pasión de Alfred.*

“¿Criar caballos? ¿Qué tiene que decir su madre sobre tal empresa?”

“No se lo he dicho hasta el momento. No se lo he contado a nadie más que a usted y al señor Willett.”

“¿Sabe que crío ovejas?”

“Pensé que tenía abejas.”

“Sí, pero también he trabajado para producir científicamente una raza más robusta de ovejas, que produzcan más lana, más carne y más leche.”

“¿Realmente? ¿Cómo está progresando? ¿Cómo llamará a su raza?”

“Honestamente, el progreso es lento. Un lote de corderos puede parecer más robusto, y el siguiente puede desviarse un poco. Sin embargo, después de los dos últimos partos, creo que he descubierto algo.” Con su gesto de aliento, él continuó, “pienso que podría llamar a la raza Northumberland Longwool.”

“Me gusta. El nombre suena bastante genuino.” Lady Modesty volvió a meter la mano en el guante. “Creo que me gustaría observar su cría de ovejas. ¿Habría algún terreno cercano apto para caballos?”

“Creo que los caballos prosperan en casi cualquier lugar de la isla de Gran Bretaña.”

“Mmm...” Su expresión cambió de una de asombro a una más parecida a la de la tentadora, que recientemente había estado en sus brazos. “¿Por qué... um...?”

Kenneth se inclinó hacia adelante, su corazón latía, como si fuera a morir, si ella no hacía su pregunta.

“¿Por qué?” La animó.

“¿Por qué usted me besó?”

Se frotó la nuca. ¿Cómo pudo no haberla besado? Ella estaba en su regazo, luciendo más tentadora que una tarta de cerezas caliente.

“Porque no pude detenerme. ¿Podría perdonarme?”

“Creo que fue una experiencia bastante adecuada para mi primer beso. No, no lo disculpo.” Se llevó los dedos a los labios.

¡Oh, cielos! Esta vez, realmente él se había excedido en sus límites.

“Creo que sus acciones me dan derecho a una ficha canjeable.”

¡Maldita sea! ella estaba conspirando y él había caído directamente en su trampa.

“¿Le ruego que me disculpe?”

“Bueno, se permitió un pequeño desliz, por así decirlo.” Ella le presentó una sonrisa astuta, siendo la impetuosa que había llegado a conocer. “Está arreglado. Y canjearé mi ficha, cuando Venom compita contra Poseidón el domingo.”

La boca de Kenneth se secó. ¿Cómo era posible que esta mujer lograra obtener todos sus

caprichos? Solo tenía un argumento más, aunque no tenía mucho fundamento.

“Si monto a Venom, estaré en un caballo mejor. Me favorecerán las longitudes.”

“¿Sí?” Ella resopló. “Creo que tiene miedo de ser superado por una muchacha.”

“¡Qué absurdo!” Él se burló.

“Muy bien, entonces, yo montaré a Venom, y usted montará a Poseidón.”

## Capítulo diez

Al marinero herido le gustó la vista desde su ventana. Al menos hubiera preferido no quedarse ciego. Había perdido la vista, en la batalla de Trafalgar, y también el juicio. Aunque el fuego le quitó la vista, los interminables disparos de los cañones los enviaron al manicomio. Al principio, lo internaron en el hospital Bethlem de Londres, la miserable y maloliente prisión conocida por los cautivos, dentro de sus muros, como Bedlam Insane Asylum. Allí habían empujado al viejo marinero, a una habitación con docenas de otras camas, junto con otros tantos, que habían enloquecido por los rigores del mar.

La muchacha nunca lo visitó allí. Pensó que ella lo había olvidado. Después de todo, todos los demás lo olvidaron, ¿por qué ella no debería hacerlo?

Pero después que lo transfirieran a Haslar, al otro lado del puerto desde Portsmouth, ella vino. Solo una vez, pero ella sí vino.

No podía recordar hace cuánto tiempo. Podrían haber sido unas semanas o unos meses, sin embargo, ciertamente esto no fue más de un año atrás.

Al marinero herido le agradaba Haslar. Solo compartía su habitación con otros tres hombres. Y cuando la enfermera abría la ventana, la brisa traía el refrescante aroma del mar. Siempre había disfrutado del surf, a pesar que las guerras le habían robado su vida como marinero.

Cuando inhaló, captó el aroma de una nueva fragancia: decididamente femenina, extraña, aunque familiar al mismo tiempo.

Unos pasos se acercaron a la cama, donde estaba apoyado contra una almohada. Eran pasos de una mujer. No eran los pasos pesados de un hombre ni los zapatos de suela gruesa de una enfermera. Eran unos golpecitos delicados. Lo más probable era que fueran aquellos hechos con pantuflas con un poco de tacón.

“Buenas tardes, viejo,” dijo.

¡Era ella! La chica que el marinero amaba, pero no recordaba de dónde.

Si tan solo su visión se aclarara para poder verla, la recordaría con seguridad. Dentro de su cuerpo, el ritmo de su corazón se aceleró. Quería sonreír y decirle lo feliz que estaba de verla. ¿Quizás en realidad estaba sonriendo?

Labios suaves y cálidos acariciaron su frente, mientras dedos ágiles rodeaban su mano.

“Te he extrañado,” expresó.

¡Oh, cielos! Cuánto la había extrañado. ¿Dónde había estado ella? ¿Por qué había permanecido alejada de él por tanto tiempo?

“Terminé el trabajo del que te hablé. ¿Te acuerdas?”

Ella esperó a que él respondiera. ¡Maldita sea! Era frustrante no poder hacerlo. Ella le había hablado de algún tipo de parto. Odiaba que ella no tuviera a nadie que la cuidara. Una mujer con una voz tan sedosa no debería endurecerse las manos con trabajos duros.

Le vino a la mente la imagen de una mujer con las mangas arremangadas, lavando la ropa, en un recipiente, sufriendo en un sótano húmedo. ¿Quién era ella? ¿Esta mujer? Pero el sótano le resultaba familiar. Él había pasado mucho tiempo allí.

“Supongo que no.” Ella misma replicó.

*¿Cómo te llamas?*

“De todos modos,” continuó, “encontré una cabaña para alquilar en Portsmouth, y ahora tengo suficiente dinero para vivir cómodamente.”

*¿Una cabaña? ¡Qué agradable! Ojalá pudiera quedarme contigo allí.*

“Y eso significa que podré visitarte más a menudo. También podré empezar de nuevo.”

Sí, lo que anhelaba el marinero herido era un nuevo comienzo.

“Debes saber que eres la única persona que me importa en toda la cristiandad,” susurró ella con su aliento cálido y suave en su oído.

Se obligó a sonreír ampliamente, sin saber si sus esfuerzos tuvieron éxito.

*Yo también te amo. Gracias por venir a verme.*

“¿Quieres que te cuente una historia?”

*¡Oh, sí! Podría escucharte hablar por el resto de mis días.*

“Muy bien,” dijo. “Había una vez una niña que vivía con su madre, en un sótano, debajo de una antigua destilería de ginebra...”

## Capítulo once

Cuando Kenneth entró en la joyería de Bond Street, sonó una campana. Lo singularmente positivo de aceptar el desafío de Lady Modesty fue que le dio a Kenneth tiempo para lograr una serie de cosas en su lista, sin tener que mirar, por encima de su hombro, para ver si ella lo estaba siguiendo.

“Bienvenido a Phillip,” dijo un empleado bien vestido, saliendo de detrás de un mostrador. “¿En qué puedo ayudarlo hoy?”

Kenneth sacó la factura de venta, que había cogido de la parte superior de su “pila de interés”.

“Mi hermano compró este anillo, en esta tienda, el día antes de fallecer.”

El hombre se cubrió el corazón, mientras deslizaba el documento de los dedos de Kenneth.

“¡Cielos! ¡Qué tragedia!”

“De hecho lo fue.”

“¿Supongo que usted es el vizconde Berwick, el sucesor?”

“Lo soy,” admitió Kenneth sombríamente. “Y me preguntaba si podría proporcionarme alguna información sobre esta pieza.”

“Ciertamente. Pero, ¿no puede ver el anillo por usted mismo? El zafiro es casi perfecto.”

“Si pudiera verlo, no estaría aquí.”

“Lo veo.” El empleado le devolvió la factura de venta. “Entonces, ¿puedo asumir con seguridad que no tiene el anillo?”

“Afirmativo.” Las comisuras de la boca de Kenneth se tensaron. “Encontré la caja vacía debajo de la cama donde Alfred tomó su último aliento.”

“¡Confío en su palabra!”

“¿Acaso le dijo para quién compró el anillo?” Sí, por la investigación de Modesty sabía que Alfred había estado cortejando a Lady Philomina, pero quería más pruebas.

“¡Oh, sí! Su Señoría me informó que finalmente había encontrado a su vizcondesa.”

“Mmm...” Kenneth se acarició la barbilla. Si tan solo Alfred le hubiera escrito sobre la joven, pero la correspondencia de su hermano era poco frecuente y breve. “Por favor, dígame la verdad: ¿usted ha visto este anillo desde que se vendió?”

“No. ¿Por qué?” Jadeó el hombre. “¡Oh! ¿Le ha preguntado a su prometida?”

“Todavía no, pero sé de buena tinta que la joven simplemente pensó que Alfred iba a proponerle matrimonio. Evidentemente no lo había hecho, en el momento de su fallecimiento.”

“Robado solo un día después de haberlo comprado... Por supuesto, puedo dar fe que no se mencionó la adquisición por parte de Su Señoría, en los periódicos, porque él quería que su propuesta fuera una sorpresa.”

Kenneth ya había leído detenidamente los números anteriores de *The Gazette*.

“¿Puedo confiar en usted, señor?”

“Ciertamente. Phillip es la tienda de joyas más importante de Londres. Con la confianza de la familia real, nada menos.”

“Creo que mi hermano fue asesinado y...” Kenneth agitó la factura de venta. “Este anillo tiene algo que ver con eso.”

“¿Asesinado?” Susurró el hombre, sus ojos crecieron casi tanto como el cristal de su

monóculo.

“Por favor, me gustaría obtener una descripción del anillo, la piedra y su engaste para poder entender mejor cómo es.”

“Se la daré, pero, ¿no prefiere tener un dibujo de la pieza?”

“¿Tiene uno?”

“Aquí en Phillip, guardamos dibujos de todo lo que creamos. Hacerlo ayuda notablemente a efectos de los seguros, o si un asunto se presenta, ante un tribunal de justicia.”

Cuando el empleado buscó el dibujo original para dárselo a Kenneth, ya sabía que las joyas robadas, a menudo, llegaban a los mercados de Covent Garden, si no al continente. También le habían dado un tutorial rápido sobre cómo identificar joyas de pasta. Por supuesto, casi todo el mundo podía detectar una falsificación si era vieja, descolorida o desconchada, pero había una buena cantidad de falsificaciones disponibles, que eran casi perfectas.

Después que Kenneth dejó Phillip, optó por caminar aproximadamente una milla hasta Covent Garden. Sopló una brisa que le recordó cómo los rizos de Lady Modesty, a menudo, escapaban de sus diversos sombreros, y se agitaban con el viento. El cabello de la mujer era tan aventurero como ella.

¡Cielos! Él casi se había deshecho, cuando ella aterrizó en su regazo con esas suaves nalgas en forma de corazón. En verdad, había perdido completamente la cabeza, cuando le había dado un beso en los labios. Peor aún, había querido hacer mucho más que besarla.

*Debí haberme detenido, sin importar lo tentadores que son sus labios.*

¿Cómo se habrían desarrollado los acontecimientos de su viaje a Southwark, si el carruaje no se hubiera visto obligado a frenar, manteniendo así el trasero de Lady Modesty firmemente en su banco? De todos modos, sin importar lo que hubiera sucedido de otro modo, sabía que ella habría encontrado una manera de desafiar a Venom, en una carrera. Algo le dijo que, aunque la mujer pudiera parecer espontánea, no hacía nada sin al menos cierta previsión.

Lo único positivo de aceptar su sugerencia era que ahora tenía dos días para él solo sin que la chica se metiera en sus asuntos. Esta mañana, se sintió muy aliviado al descubrir que ella no se presentó en su porche, vistiendo pantalones y afirmando ser el señor Modistie. Afortunadamente, ella ni siquiera le preguntó cuáles eran sus próximos pasos, en su investigación, de lo contrario podría haber insistido en acompañarlo. Y hoy, si ella le hubiera dirigido esos malditos ojos seductores, él no habría sido capaz de rechazarla.

Mientras caminaba por los senderos, las fachadas de los edificios se iban volviendo más destartaladas, los carruajes elegantes fueron reemplazados por coches de alquiler y carros cargados con todo tipo de mercancías. Los hombres trabajaban con palas y carretillas para limpiar los desechos de los caballos, y las mujeres se levantaban las faldas hasta los tobillos al cruzar los sucios caminos adoquinados.

Cuando Kenneth se acercaba a la entrada de los mercados, una mujer le rodeó el brazo con los dedos, mientras que sus labios y mejillas estaban brillantemente pintados de color.

“¿Qué tal un trago, cariño? Son solo dos chelines.”

Él liberó su brazo de ese agarre.

“No gracias.”

“Vamos, dos chelines no son nada para un dandi, como usted.”

Aparte de sentir repulsión por las atrevidas insinuaciones de esta mujer, Kenneth estableció la regla de mantenerse alejado de las prostitutas, especialmente de las mujeres enfermas de viruela, que merodeaban por las calles de Londres.

“Lleve su negocio a otra parte.”

“¡Ach! Usted es un ujier lascivo de la puerta trasera,” respondió ella, en voz alta. Evidentemente a ella no le importaba un carajo, a quién insultaba.

Kenneth se apresuró a entrar entre la multitud, mientras esas burlas aumentaban.

“¿Demasiado bueno para mí? ¡Maldito rubicundo!”

Atravesó el arco de entrada a los mercados sin echar a correr, muy agradecido de no tener a Modesty del brazo (llevando un vestido, por supuesto). Aunque, si ella hubiera venido, lo más probable es que la prostituta hubiera puesto su mirada en alguna otra pobre alma.

Los mercados estaban llenos de actividades, bajo una miríada de sombrillas y toldos. Había carros esparcidos al azar, vendiendo de todo, desde arpilleras hasta manzanas y hierbas de jardín. Los compradores comprendían todos los sectores de la humanidad, desde los ricos hasta los niños mal vestidos, que parecían estar haciendo recados para sus amos.

Un muchacho descalzo corrió frente a él y levantó un pez lastimosamente pequeño.

“Del muelle... Jefe... Atrapado esta mañana.”

Generalmente, Kenneth se negaba y continuaba su camino, pero este muchacho era demasiado delgado, tenía la cara sucia y sus mechones color marrón arena estaban enmarañados, como si sus condiciones de vida no fueran mejores que las de un sabueso.

“Hoy no quiero un eglefino, muchacho.” Kenneth le arrojó al joven un soberano, una moneda que valía varios chelines más que el valor del pez. “Pero ningún comerciante que se aprecie debería vender sus productos sin el calzado adecuado. Puede ir a comprar un par de botas.”

“Correc...” dijo el muchacho, con la voz llena de asombro, mientras mordía la moneda. “No, señor. Mi mamá me golpea, si no le doy toda mi ganancia.”

Kenneth se arrodilló y miró al muchacho a los ojos. Olía peor que el pescado.

“¿Usted tiene un par de zapatos?”

“No, señor.”

“¿Qué se pone en los pies, en invierno?”

Bajó la mirada hasta los dedos de sus pies.

“Los envuelvo.”

Kenneth no tuvo el valor de preguntar con qué los envolvía.

“¿Usted atrapó ese pez?”

El chico negó con la cabeza.

“Si me dice de dónde vino, le prometo que no se lo diré a nadie.”

“Se lo quité al pescadero del terraplén.”

“¿Usted lo robó?”

“Mi mamá dice que es solo morder un poco para que no nos muramos de hambre.”

A través de su interrogatorio, Kenneth descubrió que el nombre del muchacho era Freddie y que tenía once años, o que estaba lo suficientemente cerca. Su madre era una mujer que lo recogió en las calles. De hecho, ella había acogido a varios jóvenes, y los había entrenado como carteristas. Freddie no sabía quiénes eran sus padres.

“Le digo qué...” Kenneth se levantó. “Necesito un chico para los recados, uno que también sepa limpiar los establos de los caballos. El trabajo paga siete guineas al año. ¿Usted sabe cuántos chelines hay en una guinea?”

“No, señor.”

“Veinte y uno, lo que significa que usted ganará ciento cuarenta y siete chelines al año, o dos chelines y diez peniques a la semana.”

“¿Tanto? ¿Cada semana?” Los ojos de Freddie se abrieron, llenándose de esperanza.

“Tendrá una cama propia, tres comidas calientes al día y no tendrá que robar más. ¿Le gustaría venir a vivir conmigo?”

Los dedos de los pies del muchacho se volvieron hacia adentro, superponiéndose a los grandes.

“Mi mamá me azotará, si no llego a casa al anochecer.”

“¡Oh, no! Si acepta mi oferta, me aseguraré que la mujer, a la que se refiere como mamá, nunca vuelva a verlo.”

Freddie abrió la palma de su mano y miró la moneda.

“¿Quiere decir que puedo quedarme con esto?”

“Sí. Puede conservarlo y todo lo que gane. Pero tengo una regla a la que no renunciaré.”

“¿Cuál es?” Preguntó con sus dedos, apretando fuertemente alrededor de la moneda.

“Solo trabajo honesto. No más pescado picado. No más robos de carteras. ¿Puede prometerme eso?”

Asintiendo con entusiasmo, Freddie estuvo de acuerdo.

“Sí, señor.”

“Muy bien. ¿Puede indicarme dónde están los joyeros?”

“¿Joyereros? Correc... Debe tener la bolsa llena de chelines.”

Kenneth frunció el ceño al muchacho.

“El número de chelines que tengo en mi poder no es asunto suyo.”

Freddie se encogió de hombros.

“Sígame, entonces. Pero el pago de mi semana comienza hoy, ¿sí, señor?”

“Veremos.”

Los melódicos gritos callejeros de los vendedores ambulantes llenaron el aire, mientras ellos avanzaban entre la multitud, las nubes espesas escupían algunas gotas de agua, aquí y allá, aunque representaban poca amenaza de aguacero. Los vendedores del Covent Garden apenas se dieron cuenta, mientras continuaban con el trabajo de intentar vender sus productos, desde flores hasta dedales, cajas de rapé y barriles de repollo encurtido. Y cuanto más se aventuraban en el mercado, mejor era la calidad de los productos. La arpillera había dado paso a la tela holandesa, las manzanas al té, y las cajas de rapé habían pasado de la madera tosca a la porcelana.

Freddie tiró del abrigo de Kenneth y señaló:

“Allá... Ahí es donde están todas las chucherías elegantes.”

Debajo del alero de una pequeña tienda de ladrillos, un objeto brillaba en el escaparate. Y tras una inspección más detallada, había media docena de joyeros, todos juntos.

Kenneth dio unas palmaditas en la gorra del muchacho.

“Ve y dale el pescado a alguien que lo necesite, luego reúnete conmigo, aquí, en diez minutos.”

El chico retrocedió.

“¿Regalarlo? Es un bien muy valioso para venderlo...”

“El pescado es robado, por lo tanto no es suyo para venderlo. Haga lo que le digo, y yo mismo le compraré un par de zapatos.”

Mientras Freddie se alejaba, Kenneth lo observó por un momento. ¡Qué tonto era! Primero, dejando que Lady Modesty lo engañara para participar en una carrera de caballos, y ahora contratando a un ladrón confeso. Suspiró y se dirigió debajo del toldo. Al menos Freddie estaría fuera de las calles, y tendría la oportunidad de ganarse la vida honestamente sin ser azotado por la arpía, que lo había acogido, y lo usaba para sus propios fines.

Kenneth entró resueltamente en cada tienda, los vendedores se frotaban las palmas y

estaban ansiosos por mostrarle sus productos. No había anillos de zafiro que fueran reales. Gracias a su encuentro con el empleado de Phillip, pudo detectar cómo era la pasta: con bordes redondeados de las facetas y burbujas de gas. Sin embargo, algunas falsificaciones eran muy difíciles de detectar, a pesar de la falta de estructura cristalina y los colores que eran demasiado brillantes para ser verdaderos. Encontró un anillo de zafiro, que parecía ser real y con el precio correspondiente también. El único problema era que el tamaño y la configuración no se parecían en nada al dibujo, que le había dado el empleado.

Casi le sorprendió ver a Freddie, mirando desde detrás de una carreta, moviéndose lentamente, su expresión era menos confiada, como si esperara que Kenneth incumpliera su palabra.

“Ven, Freddie,” dijo con una rígida inclinación de la cabeza. “Tenemos mucho trabajo por hacer.”

\*\*\*

“¿Modesty, querida?” Su madre entró en el dormitorio de su hija sin llamar.

Modesty jadeó, y se cruzó de brazos sobre su corsé.

“¿Madre?” Dijo, tratando de no parecer tan asustada como se sentía.

Randolph hizo una profunda reverencia.

“Su Gracia.”

La madre cerró la puerta y levantó la barbilla.

“¿Por qué llevas pantalones de hombre?”

*Porque hoy voy a vencer a Lord Berwick en una carrera de caballos.*

Modesty adoptó su expresión más inocente, y retorció su larga trenza alrededor de su mano.

“Estaba pensando en usar un disfraz de jockey para el baile de máscaras de Lady Northampton.”

“¿Vestirte como un hombre? Eso está completamente fuera de discusión. Hay muchos disfraces adecuados para que los uses.” Su madre cogió la camisa de satén roja del respaldo del sofá, y la examinó. “Estas costuras son horribles. ¿Dónde encontraste una prenda tan mal hecha?”

*El señor Willett me la dio.*

“Perdóneme, milady,” dijo Randolph, inclinando la cabeza. “Lo encontré entre... ah... junto con algunos desechos en las habitaciones de los sirvientes.”

“¡Cielos! Usted es la doncella de una dama. Es su deber reconocer la buena mano de obra. Me sorprende que permitiera que mi hija usara semejante prenda.”

“Sí, milady.”

“Madre, es solo un disfraz y, como dijiste, no puedo usarlo de todos modos.”

“Entonces, ¿por qué pasas el día con tanta frivolidad?”

Muchas cosas llegaron a la punta de la lengua de Modesty. Si hubiera nacido niño, sería libre de ganar carreras de caballos porque era la amazona con más talento natural que el señor Willett había visto jamás. Además, en su opinión, Londres era el lugar más asqueroso y desagradable para pasar cualquier temporada, y mucho menos “la temporada”. No quería casarse con ninguno de los pomposos y egoístas aristócratas, que había conocido, y tenía toda la intención de convertirse en solterona, y encontrar la manera de tener su propio establecimiento de cría.

En cambio, ella se encogió de hombros.

“Creo que una muchacha puede soñar.”

“Bueno, tus sueños pueden esperar hasta que te duermas. Y si quieres soñar con disfraces de máscaras, sería mucho mejor que evocaras imágenes de la reina Isabel o Leonor de Aquitania: sus súbditos la querían mucho.”

“Sí, mamá.”

“¡Cielos! Como siempre logras hacerme perder el hilo de mis pensamientos, mucho más que cualquiera de los siete niños, antes que tú.” Dándose palmaditas en el pecho, la madre se aclaró la garganta. “George Hamilton, el conde de Roxburgh, vino a visitarme y me preguntó si podía actuar como tu acompañante, mientras tú sirves el té.”

Modesty resopló.

“Dada su edad, ¿no sería más apropiado, si él te acompañara a ti?”

“A menudo, dices las cosas más absurdas. Además, él solo tiene cuarenta años.”

“Más del doble de mi edad, eso sí.”

“Así son las cosas, querida. Tu padre era dieciséis años mayor que yo. Y Roxburgh es rico. Posee tierras a ambos lados de la frontera escocesa y le gusta mucho el pelo rojo.”

*Y todavía usa pelucas empolvadas.*

Modesty miró el reloj de la repisa. Ya eran las once y media. Necesitaba convencer a su madre para que se fuera de la habitación, y ella se apresurara a ir al hipódromo. Por el amor del Cielo, solo era té. Tal vez, si simplemente accediera a apaciguar al viejo idiota, su madre la dejaría en paz.

“¿Le dijiste a Lord Roxburgh que estaría encantada de servir el té?” Murmuró, sonando tan emocionada, como un gato moribundo.

“Lo hice.” Su madre chasqueó los dedos en dirección a Randolph. “Debes darte prisa en ponerte un vestido adecuado, querida. Le diré que bajarás enseguida.”

“¿El conde está aquí?” Preguntó Modesty, su voz era casi chirriante. “Pero, ¿qué hay de tu almuerzo dominical con las viudas rebeldes?”

“Odio que te refieras así a mis amigas.” Su madre abrió la puerta. “Y les he enviado mis disculpas. Para mí es mucho más importante estar con tu acompañante, que visitar hoy a mis compañeras viudas. Nos vemos en el salón, dentro de un cuarto de hora.”

Mientras los pasos de su madre se desvanecían, Modesty lanzó una mirada de pánico hacia la doncella de su dama.

“¡Cielos! Ella nunca falta a un almuerzo dominical. ¿Por qué hoy?”

Randolph ya había elegido un vestido de día de muselina azul. Ella se encogió, mientras lo sostenía.

“Lord Roxburgh parece un tipo afable.”

“Cómico es más apropiado. Juro que usa mejoradores de pantorrillas para que sus piernas luzcan más robustas. Es un bacalao.”

“Pero un bacalao rico.”

“Dudo que sea el tipo de marido, que se contentaría con una esposa que pasa más tiempo en los establos que en la casa.” Todavía en pantalones, Modesty se puso el vestido y metió los brazos por las mangas. “Ya es hora que le diga a mamá que no tengo intención de casarme con nadie.”

“Sí, milady,” dijo Randolph, tirando de los cordones traseros del vestido. “No olvide quitarse los pantalones.”

“El vestido esconde los pantalones. Me los dejaré puestos.”

“¿No piensa ir al hipódromo, después de servir el té?”

“Sí. Reté a Berwick a una carrera, y no soy alguien que jamás incumpla mi palabra.”

“Pero no llegará a tiempo.”

Modesty corrió hacia su escritorio, abrió el cajón donde guardaba el dinero para sus alfileres, y sacó un puñado de chelines.

“Tome un coche de alquiler. Vaya a la pista y dígame al señor Willett, que me han detenido, y que estaré allí inmediatamente.”

“¿Yo?”

“Sí, usted. Y dese prisa. ¡Ah! Y dígame al conductor que regrese a nuestras caballerizas, y me espere.”

“¿Pero qué pasa con su cabello?”

“Una vez que me quito la pelliza, me meto la trenza en la parte posterior de la camisa. Nadie notará la diferencia.” Modesty se puso un gorro de encaje sobre el cabello. “Continúe, dese prisa. Debe informar al señor Willett, antes que llegue Berwick, de lo contrario dirá que no tenía ninguna intención de correr. Además, es muy importante preguntarle al señor Willett sobre Red Charlie.”

## Capítulo doce

Modesty pagó generosamente al conductor, y se apresuró a entrar en los establos con su cartera cómodamente metida bajo el brazo. El maldito bacalao había insistido en tomar tres tazas de té. ¡Tres! Cuando Lord Roxburgh se despidió, ya eran las doce y diez minutos. Y luego tuvo que escuchar el sermón de cinco minutos de su madre sobre lo buen partido que era el conde. Gracias al Cielo que había tenido la previsión de pedirle a Randolph que le dijera al conductor, que esperara.

“Señor Willett,” lo llamó, mientras atravesaba la puerta y se desabrochaba la pelliza que cubría su disfraz de “mascarada”. “Lamento mucho llegar tarde.”

Apareció el jefe de cuadra, guiando a Venom, que estaba equipado con la silla de Modesty.

“Ahí estás. Estaba a punto de rendirme contigo.”

“Pero envié a Randolph para avisarte que estaba atrasada.”

“Sí, y si no lo hubieras hecho, habría asumido que no vendrías.”

Modesty se acercó al bloque de montaje, mientras el señor Willett detenía el caballo junto a él.

“¿Has visto a Lord Berwick?”

“Está poniendo a prueba a Poseidón.”

“¡Oh, menos mal! Tenía miedo que no esperara.”

“Casi no lo hizo hasta que le dije que estaba casi derrotado, si no le daba una oportunidad a su caballo. ¿Por qué diablos accediste a cambiar de montura en primer lugar? Venom tiene solo dos años. Si el duque descubre que te dejé montarlo, me ensartará.”

“Sí... Lord Berwick se considera un mejor jinete, y mi objetivo es demostrar que está equivocado.”

“¿Estás segura de eso? ¿Berwick te ha visto cabalgar?”

Modesty sonrió para sí misma. Puede que el vizconde no subestimara sus habilidades para montar, pero desestimó todo lo demás sobre ella. Saludó al caballo de carreras, dejándolo oler su palma, y luego le frotó el cuello.

“¡Oh, eres un muchacho bonito!” Ella se inclinó hacia su oído y le susurró: “¿estás listo para montar con una muchacha? ¿Demostrar quién es el rey de esta pequeña pista de carreras?”

Ante eso, Venom resopló y sacudió la cabeza.

“Sí, eres un buen muchacho,” dijo, tomando las riendas y acomodándose en la pequeña silla.

El señor Willett siguió su paso, mientras ella le indicaba al caballo que siguiera caminando.

“Venom no es exactamente el caballo que habría elegido para tu primera carrera.”

“¿Por qué no?”

“Es asustadizo y mucho más joven... muy joven y todavía un potro. Poseidón tiene ocho años.”

“Bueno, dijiste que estaba lista para correr, y en un baile Lord Berwick me reconoció, así que pensé que era justo desafiarlo.”

“Pero, no intentes presionarte demasiado, de lo contrario podrías romperte el maldito cuello.”

“Estaré bien. Mi asiento es seguro.” Modesty le sonrió a su entrenador. “Además, Berwick

pesa mucho más que yo.”

Antes que el señor Willett tuviera oportunidad de pronunciar otra palabra, Modesty vio a Su Señoría montando a Poseidón, y ella trotó hacia ellos.

“¿Está listo para esconderse un poco?”

“¿Oh?” Con un aspecto tan elegante como el de cualquier caballero que pasease por Hyde Park, el vizconde tiró de las riendas y sonrió, como si estuviera contento de verla. O era eso o su sonrisa parecía excepcionalmente brillante bajo la luz del sol de hoy. “Entonces, decidí hacer acto de presencia, ¿cierto, milady?”

“Usted sabía que lo haría, milord.”

Él entrecerró los ojos.

“Pensé que está demasiado ansiosa por superarme en una carrera.”

“Sí, pero mi madre intervino.”

“¿Un vestido ajustado tal vez?”

“Peor. El conde de Roxburgh vino a tomar el té, pero solo si yo lo servía.”

Berwick frunció el ceño, como si una nube oscura pasara por encima.

“No sabía que Su Señoría la estaba cortejando.”

Modesty le devolvió el ceño.

“¡Och! Él definitivamente no me está cortejando porque yo no lo estoy cortejando a él. De hecho, Roxburgh debería cortejar a mi madre.”

Berwick echó hacia atrás la cabeza, y se rió, haciendo que su montura se apartara.

“Vaya, usted es una zorra ardiente.”

Ella se echó hacia atrás y agarró su garrote de color rojo brillante.

“¿No lo sabía? La intensidad viene con el color del cabello.”

“¿En serio? Pensé que su temperamento tenía más que ver con ser escocesa.”

“¿Sí?” Preguntó, golpeando su fusta en el aire y haciéndola silbar. “¿Qué pasa con su pequeño temperamento?”

El vizconde pasó las riendas por las yemas de los dedos.

“No tengo idea de a qué se refiere, milady.”

“Usted olvida que mi madre es inglesa. Lo sé todo sobre las guerras que se libran en el seno de sus compatriotas. Al menos los escoceses son honestos con sus emociones.”

“¿Debemos competir o continuaremos discutiendo sobre las virtudes de ser criados en ambos lados de la frontera?” Su ceño oscuro volvió.

Modesty le indicó a Venom que trotara hacia la línea de salida.

“Esta es una carrera para todas las edades: Escocia contra Inglaterra.”

“¿Apostamos?” Berwick trotó junto a ella.

“Milord, no soy más que la hermana de mi hermano. Tengo poco con qué apostar, por lo que usted es un vizconde en posesión de una vasta propiedad.”

“Ahí está, usted está siendo demasiado literal, otra vez.”

Mientras detenía su caballo, ella miró al vizconde. Sus ojos brillaban con picardía. Su mirada se deslizó hasta sus labios, trayendo consigo un recuerdo que la distrajo. Uno que hacía que sus entrañas se sintieran, como si las mismas estuvieran bailando con polvo de hadas.

“¿Qué tipo de apuesta tiene en mente sino una apuesta literal?”

Él se detuvo a su lado, lo suficientemente cerca para tocar su ondulante manga de satén.

“Si gano, me gustaría reservar un vals en el baile de Ruthland.”

“Mmm.” En un abrir y cerrar de ojos, Modesty de repente visualizó docenas de cosas sobre las cuales apostar. Lamiéndose los labios, admiró el pelaje elegante y brillante de Venom. El

caballo era verdaderamente un semental preciado, de color castaño sin una mancha blanca en las cuartillas ni en el morro. “Muy bien,” dijo, volviendo a mirar al presuntuoso vizconde. “Si gano, me gustaría ser el jinete de Venom en la carrera de Primrose Hill.”

Berwick se quedó boquiabierto. Sacudió la cabeza y se burló.

“¿No ha escuchado nada de lo que he dicho en los últimos quince días? Si yo estuviera de acuerdo con eso, usted estaría arruinada.”

“No, si nadie lo sabe.”

“Pero yo sabré... eh... sabré que es usted.”

“Eso es porque usted es una especie de anomalía.”

“¿Qué quiere decirme exactamente?”

“Bueno, supongo que es por su cabello rojo. Tal vez porque somos pelirrojos, nos sentimos atraídos, por fijarnos en los demás, mucho más de lo que los demás se fijan en nosotros.”

Él miró en su dirección, sus ojos estaban un poquito oscuros.

“Le aseguro que todo en usted se nota, milady.”

Bueno, había una razón perfectamente buena para que él se fijara en ella, por supuesto.

“Eso es porque lo siento atraído hacia mí. Debo decirle que he estado terriblemente preocupada con pensamientos sobre usted desde que me besó. Dos veces, eso sí. Y ni siquiera he intentado pensar en usted.”

“¡Oh! Bueno, si eso es lo que considera un cumplido, entonces podría sugerirle...”

“¿Qué diablos están haciendo ustedes dos, celebrando una sesión del Parlamento?” Gritó el señor Willett, desde su lugar en la línea de meta. “Es casi la una. Los muchachos regresarán pronto.”

Inmediatamente, Modesty le indicó a Venom que se hiciera a un lado, luego asumió la carrera en cuclillas con el trasero en alto y el hocico sobre la cruz de su montura. Con los ojos fijos en la pista, asintió una vez.

El señor Willett disparó la pistola y Venom avanzó más rápido de lo que Poseidón jamás había comenzado. Pero Berwick era casi tan rápido y las fosas nasales de su caballo se dilataban, como si reconociera el desafío, y albergara un único deseo: ¡ganar!

Bueno, Modesty MacGalloway no iba a permitir que su probado y verdadero ejemplar de ocho años la derrotara, especialmente cuando ella montaba el caballo más joven. Blandiendo su fusta, exigió más velocidad, golpeando las riendas, y proyectando su peso tan hacia adelante, como sus muslos podían soportar.

Venom avanzó.

“¡Así es, más rápido, muchacho, más rápido!”

“¡Oh, no, no...!” Gritó Berwick, golpeando con su fusta, instando a Poseidón a avanzar hasta que los dos volvieron a estar, nariz con nariz. ¡Cielos! Ella no se había equivocado, cuando insistió en que Poseidón era más rápido de lo que su hermano pensaba.

En la curva, los dos caballos campeones lucharon, como si hubieran nacido para ese mismo momento, y hubieran pasado toda su vida entrenando para este único evento.

“¡Ve, muchacho, ve, ve, ve!” Gritó Modesty, mientras ella y Venom galopaban hacia la recta, y tomaban la delantera.

El señor Willett gritó algo imperceptible, agitando un brazo, mientras con la otra mano agarraba su reloj de bolsillo.

Modesty no se atrevió a mirar atrás, a pesar que el atronador golpe de los cascos de Poseidón estaba demasiado cerca.

“¡Dale un poco de rienda!” Gritó el Señor Willett.

Modesty obedeció. Lo mismo hizo Berwick, ganando terreno, mientras Poseidón resoplaba, ahora a la altura de su estribo. ¿Su caballo realmente se sintió insultado por haber optado por competir con otro?

*¡Maldita sea!*

Faltando un furlong, él rechinó los dientes, y se inclinó sobre el cuello de su caballo más de lo que jamás se había atrevido en su vida. Pero su querido caballo “retirado” siguió acortando distancias.

A medida que se acercaban a la línea de meta, Venom estaba adelante por un morro.

“¡Más rápido más rápido!” Chilló Modesty, instando al caballo más joven a mantenerse en la delantera.

“¡Oh, oh, oh!” Gritó Willett, corriendo tras ellos, mientras trabajaban para frenar sus monturas. “¡Estuvo demasiado cerca para decirlo! Nunca he visto nada igual. No pensé que Poseidón tuviera ese tipo de velocidad en él. Es un competidor. Lo es. Y Venom. ¡No estaba dispuesto a perder, incluso cuando cargaba con un jockey que no tenía tiempo para guiarlo!”

Modesty giró su caballo, y trotó hacia su entrenador con Berwick a su lado.

“¿Qué quieres decir con que llegamos demasiado cerca? Venom ganó de manera justa.”

“Cruzaron la línea al mismo tiempo, milady. Podría decir a un ritmo récord. Cincuenta y nueve segundos. Si consiguieras eso, en una carrera autorizada, nadie en Bretaña podría acercarse...”

“Aparte de mí,” dijo Berwick con bastante sequedad.

“Sí, milord, ¿puede imaginarse lo rápido que correría Venom, si milady tuviera la oportunidad de trabajar con él un poco?”

Modesty sonrió.

“Entonces, ¿fue un empate?” Preguntó, apenas capaz de creerlo.

“Creo que sí,” asintió Willett.

“Entonces, felicidades, Lord Berwick, bailaremos el vals en el baile de Ruthland.” Sonriendo de oreja a oreja, dejó que su declaración flotara en el aire por un momento. “Y seré el jinete de Venom en la carrera de seis furlongs, en Primrose Hill.”

El reloj de bolsillo del señor Willett se le escapó de los dedos.

“¿Usted?” Preguntó, agachándose para recuperarlo.

“No estuve de acuerdo con sus términos.” Berwick frunció el ceño.

“¿Oh? No pensé que fuera propio de usted incumplir su palabra, milord.”

“Yo... ¡ah!” Su Señoría señaló con el dedo al entrenador. “Él no lo permitirá.”

Modesty miró al señor Willett.

“Dijiste que estaba lista.”

El hombre limpió el reloj en la pernera del pantalón.

“Sí, pero...” Miró hacia los establos. “¿Qué pasa si cortamos el aire?”

“Por supuesto que no,” dijo Berwick, mientras Modesty respondía simultáneamente: “¡qué idea tan brillante!”

## Capítulo trece

Mientras su sirviente raspaba lentamente la afilada regla contra la fibra de la barba incipiente del cuello de Kenneth, él no se atrevió a tragar.

“¿Puedo hablar libremente, milord?” Preguntó Welch, limpiando la hoja con un paño.

“Sí, por supuesto.” Por el rabillo del ojo, Kenneth observó cómo la brillante navaja volvía a su cuello. “¿Usted no lo hace siempre?”

“Supongo.” Welch pasó el dedo con mucho cuidado. “Aunque desde que ha ascendido al elevado puesto de vizconde, siento que ahora es mejor preguntar de antemano.”

“¿Qué tiene en mente?”

Welch usó su dedo índice para levantar la nariz de Kenneth, mientras lo afeitaba por encima del labio.

“Bueno, el muchacho que trajo para servir como chico de los recados...”

“¿Qué pasa con Freddie?”

“Parece ser un tipo de buen corazón, aunque me atrevo a decir que Brown no está convencido. Se queja de él como un patán adolorido, debajo de las escaleras, dice que el muchacho no vino de la casa de algún compañero, y todo eso...”

En opinión de Kenneth, como vizconde, él era la persona que decidía quién permanecía en su empleo, y quién no.

“¿Por qué? ¿El muchacho ha intentado robar dinero?”

Usando el paño para limpiar los restos de crema de afeitar del rostro de Kenneth, Welch sacudió la cabeza.

“No que yo sepa.”

“¿Entonces qué es eso? He notado que Freddie está muy limpio. ¿Usted le cortó el pelo?”

El criado dio un paso atrás.

“Lo hice, milord.”

Kenneth se puso de pie, estirándose.

“Bueno, usted hizo un buen trabajo. Espero que algún día él será un lacayo respetable.”

“Si tan solo actuara en consecuencia.”

“¿Freddie necesita una o dos lecciones de decoro?”

Welch se dispuso a devolver el equipo de afeitado, a la caja forrada de terciopelo, que se guardaba debajo del lavabo.

“Sí, mucho... Necesita aprender modales adecuados, y cómo dirigirse a las personas según su rango. También debería aprender a leer.”

Kenneth no había pensado en el analfabetismo del muchacho. Pero, ¿qué esperaba de un pilluelo callejero, que robaba bolsillos, en beneficio de una mujer que lo azotaba?

“¿A quién debería encargarle la tarea de enseñarle su oficio al joven?”

“Definitivamente, no al señor Brown, milord. El mayordomo es demasiado intolerante con los errores.”

Por supuesto, Kenneth conocía algo de los rígidos escrúpulos de Brown, ya que el hombre siempre había sido la fuerza impulsora, que había mantenido, a raya, a los sirvientes de Berwick. También dudaba que Brown se hubiera topado alguna vez con un muchacho tan inculto, como Freddie.

“¿Y usted?”

Con el kit de afeitado guardado, Welch bajó los brazos.

“¿Yo, milord?”

“Usted lee bastante bien. Sus modales son impecables y, aún así, no tiene problemas para decir lo que piensa, cuando es necesario.”

Welch soltó un suspiro y puso los ojos en blanco hacia el techo, como si domar a un muchacho excediera con creces sus habilidades.

“Freddie es bastante *mundano* para su edad, aunque creo que es mucho más inteligente de lo que Brown le atribuye al muchacho.”

Si ahora Kenneth no iba a matar al mayordomo, este sirviente tendría demasiado tiempo para inventar docenas de excusas para negarse a tomar, a ese joven, bajo su protección.

“Entonces, ¿qué dice usted?”

El hombre se frotó la nuca.

“¿Podría ofrecerme a ayudarlo?”

“No exactamente... A partir de hoy, lo ascenderé a mayordomo principal, y a Freddie a lacayo. Es su responsabilidad educar al muchacho.”

“¿Por qué diablos mencioné al muchacho en primer lugar?” Murmuró Welch, cogiendo una corbata recién almidonada. “Pero, ¿qué pasa con el señor Brown, milord?”

Kenneth estaba de pie con los hombros hacia atrás y la barbilla en alto.

“El señor Brown se jubilará.”

El criado se puso a hacer un nudo gordiano.

“Pensé que aún no se había fijado su fecha de jubilación.”

“Acabo de decidir que es hora de hacer un anuncio formal.”

Una vez que Kenneth estuvo completamente vestido, encontró a Brown, puliendo la plata en la cámara del mayordomo debajo de las escaleras.

“¿Puedo hablar con usted?”

El anciano se puso de pie.

“¿Milord? ¿Pasa algo?”

“En absoluto,” respondió Kenneth. Había descartado a Brown, como posible sospechoso, un tiempo atrás, y ya era hora de dejar que el tipo disfrutara de la tranquila soledad de Surrey.

“He decidido que es hora que comience su jubilación. Le concederé dos meses más de salario, lo que debería ser suficiente para instalarse en una residencia, mientras encuentra la cabaña de sus sueños.”

Brown se quedó boquiabierto con expresión desconcertada.

“¿Ha encontrado a mi reemplazo?”

“De hecho, lo he hecho.” Debido a su naturaleza científica, Kenneth no estaba acostumbrado a andarse con rodeos, pero en este caso, no era del todo descabellado aplicar un poco de apaciguamiento. “Usted ha servido extremadamente bien a mi familia, y siempre lo miraré con cariño.”

El hombre todavía parecía perdido, mientras miraba de una pared a otra.

“¿Tan pronto?”

“Continúe, señor Brown. Se ha ganado el derecho a disfrutar cómodamente de su jubilación.”

“Gracias, milord. Sin embargo...”

“¿Mmm?”

“Bueno, ¿podría permitirme hablarle con franqueza?”

El mayordomo no se parecía en nada a Welch. Kenneth nunca pudo recordar al hombre expresando su opinión, al menos no con convicción.

“Sí, por favor hágalo.”

Brown se pasó los dedos por su pelo gris.

“Bueno, me preguntaba si podría estar en esa lista suya... la de los sospechosos.”

“Al principio, lo estaba, como todos.”

“¿Y qué le hizo cambiar de opinión?”

“No lo creo capaz de...”

“No, definitivamente no lo soy,” coincidió Brown. “Debe saber que Alfred siempre fue mi favorito.”

“¿Realmente?” Alfred era el favorito de todos. No obstante, Kenneth fingió estar en shock. “Eso me duele...”

“Por supuesto, usted también era un buen muchacho, pero Alfred solía venir a mis habitaciones y jugar a las damas. Se sentaba aquí durante horas. A veces yo...”

“¿Mmm?”

“Pensaré que no soy más que un viejo tonto.” Brown se frotó las sienes, mientras negaba con la cabeza.

“No, todo lo contrario. Yo también amaba a Alfred. Él era... bueno, a decir verdad, era mejor hombre que yo.”

“No estoy seguro que mejor sea correcto, pero era más amable.”

Kenneth no podría estar más de acuerdo. Alfred habría abordado todo este asunto con mucho tacto.

“¿Que iba a decir usted? ¿A veces yo...?”

“Bueno, cuando jugábamos a las damas, él me contaba todo lo que tenía en mente, en ese momento. Y muchas veces sentí que lo quería tanto como a un hijo. Lamenté su muerte, todavía estoy de luto. Además, estoy más asombrado que nadie por esa herencia que recibí.”

“Si es usted quien le enseñó a darme una buena paliza en las damas, entonces creo que fue muy sincero al seleccionarlo en su testamento.” Kenneth sonrió, mientras agarraba el brazo del anciano. “Vaya a Surrey con mi bendición.”

“Gracias, milord, y si Alfred murió, a manos de otro, realmente espero que encuentre al culpable y lo lleve ante la justicia.”

\*\*\*

No fue hasta unos días más tarde, cuando Kenneth encontró una nota muy pequeña, en la parte inferior de la página social de *The Gazette*, informando que el barón Bottesford había regresado a Londres con su nueva baronesa. Kenneth puso una marca junto al nombre del barón, en su lista de posibles sospechosos. Aunque todos los caminos que había seguido hasta el momento no conducían a ninguna parte, todavía no estaba convencido, que su hermano hubiera muerto por causas naturales.

Aunque nunca había conocido a Bottesford, como compañero mayor, le correspondía a Kenneth visitar al tipo. Se puso el sombrero y los guantes, y salió a pie, llegando a la puerta del barón, aproximadamente diez minutos después. Rápidamente, presentó su tarjeta al mayordomo, quien le pidió que esperara en el vestíbulo de la entrada.

Y aunque no seguía estrictamente los protocolos, como vizconde, al menos, él debió haberlo llevado directamente al salón. Cuando el mayordomo abrió las puertas corredizas de dicho lugar, el brillo de un cabello rojo llamó la atención de Kenneth.

“¡Lord Berwick!” Exclamó Lady Modesty, levantándose de su posición.

Kenneth frunció el ceño ante la impetuosa. ¿Cómo había sabido que él estaría allí? Por supuesto, ella no podría haberlo sabido. Pero, ¿por qué milady aparecía en todos los lugares a los que él iba? ¿No tuvo un recital, o algo que requiriera su asistencia hoy?

Mientras el mayordomo se hacía a un lado, el barón, la baronesa y Lady Modesty se le acercaron.

“Milord, qué fortuito es recibirlo,” murmuró obsequiosamente Bottesford, mientras leía la tarjeta, que aún estaba en la bandeja de plata del mayordomo.

“Gracias,” replicó Kenneth, inclinándose, por supuesto.

“Estaba a punto de servir el té,” dijo la baronesa. “¿Se unirá a nosotros?”

“En realidad, me preguntaba si podría hablar con usted, milord.” Kenneth miró fijamente a Lady Modesty, antes de aclararse la garganta y volver a mirar a Bottesford. “En privado.”

Afortunadamente, el barón abrió el camino hacia su biblioteca y se dirigió hacia el aparador.

“Estoy muy feliz de no tener que tomar té. ¿Quiere unirse a mí con un trago de brandy?”

“Yo creo que no.”

Bottesford volteó con un atisbo de alarma reflejado en su expresión.

“Por su tono, siento que esta no es una visita social.”

“Muy bien.” Kenneth sacó la pistola de su bolsillo y deslizó un dedo por el elegante cañón. “Tengo algunas preguntas para las que necesito respuestas veraces.”

Bottesford dejó caer el tapón de cristal de la jarra sobre la alfombra.

“¿Cómo se atreve a entrar a mi casa, y amenazarme así?”

“¿Cómo se atreve a aprovecharse de jóvenes inexpertas con la intención de obligarlas a aceptar casarse con usted para robarles sus fortunas?”

“Le aseguro que Lady Bottesford está muy contenta con nuestro acuerdo.”

“¿Solo ella?” Kenneth dio un paso adelante. “¿Qué pasa con Lady Philomina Carmichael?”

Ante la mención de la mujer, a la que había intentado cortejar sin éxito, el barón palideció y una gota de sudor le rodó por la sien.

“Es posible que haya juzgado mal sus intenciones.”

“Usted intentó arruinar a la pobre mujer...”

“Puede que haya sido un poco atrevido, pero le aseguro que una vez que descubrí, que su hermano la estaba cortejando, me hice a un lado... me hice a un lado de buenas maneras.”

“Yo creo que no.”

“¿Qué está diciendo?”

“Creo que entró en la casa de mi hermano, robó el anillo que compró para su futura esposa, y lo asesinó con un ungüento de acónito.”

Kenneth había visto numerosas expresiones de desconcierto en su vida, pero el rostro del barón estaba completamente desconcertado. El hombre no parpadeó durante varios tictac del reloj.

“¡Usted está loco! Nunca he tenido la oportunidad de estar dentro de la casa de su hermano. Además, puede que mis bolsillos estuvieran un poco reducidos con pocas monedas, pero nunca en todos mis días había pensado en asesinar, y mucho menos hubiera matado a alguien.” Bottesford tropezó hasta una silla, sacó un pañuelo del bolsillo del pecho y se secó el sudor de la frente. “No tengo estómago para sangre de ningún tipo. Ni siquiera la mía. ¡Ahora, por favor, guarda esa vil arma, antes que le disparare a algo!”

Kenneth se quedó atónito. ¡Maldita sea! Había perseguido otra pista falsa. Por el comportamiento pasado del hombre debería haber sabido que el barón era un demonio cobarde

con suerte. Se guardó la pistola en el bolsillo.

“Ya veremos,” refunfuñó, saliendo de la biblioteca y apresurándose al salón.

Las damas levantaron la vista, y Modesty detuvo su taza, a medio camino de su boca.

Después de dudar durante un momento de lo más incómodo, Kenneth se dirigió hacia la baronesa.

“Perdone mi impertinencia, pero, ¿podría ser tan amable de mostrarme su anillo de bodas, milady?”

Ella sonrió, mientras extendía la mano, presentando un anillo de oro con cinco pequeños granates.

“Esto pertenecía a la madre de Bottesford.”

Evidentemente, no había ni un maldito zafiro a la vista.

## Capítulo catorce

“¿Por qué diablos estaba tomando el té con el barón y la baronesa?” Preguntó Berwick, mientras caminaba por Culross Street, el viento era tan fuerte que le arrancó el sombrero a Modesty.

Ella agarró las cintas y se ajustó el sombrero, intentando atarlo más fuerte, mientras luchaba por seguir el ritmo de las largas zancadas del vizconde.

“¡No sabía que usted no me lo permitía! ¡Idiota! ¡Usted está mal de cabeza!”

“Debería haberse dado cuenta que buscaría al barón tan pronto como regresara a Londres.”

“¿Es así? ¿Y se supone que también debo tener una pequeña bola de cristal de druida para poder observar cada uno de sus movimientos?”

“No sea ridícula,” dijo él, cruzando la calle hacia Hyde Park.

Modesty esquivó una carretilla, llena de heno, mientras corría tras el ogro.

“¿Soy yo la que está siendo ridícula? Le pido perdón, pero se supone que debemos ser socios y resolver este misterio juntos.”

Berwick avanzó por uno de los caminos menos utilizados y extendió los brazos.

“No somos socios sangrientos.”

Modesty marchó a su lado. O el hombre era un tonto o seguía en shock, durante las últimas semanas.

“¿No descubrí a quién estaba cortejando Alfred?”

Él apretó los labios, dándole una de esas miradas, que se suponía que la asustarían para que guardara silencio. Excepto que Modesty era la menor de ocho hermanos, y con el paso de los años se había vuelto inmune a amenazas tan silenciosas.

Ella se detuvo y se llevó los puños a las caderas.

“¡Respóndame!”

Berwick giró sobre sus talones y caminó hacia ella.

“Usted resultó algo útil en ese asunto.”

“Sí, ¿y no lo llevé a la botica y no lo convencí de hablar con el señor Willett sobre Red Charlie? ¿Y no recibió la información que buscaba sin causar un pequeño revuelo?”

“Sí, supongo que eso fue bastante útil, sin embargo, ahora usted me ha puesto en una situación muy precaria.”

“¿Por qué?”

“Porque logró engatusarme para convertirse en el jinete de Venom, en la carrera de seis furlongs, en Primrose Hill.”

“¿Engatusado? ¡Hicimos una apuesta, lo que resultó ser su idea, milord!” Modesty había estado practicando con Venom, y el señor Willett no había pronunciado más que elogios. “¿Tiene otro jinete para su caballo? ¿Alfred no despidió al último, después del Derby de Epsom?”

Berwick no respondió.

Modesty le empujó el hombro.

“No, usted no tiene un jockey. Y solo porque sea mujer no significa que sea tan frágil como el cristal de una ventana. Estoy completamente harta de los hombres que creen que son la raza superior y no lo toleraré...”

En un instante, ella estaba en sus brazos con sus cálidos labios reclamando los de ella. Antes que su mente tuviera la oportunidad de pensar, se derretió en sus besos, como si su vida fuera a ser golpeada, si no lo hacía. Su cuerpo se presionó contra el de ella. Sin palabras, su deliciosa boca calmó la ira reprimida de Modesty, y la reemplazó con un deseo arremolinado, dichoso e inimaginable.

Cuando terminó el beso, ella lo miró a los ojos, ahora más oscuros. Modesty levantó la mano y sus dedos rozaron la vena palpitante de su sien. La suavidad de su piel hizo que esos labios masculinos se separaran con un pequeño jadeo.

“Esta es la tercera vez que me besa, milord.”

Él inclinó los labios hacia abajo y le mordisqueó el cuello.

“Mmm.”

“Pero esta vez hay más pasión en ello,” susurró, sin querer que él la oyera, pero queriendo que la entendiera de todos modos. ¿Qué tenía Kenneth Davenport que la confundía tanto? En un momento ella estaba segura que estaba ganando una discusión, y al siguiente, él exigía su boca, sabotando su ventaja, y haciéndola retroceder, en su capacidad de razonar.

Él capturó su boca, una vez más, acariciando sus labios hasta que ella quedó completamente inerte en sus brazos. ¿Era esto lo que querían decir las otras debutantes con tener las rodillas débiles?

La voz de Modesty tembló, mientras suspiraba.

“Sigo creyendo que soy el mejor jockey para Venom.”

“De acuerdo,” susurró, estas palabras sí podían escucharse bien.

Un relámpago brilló, arriba, cuando ella inclinó la cabeza hacia atrás lo suficiente para mirarlo a los ojos.

“¿En serio?”

“Parece que en lo que le concierne a usted, soy completamente incapaz de negarme.” Evidentemente, su argumento no había llegado muy lejos.

Ella se levantó, y rozó sus labios con los de él, inmune al inicio del aguacero.

“Creo que disfruto bastante besándolo.”

\*\*\*

Modesty estaba en la plataforma frente a los tres espejos de cuerpo entero de la modista. Aunque se estaba mirando a sí misma, en realidad podría haber estado viendo hacia un abismo, y no se habría dado cuenta. De hecho, disfrutó besando a Lord Berwick, pero hacerlo complicó por completo su acuerdo.

En primer lugar, el vizconde no había hecho nada para cortejarla adecuadamente. ¿No lo convertía eso en un libertino de la peor clase? Ciertamente, cada vez que sus labios encontraban los de ella, Modesty debería haber protestado con bastante vehemencia.

*Excepto que sus besos son demasiado divinos como para pensar en protestar por nada.*

“Modesty, no has escuchado una palabra de lo que he dicho.” La voz de su madre vagaba por sus pensamientos.

Parpadeando, regresó al presente, mirando primero a la asistente de la modista, que estaba de rodillas, sujetando con alfileres el encaje del vestido azul celeste, que iba a usar en el baile de Ruthland.

“Por favor, perdóname, estaba soñando despierta otra vez.”

“¡Cielos! No es de extrañar que aún no hayas encontrado marido.” Su madre se enfrió la cara con su abanico. “Dije que el corpiño de satén resalta el color de tus ojos. Es muy

halagador.”

“Realmente lo es,” dijo Kitty, sentada junto a la madre, sus rizos rubios se movían en señal de acuerdo.

Modesty miró su reflejo e imaginó sedas para un jockey... en azul, ya que el color le sentaba tan bien. “Me gusta.”

“¿Simplemente, cómo...?” Preguntó la modista. “El encaje que usé para la falda es de Francia, es de la mejor calidad.”

“Creo que serás la estrella del baile,” expresó Kitty, ¡Bendita sea! Ella siempre era un gran apoyo, a pesar que con su tez perfecta, siempre era la más bella. “¿Cómo van tus lecciones de carreras de caballos?”

La madre se enderezó.

“¿Carreras de caballos?”

“Lecciones de equitación, mamá,” corrigió Modesty, mientras disparaba a Kitty con ojos de daga. La maldita muchacha había prometido guardar silencio, pero allí estaba sentada junto a la madre de Modesty, hablando de carreras de caballos. “Sabes que he estado tomando lecciones de equitación los domingos por la tarde.”

“¡Ah, sí! Pero no entiendo por qué necesitas lecciones, cuando tienes el asiento más natural, que cualquiera de mis hijos.”

“Tal vez sea porque me encanta montar en bicicleta.” Modesty se arrancó un hilo rebelde de su corpiño. “Hacerlo me hace feliz.”

“Bueno, entonces, por supuesto, no quisiera afectar tu felicidad.” La madre cerró su abanico con un golpe. “Sin embargo, estaría mucho más contenta, si las lecciones fueran impartidas por Lord Roxburgh. ¿Por qué no ha vuelto a llamar?” Preguntó, con la voz entrecortada.

Modesty no tenía ninguna intención de fomentar el afecto del conde. Nunca en su vida podría verse casada con ese pomposo charlatán.

“Quizás haya encontrado otra muchacha pelirroja sobre quien derramar sus atenciones.”

“¡Que el Cielo nos libre!” Exclamó la madre, blandiendo su abanico, en dirección al trasero de Modesty.

“Apuesto a que Roxburgh estará en el baile.” Kitty aplaudió, saltando como una niña emocionada. “Todos estarán allí.”

Modesty le dirigió su mirada a esta chica traviesa.

“Incluso Lord Richter.”

“¿Ese hombre tan rico?” Preguntó la madre, mientras Kitty se ponía del color del sofá escarlata, en el que estaban sentadas. “¿Hay algo que no sé?”

“En absoluto, tía Patience.” Aunque oficialmente no era su tía, años atrás, la madre le había sugerido a Kitty, que la llamara así, porque se había convertido en una parte muy importante de la familia. Kitty le guiñó un ojo a Modesty. “Aunque me atrevo a decir que Su Señoría es bastante hábil manejando las cintas.”

Los labios de la madre se estiraron en una sonrisa maliciosa.

“Creo que todo Londres admira el brillante faetón negro de Richter.”

“Ahí estamos,” dijo la asistente de pie. “¿Cómo es la longitud ahora?”

Modesty bajó del estrado y caminó unos pasos.

“Creo que todo estará bien.”

“El vestido es precioso,” destacó la madre, volviéndose hacia la modista. “Por supuesto, estará listo para el miércoles, ¿no?”

La costurera esponjó las mangas abullonadas de Modesty. El estilo de esta temporada era un

poco más voluminoso que el de la anterior.

“Lo haré llegar a la casa del duque con tiempo suficiente para que se vista para el baile.”

Mientras la asistente la desataba, Modesty miró al espejo por el rabillo del ojo. ¿Le gustaría a Berwick el vestido tanto como a mamá y Kitty? ¿Qué haría si el vizconde decidiera cortejarla, en lugar de simplemente robarle besos?

Se tocó los labios con las yemas de los dedos.

*Quizás no debería permitirle que me bese otra vez. Después de todo, no puedo perder de vista el hecho que simplemente lo estoy ayudando a resolver el misterio de la muerte de su hermano. Una vez que Berwick descubra las respuestas que busca, regresará a casa con sus abejas y sus ovejas lanudas, mientras que yo me convertiré silenciosamente en una solterona.*

\*\*\*

Como hermana de un duque, Modesty había sido invitada a los bailes semanales de los miércoles en Almack's, a los cuales asistía, pero el baile de Ruthland fue promocionado, como el más extravagante de la temporada. Mientras estaba junto a Kitty y Felicity, se preguntó por qué. Los salones de Almack's, aunque elegantemente decorados, eran los mismos de siempre: candelabros de cristal, brillantemente iluminados, con espejos, que reflejaban la luz de cientos de velas de cera, sillas cubiertas de terciopelo dorado y cortinas de gasa color crema. Por supuesto, todos los que entraban presentaban su vale: un codiciado documento sellado, el cual indicaba que el portador era un miembro estimado de la alta sociedad, y se había ganado el derecho de entrar por estas puertas aristocráticas.

Los hombres llevaban calzones hasta las rodillas, corbatas impecables y abrigos cortos. Las mujeres siempre lucían sus mejores vestidos, aunque nunca usaban los mismos dos veces. Y allí, estaba Modesty entre Kitty y Felicity. Ellas permanecían en sus posiciones habituales, cerca de la entrada, observando a la gente llegar, mientras su madre pasaba con frecuencia, y presentaba a los caballeros que firmaban las tarjetas de baile.

“¡Oh, oh!” Felicity agarró a Kitty del codo. “¡Ahí está Lord Richter!”

Kitty se apartó y se llevó la mano al corazón.

“Se ve bastante apuesto en ese color negro.”

“¿Debo saludarlo?” Preguntó Modesty, su pregunta le valió un golpe en las costillas.

“Sabes que no debes hacer algo tan absolutamente torpe,” lo regañó Kitty.

“Sí.” Modesty examinó el salón, en busca de alguna señal de Lord Berwick, quien, estaba bastante segura, aún no había sido anunciado. “Pero no pude resistirme. ¡Cielos! Parece que estás enamorada.”

“¿Entonces? ¿Y si lo estoy? Estamos reflexionando sobre el mercado matrimonial para encontrar maridos, las tres.”

“En realidad,” dijo Felicity. “Como la temporada casi ha terminado, he decidido aceptar un puesto como institutriz de mi tía durante el verano.”

“¿Y entonces, qué?” Preguntó Kitty.

“Y volveré a Londres para una segunda temporada.” Felicity le dio unas palmaditas en el codo a Modesty. “Tú también estarás aquí, ¿no?”

“No estoy segura.”

“¿Oh?” Preguntó Kitty, su mirada finalmente estaba desviándose de Lord Richter. “Dilo... Sabía que me estabas ocultando algo.”

Es cierto que Modesty se había vuelto mucho más reservada, desde que empezó a recibir clases de equitación, y más aún, después de aceptar ayudar a Berwick, pero Kitty había supuesto

incorrectamente.

“Cuando comenzamos la temporada, estaba llena de emoción, pero nada se parece a lo que imaginé.”

“¿Estás bromeando?” Preguntó Kitty, extendiendo los brazos y señalando el salón de baile. “Toda la sociedad educada está aquí, al menos aquellos que no han hecho algo para crear un escándalo horrendo. Los hombres vienen a Almack’s, en busca de jóvenes, bien educadas, con las que puedan casarse.”

“Entonces, esto debería llamarse mercado de criadores,” murmuró Modesty. A todos los efectos, a estas alturas ya debería estar manchada por el escándalo. Había viajado en carruaje con un solo hombre más de una vez. Se hizo pasar por un hombre, y asistió a una partida de ajedrez en Waiter’s. Y todos los domingos, ella se vestía con sedas de jockey, y galopaba por el hipódromo, a toda velocidad.

Lord Richter evitó el debate subsiguiente sobre el matrimonio versus el mercado de criadores, cuando hizo una reverencia a las damas, y firmó las tres tarjetas de baile. Por supuesto, optó por bailar el vals con Kitty. Devolvió la tarjeta a Modesty, después de haber elegido una cuadrilla. Mientras se la quitaba de las yemas de los dedos, ella vio a su madre, abriéndose camino entre la multitud con Lord Roxburgh a cuestas. Modesty giró y rápidamente escribió con lápiz el nombre de Berwick para el vals.

“Damas,” dijo la madre, aclarándose la garganta. “¿Han tenido el placer de conocer a George Hamilton, el conde de Roxburgh?” Preguntó, presentando a Felicity y Kitty. “Por supuesto, usted ya conoce a mi hija.”

Felicity fue la primera en hacer una reverencia.

“Milord, es un verdadero placer.”

¡Cielos! La muchacha tenía estrellas en los ojos.

“Milord, espero que esté bien,” suspiró Modesty.

Él le quitó la tarjeta de baile de la punta de los dedos y frunció el ceño.

“¿Berwick ha reservado el vals?”

“Sí, aunque nadie ha añadido su nombre a la gran marcha hasta el momento, y supongo que comenzará pronto.”

Mientras Roxburgh obedecía, y firmaba su nombre en la marcha, Felicity dio un paso adelante.

“El vals de mi tarjeta de baile aún no ha sido reclamado, milord.”

El conde miró a Felicity.

“Tu padre es el barón Drummond, ¿no?”

“Sí, milord.” La muchacha se sonrojó, mirándose los dedos de los pies.

Modesty hizo todo lo que pudo para no poner los ojos en blanco. Felicity era tan recatada, como una cabra. Aunque era una cabra amable, y si quería coquetear con Lord Roxburgh, era más que bienvenida a hacerlo.

Su madre no llegó a la misma conclusión porque logró golpearle el brazo, e hizo que pareciera que la habían empujado entre la multitud.

“¡Oh, cielos! Creo que el salón estará a punto de reventar, cuando todos los invitados hayan entrado. Espero que considere oportuno visitarnos nuevamente. Mi hija disfrutó mucho sirviéndole el té.”

“Es posible que hayas entendido mal, mamá,” dijo Modesty. “Pero, ciertamente disfruté bebiendo el té.”

Roxburgh echó hacia atrás la cabeza y se rió.

“Me gusta el espíritu escocés.”

*¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! ¿No puedo decir nada que exprese adecuadamente mi desinterés por este trasero con peluca?*

Una fanfarria alertó a los bailarines para que ocuparan sus lugares para la gran marcha. Roxburgh le ofreció el codo y la llevó al suelo.

“Apuesto a que ha recibido docenas de propuestas esta temporada,” dijo, mirando hacia adelante, como si su pregunta hubiera sido sobre el clima, o si el Támesis fluyera hacia el este.

La orquesta inició *La marcha turca* de Mozart, y Modesty procedió a pasear como una dama obediente. Sin embargo, no tenía intención de alentar la persecución del conde.

“Tengo la intención de seguir siendo una solterona.”

El hombre se volvió a reír, aunque esta vez su expresión era de desconcierto.

“Me doy cuenta que por su naturaleza, ustedes, las escocesas, tienden a ser sardónicas...”

“¡Oh! No me inclino por nada,” replicó ella, enfatizando su acento. “El matrimonio no es para mí. Todavía no se lo he dicho a mi madre.”

“Lo veo.” Roxburgh resopló. “Estoy seguro que una vez que haya discutido su postura con Su Gracia, ella le dará el consejo matronal, que una joven como usted necesita.”

*Es un bacalao demasiado relleno.*

“Ahora, dime.” Roxburgh examinó el salón. “No he visto ni la piel, ni el cabello de Lord Berwick. ¿Cómo es que llegó a firmar su tarjeta de baile?”

“Fue un acuerdo.”

“¿Oh?” Preguntó el conde, acercándose demasiado y arqueando las cejas.

“Lo cual no es de su incumbencia, milord.”

“Me gustaría que eso fuera un asunto de mi preocupación.”

*Querido Padre de la Navidad, ¿este hombre no nos dejará en paz?*

Si Modesty le dijera que Berwick la estaba cortejando, no solo sería mentira, sino que el conde probablemente acusaría a su madre de mentirle, lo que sería como decirle a un gato doméstico, que hay un ratón debajo de la cama. El pobre ratón no tendría ninguna posibilidad.

“¿La está cortejando?” Roxburgh persistió.

“¡Cielos! Usted se ha excedido, milord,” dijo Modesty, echando los hombros hacia atrás para expresar la mayor indignación.

“Tengo mucha curiosidad por saber por qué tu madre me invitó a visitarla nuevamente.”

Ella ofreció una media sonrisa, expresando inequívocamente su “naturaleza sardónica”.

“Mi madre es muy experta en servir té.” Al fin, la marcha terminó. Modesty hizo una reverencia. “La viuda también está mucho más cerca de la edad suya.”

Aparentemente sin palabras, Lord Roxburgh la acompañó fuera de la pista. Hizo una reverencia.

“Ya que insiste en continuar con esta farsa tan grosera, descubriré qué está pasando entre usted y Berwick, fíjese...”

“Pero...”

Modesty gimió, cuando el conde giró sobre sus talones y desapareció entre la multitud.

“Ahí estás, querida mía,” dijo su madre, materializándose entre la masa de humanidad circundante. “Me emocionó verte en una gran conversación con Lord Roxburgh.”

“¡Qué es un tonto de cabeza grosera! No le serviré té a ese viejo. ¡Nunca más en todos mis días!”

Modesty se apresuró a dirigirse al salón de las damas. Al menos allí pensaba que iba hasta que su madre la agarró por la muñeca, y la llevó a una de las salas laterales, que estaba iluminada

solo por un candelabro de pared.

El blanco de los ojos de su madre brillaba ferozmente, reflejando la luz de las velas.

“Sabía que el día que tú naciste ibas a ser obstinada y desagradable.”

“Pensé que me habías llamado incorregible.”

“Sí, bueno, eso fue antes que salieras. Ahora casi has completado tu primera temporada, y ni siquiera has recibido una propuesta.”

“Pero Charity no encontró su pareja, en su primera temporada.”

“Eso es porque ella es la hija mayor, y yo todavía estaba de luto, cuando la hice salir.”

La madre caminaba de un lado a otro, retorciéndose las manos.

“Al menos, ella tenía pretendientes. Te he presentado a todos los solteros disponibles, que son apreciables, y tú actúas como una cascarrabias. ¡Cielos! Naciste en un ducado. Has tenido una buena educación. La mayoría de las veces eres encantadora, a tu manera poco convencional. Sin embargo, tan pronto como llegamos a Londres, quedó claro que elegiste convertirte en una arpía espinosa.” Su madre se llevó la palma a la frente. “Estoy al límite de mi capacidad de aguantarte. Kitty recibirá una propuesta, antes que tú, aunque tú la superas en rango, en todos los sentidos imaginables.”

“Kitty puede tener a la alta sociedad, a sus pies. Es bonita y no tiene ni una sola peca en la cara.”

“¿Es su belleza la razón por la que estás tan de mal humor?”

Sí, Modesty se había distanciado de Kitty, desde que llegaron a Londres, pero había demasiadas cosas, que le habían provocado amargura, como para enumerarlas todas en esta sala con poca luz, en medio de uno de los bailes más anunciados de la temporada. Entonces, llegando al meollo del problema, decidió ser completamente honesta:

“Odio intentar ser algo que no soy.”

“¿Qué estás diciendo? Eres la hija de tu padre. Deberías saberlo. Te pareces bastante a él... en un sentido femenino, por supuesto.”

“No me refiero a mi ascendencia. No me refiero a la alta sociedad ni a todas las cosas superfluas, que hacemos para llenar nuestros días. No quiero ser la esposa de un bufón rico, que no me ama. No quiero casarme, absolutamente...”

“Por supuesto que quieres casarte. Te has estado preparando para ser esposa desde que diste tus primeros pasos. Es tu deber.”

“¿Lo es? ¿Realmente?”

“Sí,” dijo su madre, enfáticamente.

Sintiendo que se avecinaba una mueca, Modesty se presionó las sienes con las palmas de las manos.

“¡Cielos! Madre, quiero criar caballos de carreras. Quiero levantarme cada mañana, ponerme las botas y pasar mis días en los establos.”

Aparentemente impertérrita, su madre levantó el dedo índice.

“¿Caballos?”

“Sí.”

“Todo el mundo tiene caballos, pero solo hay un puñado de criadores de caballos de carreras exitosos.” Su madre reanudó sus paseos, agitando el dedo, como si estuviera recitando lecciones de *El espejo de las gracias*. “Algunos son compañeros de nosotros, por supuesto.”

“Entonces, ¿eso es todo? Ahora que he compartido mi deseo más profundo, ¿te dedicarás a encontrarme un marido adecuado, que sea dueño de un preciado semental?”

“¿Por qué no? Si eso es lo que deseas, tal vez debería hablar con Martin. Estoy seguro que

tu hermano conoce a varios criadores de caballos ricos y de origen noble.”

Modesty apretó los dedos en puños para evitar gemir.

“¿Por qué no haces que Marty publique un anuncio en *The Gazette*?” Sin importarle si sonaba sarcástica o no, extendió los brazos y dijo: “*Duque en busca del dueño de una finca de cría de caballos para su hermana, quien es muy sencilla. Se considerarán todas las ofertas. Dote considerable.*”

“¡Cómo te atreves a ser condescendiente conmigo!” Su madre golpeó el hombro de Modesty con su abanico. “He hecho todo por ti esta temporada: he programado tus citas con la modista. He respondido a todas las invitaciones, que valían la pena. Te he presentado a un caballero perfectamente aceptable, uno tras otro, y... ¿qué agradecimiento he recibido de ti? Tus palabras son tan amargas, que me duelen profundamente.”

La piel de Modesty ardía. Odiaba a la alta sociedad y todo lo que representaba. No le gustaba Londres. Pero definitivamente no quería lastimar a su madre ni a nadie de la familia.

“Tienes razón. Perdóname. Yo... yo... simplemente, no quiero estar aquí.”

“Puede que no te importe Londres, pero hay muchos pares con escaños en el resto del país. Una vez que encuentres a tu pareja, lo más probable es que pases la mayor parte de tu tiempo, en una vasta propiedad con colinas y tantos caballos, como tú desees.”

Modesty asintió, completamente incapaz de aceptar su futuro, cargada de hijos con tanta frecuencia, que nunca tendría la oportunidad de montar a Poseidón, y mucho menos a cualquier otro caballo de carreras. Su madre tenía razón. Todas las hijas de MacGalloway habían nacido para casarse bien y fortalecer el poder del ducado de Dunscahy.

*No debí haber presionado a Berwick para que me dejara montar en Venom. Él debería contratar a un jockey adecuado. Lord Ken sabe que nunca seré uno.*

La madre deslizó su mano arriba y abajo por el brazo de Modesty.

“Ahí está mi chica. Dentro de dos años estarás tan feliz que te preguntarás por qué sufriste tanta inquietud durante tu primera temporada. No es fácil para las mujeres, y salir a la sociedad educada causa una gran consternación, en todas las jóvenes de tu calaña.”

“Aparte de Kitty.”

“Bueno, la hermana de tu cuñado es un caso inusual. En cierto modo, ella es como Cenicienta: nació en un apartamento de una sola habitación, encima de una carnicería. Hasta que Harry se convirtió en conde, Kitty estaba destinada a una vida de pobreza. Tú, en cambio, siempre has estado destinada a casarte bien. Es decir, si te dignas a seguir el consejo de tu madre.”

## Capítulo quince

Kenneth entró subrepticamente en Almack's, y le quitó una copa de limonada aguada a un lacayo que pasaba. Este era el tipo de evento que detestaba. No solo había docenas de jóvenes risueñas reflexionando, sino que sus madres buscaban entre la multitud nuevos vizcondes crédulos.

Las madres y las debutantes no fueron la única razón de su tardanza. Aunque había una debutante en particular, a quien debía evitar... pero no podía evitarla. Besarla había sido un error.

*Y lo hice tres malditas veces.*

Sin embargo, durante su vida, lo único en lo que logró pensar desde que asistió al baile del duque de York fue en la mujer escocesa pelirroja, que lo había molestado. Tal vez fuese simplemente cualquier otro pensamiento. Pero no podía entender por qué la mujer aparecía constantemente en su mente. Lady Modesty estaba galopando por una pista de carreras con mechones de lustroso cabello rojo, que fluyen desde un trasero femenino perfectamente cincelado. Lady Modesty aparecía en su salón de desayuno, afirmando ser el señor Modistie, y luciendo absolutamente femenina sin importar cuánto intentara aparentar lo contrario. Lady Modesty permanecía sentada recatadamente, en el salón del barón Bottesford. Lady Modesty descubría a quién Alfred cortejaba. Lady Modesty estaba en su carruaje, en su regazo, con los labios ligeramente entreabiertos y los ojos entrecerrados.

*¡Cielos, le debo a Alfred encontrar a su asesino, pero por primera vez en mi vida, no puedo concentrar mis pensamientos en nada que no sea esa mujer, quien es asquerosamente encantadora!*

Kenneth no debía estar aquí esta noche. Excepto que había ganado una apuesta para bailar con la dama. Y ella parecía tan genuinamente agradecida, como si no tuviera idea de la fuerza del control que tenía sobre él.

“¡Vizconde Berwick!” Una madre lo arrulló, y él habría jurado no haberla visto nunca en su vida. “Tenía miedo que no viniera al baile de Ruthland. Usted sabe que es el evento más prestigioso que se celebra en Almack's, en esta temporada.”

“No. Yo no estaba...” Los músculos de su espalda se tensaron, mientras su mirada se dirigía hacia numerosos rostros desconocidos, hasta que vio a alguien que reconoció. Él asintió con la cabeza a la madre. “Si me disculpa, milady, hay algo importante que debo discutir con Su Gracia.”

Luego de media docena de zancadas, llegó junto a la madre de Lady Modesty.

La duquesa viuda miró en su dirección y le ofreció una sonrisa fría con su abanico empuñado por dedos ágiles.

“¡Ah! Berwick, ¡qué amable de su parte hacer acto de presencia!”

“Lo hice solo porque le prometí a Lady Modesty un vals.”

Las delicadas cejas de Su Gracia se arquearon ligeramente.

“¿Ha estado conversando con mi hija?”

¡Cielos! ¿Él se había excedido?

“Nuestros caminos se cruzaron en... ah... los establos. Donde tengo entendido que está tomando clases de equitación.”

“De hecho, está...” La sonrisa de la duquesa viuda se hizo más amplia. “Mi querido

vizconde, por favor dígame que heredó el caballo de su difunto hermano. ¿Cuál es su nombre? Algo como Viper o...”

“Venom. Y sí, el caballo está alojado en el mismo establo donde ella guarda a Poseidón.”

La diversión brilló en los ojos agudos de la viuda.

“Modesty y su amor por los caballos. Puede hacer que incluso el fastidio más asustadizo parezca un campeón.”

“De hecho, tiene una montura impresionante. Digo, nunca he visto a una mujer con una predilección tan natural por la equitación.”

“Sí, bueno, si tan solo fuera más adecuada para coquetear.” Las comisuras de los labios de la viuda se levantaron ligeramente, claramente interpretando el rol de la madre de una debutante, pero haciéndolo muy sigilosamente.

Si Kenneth no hubiera estado en Londres, en un baile, podría haber asumido que la dama estaba manteniendo una conversación ociosa. Sin embargo, las madres de la alta sociedad asistían a estos eventos solo por una razón.

“¿Dónde está Lady Modesty, tal vez...?”

Con su abanico, Su Gracia señaló la pista donde los bailarines realizaban un cotillón. Casi al otro lado del pasillo, todavía era imposible pasar por alto a Modesty: su cabello brillaba como el fuego, su vestido era del color de las campanillas de Northumberland, y el corpiño le quedaba, como si lo hubieran pintado. Ella respiró profundamente, haciendo que sus pechos se tensaran contra el escote redondo.

Kenneth la miró fijamente, con los labios entreabiertos, y la respiración detenida.

Modesty vio hacia su dirección y tropezó.

Su madre jadeó, recuperando rápidamente la compostura y golpeándose los labios.

“Lord Berwick, sería un honor para mí, si viniera a tomar el té lo antes posible.”

¡Maldita sea! Kenneth había caído directamente en la trampa de esa mujer.

“¿Té?” Él graznó.

“Por supuesto. Y yo me ocuparé que Modesty sirva el té.”

“Me encantaría ir a tomar el té, pero debo comenzar mi aceptación, haciéndole saber que actualmente no estoy buscando esposa.”

“¿No?” Preguntó Su Gracia con un aire de diversión. “Espero sinceramente que no muera, antes de engendrar a un heredero como...” Ella miró hacia un lado, mientras su pausa se prolongaba. “Bueno, todos sabemos que usted no quiere eso, ¿cierto?”

Kenneth bebió un trago de su limonada, cuando terminó el cotillón.

“Creo que es hora del vals,” respondió, evitando deliberadamente la pregunta de la duquesa.

“De hecho, lo es.” La duquesa sonrió radiante.

Se encontró con Lady Modesty, mientras su compañero la sacaba de la pista.

“Creo que el próximo baile es mío.” Kenneth relevó al hombre de sus deberes de escolta.

Ella le hizo una mueca de pánico, y él examinó la tarjeta de baile, que colgaba de su muñeca.

“Estaba empezando a pensar que usted no vendría.”

Él se inclinó y la palabra “vals” llamó su atención.

“¡Agregó mi nombre!”

“Sí, porque usted me prometió el baile final de la víspera.”

“No, si usted recuerda pedí el vals y prometió reservarlo.”

“Muy bien, pero de una forma u otra, no quería que nadie más reclamara ese espacio, así que escribí su nombre, ya que no estaba aquí para hacerlo usted mismo.”

“Bueno, ya que pregunté, podríamos saltarnos el set, si lo prefiere.”

“¿Ha perdido la cabeza? Mi madre estará encantada de verlo bailar el vals conmigo. Incluso podría invitarlo a tomar el té.”

Él sonrió, apretando el brazo de Modesty y dándole un suave empujón.

“Ella ya lo ha hecho.”

“¿Es eso de lo que ustedes dos estaban hablando?”

“Sí,” dijo. “También mencionó lo orgullosa que está de su habilidad en la silla de montar.”

Asumieron sus posiciones, mientras la orquesta tocaba una introducción.

“Usted sabe... ¿A qué se refería con una silla de montar?”

“Mmm,” respondió Kenneth, sus dedos estaban moldeándose, en el arco de su cintura, y de repente, su corazón latía más rápido que el ritmo de tres tiempos. Sin embargo, al menos, esta vez, él comenzó con el pie correcto.

Los movimientos de Lady Modesty fueron fluidos, mientras le sonreía.

“¡Ha estado practicando!”

“No he tenido tiempo, pero gracias de todos modos.”

Esos ojos azules brillaron, cuando ella encontró su mirada.

“¿Ha estado trabajando para resolver el misterio?”

Le gustó cómo ella optó por decir misterio en lugar de asesinato. El misterio sonaba mucho más civilizado.

“Algo.”

“¡Ah! ¿Y?” Preguntó, mientras él la conducía hacia una curva bajo su brazo levantado.

“No hay nada nuevo.”

“¿Encontró el anillo?”

“No, pero contraté a un joven carterista y decidí entrenarlo como lacayo.”

Lady Modesty se detuvo, haciendo que él la arrastrara con la música.

“¿Por qué usted necesita a un carterista? ¿Está planeando seguir robando joyas a damas desprevenidas?”

“No, por nada. El tipo era...”

“¿Mmm?”

“Freddie es su nombre. Es huérfano, no estaba robando para sí mismo, y tampoco robará para mí...” La música terminó, exigiéndole que se inclinara, ante la reverencia de Lady Modesty.

“Berwick,” dijo Lord Roxburgh, encontrándose con ellos, en el borde de la pista de baile.

“¿Puedo hablar con alguno de ustedes?”

Kenneth había oído hablar al conde en la Cámara de los Lores. No se había sentido muy impresionado, en ese entonces, aunque hasta el momento creía que su primera conclusión había sido acertada.

Lady Modesty apretó el brazo de Kenneth.

“Ejem.”

Bastaba con echarle un vistazo a los ojos y su proclamado disgusto por el hombre volvió a invadirla. Roxburgh era el petimetre, que intentaba cortejarla y, ahora que Kenneth vio al hombre de cerca, se dio cuenta que el conde debía tener el doble de su edad. Él le besó la mano, tomándose su tiempo, asegurándose que sus miradas se encontraran en una escena acalorada, antes de volver a centrar su atención en Roxburgh.

“No tardaré más que un momento, milady.”

Frunciendo el ceño, el conde se dirigió hacia el lado opuesto del salón de baile, y se deslizó por el alféizar de una ventana vacía.

Las fosas nasales de Roxburgh se dilataron, mientras respiraba, estirándose en toda su altura, que todavía era cinco pulgadas menos que la de Kenneth.

“Le hago saber...” dijo, con el aliento decididamente agitado por un exceso de brandy. “Que he estado cultivando cuidadosamente una alianza con Lady Modesty, y no permitiré que un joven vizconde, que apenas ha ingresado a la nobleza, arruine todo el trabajo que he hecho para ganarme el favor de la joven y su familia.”

Resistiendo el impulso de darle una bofetada directa, Kenneth se cruzó de brazos.

“¿Lady Modesty le sirve té, una vez, y eso constituye un esfuerzo excesivo en el cortejo?”

“Eso no es de su incumbencia. Vi su nombre reclamando el vals en la tarjeta de baile de milady, pero no se le veía por ninguna parte. ¿Cuáles son exactamente sus intenciones?”

*¿Quizás sea necesaria la bofetada?*

“Parece que usted cree erróneamente que se ha ganado algún tipo de derecho en lo que respecta a Lady Modesty.”

“De hecho, lo he hecho, y no me quedaré de brazos cruzados ni permitiré que la corteje para alejarla de mí. Apuesto a que usted no tiene escrúpulos, exactamente como su hermano, y no permitiré que se quede con la hermana de Dunsaby.”

Tratando de evitar que este tête-à-tête se convirtiera en un intercambio violento, Kenneth dio un paso atrás, y se llevó una mano al corazón.

“¿Cómo se atreve a hablar mal de los muertos! Alfred nunca importunaría a una dama. Era un mejor hombre de lo que yo seré jamás.”

Roxburgh resopló, su mueca de desprecio era amenazadora.

“Eso es lo que temía.”

Una punzada de calor ardiente quemó la nuca de Kenneth.

“Usted, milord, está muy cerca de que lo llamen para que se explique a sí mismo. ¿Qué motivos tiene para acusar a mi hermano de cualquier irregularidad?”

“Casi todo el mundo conoce los rumores. Después del Derby, estaba convencido que su hermano estaba en connivencia con Ward Crockford. Los tres se unieron para ‘arreglar’ la carrera. Y yo perdí mil libras, eso sí. Crockford y el difunto Berwick me robaron las monedas. Él y esa astuta amante suya.”

*¿Tres de ellos? ¿Amante?* Kenneth no sabía qué hacer primero, si retorcerle el cuello al conde, o exigir algunas malditas respuestas.

“Le aseguro que mi hermano estaba tan molesto por los resultados del Derby como usted.” ¡Maldita sea! Si tuviera que retorcerle el cuello a Roxburgh, ahora, no recibiría ni una sola respuesta a sus preguntas. “¿Pero qué pasa con la amante de Alfred? ¿Estuvo en la carrera?”

“No me sorprendería que hubiera estado allí.”

“¿La vio allí?”

“No.”

“¿Cuál es su nombre?” Kenneth sondeó y se dio cuenta que el conde estaba lleno de entusiasmo y carecía por completo de veracidad.

“Ella es una tonta. ¿Por qué debería importarle cómo se llama?”

Aún así, por la forma en que el estómago de Kenneth se aceleró, necesitaba investigar más.

“Pero, ¿usted está seguro que mi hermano estaba entreteniendo a una amante?”

La peluca del conde se movió cuando asintió. “Lo vi con ella... en Waiter’s. Era una de las chicas de Crockford, de eso estoy seguro.”

Kenneth entrecerró los ojos y levantó la barbilla.

“¿Por qué está tan seguro?”

“Porque las únicas mujeres permitidas dentro del club de caballeros son sus mozas contratadas.”

*Y Lady Modesty, cuando se hace pasar por un dandi.*

“¿Quién más sabía de la relación de esta mujer con Alfred?”

“Muchos.”

“Yo creo que no. Mis sirvientes, ciertamente, no estaban al tanto. Además, Alfred estaba cortejando a una dama, a la que planeaba proponerle matrimonio.”

“¿Es así? Vamos, Berwick, ¿puede decir sinceramente que el cortejo no impide a un hombre salir con una amante atrevida?” Roxburgh se volvió a colocar la peluca. “Más de la mitad de los caballeros que asisten a este baile tienen amantes.”

Kenneth dudaba mucho que el número ascendiera a la mitad, pero argumentar ese punto no lo ayudaría a encontrar las respuestas, que tanto necesitaba.

“Muy bien, si no sabe el nombre de la amante de mi hermano, ¿cómo era esa mujer?”

“No lo sé.” El conde se rascó debajo de su maldita peluca. “Alta para ser una mujer. Pelo oscuro. Por supuesto, tiene un par de bolas de masa de manzana, que ningún hombre puede ignorar.”

“¿Algo más?” Preguntó Kenneth, ya que el conde había descrito al menos una cuarta parte de las mujeres de Londres.

El ceño de Roxburgh se frunció.

“¡Maldita sea! Hombre, no lo traje aquí para hablar sobre las irregularidades de su hermano, yo...”

“Le pido perdón,” dijo Kenneth, inclinándose hacia adelante. “Pero es exactamente por eso que me trajo aquí. Sin haberme conocido, se formó una opinión errónea sobre mi carácter.”

El conde se alejó con la espalda, ahora al ras de la pared.

“Quiero que se mantenga alejado de Lady Modesty.”

“¿Por qué? ¿Así podrá oír, de sus propios labios, que nunca condescenderá en casarse con usted? ¿Y sabe que ella cree que usted es más adecuado para cortejar a su madre?”

“¿Yo?”

“Además,” Kenneth hundió su dedo en el esternón de Roxburgh. “Ella lo considera un patán, y ella misma me dijo que preferiría seguir siendo una solterona, antes que casarse con usted.”

El conde apartó la mano de Kenneth.

“¡Usted miente!”

“¿Oh? En algún lugar debajo de esa horrible peluca tuya, usted sabe que no es el tipo de hombre con el que una joven vivaz, como Modesty MacGalloway, querría compartir el resto de su vida. Usted solo la está persiguiendo porque nos acercamos al final de la temporada, y aún no ha encontrado a una novia.” Kenneth clavó su dedo en el hombro de Roxburgh. “Dígame, ¿cuántas otras jóvenes lo han rechazado este año?”

“¿Cómo se atreve...?”

“Apuesto a que vio a milady, en el suelo de un salón de baile. Su cabello ardiente resplandece, un color que no es el preferido por la alta sociedad, en este momento. Puedo verlo ahora. La dama actúa como una alhelí, mientras otras chicas ‘más bonitas’ bailan. Usted sabe que ella tiene una dote considerable, y disfrutó de una excelente crianza. Debe haber decidido que puede tolerar el color de su cabello junto con sus pecas, posiblemente incluso convertirlas en el motivo de su atracción.”

“No lo hice...”

“Lo hizo. Lo puedo ver en sus ojos. Y déjeme decirle, en este mismo instante, que Lady Modesty es inteligente, talentosa y está llena de vida. Si ella se casara con usted, en uno o dos años, usted le chuparía toda su bondad.”

El sudor manaba de debajo de la peluca de Roxburgh.

“¡Usted es un demonio!”

Kenneth dio un paso atrás y se bajó el abrigo.

“Viniendo de su parte, consideraré sus palabras un cumplido.”

“No solo es un demonio, sino que está enamorado de ella. Y apuesto a que ella tampoco lo aceptará.”

“Dado que soy veinte años más joven que usted, soy digno a no estar de acuerdo.”

*Si estuviera enamorado de la mujer, pero no lo estoy.*

Roxburgh se inclinó hacia adelante con el rostro rojo, como una manzana.

“¡Cerdo!”

Kenneth apenas escuchó el insulto.

*Ella simplemente me ha causado estas molestias. Tan pronto como resolvamos el asesinato...*

Kenneth se detuvo a medio pensar, otra pregunta más apremiante se atascó en su conciencia.

“Dígame, milord, ¿Lady Philomina Carmichael es una de las debutantes que rechazó su solicitud de matrimonio?”

Los ojos de Roxburgh se agrandaron, ante la mención de la mujer, pero rápidamente los entrecerró para no ver a esos ojos acusadores.

“¿Le ruego que me disculpe? ¿Cómo se atreve a insinuar que alguien me ha rechazado? Soy un viudo. Estuve felizmente casado durante quince años. Además, soy conde... y lo supero a usted en rango, ¡cachorro indigno!”

“Puede que no esté en su nivel, pero puedo superarlo en un duelo de puños.” Kenneth se golpeó la palma con los nudillos. “Manténgase alejado de Lady Modesty. ¡Ella es mía!”

Antes de avergonzarse y lanzar el primer golpe, Kenneth se alejó con la ira ardiendo en su pecho. ¿Acababa de enfrentarse al asesino de Alfred? Tenía muy buenas intenciones de descubrirlo. Roxburgh era un bastardo pomposo del más alto calibre. No, Kenneth no estaba buscando esposa, pero Modesty odiaba al perro, y no había maneras que él se quedara de brazos cruzados y observara al petimetre cortejarla. Ella se merecía algo mejor: a un hombre que la admirara por todas sus virtudes, y más bien, ella no era una alhelí. Por lo que Kenneth tenía la intención de asegurarse que los hipócritas de la alta sociedad dejaran de tratarla como tal.

## Capítulo dieciséis

“Usted es la doncella de una mujer noble. Se supone que debe conocer todos los peinados más recientes. ¿No ha oído hablar del cabello *a la Titus*? *Lady's Magazine* informó que este corte está muy de moda en París,” dijo Modesty, sentada en el taburete tapizado de seda frente a su tocador.

Randolph pasó el cepillo por los cabellos excesivamente largos de Modesty.

“Pero siento que es un sacrilegio cortarle todo este bonito cabello rojo.”

Modesty se apartó el pelo de la cara con un gemido de disgusto.

“Esto es una pesadilla para mí.”

“Eso es porque los ingleses envidian ese color.” Randolph volvió a cepillarla. “Y su madre me colgará de las uñas de los pies, cuando descubra que he cortado todos su mechones.”

“No permitiré que nadie le ponga un dedo encima. ¡Esa es mi decisión!” Modesty cogió las tijeras del tocador. “Hágalo ahora, de lo contrario llegaré tarde a la pista.”

La doncella suspiró, mientras tomaba las tijeras y hacía el primer corte.

“No puedo creer que Berwick le permita montar a su campeón.”

En el baile de Ruthland, Modesty había considerado sugerirle que buscara otro jockey, pero después que Roxburgh apartó al vizconde, su madre la hizo salir por la puerta porque su carruaje era el primero en la fila. Ni siquiera había podido darle las buenas noches a Berwick.

Quizás fue lo mejor que no se ofreciera a retirarse porque Modesty realmente quería competir. Y para hacerlo, no podía recogerse el pelo hacia atrás, como si fuera la década de 1790. Todos los demás jinetes vendrían con el pelo corto, y si ella quería encajar, tenía que verse bien.

“¿Ha pensado en lo que le dirá a su madre?” Preguntó Randolph, abriéndose paso hacia atrás.

Decidiendo no mirarse en el espejo, Modesty agarró un mechón caído, y observó cómo los mechones se deslizaban entre sus dedos.

“Simplemente, diré que quería probar el estilo de París, y si no funciona, me dejaré crecer el cabello durante el verano.”

“¿Cómo cree que responderá?”

“Ella no estará feliz.”

“¡Está bien! Pero supongo que será mejor pedir permiso, antes de cortarlo.”

“No necesito permiso para cortarme el pelo. Tengo diecinueve años. Mis cabellos son míos, no de mamá.”

“Bien dicho, milady.” Randolph cortó algunos cortes sobre la corona, luego dejó las tijeras y pasó los dedos por lo que quedaba. “Me duele eliminar tanta belleza, pero ya está hecho. ¿Qué opina?”

Frotando mechones de cabello entre sus dedos, Modesty respiró profundamente, y permitió que su mirada se dirigiera al espejo. Sentada enfrente había una persona completamente diferente. Bueno, era ella, pero no lo era. Tocó el gorro de rizos.

“No sabía que mis cabellos eran tan rizados.”

Randolph se inclinó hacia un lado, e hizo un pequeño corte.

“Ahora ya no pesan, los rizos simplemente rebotan en su lugar.” Ella se enderezó,

mordiéndose la comisura de la boca. “Si no tuviera tanto miedo de perder mi puesto, diría que este corte le queda absolutamente lindo.”

Modesty se encogió.

“¿Lindo?”

“¡Definitivamente!”

¡Por los erizos! ¿Ahora había pasado a ser definitivamente linda? Modesty no estaba completamente segura que le gustara ser linda. Sin embargo, a ella le gustó bastante el nuevo estilo. Se puso de pie y apretó los hombros de Randolph.

“Gracias. Y si alguien pregunta, fui yo quien insistió en que usted lo cortara.”

“Bueno, digo que está tan bonita, que una vez que la viuda se recupere de su shock inicial, le encantará tanto como a mí.”

“Sí, los milagros suceden.” Modesty se dirigió al sofá donde estaban sus sedas. “Ahora será mejor que me dé prisa.”

Solo le tomó un momento tomar los pantalones y cerrar los botones, luego se puso las botas de montar.

Randolph levantó dos sombreros.

“¿Quiere el gorro o la pajita?”

“Creo que el gorro funcionará bien.” Modesty seleccionó el sombrero y se lo pasó por la cabeza. “Será más fácil ocultarme, una vez que me transforme en el señor Modistie.”

Tan pronto como las palabras salieron de sus labios, la puerta se abrió de golpe, haciendo que Modesty casi saltara de sus botas.

“¿Queeee?” Preguntó Kitty, mirando de una mujer a la otra. “¡Hoy no es domingo!”

“¡Sí!” Modesty empujó a la muchacha hacia adentro y cerró la puerta, muy contenta de tener un sombrero cubriendo su cabello. “Se supone que debes vestirme para asistir a las carreras con Charity y tu hermano.”

“Sí, bueno, ya que no irás, Martin le envió una misiva a Harry, sugiriendo que todos vayamos a la pista en el carruaje Dunsaby.”

“¡Puaj!”

“¿Y por qué no estás en la cama? La tía Patience dijo que tenías una tristeza insoportable.”

“Antes que pronuncie otra palabra, debes jurarme que me encontraste dormida, y bajaste de puntillas las escaleras.”

“Pero...”

Modesty golpeó con el pie.

“¡Júralo!”

“Muy bien, estás durmiendo.” Kitty le sonrió a Randolph. “Con los ojos abiertos.”

“¿Sí? Mis ojos están cerrados.”

“Ya que se supone que están cerrados, será mejor que me digas qué estás haciendo. No estarás haciendo nada para investigar el asesinato de Lord Berwick, ¿cierto?”

La boca de Modesty se abrió. El aliento se le quedó atascado en la garganta.

“¡Asesinaré a Charity!”

“No fue ella,” dijo Randolph.

Sintiéndose completamente traicionada, y estando absolutamente estupefacta, Modesty dio la vuelta, y se enfrentó a su doncella.

“¿Usted? Ha jurado guardar el máximo secreto. ¿Por qué le contaría a alguien sobre la investigación?”

“No la culpes. Después que te vi, viajando con Berwick en Hyde Park, insistí en que

Randolph me informara de lo que estabas haciendo, bajo amenaza de contarle a tía Patience lo que había visto.”

Modesty cubrió su rostro con las palmas de sus manos.

“¡Oh! Esto es un desastre absoluto.”

“Por supuesto, no habría ido con la tía Patience, pero era la única manera de lograr que Randolph me dijera algo.” Kitty pasó la mano por la espalda de Modesty. “Ven, cariño. Siempre has podido confiar en mí.”

“Pero a veces dejas escapar cosas, secretos que no deben ser revelados.”

“Nunca fue mi intención.” Kitty tomó a Modesty por las muñecas y le rodeó el cuello con los brazos. “Eres mi más querida amiga. Solo quiero tu felicidad. Tú lo sabes.”

“Sí, y te amo como a una hermana.”

“Entonces, dime por qué no estás en la cama.”

Modesty sostuvo a Kitty, a distancia, y la miró con severidad.

“Si alguien, cualquiera, incluyendo a tu hermano, Charity, Martin o mi madre, se entera de esto, seré desollada y encerrada en la torre medieval del castillo Stack por el resto de mis días.”

Kitty trazó una línea, a lo largo de sus labios.

“Prometo que no se lo diré a nadie. Ya sabes cómo soy.”

Ese era el problema, Modesty sabía muy bien que la muchacha podría soltar una confidencia, justo en el peor momento. Kitty no tenía la intención de hacerlo, pero era tan ingenua que el secreto podría salir de su boca, antes que recordara que había prometido guardar silencio.

“Bueno, esta vez cuento contigo.” Modesty deslizó sus brazos dentro de la pelliza que sostenía Randolph. “Tú subiste, yo estaba durmiendo y eso es todo.”

“Sí, estás durmiendo, pero todavía no me has dicho por qué estás vestida como un jockey.” Kitty ató las cintas del gorro de Modesty, haciendo un moño perfecto. “¿No me digas que hoy vas a intentar montar a Poseidón en una carrera?”

“No, definitivamente, no montaré a Poseidón.”

Kitty entrecerró la mirada y torció los labios.

“Te conozco demasiado bien, Modesty MacGalloway. Sueñas con caballos. Además, has estado entrenando como jockey. Nunca te perderías una carrera de caballos, si tuvieras la oportunidad de ir, lo cual definitivamente harás hoy. ¡Dime qué está pasando en este instante, o gritaré a todo pulmón y llamaré a tu madre!”

Modesty agitó las manos delante del rostro de Kitty.

“No, no, no, no hagas eso. El vizconde Berwick no tenía un jinete para Venom... y cuando me vio en Poseidón, pensó que era un muchacho, y le preguntó al señor Willett, si podría ser el jinete de Venom.” Al menos su explicación estuvo cerca de ser objetiva.

“¿Berwick? ... Pero, ¿no te reconoció?”

“No al principio.” Modesty lanzó una mirada de pánico a Randolph. “Una vez que se dio cuenta de quién era yo, intentó retractarse de su oferta, pero cuando monté en Venom, y le demostré que podía manejar a su caballo, aceptó.”

“Pero podrían multarlo por permitir que una mujer compita, ¿no?”

“No tengo intención que nadie se entere.” Modesty se quitó el capó. “Por eso hice que Randolph me cortara el cabello.”

Kitty se quedó boquiabierta.

“¡Oh, cielos gloriosos y celestiales, tu cabello!”

“Me gusta bastante. Se siente... aireado.”

Fingiéndose un desmayo, la muchacha blandió dramáticamente su abanico. “Seguramente, tu madre tendrá uno de sus ataques.”

Modesty deslizó el sombrero sobre su cabeza, y luego volvió a atarse las cintas.

“A ella le encantará, estoy segura.” *En su momento.* “Ahora ve y diles que estoy durmiendo. Y ni una palabra de todo lo que has visto, ¿lo prometes?”

Kitty entrelazó los dedos meñiques con los de Modesty, y su sonrisa le recordó sus días de travesuras.

“Es una promesa.”

\*\*\*

Escondida dentro de un coche de alquiler, Modesty se quitó la pelliza y el sombrero, y los guardó en su bolso, mientras el carruaje avanzaba por las calles de Londres, en su camino por el norte, hacia Primrose Hill. Cuando llegó, se había transformado en el señor Modistie, teniendo cuidado de pagarle al conductor por su silencio.

“¡Gracias a las estrellas que estás aquí!” Dijo el señor Willett, agarrándola de la mano, y jalándola a través de los concurridos establos.

“¿Llegué tarde?”

“Sí. Casi te has perdido de tomarlo, aunque está a unos pasos.” El entrenador se inclinó. “Y no olvides cambiar la voz, señor.”

“Pero dijiste que las carreras comienzan a la una,” respondió con su acento más profundo, vislumbrando las gradas, a través de una de las ventanas con barrotes, y notando que todavía no había espectadores.

“Se supone que debes estar aquí dos horas antes que se abran las puertas,” gruñó.

“¿Por qué no me dijiste eso, en primer lugar?”

Sin responder, el señor Willett aceleró el paso, y casi la hizo correr.

Nunca había visto tal torbellino de actividad en esos establos. Hombres pequeños, apenas más grandes que ella, vestían sedas de colores brillantes. Los mozos de cuadra, en mangas de camisa, recogían los cascos, empujaban las carretillas de un lado a otro, o llevaban fardos de heno sobre sus anchos hombros. Hombres importantes, ataviados con sus mejores galas, permanecían allí, sonriendo y hablando en voz alta, como si estuvieran seguros que sus caballos pura sangre ganarían.

Lord Berwick se apoyó contra la puerta del cubículo de Venom y se enderezó al verla.

“Aquí, por fin.”

“¿Sí? Nadie me dijo que viniera antes,” respondió, encontrando a Venom ya equipado con su silla. “Si no hay tiempo que perder, será mejor que me vaya.”

Berwick sacó la brida del gancho, abrió la puerta y se la puso.

“¿Dónde está el mozo de cuadra?” Preguntó Modesty.

“Sentí que era más seguro involucrar a la menor cantidad de personas.” Con una inclinación de cabeza condujo al caballo hasta el lugar de montaje. “Esa reputación suya se encuentra en riesgo.”

“Bien pensado,” replicó ella, subiendo los escalones, y luego deslizándose una pierna sobre el caballo. “Pido disculpas por no haberle dado las buenas noches, anoche. Nuestro carruaje era el primero en la fila, y ya usted sabe cómo las patronas odian que un rezagado detenga a todo el mundo.”

Berwick le entregó las riendas.

“No es para preocuparse. Ya era tarde.”

“¿Qué dijo Roxburgh?” Preguntó ella.

“Mucho.”

Ella movió un poco a Venom.

“Dígame... Si no, no podré concentrarme en la carrera.”

“El hombre es tal cual como usted lo describió. Primero acusó a Alfred de conducta impropia, y luego trató de insistir en que la dejara en paz a usted.”

*Sabía que Roxburgh es un demonio. Menos mal que no intentó cortejar a mamá.*

“¿Y cómo le respondió?”

“Es posible que haya mencionado que usted tiene opinión propia.” Berwick le dio unas palmaditas en la cadera a Venom. “Ahora continúe... Están programados para la primera carrera.”

“Espere, ¿qué dijo primero sobre Alfred...?”

El señor Willett se acercó con uno de los administradores del Jockey Club.

“Este es el nuevo chico al que he estado entrenando, Stephen Modistie.”

¿Stephen? ¡Cielos! Si esta artimaña creciera mucho más, ella tendría que llevar un diario para recordarlo todo.

Estrechó la mano del hombre y mantuvo la boca cerrada, dejando que el señor Willett respondiera a las preguntas del encargado.

“Será mejor que me apresure a ir a la pista, señor...”

“Bueno... ¡Buena suerte! Los nuevos jinetes siempre se encuentran con una gran cantidad de nervios el día de su primera carrera.”

“Mis gracias,” respondió con su voz varonil, indicando a Venom que siguiera caminando. En poco tiempo estuvo en el camino familiar, excepto que la tierra había sido raspada y limpiada. Puso a Venom a prueba de la misma manera que lo hizo con Poseidón, excepto que el caballo más joven era mucho más enérgico. Olió la emoción en el aire y luchó contra el tirón de las riendas, ya que claramente el ejemplar ansiaba correr.

Cuando terminó, las gradas estaban casi llenas de la clase alta bien vestida, mientras que gente de todos los ámbitos de la vida se agolpaba en el primer plano. Primrose Hill no era tan elegante como Ascot, pero el lugar estaba más cerca de Londres, y era famoso por atraer a las multitudes más grandes, especialmente porque Ascot solo permitía que miembros de la sociedad educada asistieran a sus carreras.

Después de que Modesty estuvo segura que Venom estaba listo, regresó a los establos con algunos otros jinetes, que también habían estado ejercitando sus monturas. El señor Willett la recibió fuera de la puerta principal.

“¿Cómo te sientes?”

“Tan nerviosa como un pinzón.” Aquí estaba ella, una mujer a lomos de un glorioso caballo de carreras, a punto de demostrar su valía. “Creo que sabes que hay un montón de gente aquí para observarnos. Fue necesario un gran esfuerzo para evitar que él se cansara.”

“Bien. ¿Estás lista?” Preguntó, conduciéndola hacia el corral donde los caballos, caminaban en círculo, hasta que se convocara la carrera.

“¿Ahora?” Preguntó, su estómago estaba cayendo en un abismo.

“Venom está en la primera carrera, hurón... tonta.” El señor Willett consultó su reloj de bolsillo. “Anunciarán cuándo los caballos deban pasar a la línea de salida.”

Él abrió la puerta y ella le indicó a Venom que trotara, uniéndose a los otros siete caballos y sus jinetes.

“¿Eres nuevo?” Dijo un jockey, trotando, a su lado.

A Venom parecía no importarle este caballo, porque giró la cabeza, intentando tirar hacia adelante.

“Sí,” respondió Modesty, tratando de usar la menor cantidad de palabras posible para que alguien no sospechara de su género.

“¿Cómo está el nuevo vizconde?” Continuó el jockey. “¿Tan irritable como el último tipo?”

“¿Irritable?” Preguntó ella. “¿Qué quieres decir?”

“Él despidió al último jockey de Venom, justo en frente de todos nosotros, eso sí, lo acusó de perder la carrera.”

Aunque Modesty sabía que Alfred había despedido al jockey de Venom, estaba desconcertada.

*¿No fue Ward Crockford quien “arregló” esa la carrera? Entonces, ¿Crocky se confabuló con el jockey de Venom? Además, estoy segura que Alfred exigió a los encargados que realizaran una investigación. ¡Y se negaron!*

“¿Conociste al vizconde Berwick, antes que muriera?” Preguntó, tratando de ensamblar las piezas del enigma.

“¿Eres escocés?”

“Sí.” Ella arqueó las cejas hacia el tipo. “¿Bien? ¿Lo conociste?”

“Supongo que vi al tipo por aquí.” El hombre se bajó el ala de la gorra. “La gente culta siempre estaba en los establos. Él y su mujer.”

“¿Mujer?” Preguntó Modesty. “Pero, él no estaba casado.”

El jockey estalló en carcajadas.

“¿Estás todavía pegado al delantal de tu madre? Todos los petimetres disfrutaban un poco con las señoritas convenientes, que están a su lado.”

¡Cielos! Modesty nunca había oído semejante crudeza.

“¿Tenía una amante?” Preguntó, tratando de sonar mundano.

“Sí, la tenía.”

“¿Sabes su nombre?”

“Algo como Eve o Evelyn.” El jinete acarició el cuello de su caballo. “Eso es todo, Evelyn.”

“¿Es esa la razón de...?”

“¡Caballos de seis furlongs hasta la línea de salida!” Un encargado bramó, abriendo la puerta de la pista.

## Capítulo diecisiete

Mientras Kenneth se dirigía a su palco de propietario, él fue detenido por la densa multitud, en el vestíbulo.

El hombre frente a él dio la vuelta.

“¡Berwick!” No se trataba simplemente de un hombre, sino del duque de Duncsaby, el hermano de Lady Modesty.

“Su Gracia,” dijo Kenneth, inclinando la cabeza y notando la reunión de los MacGalloway, alrededor del duque, incluida la madre de Modesty, así como el conde de Brixham, junto con su esposa y hermana, Kitty. “Veo que ha traído a toda la familia para la emoción de hoy.”

“En efecto. Rara vez me pierdo una carrera importante.”

“Digo que es una lástima que mi querida Modesty esté sufriendo un gran malestar,” manifestó la duquesa viuda. “A mi hija menor le entusiasman las carreras de caballos.”

Duncsaby examinó su programa, mientras su duquesa miraba por encima del hombro.

“Veo que Venom corre en la primera carrera.”

“De hecho, es así.”

“¿Está nervioso, milord?” Preguntó Lady Brixham, que había acudido al rescate de Modesty, después que Kenneth le cosiera la herida. El hecho que ella guardara el secreto decía mucho sobre la sinceridad de su carácter.

“Tal vez lo esté,” admitió. “Y estoy bastante ansioso por encontrar mi asiento.”

Duncsaby señaló una escalera lateral, que estaba bloqueada por un camarero, quien llevaba una banda roja adornada con el sello del Jockey Club.

“Bueno, muchacho, ese pequeño pasillo lo llevará a su palco de propietario, es mucho más rápido que usar las escaleras principales.”

“Gracias.” Se quitó el sombrero ante las damas. “Espero que disfruten el día.”

Mientras se alejaba, alguien le tiró de la manga y lo hizo detenerse.

“Le pido perdón, milord,” susurró la señorita Kitty.

Hizo una reverencia a la joven.

“¿Sí?”

Ella le clavó el dedo en el brazo.

“Será mejor que sepa lo que está haciendo con mi más querida amiga. Puede que sea una saliva de fuego, pero es tan inocente como un capullo de rosa.”

*Ella lo sabe.*

Él la miró secamente, tratando de no mostrar ninguna emoción.

“Creo que la persona, a la que se refiere, ha logrado mucho éxito en ganar su propio camino.”

“Tal vez. Pero me preocupo mucho por ella.” Kitty le dio unas palmaditas en el brazo. “Le deseo lo mejor.”

Hizo una reverencia.

“Y a usted, señorita.”

El palco del propietario tenía sillas acolchadas, aunque muchas estaban vacías, mientras que una ansiosa reunión de propietarios y sus esposas se agolpaba, a lo largo de la balaustrada, que dominaba la línea de meta.

“Veo que Venom es el primer favorito con un nuevo jockey,” dijo uno de los propietarios bien vestidos. “Ninguno de nosotros ha oído el nombre Modistie. ¿De dónde vino el tipo? ¿Del continente?”

“Francia,” respondió Kenneth. Después de todo, la palabra “modistie” tiene origen francés.

“¡Ah! Sí, debería haberlo adivinado. Pero, ¿qué pasó con el jockey de Venom, el que perdió el Derby de Epsom?”

“Tengo entendido que mi hermano lo despidió inmediatamente, después de la carrera.”

“Supongo que yo podría haber hecho lo mismo. Pero ahora está empezando de nuevo con un hombre no probado.”

Kenneth se encogió de hombros. ¿A quién le importaba un comino, si el jockey era en realidad una mujer no probada?

El tipo se le acercó.

“¿O ese jinete se ha hecho un nombre en Francia?”

Un dandi que Kenneth no reconoció vino desde su lugar, en la balaustrada.

“Estuve en París, comprando caballos el año pasado, y no recuerdo ninguna mención del señor Modistie.”

“Bueno, supongo que eso no es sorprendente,” replicó Kenneth, sin ofrecer nada más y señalando la línea de salida. “Si me disculpan, caballeros, me gustaría ver a mi caballo ganar esta carrera.”

Nubes oscuras se alzaban por encima, arremolinándose, mientras pasaban sobre el interior verde de la pista de carreras. Aunque no había llovido esta mañana, Kenneth se alegró que Venom corriera en la primera carrera, de lo contrario tendría que hacerlo en un atolladero de sopa de barro.

Su caballo estaba en medio de la fila de participantes, mantenido a raya por cuerdas tensadas por hombres, que le recordaron a los lacayos demasiado grandes de Waiter's. Pateando impacientemente su casco delantero derecho en el césped, era muy difícil pasar por alto a Venom con milady, encaramada en su silla y vestida de escarlata. No se veía tan alta y sus hombros no eran tan anchos, como los de los otros jinetes. Pero aparte de eso, si no supiera que ella era una mujer, no habría podido adivinar su sexo, desde su punto de vista.

Sin embargo, no debería haber dejado que ella lo convenciera para que le permitiera montar. ¡Demonios! Ella no había presentado muchos argumentos. ¿Por qué esa mujer podía hacer que él fuera incapaz de negarse? Miró a través de las gradas hacia el palco de Dunscahy. Si el duque alguna vez descubría que Kenneth había permitido que la hermana de Su Gracia participara en una carrera autorizada, estaría en su derecho de exigir un duelo. O era eso, o insistiría en que Kenneth se casara con ese duende.

Curiosamente, la idea, aunque no era especialmente atractiva, no lo hizo estremecerse.

Cuando las cuerdas se deslizaron y la bandera cayó, su corazón se le subió a la garganta, apretó los puños y logró respirar profundamente, mientras Modesty y Venom avanzaban. Sus primeras zancadas se extendieron hacia adelante, el morro del caballo guiaba a los otros siete. Modesty se sacudió de lado, cuando el jinete más cercano la golpeó con su fusta.

“¡Maldito bastardo!” Kenneth bramó, mientras la multitud jadeaba. ¡Maldita sea! Debió haber pensado en la competitividad solapada de los jinetes, cuando había mucho en juego.

Venom cayó al segundo lugar. Aunque Modesty recuperó su agarre con su rostro decidido, sus ojos al frente, y agachada sobre la cruz del semental con sus caderas en alto. ¡Cielos! Ella era un espectáculo glorioso para contemplar. Era como el epítome de Boudica, liderando su ejército druida en la batalla contra el flagelo romano. Si tan solo su cabello rojo hasta la cintura fuera

libre para lamer el viento como fuego...

*¡Oh, no! ¡Maldición! ¡Oh, no!*

No se había dado cuenta, cuando ella entró a los establos, nerviosa y agitada. Había estado demasiado ocupado tratando de equipar a Venom con su brida, ayudándola a montar. ¡Pero ella se había cortado el pelo!

Ella destrozó esas estrellas eternas, aunque él se lo había prohibido. Más aún, Modesty arruinó su melena de ardientes mechones rojos. ¿Cómo diablos iba a explicar esa impetuosa, la esquila, a su madre y a su hermano?

Pasando de una manera atronadora por el palco del propietario, Venom se lanzó hacia adelante, su nariz se acercaba cada vez más a la del líder. Modesty empuñó su fusta, exigiéndole más velocidad, mientras el caballo debajo de ella se abría en la recta final. Su paso era amplio, largo y glorioso, al tomar la delantera.

Pero todavía no habían ganado. El caballo en tercer lugar, Wild Ben, hizo una jugada por el liderato. Pasó velozmente al caballo, en segundo lugar, ahora acercándose, poco a poco, a Modesty, con su nariz casi a la altura de la cruz de Venom.

Modesty miró hacia atrás y le dio una palmada con la fusta, mientras Venom defendía su posición. Con un feroz chasquido de su látigo, el jockey de Wild Ben golpeó el hombro de Modesty con tanta fuerza, que ella salió volando de su silla, elevándose por encima de la barandilla, mientras que su agudo chillido era audible por encima de los gritos ahogados de la multitud. Aterrizó con un ruido sordo, y su cuerpo yacía inmóvil.

Venom terminó la carrera sin jinete, mientras el jinete de Wild Ben levantaba el puño, en señal de victoria.

Cuando Kenneth saltó la balastrada del palco hacia las gradas de abajo, el caballero hizo sonar sus tímpanos.

“Parece que la voz del señor Modistie aún no ha cambiado.”

*¡Maldición!*

Se abrió camino hacia abajo, a través de la presión de la humanidad, sin importarle un comino si todos en Primrose Hill descubrían el género de Modesty, solo le importaba que ella estuviera ilesa. Ni una sola vez le quitó los ojos de encima, cuando llegó al final de las gradas y se catapultó al suelo cerca de la multitud de espectadores. Sin molestarse en reducir el paso, mientras se acercaba a la valla, saltó la barandilla, y cruzó corriendo el camino de tierra hacia Modesty. Su gorro de seda se cayó, mientras lentamente se ponía en cuclillas.

Kenneth llegó primero, se arrodilló y la abrazó.

“¿Está herida? ¿Hay algo roto?”

“Pensé que iba a ganar,” gimió ella, no más fuerte que un susurro, cerrando los ojos e inclinándose hacia él.

*Por amor al Cielo, la mujer es una luchadora. ¿Pudo haber muerto, y su primera preocupación es el resultado de la carrera?*

El señor Willett corrió junto a ellos.

“Esa fue una caída desagradable. Pero todo el mundo está mirando y tenemos que salirnos de la pista inmediatamente. ¿Puedes caminar, Modes... eh...? ¿Modistie?”

Ella asintió, más valiente que la mayoría de los hombres.

Kenneth le tomó la mano.

“Permítame ayudarla.”

“No quiero que nadie piense que soy débil.”

“¡Maldita sea!” Juró Kenneth. “No solo la golpearon dos veces, sino que voló por el aire al

menos veinte pasos, antes de chocar con el suelo... ¡Una caída que podría haberla matado!”

“Creo que fue bueno que la arrojaran tan lejos,” dijo el señor Willett. “De lo contrario, ella... er... él habría sido pisoteado.”

Modesty permitió que Kenneth la levantara, luego probó su peso, y gritó, cuando intentó dar un paso adelante con el pie derecho.

“¿Su tobillo?” Preguntó.

“Mi rodilla.”

El señor Willett se inclinó y examinó la herida, presionando con las yemas de los dedos el dobladillo de sus pantalones. “Puede que no sea médico, pero creo que tendremos que ayudarla a salir del camino.”

Kenneth se agachó con la intención de levantarla.

“Yo la llevaré.”

“¡No, usted no cargaría a un hombre!” Ella le dio un rápido golpe. “Pondré un brazo alrededor de sus hombros, y el otro alrededor de los del señor Willett.”

Dadas sus diferencias de altura, Kenneth básicamente la sacó de la pista, mientras un relámpago brillaba sobre su cabeza, trayendo consigo truenos y una lluvia torrencial. Pero el clima no fue lo que lo hizo detenerse.

El duque de Dunscahy estaba de pie frente a la entrada de los establos, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho, y la expresión de su rostro era demasiado iracunda.

## Capítulo dieciocho

Modesty se encontraba sentada entre su madre y Kitty, en el estrecho carruaje, mientras Martin y su esposa Julia estaban en el banco de enfrente. Junto con la lluvia torrencial, un dolor retumbaba en su cráneo, empeorando cada minuto, debido a las sacudidas y tropiezos del conductor, al desplazarse sobre las calles adoquinadas.

“Creo que somos las únicas personas que sabemos que Modesty era el jockey que perdió su montura,” dijo Kitty, pasando el brazo por el codo de Modesty, lo cual también le dolía. “Prometo que no le dije a nadie que habías aceptado ser jockey del caballo de Lord Berwick.”

“Bueno, deberías habérmelo dicho,” dijo la madre. “Habría puesto fin a esta tontería, antes que comenzara. Ahora tenemos que desviar un escándalo horrendo del que Modesty tal vez nunca se recupere.”

“¡No me importa un escándalo! Quizás sea mejor que me arruinen porque no voy a casarme con uno de esos ingleses dandis y esnobs.”

“¡De todas las cosas, qué impertinente es lo que dices!” Su madre golpeó el codo de Modesty, provocando que una descarga de dolor recorriera su brazo hasta la parte superior de su cabeza palpitante. “Olvidas que tu madre es hija de uno de esos ingleses de alta cuna, a quienes desprecias tanto.”

“Dejando a un lado lo de la ruina, ¿cómo exactamente llegaste a convencer a Lord Berwick y al Jockey Club, que te permitieran montar a lomos de un caballo de carreras?” Exigió Martin, su tono era más duro de lo que Modesty jamás había oído.

“Ha estado tomando lecciones de jockey los domingos,” explicó Kitty con la misma naturalidad con la que se habla del sol en julio.

Con la boca abierta, Modesty miró a su amiga más querida... posiblemente no tan amiga ni tan querida.

“¡Prometiste guardar silencio sobre todo esto!”

“Quizás deberíamos esperar hasta que el médico haya visto a nuestra hermana, antes de empezar a investigar la causa del incidente,” dijo Julia, quien, en opinión de Modesty, siempre era sensata y amable. Ella era la duquesa perfecta. Y era la única persona, en el carruaje, que hablaba con algo de sentido común.

Antes de su salida del hipódromo, bajo amenaza de muerte, Martin había enviado a Lord Berwick, a buscar al médico de la familia. Por supuesto, Marty no mataría a Su Señoría... Al menos Modesty rezaba para que no lo hiciera.

“Fue idea mía,” dijo, mientras el carruaje tomaba una curva, y ella se llevó las manos a las mejillas para evitar que se le cayera la cabeza. “El señor Willett dijo que estaba lista para correr, y Berwick se encontraba en la pista durante una de mis lecciones. Y tuve la asombrosa idea de montar a Venom, mientras Su Señoría montaba a Poseidón, y quedamos empatados en esa carrera. Fue la primera vez que monté en el semental, claro está. Además, como Venom participaba en la carrera, y no tenía jinete, convencí al señor Willett y a Lord Berwick para que me dejaran intentarlo.”

“Por supuesto que sí,” dijo Julia, inclinándose hacia adelante y acariciando la rodilla ilesa de Modesty, que no le dolía en lo más mínimo. “¿Cómo te sientes, querida?”

“Gracias por preguntar.” Modesty dirigió una mirada acalorada a su hermano. “Para ser

honesto, me siento como si me hubieran arrojado desde un carruaje rebelde, que se precipita por una empinada ladera de una montaña.”

“Esto no es muy original,” replicó Martin. “A nuestra hermana Grace ya le pasó eso.”

“¿Te sientes mal?” Preguntó Kitty.

“Sí.”

La madre empuñaba su abanico de encaje. “Bueno, yo digo que toda esta debacle ha ido demasiado lejos. Tan pronto como lleguemos a casa, hablaré con Randolph sobre tu cabello. ¡Cómo se atreve a llevarte las tijeras sin informarme primero!”

Martin agitó el puño.

“Y ensartaré a Berwick tan pronto como aparezca en la casa de la ciudad con el médico.”

Modesty pasó los dedos por sus mechones cortados, y la longitud se sintió extrañamente liberadora.

“Nada de esto fue culpa de Su Señoría.”

“Todo esto fue culpa suya. ¡Él es el dueño del maldito caballo!” Martin estalló.

“Pero, querido Marty, él es un vizconde.” Con su abanico, la madre golpeó la rodilla inflamada de Modesty, provocando una sacudida y un gruñido de su hija. “No pasen por alto el hecho de que vale ocho mil al año. Y, aunque me dijo que actualmente no está interesado en el matrimonio, el tipo está soltero.”

“Una propuesta resolvería muchas consternaciones,” coincidió Julia.

Modesty estaba a punto de avanzar hacia su madre, abrir la puerta y saltar del carruaje. Excepto por el hecho que casi todas las fibras de su cuerpo le dolían, y que ya se había lanzado lo suficiente desde vehículos o animales en movimiento, por el día de hoy.

“¿Podrían dejar de intentar dirigir mi vida? Lord Berwick es un caballero muy agradable, que cría abejas, y ha criado una línea de ovejas capaces de producir más lana y leche, que cualquier otra variedad. Por los momentos, solo se queda en Londres porque cree que su hermano fue asesinado. No tiene ninguna intención de casarse con nadie, y tiene toda la intención de regresar a su tranquila vida rural, tan pronto como descubra la identidad del diabólico culpable.”

“Y Modesty lo está ayudando,” dijo Kitty, como si el sol de julio brillara ahora sobre un campo de margaritas.

Mientras dejaba caer la cabeza, el estómago de Modesty se revolvió.

*¡San Columba! Seguramente, mamá me encerrará en la torre del castillo Stack.*

Todo quedó en silencio. Incluso el carruaje dejó de balancearse, mientras Modesty miraba a su maldita mejor amiga del mundo. ¿Cómo descubrió Kitty que Modesty estaba involucrada en el misterio del asesinato? Modesty ni siquiera le había contado eso a Charity.

“¿Exactamente qué está pasando entre tú y Su Señoría?” Preguntó Martin, su rostro estaba adquiriendo un color intenso, similar al de un hombre que estaba a punto de explotar.

La madre volvió a darle un leve codazo a Modesty, en su codo adolorido.

“Por favor, dime que tu ayuda, en ese asunto, no tuvo nada que ver con su solicitud de no uno, sino dos vales.”

“Muy bien, el asesinato no tiene absolutamente nada que ver con el vals.” *O que nos besamos.* Por lo general, Modesty sonreía al pensar en los besos de Berwick, pero dado su actual estado de incomodidad, no tuvo problemas para ocultar sus emociones para variar.

Martin se rascó debajo de su chistera.

“Me importan un carajo los vales, un hombre como Kenneth Davenport sabe que es mejor no involucrar a una dama en la investigación de un delito de cualquier tipo. Por el amor al Cielo,

¿por qué se ha encargado él mismo de la investigación?”

Cuando el carruaje se puso en marcha nuevamente, Modesty no se sentía lo suficientemente bien, como para explicar todos los detalles: las pistas que habían descubierto, su visita a la botica, y el descubrimiento que Alfred tenía la intención de proponerle matrimonio a Lady Philomina. Esperaba no admitir que se hizo pasar por un hombre y entró en un infierno de juegos. Su roce con la muerte en Waiter's haría que Martin se enfureciera. Entonces, ella mantuvo su respuesta simple:

“Fui bastante persistente para ayudarlo.”

“¿Tú?” Soltaron todos en el carruaje.

“Bueno, no he sido de mucha ayuda, acabo de descubrir a quién estaba cortejando Alfred.”

“¿Alfred?” Preguntó la madre alarmada.

“¡Och! Solo me refiero a él, de manera familiar, porque a Lord Berwick no le gusta que diga ‘el primero’ ni ‘el difunto’.”

“Puedo reventar un bazo, antes de llegar a casa, donde rápidamente estrangularé al maldito vizconde.” Martin usó el mango plateado de su bastón para golpear el techo del carruaje. “¿Cuánto falta?”

“Estamos girando hacia Bond Street, ahora, Su Gracia,” respondió el conductor con la voz apagada.

Modesty se inclinó hacia adelante e hizo una mueca.

“No quiero que descargues tu enojo con Lord Berwick.”

“¿No?” Martin ladró. “Estás magullada de la cabeza a los pies, y no puedes caminar sin ayuda. ¡No solo estás al borde de la ruina total, sino que podrías haberte matado! Y fíjate: le diré a Su Señoría exactamente lo que pienso, y le exigiré que no vuelva a hablar contigo nunca más.”

Julia le dio unas palmaditas en la mano a su marido, y le susurró algo indescifrable al oído.

Sin embargo, parecía que sus palabras no hicieron nada para calmar al león furioso.

“También me gustaría hablar con Lord Berwick,” dijo la madre.

Martin negó con la cabeza.

“Soy el dueño de esta familia, y lo que tengo que decirle no está destinado a oídos del sexo débil.”

“Muy bien,” respondió la viuda. “Estaré cerca y hablaré con Su Señoría, después que hayas tenido la oportunidad de desollarlo con tu vulgar lengua.”

El carruaje se detuvo.

“¡Hemos llegado, Sus Gracias!”

\*\*\*

Kenneth permaneció al pie de las escaleras, mientras observaba la forma del médico que se alejaba, cuando el mayordomo lo llevaba hasta la cama de Modesty. Quería seguirlo, pero se había topado con una mirada bastante desagradable por parte del viejo mayordomo escocés. Bastaba con echar un vistazo a la expresión de ojos legañosos del anciano, y Kenneth supo que no era bienvenido ni siquiera para oscurecer el opulento vestíbulo de entrada del duque.

¡Maldita sea! Con cada idea de Lady Modesty, cien razones para refutar cada una de ellas le habían llegado a la punta de la lengua. Pero, ¿habría sido capaz de negarle algo?

*Evidentemente, no pude hacerlo.*

Kenneth exhaló un suspiro al contemplar el suelo de baldosas blancas y negras, el techo empotrado pintado de estilo rococó, y el retrato de tamaño natural de Martin con su túnica parlamentaria roja y, por supuesto, con una falda escocesa debajo. A lo largo de la pared del

fondo, un mármol griego de Atenea con sus insignias militares se encontraba empotrado, en una salida arqueada flanqueada por dos columnas corintias. La pieza lucía impecable y sin duda era original.

“Milord Berwick,” dijo un lacayo, que entró en el salón con una expresión tan severa como la del mayordomo. “Su Gracia ha solicitado su presencia, en la biblioteca.”

Una piedra de plomo se hundió hasta los dedos de los pies de Kenneth. Si tan solo pudiera ofrecer sus disculpas y salir apresuradamente. Pero eso sería un acto de cobardía. Más bien, le hizo una señal al lacayo, y lo condujeron escaleras arriba hasta el primer piso, y por un pasillo hasta una biblioteca con estantes de arce, llenos de libros encuadernados en cuero.

“Su Gracia estará con usted, en breve.”

Kenneth entró, las puertas se cerraron detrás de él, y retumbaron, como si fueran las de una prisión. Entró y notó las ventanas altas, revestidas de encaje, que dejaban entrever la luz del día, asomándose a través de las nubes de tormenta. La biblioteca estaba parcialmente amueblada, en estilo griego, con sofás de respaldo bajo y sillas tapizadas. En un rincón había un escritorio ornamentado, que recordaba más al estilo Luis XIV, desde donde se podía aprovechar el sol de la tarde. Cerca de la chimenea había dos sillones orejeros de cuero con un sofá de juego, entre ellos.

Al final, la puerta se abrió y el duque de Dunsbary entró.

“Berwick,” dijo, apretando los puños. “Le hago saber que la única razón por la que no lo he echado de mi casa es porque necesito respuestas.”

“Su Gracia.” Kenneth hizo una reverencia, pasando por alto la irascibilidad del duque. Después de todo, el hombre tenía todo el derecho a reprenderlo con una lengua amarga. “¿Se encuentra bien Lady Modesty? ¿Qué ha dicho el médico?”

“Mi médico todavía está con mi hermana, a puerta cerrada, claro, y es por eso que actualmente no estoy junto a su cama.”

“Sí, claro. Por favor, me gustaría verla... para expresar mi...”

“No quiero... Por favor. Mucho menos aquí...” Su Gracia se sirvió un trago de whisky, y luego giró sin ofrecerle una bebida a Kenneth. “Exactamente, ¿qué está pasando entre usted y mi hermana, delante de mis narices? ¿Le importaría decírmelo?”

Kenneth había esperado esa pregunta, y había considerado varias respuestas racionales, pero en ese momento, su mente no parecía estar funcionando.

“No-o pasa nada entre nosotros.”

“¿No? Modesty montó su caballo en una carrera autorizada, y si el Jockey Club descubre que inscribió a una mujer, lo multarán, y muy probablemente lo suspenderán de poner un pie, en todos los hipódromos del reino.”

Kenneth se frotó la nuca y miró con nostalgia la jarra de cristal, que había sobre el aparador.

“Pienso que usted será el primero en la fila para encargarse de mi expulsión.”

“Debería serlo, y si no me dice por qué diablos mi hermana estaba montando su caballo de carreras, lo haré.”

“Supongo que todo fue muy espontáneo.”

“Explíquese...”

“Bueno, estaba visitando a Venom en los establos, y Lady Modesty asistía a una de sus lecciones con el señor Willett.”

“¿Puede decirme por qué ella estaba tomando lecciones de jockey? ¿A caballo, claro está?”

“Aunque tendrá que preguntarle directamente a milady, creo que ella tiene la ambición de algún día supervisar su propio establecimiento de crianza.”

“Criar caballos, incluso pura sangre, y competir con ellos son dos cosas muy diferentes.”

“De acuerdo, aunque Lady Modesty tiene bastante talento para manejar una montura alegre.”

“¡Eso todavía no explica por qué le permitió montar su caballo, en una carrera a la que asistía todo tipo de sociedad! Usted es un vizconde, un par del reino, un hombre educado, pero parece carecer de la ejecución de asuntos, en los que se requiere un ápice de juicio.”

Si eso no era una bofetada verbal, Kenneth no sabía lo que era. Sin embargo, se negó a permitir que su orgullo lo enfureciera.

“Hicimos una pequeña apuesta, usted verá...”

“¡Cielos! ¿Usted quiere decir que permitió que una pequeña muchacha lo engañara para que apostara? Modesty nunca apuesta por nada que pueda perder.”

“¿Cierto? Ojalá lo hubiera sabido...”

“De todos modos, lo absurdo de su apuesta debió haberlo hecho reflexionar.”

“Le aseguro que así fue. Incluso me negué... al principio. El problema es que es imposible decirle no a su hermana.”

“Mi hermana es mucho más joven que usted, señor, y por lo tanto, demasiado confiada y ridículamente arrogante. Usted es un caballero. Usted es un hombre mayor. No debería haber cedido a sus malditos caprichos.”

Kenneth se miró los dedos de los pies.

“No. No debería haberlo hecho.”

“Exactamente. Usted es el responsable de esta desafortunada situación. Si alguien descubre que mi hermana menor es el jockey, que se cayó en la primera carrera en Primrose Hill, seguramente, ella quedará arruinada. ¿Tiene idea de lo difícil que es encontrar un pretendiente para una muchacha escocesa, impetuosa y obstinada, con el pelo rojo llameante?”

“Ella me ha expresado cierto grado de irritación por la situación.”

“¿A usted?” Martin apuró su bebida. “¡Piedras sagradas! Además de hacerse pasar por jockey, y aparecer en una carrera oficial de caballos. Tengo entendido que ella lo ha ayudado en la investigación de la muerte de su hermano.”

Aunque Kenneth tenía la misma altura que el duque, se sentía más pequeño por dos pies. ¿Modesty le había hablado de Alfred? ¿Por qué de repente se sintió traicionado?

“Eso fue un error.”

“Fue un juramento sangriento. ¿No tiene sentido del decoro, milord? La hermana de un duque no tiene por qué andar por la ciudad haciendo preguntas para ayudarlo, en alguna investigación inútil.”

El estómago de Kenneth se retorció en un nudo. ¿Cuántas veces le había dicho a Lady Modesty, que no necesitaba su ayuda? Por supuesto, se estaría mintiendo a sí mismo, si dijera que ella no había sido de ayuda.

“Aunque tiene razón en lo primero, no creo que mi investigación sobre el fallecimiento de Alfred sea inútil. Hay demasiadas circunstancias sospechosas, en torno a su muerte, como para dejar de lado el tema sin hacer preguntas primero.”

“¿Cómo?”

“¿Qué pasó con el anillo de zafiro que Alfred compró el día antes de su muerte? Encontré la caja vacía debajo de su cama, pero no había señales de lucha. Los sirvientes no vieron a nadie entrar en su dormitorio, pero falta el anillo.” Por supuesto, había muchas otras circunstancias, pero era mejor no dar más detalles. Si Su Gracia descubría que milady se había puesto un traje de hombre y se había hecho pasar por un caballero en Waiter’s, Kenneth sería colgado en la plaza del pueblo, por las pelotas, sin importar si le había dicho que se pusiera el disfraz o no.

“Si cree que se están tramando fraudes, ¿por qué no lo informó al magistrado?”

“Lo hice, y posteriormente me dijeron que no habría ninguna investigación porque el forense consideró que Alfred murió por causas naturales.”

“¿Qué tal si contrata a un detective o a un Bow Street Runner?”

“Antes de hacerlo, quiero saber más sobre el anillo... Quiero descubrir si la carrera de Venom en Epsom Downs estuvo amañada. Averiguar si Alfred...” Kenneth apretó los labios.

Dunscaby entrecerró los ojos.

“¿Cree que su hermano estuvo involucrado en algo nefasto?”

“¡No! Pero quiero estar seguro que no fue así, antes de correr el riesgo que el nombre de mi familia sea arrastrado por el fango.”

“Es justo, aunque insisto en que la participación de Modesty cese de inmediato.”

Kenneth asintió.

“¡De acuerdo!”

El duque se golpeó la palma con el puño.

“La verdad es que debería llevarlo al salón de Jackson, y golpearle la cara hasta convertirla en pulpa sangrienta.”

Evidentemente, Su Gracia no había terminado con su reproche.

Con un suave clic, la puerta de la biblioteca se abrió.

“Hola, Lord Berwick,” dijo la duquesa viuda de Dunscaby con un tono gentil y sin una pizca de malicia. Fue sorprendente cómo logró mostrarse impávida y absolutamente serena, después de ver a su hija arrojada de un caballo. Pero claro, ella era una duquesa.

Kenneth hizo una reverencia.

“Su Gracia.”

“¡Madre!” Gruñó Dunscaby. Por otro lado, su descontento aún era perceptible. “Quería terminar de hablar con Berwick, antes que intervinieras.”

“Sí, y es por eso que te di mucho tiempo para que dieras tu opinión, querido.” Miró el vaso vacío en la mesa auxiliar. “¿Martin le ha ofrecido un refrigerio, milord?”

“¡No le ofrecí ni un trago porque casi logró que Modesty muriera este mismo día!”

“Afortunadamente, el médico dice que está muy magullada, y que tiene la rodilla bastante hinchada, aunque milagrosamente, no tiene ningún hueso roto. ¡Y Cielos! Martin, puedes exagerar las cosas.” Su Gracia pareció flotar hasta el aparador, donde sirvió dos tragos de whisky. “Estoy muy segura que Lord Berwick no tenía intención, que ella se cayera del caballo. Después de todo, sabes tan bien como yo, que mi hija menor es la mejor jinete de toda la familia MacGalloway.”

“Su habilidad en la silla no tiene nada que ver con el hecho que Su Señoría permitió... ¡Un poquito...!”

“Martin, por favor, baja la voz. Gritar no te sienta bien, querido. Después de todo, eres un duque.” Su Gracia le dio a Kenneth un vaso.

“Por favor, dígame por qué eligió bailar el vals con mi hija en dos ocasiones distintas.”

“Ah...” Kenneth parpadeó, bastante aturdido por el repentino cambio de tema. “Me gusta bailar el vals.”

“¡Oh! Por favor, Berwick.” La viuda le ofreció el segundo vaso a su hijo. “No puede decirme que no tiene afinidad con Modesty. Después de todo, ella es atractiva: ojos azules danzantes y una sonrisa radiante.”

“Por la forma en que usted saltó todas las barreras, que conducían a la pista de carreras, no parecía indiferente en lo más mínimo.” Martin se llevó las manos a las caderas.

“Estoy de acuerdo,” dijo Su Gracia. “Me quedé bastante desconcertada, cuando usted la abrazó, aunque en ese momento, yo consideraba que era un hombre, hasta que Kitty nos informó que el pobre jockey no era otro que mi hija menor.”

Ahora Kenneth lo recordó. Kitty era famosa por no guardar secretos. Tomó un buen trago de whisky. Ciertamente, estaba preocupado por Lady Modesty.

“Después de todo, ella estaba al mando de mi caballo, y el jockey que montaba Wild Ben claramente la golpeó para ganar la carrera, ¡maldito demonio!”

“¿Él es el *demonio*?” Martin bramó.

Ella levantó la palma de su mano.

“Por favor querido. Estoy seguro que, como tres adultos bien educados, podemos idear una solución a este problema.”

“Sí, puedo llevar a ese bastardo al ring de boxeo y darle una paliza.” Su Gracia parecía haberse agitado más desde que su madre entró en la biblioteca.

La viuda se recogió la falda, y se sentó en el sofá frente a la chimenea.

“Eso no es necesario.”

El duque frunció el ceño.

“Entonces exigiré una boda, a punta de mosquete.”

“En primer lugar,” dijo Su Gracia, ignorando la ira de su hijo. “Debemos disipar cualquier indicio de escándalo.”

Kenneth logró asentir, mientras el duque extendía los brazos.

“¿Qué pasa con el cabello de la pequeña Modesty? Si eso por sí solo no crea un escándalo, ¿qué lo hará? Todos en Primrose Hill lo vieron.” Él miró a Kenneth. “¿Fue esa una idea suya?”

“No.” Kenneth cortó su mano en el aire. “Le prohibí cortarse el cabello, cuando sugirió hacerlo.”

“¿*Se lo prohibió*?” Preguntó la viuda con un toque de humor. “La verdad es que el pelo corto está bastante de moda en París, y ahora que la guerra ha terminado, creo que Modesty será la envidia de la alta sociedad. Además, lucirá preciosa con un bandeau. Podemos pedir uno que combine con cada vestido.”

Dunscaby se acomodó en uno de los laterales, y luego dejó caer la cabeza contra la tapicería de cuero.

“Tal vez, deberíamos enviarla a su casa, en Escocia.”

“Excelente idea.” Kenneth casi sonrió, feliz de haber logrado finalmente decir esas palabras.

“Una idea horrible.” Su Gracia frunció el ceño.

“¿Qué pasa con sus heridas?” Preguntó Dunscaby. “No podrá salir hasta dentro de quince días o más.”

“Tal vez bailar el vals esté fuera de discusión por el momento, pero si conozco a mi hija, se volverá loca, si la obligamos a permanecer en casa, mientras hace buen tiempo.”

“Madre, ¿qué sugieres?” Insistió Dunscaby.

“Berwick la cortejará,” dijo la mujer sin indicios de estar bromeando.

“¿Qué?” Ambos hombres lo soltaron a la vez.

“¿No lo ven? Su Señoría puede llevarla a dar paseos, en carruaje, por el parque, llevarle flores y...”

“No sé escribir sonetos.” Kenneth se bebió el resto de su trago.

Inhalando ruidosamente, el duque cruzó las rodillas.

“¡Cielos! No me gustaría escuchar una palabra de enamoramiento de alguien como usted.”

“Su Gracia,” dijo Kenneth, mirando a la viuda e ignorando a Dunscaby. “Como usted sabrá,

estoy bastante abrumado con las responsabilidades de asumir el manto de mi hermano.”

“¡Bazofia!” Su Gracia abrió su abanico. “Tuvo tiempo para merodear por los establos, dándole a Modesty la oportunidad de convencerlo que le permitiera montar en Venom. Y me atrevería a suponer que mi hija estuvo debidamente acompañada, en cada uno de sus encuentros.”

Kenneth miró hacia los estantes de libros.

“Por supuesto,” murmuró.

“Bien. Entonces, esperaré flores. Mañana, claro está.”

“Sí, Su Gracia.” Kenneth aceptó esa exigencia.

“Y además, como cabeza de la familia,” dijo Duncaby, poniéndose de pie y frunciendo el ceño a su madre. “Exijo que haya acompañantes adecuados, en todo momento. ¿Entendido?”

Sin comprender bien esta solicitud, Kenneth se aclaró la garganta.

“Entonces, ¿debo simplemente cortejar a milady por cuánto tiempo? ¿Hasta el final de la temporada?”

Su Gracia se puso de pie y flotó hacia la puerta con sus faldas crujiendo ligeramente.

“Hasta que desaparezca toda apariencia de escándalo.”

## Capítulo diecinueve

Kenneth se sentó en su escritorio, revisando las notas que había tomado sobre la investigación, cuando Freddie asomó su cabeza, en la biblioteca.

“Tengo las flores que usted pidió, milord.”

Kenneth señaló la mesa baja.

“Muy bien, por favor colóquelas allí.”

“¿No está cortejando a una de esas damas cultas? ¿Cierto?”

La pregunta del joven podría haber sido tomada como una crítica insolente, pero por el brillo en sus ojos, Kenneth supuso que Freddie admiraba bastante a las mujeres de calidad.

“Debe aprender a no cuestionar mi autoridad. Además, los caballeros compran flores por diversos motivos.”

“Sí, milord,” replicó el muchacho con una sonrisa maliciosa, una que indicaba que sabía que las flores eran para una dama, una muy especial.

Kenneth revisó un montón de hojas de papel, cuidadosamente apiladas, hasta que sacó el dibujo del anillo de zafiro, que había recibido del empleado de Phillip.

“Mi hermano compró este anillo, antes de morir.”

Freddie se quedó boquiabierto, ante la imagen.

“Correc... eso debe haber costado como diez libras.”

“De hecho, era muy caro.” En verdad, el muchacho no entendía los asuntos monetarios, pero el precio exorbitante del anillo no importaba. “Y creo que fue robado.”

“Alguien le robó el bolsillo, ¿cierto?”

“Tal vez.” Si tan solo fuera un caso de dedos ligeros. Pero cómo y dónde fue robado el zafiro no era importante, en este momento. “Encontré la caja, pero no el anillo.”

“¿Sabe quién lo robó?”

“Al principio, pensé que podría haber sido el señor Crockford, pero...”

Freddie se rascó la mata de mechones de color marrón arenoso.

“No creo que Crocky el Tiburón robe algo así.”

La frente de Kenneth se arrugó al considerar las palabras del chico. De hecho, había muchas maneras en que una persona podría demostrar su inteligencia. Cuando se trataba de las mañas de los criminales, Freddie parecía conocerlas bien, y esto era indudable.

“¿Por qué?”

“En primer lugar, le pediría a uno de sus compinches que pellizque por él. En segundo lugar, alguien ya lo mató.”

“¿Le ruego que me disculpe? El forense dijo que Crockford murió por asfixia.”

Freddie resopló, agitando su mano en el aire.

“Sí, y mi mamá es una santa.”

Quizás Freddie había pasado demasiado tiempo en la calle.

“¿Cómo sabe que el señor Crockford fue asesinado?”

“Todo el mundo lo sabe.”

“¿Todos?”

“Bueno, la mayoría de la gente en St. Giles.”

“Lo veo.” Por otra parte, quizá Kenneth no había estado hablando con las personas

adecuadas. “Retrocedamos por un momento. Según tengo entendido, Ward Crockford se dedica a algún tipo de contrabando.”

“Digo que sí...” Freddy asintió.

“¿Usted está familiarizado con sus operaciones?”

“Todas... eh...” El muchacho tiró de su cuello, como si su corbata estuviera demasiado apretada. “Supongo que podría haber estado al tanto de una transacción o dos, gracias a mi mamá.”

“Mmm.” Cuanto más profundizaba, más siniestras parecían ser las operaciones de Crockford. “Hábleme de los tratos entre su mamá y Crocky, por favor.”

Freddie palideció, sus ojos eran temerosos y cautelosos.

“Si lo hago, ¿usted me echará?”

“Por supuesto que no. Ahora tiene una nueva vida y está bajo mi protección.”

El joven miró por encima del hombro, como si necesitara asegurarse que nadie estaba escuchando.

“Bueno,” dijo, bajando la voz. “Si uno de los hijos de mamá encontraba algo de particular valor, ella se lo enviaba a Crocky.”

“¿Y qué hacía él con estos valiosos objetos?”

“Ganaba monedas en sacos de harina, llenos.”

“¿Vendiéndolos?”

“Al contrabandearlos.”

Kenneth se recostó en su silla y miró al muchacho. ¿Cuánto sabía Freddie sobre el contrabando?

“¿Quiere decir que se los enviaban y luego él los vendía?”

“No sé... Todos decían que Crocky podría hacer desaparecer cualquier cosa.”

“Bueno, ahora, él ha desaparecido, por así decirlo.” Kenneth le entregó el dibujo al muchacho. “Si le pidiera que buscara este anillo, ¿cree que puede hacerlo por mí?”

Los labios de Freddie se torcieron.

“¿Quiere que lo robe?”

“No... No diga una sola palabra. No dé ninguna indicación que está buscando la pieza. Simplemente, es navegar...”

Freddie arrugó la nariz.

“¿Navegar?”

“Use sus ojos, muchacho. Usted sabe cómo mantenerse en las sombras. Eche un vistazo a su alrededor, y luego infórmeme. ¿Puede hacer eso?”

\*\*\*

“Ahí está, milady,” dijo Randolph, acariciando el bandeau, que acababa de asegurar con un lazo.

Aún en reposo, en cama, impuesto por el médico de Martin, Modesty levantó el espejo plateado, y evaluó su nuevo peinado.

“Me gusta.”

“El corte es absolutamente encantador,” dijo Kitty, sentándose en la cama, y pellizcando uno de los rizos. “Y Harry dijo que no había ninguna mención de tu desliz en *The Gazette*.”

Modesty ya había leído el periódico, gracias a que Randolph se lo guardó, antes que los otros sirvientes lograran destrozar las páginas, más allá de su legibilidad.

“Tal vez no me nombraron, específicamente, pero había un párrafo completo sobre la mala

conducta entre las filas de los jockeys. Retaron al Jockey Club a poner fin a esto, después que un jinete fue derribado de su montura, en el último tramo de la primera carrera.”

“¿Lo ves?” Kitty sonrió. “No fuiste mencionada.”

“Sí, pero el señor Modistie fue incluido en los libros como el jinete de Venom. Tarde o temprano se acercarán al señor Willett para descubrir quién soy.”

“Y dirá algo como: ‘un joven de Francia, que ha regresado a casa para recuperarse de sus heridas’.”

Sí, eso fue lo que Berwick le pidió al entrenador que dijera, pero, ¿y si él cometía un error? Después de todo, el señor Willett casi reveló la identidad de Modesty, cuando el vizconde apareció por primera vez, en la pista de práctica. Modesty dejó el espejo a un lado.

“Quizás, pero a la carrera asistió mucha gente. ¿Qué pasa si alguien miró mi cabello, y se dio cuenta que yo era el jockey de Venom?”

“No lo harán porque estaban demasiado lejos para verte realmente.” Kitty aplaudió con entusiasmo. “Pero si tienes tanta mala suerte que te nombren, entonces tu hermano insistirá en que te cases con Lord Berwick de inmediato.”

Gimiendo, Modesty dejó caer la cabeza sobre las almohadas.

“Estoy planeando convertirme en solterona. Además, Su Señoría no quiere casarse.”

Kitty ajustó su fichu, extendiéndolo más para revelar un poco de escote.

“Entonces, Su Gracia lo desafiará a un duelo y lo matará a tiros.”

*¡Cielos! Ella piensa como una imbécil voluble con cerebro de pluma.*

“No puedo soportar los duelos. En primer lugar, mamá tuvo uno de sus ataques, cuando Marty desafió al príncipe Isidor a duelo, y luego, cuando todos mis hermanos se marcharon en la oscuridad de la noche, tuvieron que ser las tres horas más insoportables de mi vida. Nunca me perdonaría que mataran a Marty por mi culpa... y si lo mismo ocurre con Lord Berwick.”

Charity asomó la cabeza adentro.

“Modesty, querida, tienes una persona que te llama.”

“Te lo dije.” Kitty saltó de la cama, batiendo las pestañas.

“¡Och! Ni siquiera sabes quién es.” Tan pronto como las palabras salieron de los labios de Modesty, su hermana abrió la puerta, y reveló nada menos que al vizconde Berwick.

Modesty se encogió bajo el manto, subiéndolo hasta la barbilla.

“Pero no estoy en condiciones de recibir una visita de ningún tipo.”

Charity hizo entrar a Su Señoría.

“Mamá dice lo contrario, siempre y cuando, yo actúe como acompañante.”

“Yo también,” dijo Kitty, como si estuviera bien calificada para ese rol.

“No,” respondió Charity. “Espérame en el salón con la tía Patience.”

Los hombros de la muchacha cayeron.

“¡Oh! Eso no es nada divertido.”

Charity acompañó a Kitty hasta la puerta, mientras Berwick se acercaba a la cama de Modesty. Había un surco grabado en su frente, y sus labios estaban fuertemente apretados.

“¿Ha pasado algo?” Preguntó Modesty.

“Ah...” Volvió a mirar a Charity, quien sonrió de manera encantadora y se deslizó en el sofá frente a la chimenea. “Pido disculpas por no visitarla después que el médico se fue ayer. Pero Dunsbary insistió en que no la vieran.”

Modesty solo podía imaginar las palabras escogidas, que debían haber brotado de los labios de su hermano.

“Espero que no haya sido demasiado duro con usted.”

“¡Oh, no! Él estaba realmente indignado, pero fue su madre quien fue... podría decir sorprendente.”

“¿Sí?”

A sus espaldas, Berwick sacó un ramo de rosas rojas intercaladas con dientes de león.

“Para usted.”

Mientras Modesty alcanzaba las flores, Randolph rápidamente capturó los tallos, y los envolvió en un encaje blanco.

“Las pondré en un jarrón de inmediato, milady.”

“Usted se acordó,” susurró Modesty, cuando la doncella se despidió.

“Por supuesto. Polinizadores y todo eso.” Berwick sonrió... El ambiente se volvió más alegre al instante. De hecho, él debería sonreír, más a menudo. El hombre le hizo un gesto a Charity, que fingía no escuchar a escondidas. “¿No fue su hermana quien la comparó con los dientes de león?”

“Sí, fue mi hermana, pero la hermana mediana. Grace ahora vive cerca de Loch Lomond con su marido.”

“¡Ah! Sí, la princesa.”

“Ex princesa,” aclaró Charity.

“¿Ruego que me disculpes?” Con las orejas picadas, Modesty se deslizó un poco en la cama.

“Recibí una carta hace unos días. Grace ha decidido asumir el título de Lady Buchanan.”

“Estoy asombrada por ese Highlander, y cómo dominó a la altiva musaraña.” La mandíbula de Modesty cayó.

“¡Modesty!” Charity la reprendió, aunque luego no pudo contener la risa. “Supongo que es muy bueno que Grace fuera rescatada por Su Señoría.”

“¿Rescatada?” Preguntó Berwick.

“Es una larga historia,” explicó Modesty. “Pero en pocas palabras, se casó con un príncipe que murió de tisis. Luego, después que su carruaje se salió de la carretera y se hundió en un barranco, Grace fue llevada a un lugar seguro por un apropiado terrateniente de las Tierras Altas, y se casó con él.”

“Esa es una versión increíblemente abreviada. Las circunstancias tampoco están en el orden correcto,” dijo Charity.

Modesty le arrojó una almohada a su hermana, logrando solo enviar el proyectil a los pies de la cama.

“Pensé que ibas a ocuparte de tus propios asuntos.”

“¡Oh! Sí, hay algo de gran importancia a lo que debo atender.” La hermana mayor de las MacGalloway se levantó, y corrió hacia la puerta. “Lord Berwick. No tardaré más que un momento. Cuento con que actúe como un perfecto caballero. Regresaré, momentáneamente.”

Cuando la puerta se cerró, Su Señoría suspiró y la tensión en sus hombros disminuyó, ante los ojos de Modesty.

“¿Cómo se siente, milady?”

“¿No cree que ya es hora que dejemos las formalidades?” Preguntó, evitando su pregunta, al menos por un momento.

“Si crees que es mejor.”

“Sí.” Modesty señaló la silla al lado de la cama. “Por favor, siéntate, antes que me empiece a doler el cuello por mirar tan alto.”

Kenneth obedeció.

A ella le gustaba mucho pensar en él como Kenneth.

“En cuanto a mi estado actual de bienestar, no creo que haya una pulgada cuadrada en mi cuerpo que no esté magullada, raspada o hinchada.”

“Lo siento mucho. Si me hubiera dado cuenta de lo deshonestos que pueden ser los jinetes, nunca te habría permitido correr.”

“Entonces, me alegro de tu ignorancia al respecto.”

“¿Te ruego que me disculpes?” Él tomó su mano entre sus cálidas palmas. “Debes saber que fue devastador verte arrojada y a tan gran velocidad.”

Modesty estaba muy enfadada consigo misma. No solo fue golpeada una vez, sino que no aprendió la primera vez, y el demonio la había golpeado nuevamente. Había estado demasiado concentrada en ganar, como para prestar atención a los otros jinetes, una lección que aprendió dolorosamente. Y ahora, más nunca tendría otra oportunidad de demostrar su valía.

“Lo devastador fue que no gané.”

“¿Eres tan competitiva que preferirías ganarle a todos lo demás, incluyendo a tu salud?”

Modesty abrió la palma libre, revelando los rasguños en la palma de su mano.

“Si hubiera ganado, no estaría en esta situación, en este momento.”

“Sí, pero correr el riesgo fue peligroso.”

Las comisuras de los labios de Modesty se tensaron. Quizás correr el riesgo fuera peligroso, pero valía la pena tener la oportunidad de experimentar la emoción de galopar, a una velocidad vertiginosa, a lomos de uno de los animales más rápidos del mundo.

*Kenneth no lo entenderá.*

“Te alegrará saber que descubrí el nombre de la amante de Alfred. ¿No vale la pena derramar eso?”

“¿Lo hiciste?” Preguntó, rápidamente, mostrando sus rasgos en un ceño severo. “Yo digo que un poco de investigación podría haber sido fortuito, pero no valió la pena todos esos golpes y magulladuras que recibiste... Pero... ¡Bendita seas por ser tan perseverante!” Se llevó la mano de ella a los labios y la besó. “¿Cuál es su nombre? ¿Quién te lo dijo?”

“Evelyn... Uno de los jinetes me lo confesó... Dijo que la veía frecuentemente con Alfred en Primrose Hill.”

“Evelyn, ¿eh? Otra pieza del rompecabezas,” replicó, pareciendo reflexionar sobre la noticia.

“Entonces,” dijo ella, mirando hacia la mano todavía entrelazada entre las suyas. Ella no lo había notado antes, pero Kenneth tenía manos muy masculinas, ásperas con los callos de un hombre, que se esfuerza sin importar su origen. Una agradable sensación despertó en lo más profundo de su interior al considerar cuánto le gustaban sus manos. “Hum... gracias por las flores. Son encantadoras y una bella sorpresa.”

“¿Oh? ¿Tu madre no te lo dijo?” La agitación se transformó en una piedra, que se hundió en su estómago.

“¿Qué está haciéndote ella ahora?”

“Me obligó a cortejarte... Te estoy cortejando.”

“¿Cortejo? ¿A mí? ¡Eso es absurdo!”

“No creo que sea tan inusual. Al fin y al cabo, eso es lo que hacen los hombres y las mujeres.”

“Sí, pero no quieres cortejarme.”

“Mmm.” Besó el dorso de su mano, luego le dio la vuelta y le aplicó un beso prolongado en la palma, deslizando gradualmente sus labios hasta su muñeca. “Pero te cortejaré.”

¡Cielos! ¿Cómo podían los labios de un hombre, aplicados a la piel sensible de la parte inferior de su muñeca, provocarle tal emoción? Esto era casi tan fascinante como montar un caballo de carreras.

“No tienes que actuar como un héroe porque estoy arruinada,” dijo Modesty, un poquito sin aliento.

Kenneth se acercó y la miró fijamente.

“No me di cuenta que estabas arruinada.”

Por supuesto, el hombre la había mirado docenas de veces, pero en ese momento había cierta hambre en esos azules entrecerrados.

“Lo estaré si alguien descubre quién es realmente el señor Modistie. Y eres parcialmente responsable.”

“Lo veo.” Él besó sus labios, era solo un beso.

Necesitando algo más sustancial, Modesty deslizó una mano alrededor de su cuello, y acercó sus labios a los de ella, aprovechando al máximo su proximidad.

“Y mi madre no tiene nada que decir sobre quién me corteja o quién no,” logró decir, resistiendo cada fibra de su cuerpo, que la instaba a tirar del vizconde hacia la cama.

Kenneth se inclinó hacia adelante y mordisqueó la línea de su mandíbula.

“¿Eso es así?”

Echando la cabeza hacia atrás, ella luchó por recordar por qué necesitaba resistirse a toda la cuestión del cortejo.

“Sí. Voy a ser solterona, y pronto regresarás a tu casa en Northumberland.”

Él apretó sus mejillas entre esas manos cálidas y masculinas.

“Te doy mi palabra, mujer, ¡eres terca! Pero por mi vida, disfruto cada momento. Ahora deja de discutir y bésame, mujer.”

Cuando Modesty cerró los ojos, una avalancha de pasión abrumadora la recorrió. Por una vez en su vida, ella hizo lo que le decían sin preguntar por qué, sin cuestionar nada, sino simplemente, permitiéndose reaccionar, sentir, y pensar en nada más que ese momento y el hombre que la besaba, como si fuera el ser máspreciado de su vida, en este mundo.

Las manos de Kenneth se deslizaron hasta sus hombros y bajaron.

Modesty lo agarró de la muñeca y sus ojos se encontraron con los de él. Un entendimiento tácito fluyó entre ellos, y juntos movieron la palma de él sobre su pecho.

“Ahhh,” suspiró, con la respiración entrecortada.

“Eres tan suave, tan femenina. Quiero besarte aquí.”

Ella arqueó la espalda.

“Sí.”

Desde el pasillo se oyó un fuerte carraspeo de mujer. Kenneth saltó hacia atrás, en su asiento, mientras Modesty agarraba el manto, y nuevamente tiraba del mismo hasta su barbilla.

La puerta crujió al abrirse lentamente.

“Perdóneme, querida. Me temo que estuve ocupada un poquito más de lo previsto.” Al entrar, Charity trajo un jarrón lleno de gardenias blancas. “Estas son de Lord Roxburgh.”

Modesty estornudó.

“Cuando mencionaste a Roxburgh, parece que me resfrié.”

“Por eso le pedí a Giles que le dijera, que estabas en la cama con un fuerte malestar.”

“¿Roxburgh también te está cortejando?” Preguntó Kenneth.

“Definitivamente, no,” respondió Modesty.

“A él le gustaría hacerlo.” Charity colocó las gardenias sobre la repisa de la chimenea.

Modesty se ajustó el bandeau, que se había quedado torcido, mientras besaba a Su Señoría.

“Bueno, espero que le hayas dicho que ponga su mirada, en mujeres un poquito más cercanas a su edad.”

“Evidentemente, ya tú lo hiciste,” dijo Charity.

“¿Él que te dijo?”

“¿Lo hiciste? Eres una zorra.” Kenneth se rió entre dientes.

“Le dije que cortejara a mamá.”

“Modesty,” la reprendió Charity. “¿No lo hiciste?”

“Bueno, él es mucho más cercano a su edad y ella es viuda desde hace siete años. ¿No crees que ya es hora que la cortejen también?”

“Creo que debes concentrarte en tus propias circunstancias, y dejar que mamá se preocupe por las tuyas,” destacó Charity. “¡Cielos! Después de esa horrenda caída, tienes suerte de estar viva.”

“¡De acuerdo!” Kenneth se levantó. “Será mejor que me vaya y te deje con tu curación.”

“¿Tan pronto? Pero no me has hablado de la investigación.”

“No hay mucho que decir, realmente. Aunque se me ocurrió otra idea.”

“¿Qué es? No puedes irte sin decírmelo.”

“¡Oh! Pero, sí puedo. Y lo haré.” Kenneth besó la mano de Modesty, hizo una reverencia a Charity, y salió por la puerta.

## Capítulo veinte

Kenneth se vistió con su ropa de granja raída, que consistía en pantalones hasta la rodilla, un par de botas de agua desgastadas, chaleco y abrigo grises, junto con un viejo sombrero de copa John Bull, la misma ropa que usaba cuando viajaba, lo cual fue un acto de preservación. Si un hombre parecía más un pobre que un par, era mucho menos propenso a ser atacado por bandoleros. Caminó hasta la esquina de Piccadilly y Bolton Row, donde permaneció un rato observando las idas y venidas de gente en Waiter's, que, según los periódicos, había vuelto a abrir sus puertas.

No podía decirle a Modesty lo que estaba planeando por dos razones. En primer lugar, no tenía un gran plan y, en segundo lugar, si le contaba a la mujer sus próximos pasos, ella de alguna manera se disfrazaría, y saldría de la casa de su hermano, independientemente de las órdenes del médico, que permaneciera en cama durante al menos tres días.

Lo último que Kenneth quería era ser responsable que ella sufriera mayores daños. Desde la muerte de Ward Crockford, la ensartaron con un fragmento de vidrio, y luego la arrojaron de un caballo, que habría matado a la mayoría de los hombres, y mucho más a cualquier mujer. ¿Quién sabía cuántos accidentes le quedaban?

Un coche de alquiler se detuvo frente al club de caballeros, y Kenneth se hizo a un lado para ver mejor al pasajero. Un lacayo saludó a un dandi, que salía del carruaje. Había dos lacayos afuera, que estaban el día del torneo de ajedrez. El camarero también parecía mucho más ocupado, en ese momento.

Arriba, en el primer piso, una cortina se abrió, revelando el rostro de una mujer. Kenneth dio un paso adelante. ¿Era Evelyn? Tenía que averiguarlo.

En lugar de acercarse a la puerta principal, rodeó el callejón, donde se había producido el asesinato.

*Todo el mundo en St. Giles sabe que él no murió por causas naturales.*

Pues bien, ya era hora de desempeñar un rol diferente. Después de todo, si Modesty tuvo éxito en ello, entonces Kenneth debería al menos poder obtener algunas respuestas.

Se apoyó contra la pared, al lado de la puerta trasera, y fingió quitarse la tierra de debajo de las uñas. Y cuando alguien salió por la puerta, las uñas ya impecables de Kenneth estaban verdaderamente libres de especificaciones.

“Hola, jefe,” dijo, imitando el acento de Freddie. “Me preguntaba si podrías pasarle una nota a mi hermana.”

“No es probable. ¿Quién es esa maldita moza?”

“La última vez oí que ella vivía aquí... Una de las chicas de Crocky.”

“Crocky está muerto.”

“Sí, pero el camarero ya ha reabierto el lugar.” Kenneth casi dijo que reconocía al tipo, como uno de los lacayos, pero eso podría haber delatado su artimaña. “Y vi a una mujer mirando por una ventana encima de las escaleras.”

“Lo hiciste, ¿cierto?” El hombre entrecerró los ojos. “¿Cuál es el nombre de tu hermana?”

“Evelyn.”

“¿Applewhite?”

“¡Ah! Por supuesto,” dijo Kenneth. “¿Ella está...?”

“No, ella ya no vive aquí.”

“¡Esto es una maldita vergüenza!” Se rascó debajo del sombrero. “¿Hace cuánto tiempo que se fue?”

“La muchacha se fue cuando lo hicieron la mayoría de las demás mujeres, justo después que Crocky encontró su fin.”

Kenneth notó que el hombre no utilizó la palabra “asesinado”. Por otra parte, tampoco mencionó la causa de la muerte informada por el forense.

“¿Sabes a dónde se fue?”

“Tu hermana pensaba que era demasiado altanera y poderosa para hablar con gente como yo. Podría haber sido bonita, pero era un guante flojo, como los demás. ¿Puedes creer que se propuso casarse con uno de esos ignorantes con los que estaba tirando?”

“¿Crees que lo hizo?” Kenneth hizo girar la mano, instando al tipo a decir más. “¿Casarse con uno de sus... ah... caballeros amigos?”

“No.” El lacayo agitó la mano en el aire. “Creo que ella estaba sufriendo uno de sus golpes, y se escapó para esconderse en algún lugar del campo.”

“¿Crees que está embarazada?” Preguntó Kenneth, olvidando el acento por un momento.

El hombre lo miró. “¿De dónde eres?”

“Norte.” Kenneth señaló hacia arriba, mientras se pateaba. “Cerca de Escocia.”

“Bueno, entonces, podrías echar un vistazo allí.”

“Lo haré,” dijo, mientras el hombre se alejaba. “Pero tengo una pregunta más, si me lo permites.”

“¿Sí?” El tipo lo miró por encima del hombro. “Será mejor que la hagas rápido, tengo una cita con una goleta de cerveza.”

“Dijiste que mi hermana tenía muchas parejas. Pero por su correspondencia, supuse que a ella le gustaba uno en particular.”

El hombre se encogió de hombros.

“No lo sé... Supongo que parecía favorecer al vizconde Berwick.... También se recuperó lo suficiente.”

“Pero, ¿él ‘no’ fue asesinado?” Preguntó Kenneth, conteniendo la respiración, ansioso por obtener una respuesta afirmativa.

“No es así como lo informaron los periódicos. Supongo que el petimetre bebió hasta morir.”

Kenneth asintió, mientras el hombre se alejaba, sin duda dirigiéndose a la taberna.

*¿Evelyn Applewhite pensó en casarse con Alfred? Mmm. ¿Sabía la mujer acerca de Philomina?*

Kenneth no podía imaginar que ella no lo supiera. Lo más probable es que Alfred hubiera esperado para romper su relación, después que su propuesta hubiera sido aceptada.

Con cada nuevo dato de información, surgía una gran cantidad de preguntas. ¿Por qué la señorita Applewhite se fue de Londres? ¿Estaba temiendo por su vida, de alguna manera atrapada en medio de la brecha entre Crocky y Alfred? Debió haber quedado completamente desconsolada, cuando Alfred murió.

Optó por tomar una ruta diferente a casa y, mientras caminaba por Berkely Square, vio una placa que decía: *JJ McGrath, Sleuth*.

Sin dudarlo, Kenneth entró en la pequeña y algo oscura oficina, con una campana sonando sobre su cabeza.

En el interior, un hombre bastante canoso estaba tendido en un sofá, desmayado, con las manos entrelazadas sobre un estómago rechoncho, y sus ronquidos casi ensordecedores.

“Ejem.” Kenneth se quedó expectante por un momento, pero luego se dio cuenta que si el timbre de la puerta no había despertado al hombre, ¿por qué lo haría el aclararse la garganta? “¿Señor McGrath?” Lo dijo con un tono bastante alto.

Como gritar no funcionó, intentó sacudir el hombro del hombre, lo que provocó un indicio de tartamudeo, seguido de ronquidos más leves. Sin querer darse por vencido, Kenneth llenó hasta la mitad un vaso con agua de la jarra, que había sobre el lavabo, y se lo arrojó a la cara del hombre.

“¡Por los santos!” Farfullando, el tipo desaliñado movió sus piernas sobre el costado del sofá, donde estaba desmayado, y se llevó las manos a la cara, poniéndose los pelos de punta. “¿Por qué diablos tuvo que venir y arruinar un sueño perfectamente bueno?”

“¿Usted es ‘Jota’ ‘Jota’ McGrath?” Preguntó Kenneth.

El hombre lo miró con desconfianza.

“Puede ser. ¿Quién pregunta?”

Kenneth sacó una tarjeta.

“Aquí... Berwick, y me gustaría preguntarle sobre la naturaleza de sus servicios de *sleuth*. Al fin y al cabo, se trata de una vocación de largo alcance.”

“Soy un *sleuth*. La palabra significa detective.”

“Sí, bueno, también significa sabueso.”

McGrath sonrió.

“Me han llamado así una o dos veces.”

“¡Ah! Lo pensé tanto... Dígame, ¿usted puede encontrar a una persona desaparecida?”

“¿Quién está desaparecida?”

“No estoy seguro si la dama cree que está desaparecida o no, pero me gustaría encontrarla.”

“Una mujer, ¿no? Déjeme adivinar...” McGrath se rascó la barba de un día, miró la tarjeta de Kenneth, y luego frunció el ceño, ante su traje raído. “Ella es una sopladora de ron y robó algo importante.”

“Algo correcto en ambos aspectos, pero hay más. Evidentemente ella era la amante de mi difunto hermano. Y creo que ella podría haberle robado un anillo. Sin embargo, la historia tiene un sesgo siniestro.”

“¿Oh?”

“Si mi corazonada es correcta, es posible que ella también esté en posesión de información sobre el asesinato de mi hermano.”

\*\*\*

El sol brillaba con calidez, mientras Modesty y Charity caminaban la corta distancia hasta la casa de Lord Berwick, donde las habían invitado a almorzar.

“Me pregunto por qué Su Señoría me envió una invitación a mí y no a Kitty,” dijo Charity.

Aunque la hinchazón de su rodilla había disminuido, Modesty todavía sufría una leve cojera.

“No le dijiste, ¿cierto?”

La brisa atrapó las cintas del sombrero de Charity, y las arrojó hacia la cara de Modesty.

“Por supuesto que no. Hacerlo solo heriría sus sentimientos.”

Ella las apartó.

“Es cierto, pero si yo fuera Berwick, te invitaría a ti y no a Kitty.”

“¿Qué te llevó a llegar a esa conclusión?”

“¡Oh! Vamos, hermana, lo sabes tan bien como yo. Kitty no puede guardar silencio sobre

nada.”

Los labios de Charity formaron una “O” y sus ojos se abrieron de par en par.

“¿Lord Berwick esconde secretos?”

El dedo del pie de Modesty se enganchó en un ladrillo levantado en el sendero, haciéndola tropezar hacia adelante. Rápidamente, ella recuperó la compostura, se alisó las faldas y miró a su alrededor para asegurarse que nadie la estuviera mirando.

“¡Cielos! ¿No pueden mantener el camino nivelado? Así es Mayfair, en todos los lugares.”

Charity se detuvo a su lado.

“¿Te torciste la rodilla lesionada?”

Modesty cambió su peso entre sus pies.

“No. Afortunadamente, soy muy resistente.”

“Ciertamente, puedo estar de acuerdo con eso.” Charity pasó su brazo por el codo de Modesty. “Sin embargo, no correré ningún riesgo al cruzar una calle muy transitada tan cerca del mediodía.”

Lord Roxburgh pasó en su faetón con el morro en alto, seguido por un carro de heno. El conductor inclinó su sombrero.

“Buenos días, damas.”

En una pausa, en el tráfico, las dos hermanas se levantaron las faldas hasta los tobillos y se apresuraron, zigzagueando entre la variedad de caballos, carruajes y carretas, que avanzaban penosamente por Charles Street, como si una cuarta parte de los medios de transporte de Londres eligieran esa misma hora para viajar por este camino.

“Mira ahí,” dijo Modesty, mientras caminaban hacia el sendero. “No se produjeron daños a mi vida ni a mis extremidades.”

“Entonces, ¿podría sugerirte que estés atenta a los ladrillos sueltos en el sendero, durante el resto del viaje?” Charity se rió entre dientes, y le dio una palmadita en el brazo a su hermana. “Ahora, no me respondiste sobre los secretos de Berwick.”

“No tiene tantos secretos como tampoco quiere que todos sepan sus asuntos.”

“¿Te refieres a sus consultas sobre la muerte de su hermano?”

“Sí, y Kitty ya les dijo a todos los miembros de la familia, que yo montaba a Venom en la carrera. Si ella hubiera mantenido silencio, no se habrían dado cuenta.”

“Excepto que te habría resultado difícil explicar cómo terminaste magullada de la cabeza a los pies, y tuviste que pasar tres días en cama.”

“Muy bien, entonces asumo que él te invitó, porque tú nos acompañaste, cuando él te llamó. Y después de todo, también le dijiste a Kitty, que fuera a visitar a mamá al salón.” Modesty se quedó perpleja por un momento. “¿Por qué hiciste eso, si no estabas preocupada por sus chismes?”

Charity se encogió de hombros.

“Fue idea de mamá, no fue mía.”

“¿Nuestra madre está preocupada por la propensión de Kitty a cotillear?”

“Quién sabe lo que ella tiene en mente. Es solo...”

“¿Mmm?”

“No importa.” Charity se detuvo frente a la casa alta de ladrillos con su ornamentada fachada de arenisca. “Llegamos.”

Modesty retrocedió, mientras su hermana daba dos golpes a la aldaba.

*¿Sabía que Berwick me besaría, si nos dejaban solos por un momento? ¿Mamá? ¿Estaban ellas propiciando esto?*

Un muchacho vestido con librea de lacayo abrió la puerta.

“Ustedes deben ser Lady Modesty y Lady Brixham.”

“Sí,” dijo Charity. “Hemos venido por invitación de Lord Berwick.”

“Sé que lo hicieron. Y sabía que Su Señoría estaba cortejando la calidad.” Con una sonrisa que prácticamente le tocaba las orejas, el muchacho abrió más la puerta. “Pasen... eh... por favor... um... ladies.”

Modesty asintió con la cabeza al muchacho, mientras cruzaba el umbral.

*Entonces, ¿este es el joven carterista?*

“¿Usted es Freddie?”

“A su servicio, milady.” Él hizo una reverencia con una floritura exagerada y se aclaró la garganta

Un hombre vestido con un traje de mayordomo se adelantó y ofreció una modesta reverencia.

“Gracias damas, por permitir que Freddie practique sus habilidades de lacayo.” El hombre cruzó las manos enguantadas sobre el chaleco negro. “Soy el señor Welch, el ayuda de cámara y mayordomo de Lord Berwick, más frecuentemente conocido como el sirviente de Su Señoría.”

“¿Realiza ambas tareas?” Preguntó Charity. “¡Cielos! ¿No es eso un poco abrumador?”

“En absoluto, milady.” Welch señaló a través del vestíbulo de entrada hacia un salón. “Yo mismo habría abierto la puerta, pero Lord Berwick insistió en que Freddie lo intentara. Espero que no se haya ofendido.”

“¿Por qué se sentirían ofendidas?” Preguntó el muchacho, aunque cuando Welch le frunció el ceño sin gracia, Freddie apretó los labios.

“No estamos ofendidas en lo más mínimo,” respondió Modesty. “De hecho, la bienvenida de Freddie fue entrañable.”

Charity asintió y se pellizcó la nariz.

“Aunque como condesa, debo decir que no es apropiado difundir chismes sobre el señor de la casa.”

“Nunca digo chismes.” Un pellizco se formó entre las cejas del muchacho.

“A las cocinas,” dijo el señor Welch, haciendo pasar a Freddie, a través de una pequeña puerta. “Y revisa las cartas, antes de partir hoy hacia St. Giles.”

Modesty miró por encima del hombro.

*¿Por qué St. Giles?*

“¡Lady Modesty, Lady Berwick!” Kenneth bajó las escaleras, su sonrisa le recordaba a la de Freddie. “Gracias por venir.”

Él caminó directamente hacia Charity y le besó la mano, luego le dio un beso un poco más largo a la de Modesty.

“Gracias por invitarnos,” dijo Modesty, haciendo una reverencia.

Charity cerró el círculo.

“Digo, milord, que tu casa es preciosa. Deberías entretenerte más a menudo.”

“¿Debería?” Preguntó. “Me temo que me siento muy incómodo con la alta sociedad y todo eso.”

“¿Oh? Tienes la crianza y las conexiones,” dijo Charity. “¿Por qué estás incómodo?”

“Como bien sabrás, antes que me viera tan rápidamente obligado a ocupar el lugar de mi hermano, estaba muy contento, siendo agricultor.”

“¿Granjero?” Preguntó Charity.

“Abejas y ovejas,” respondió Modesty. “Sin embargo, Berwick también es un científico.

Cuéntale a mi hermana acerca de tus ovejas.”

“Por supuesto, pero tal vez deberíamos pasar al comedor primero.”

Aunque ya había estado allí antes, esta vez Modesty lo asimiló todo. A diferencia de la residencia del duque, Kenneth no tenía una fila de lacayos listos para satisfacer todos sus caprichos. Solo había un lacayo, que les atendió eficientemente. El comedor era un poco más pequeño que el de la casa de Martin, aunque era de tamaño amplio con una mesa para doce personas muy respetables. El cristal de la lámpara de araña del techo estaba pulido hasta brillar. El aparador estaba tallado en arce y con incrustaciones de bronce. Las sillas parecían recién tapizadas con damasco dorado y eran bastante cómodas. Por supuesto, no podía pasar por alto los cubiertos de plata, los vasos de cristal y los platos de porcelana. En efecto, la presentación del vizconde fue tan ostentosa, como cualquier otra en Londres.

Pero Modesty no esperaba que así fuera. Aunque Kenneth no le había dado ninguna razón para creerlo, ella esperaba algo más provinciano. Quizás quería algo más sencillo. Mientras el lacayo retiraba los platos para seguir con la tercera porción, los reemplazó con pequeñas tartaletas de albaricoque y almendras (tres por cada invitada). Ella examinó el hojaldre.

“Esto parece demasiado delicioso para comer.”

Kenneth se lamió los labios.

“Es delicioso y la cocinera definitivamente se sorprendería, si no lo disfrutas.”

Charity deslizó un bocado de su tenedor y luego sonrió, como si acabara de probar maná del cielo.

“¡Oh! Eres muy afortunado de tener una cocinera tan hábil, en las cocinas.”

Modesty destruyó una de esas delicadas obras de arte culinarias, cortándola con el costado de su tenedor y dándole un mordisco. Ella suspiró audiblemente, cuando el dulce brebaje se deslizó por su lengua.

“Mmm. Creo que necesitamos esta receta.”

“¿Sí?”

“Estoy segura que a la cocinera le encantaría enviármela.”

“¡Tonterías!” Charity quitó la servilleta de su regazo y la colocó sobre la mesa. “¿Puedo bajar las escaleras y hablar yo misma con tu cocinera? Me gustaría darle mis felicitaciones.”

Kenneth tomó un sorbo de su cordial.

“¿Prometes no robártela?”

“¿Una? ¿Tienes una sola cocinera?” Los ojos de Modesty se abrieron como platos.

“Sí.”

“Entonces, estoy debidamente impresionada.” Charity miró entre los dos. “Prometo no robármela, si tengo tu palabra de comportarte, mientras estoy fuera.”

“Por supuesto,” replicó Kenneth, mirando al lacayo. “James, ¿podría acompañar a Lady Brixham a las cocinas?”

Tan pronto como Charity se escabulló, Modesty tomó la mano de Kenneth.

“¿Por qué Freddie va a St. Giles? No vas a dejar que robe carteras, ¿cierto?”

“Me ofendes...” Le llevó la mano a los labios y le besó los nudillos. Con un brillo oscuro en sus ojos, la instó a levantarse de su asiento, y sentarse en su regazo.

Ella se estaba familiarizando un poco con su regazo, pero definitivamente este era el asiento más cómodo del comedor. Deslizándolo sus brazos alrededor de su cuello, él lamió sus labios y miró sus hermosos ojos.

“¿Por qué, entonces? ¿No es peligroso?”

Kenneth jugó con sus rizos, acercando sus labios.

“El muchacho pasó su vida allí. Freddie conoce las calles mejor que yo, y puede pasar desapercibido sin que nadie se dé cuenta.”

Modesty se retorció en su asiento, su corazón latía con fuerza, mientras anticipaba el próximo movimiento del vizconde.

“No debe usar librea con abrigo rojo.”

“Bueno, él no usa su librea en St. Giles.” Una risita gutural retumbó, encendiendo su corazón.

“Dime,” replicó ella, pasando su dedo meñique por ese labio inferior. “¿Él va a buscar a Evelyn? ¿Has descubierto más sobre ella?”

“Buscará el anillo de zafiro. Solo mirará, eso sí. Si ve algo que se parezca a la pieza, debe informarme.” Kenneth le atrapó el dedo entre los dientes y lo lamió, antes de soltarla. “En cuanto a Evelyn, volví a Waiter’s y descubrí que su apellido es Applewhite. De hecho, ella tenía algún tipo de relación con Alfred, y...”

“¿Quieres decir que ella era su amante?”

“Así parece. También dejó Waiter’s, junto con varias otras chicas, después de la muerte del señor Crockford.”

“Interesante. Creo que me encontré con una de sus damas de fácil virtud, cuando llegué por primera vez a Waiter’s, el día de la partida de ajedrez.”

Kenneth deslizó su mano hasta la nuca de Modesty, y finalmente la atrajo para darle un beso. Se tomó su tiempo, explorando su boca, mientras emitía un gemido de saciedad.

“¿Acaso tú? ¿Cómo es ella?”

“Es muy bonita, aunque había un tono áspero en su rostro, como si su vida no siempre hubiera sido fácil.”

Cerrando los ojos, él presionó su mejilla contra la de ella.

“Dudo que a cualquier prostituta le hubiera resultado fácil.”

Modesty se arqueó contra su pecho, necesitando estar más cerca.

“La pequeña tarta me guiñó un ojo.”

“¿Ella lo hizo?” Deslizó sus dedos, en su cabello, haciendo que su bandeau se torciera. “Tal vez, ella pensó que eras un hombre atractivo.”

“Tal vez, ella sabía que yo era una mujer.”

Kenneth dejó un rastro de besos desde su hombro hasta su cuello.

“Ahora, ¿qué es lo que puedo creer?”

“Mmm.” Cerrando los ojos, Modesty se derritió en los suaves mordiscos de sus labios. “¿Cómo propones que localicemos a la señorita Applewhite?”

Una mano masculina se deslizó hasta su cintura y un pulgar rozó ligeramente su pecho.

“Te estoy besando, milady. Es muy difícil pensar en otra cosa, en este momento.”

El salón dio vueltas, mientras la respiración de ella se hacía más dificultosa.

“Tus besos me llevan al borde de la felicidad ilimitada, pero todavía tenemos un asesinato que resolver.”

“No es para preocuparse. Contraté a un detective.”

“¿Para encontrarla a ella o al asesino?”

“Una cosa a la vez, amor.”

“¿Amor?” La palabra la hizo vacilar. “¿Kenneth?”

“¿Mmm?”

“¿Solo estás fingiendo en el cortejo?”

Antes que él pudiera responder, un sonido de pasos femeninos resonó detrás de la puerta de

los sirvientes.

## Capítulo veintiuno

Kenneth mojó su pluma y parecía que era la centésima vez:

*Décimo día de julio de 1819*  
*Sus Gracias,*

*En cumplimiento de sus deseos, he estado cortejando a Lady Modesty, durante casi quince días, y creo que ya es hora de poner fin a la **farsa**. Parece claro que milady ha escapado, una vez más, de ser arruinada por el escándalo.*

Él gimió, al trazar una línea en las palabras “una vez más”. Además, “farsa” sonaba terriblemente insensible. Después de todo, cortejar a Modesty no había sido del todo desagradable.

Más bien, esto había sido demasiado agradable.  
*¡Demasiado!*

Cada vez que él se encontraba en su presencia, ella lograba convertirlo en un galán sonriente. Estaba demasiado cautivado por los labios de esa mujer, su cabello y las deliciosas curvas femeninas de su cuerpo. Además, la muchacha de las Tierras Altas no era tan aburrida, como habían demostrado serlo muchas de las jóvenes ingenuas de la alta sociedad.

Pero toda esta tontería amorosa había llegado demasiado rápido. Era un científico, él no era un Casanova.

Y tenía que detenerse.

Todavía estaba aprendiendo a ser vizconde. Alfred era el hermano mayor, que había permanecido al lado de su padre, aprendiendo lo que se requería de un igual. Kenneth nunca había considerado que podría sucederle en el puesto. Se suponía que Alfred se casaría, y tendría un heredero.

Kenneth supuso que ahora la responsabilidad recaía sobre sus hombros, pero todavía no podía ocuparse totalmente de esto. Además tenía sus propios asuntos, mientras se instalaba en Northumberland. Necesitaba visitar las propiedades del vizcondado, y poner todo en orden. Lady Modesty merecía ser cortejada por alguien que estuviera dispuesto a casarse, pudiera domesticarla, y no perdiera la cabeza por completo, cuando ella estaba en la habitación. Alguien cuyo único deseo no era despojarla lentamente de cada prenda de ropa y adorar su cuerpo desnudo, no durante unas horas, sino durante días, tal vez semanas, tal vez una eternidad.

Lady Modesty no podía ser su esposa ideal. Cuando la encontrara, la esposa de Kenneth sería recatada y tranquila, escucharía todo lo que él dijera, y le obedecería sin hacerle preguntas ni exponer sus argumentos.

Arrugó la hoja de papel, y luego arrojó la bola al fuego de la chimenea.

La temporada casi había terminado y, con ella, la mayoría de los miembros de la sociedad educada regresarían a sus casas de campo para pasar los meses más calurosos del verano. Sin duda, Modesty viajaría a una de las propiedades de Dunscahy, en algún lugar de Escocia. Kenneth también necesitaba regresar a casa con sus abejas y sus ovejas. Bueno, tendría que pasar por su castillo cerca de Berwick, por Tweed y asegurarse que todo estuviera en orden allí. Y luego estaba Kiedler Equine, que era mucho más grande que su granja en Rothbury. No sería

inconcebible trasladar sus afectos allí, aunque las abejas no eran fáciles de reubicar. Y si las movía, tendría que asegurarse, que hubiera muchas flores polinizadoras. ¿Quizás también podría establecer nuevas colmenas en el castillo de Berwick? La finca ciertamente tenía un terreno amplio para ello.

Ahora que Kenneth tenía tiempo para pensar en su herencia, Kiedler no solo tenía acres de tierra cultivados por agricultores arrendatarios, sino que también contaba con un establo bastante grande con una pista de carreras.

*Será mejor no decirle esto a Modesty.*

La perspectiva de convertirse en dueña de la finca Kiedler Equine podría atraer su interés más que la perspectiva de casarse con Kenneth. Aunque ella no se parecía en nada a otras compañeras, interesadas en casarse para aumentar sus posesiones. Además de necesitar una esposa recatada, cuando decidiera remolcarla, quería una mujer que lo amara incondicionalmente. También quería amar a su esposa. Y, ¡cielos! Su deseo interminable de violar a Lady Modesty excedía los límites del amor.

*Pero no deseo casarme. Primero debo completar mi trabajo en Northumberland Longwool.*

Kenneth volvió a mojar la pluma, y gimió cuando una gota de tinta negra ensució la siguiente hoja de papel.

“¡No!”

¿Qué importaba si vagaba por Londres durante quince días o dos semanas, pretendiendo cortejar a Modesty? Es cierto que estar en su presencia le hacía un nudo en la cabeza, pero realmente no quería herir sus sentimientos. Tal vez ella podría cansarse de él, darse cuenta que estaba dedicado a la ciencia y era un conversador muy aburrido. Kenneth podía manejar bien las cintas de un faetón, pero era demasiado grande para los caballos de carreras. Por supuesto, los caballos le gustaban porque era un científico, y estaba interesado principalmente en programas de cría excepcionales. Sin embargo, no tenía ningún interés en la industria de las carreras con todas sus apuestas clandestinas y fraudes.

*De hecho, debería vender a Venom. O tal vez convertirlo en un semental.*

Modesty era demasiado ingenua en esas cosas. Ella era una amazona hábil, pero Kenneth nunca pudo verla peleando con otros jinetes ni derribándolos de sus caballos.

*Además, una vez que se case, ningún marido, en su sano juicio, le permitiría correr o montar a horcajadas. Ciertamente, yo no permitiría que mi esposa anduviera vistiendo sedas de jockey, y participando en carreras de caballos, como el fuego del infierno y el azufre.*

Sin embargo, cuando ella estaba al mando de las riendas, ciertamente creaba una vista magnífica. ¿Quién diría que una mujer podría manejar un caballo con tanta destreza? No era cualquier mujer, sino una muchacha que había sido criada en un ducado, una que debería ser cortejada por los caballeros más estimados del reino.

Y Kenneth no era uno de esos nobles. Sí, tenía un título, tierras y era razonablemente rico. Pero en su corazón era un hacendado rural. Londres, los salones de baile y las fiestas de té le provocaban acidez de estómago. Modesty podría pensar que prefería los caballos y los establos, pero ella se crió en una familia, en el centro de la sociedad educada. Dondequiera que fuera Dunsaby, también iban los periodistas.

Mientras arrugaba otro trozo de papel arruinado, Welch entró en la biblioteca.

“Parece que Freddie ha regresado de las escapadas de hoy, milord.”

Kenneth se sacó el reloj de bolsillo y notó que solo eran las diez.

“¿Encontró el anillo?”

“No exactamente. Pero vino con alguien que insiste en hablar con usted.”

“¿Quién?”

“Una tal señora Lewis. Me negué a permitirle subir las escaleras, y ella está esperando en las cocinas.”

Kenneth imaginó a una mujer cubierta de barro.

“Dime, ¿Freddie se refiere a esta mujer como mamá?”

“Así es, y aunque me duele agregar, ella sostiene al muchacho con una correa.”

“¿Una qué...?” Kenneth se puso de pie de un salto, y se apresuró a cruzar la entrada de los sirvientes. “¿Por qué diablos no lo han soltado?”

Welch lo siguió.

“Porque la señora Lewis amenazó con apuñalar al muchacho, si no iba a buscarlo a usted inmediatamente.”

“¿Cuáles fueron sus palabras?”

“No debía decirlo, precisa... sa.... men-men-te,” tartamudeó Welch. “Milord, dijo que cuide sus...”

Mientras se golpeaba la frente, las estrellas cruzaron la visión de Kenneth.

“Eso duele, ¿dijo huevos?” Gruñó en voz baja.

“Traté de advertirle, señor.”

Kenneth levantó la vista hacia el enorme dintel de roble.

“Supongo que la última vez que usé estas escaleras, eran un poco más bajas.”

“¿Necesita un momento?” Preguntó Welch. “Ya se le está formando un gran nudo.”

Sacó un pañuelo del bolsillo de su abrigo y se secó la herida. Al menos no se encontraría con la señora Lewis con la sangre corriendo por su rostro.

“Estaré bien.”

Mientras guiaba a su criado hacia las cocinas, Kenneth se detuvo en seco.

Una mujer que llevaba un delantal sucio, encima de un vestido marrón, estaba parada junto a Freddie con una mano sosteniendo una cuerda de cáñamo, atada alrededor de su cuello, con tanta fuerza que el muchacho estaba de puntillas y con la barbilla levantada. Ella apuntaba con una daga a la vena palpitante de su cuello.

La calefacción de Kenneth corría por sus venas. No solo estaba tratando al muchacho peor que a un perro, sino que él tenía restos de sangre crujientes en la boca, una clara señal que ella lo había golpeado sin piedad.

“Lord Berwick, ¿supongo?” Preguntó, antes que Welch tuviera la oportunidad de hacer las presentaciones.

Calculando su siguiente movimiento, Kenneth dio un paso más hacia ella.

“Está en lo correcto.”

Freddie apenas hizo contacto visual, su rostro se contrajo en un gesto de vergüenza.

“Lo siento, milord...”

La señora Lewis tiró de la cuerda y prácticamente lo estranguló.

“¡Cállese la boca!” Espetó, su mirada llena de odio detuvo el avance de Kenneth. “Un paso más y lo mataré, lo haré...”

Él se detuvo, aunque no dio un paso atrás.

“¿Supongo que está aquí porque quiere algo?”

“¡Maldita sea! Quiero algo. ¡Quiero que me corresponda! Usted me robó a este chico.”

“No robé nada,” dijo Kenneth con frialdad, mirando la mano que sostenía la espalda sucia. “Simplemente, le ofrecí a Freddie una mejor posición.”

La daga presionó su cuello, aunque no sacó sangre.

“¡Pero es mío! Le enseñé todo lo que sabe.”

“¿Usted quiere decir que le enseñó el arte de los dedos ligeros?”

“Oiga bien, los ricos son todos iguales. Viven en casas lujosas con todas estas galas, y no se preocupan de las pobres almas, que tienen que trabajar para ganarse la vida.”

Kenneth permaneció quieto, mirando directamente a los ojos grises de la señora Lewis.

“Creo que estoy ocupándome de Freddie, dadas las circunstancias. De hecho, el señor Welch le está enseñando a leer. ¿No es así, Welch?”

“S-sí, señor,” tartamudeó el sirviente.

Kenneth se atrevió a dar un paso más.

“¡Quédese atrás o le atravesaré la garganta con este cuchillo a Freddie! También es agudo.

*Si la hoja estuviera afilada, el muchacho ya estaría sangrando.*

Listo para atacar, Kenneth apretó los puños, y se obligó a respirar profundamente.

“No, no creo que usted haga eso.”

La boca de la mujer se abrió.

“¿Eh?”

“Dos razones. En primer lugar, si usted mata a Freddie, estará muerto y, por lo tanto, su cadáver no valdrá nada para mí. En segundo lugar, si comete un asesinato, no me quedará más remedio que encerrarla en el sótano con los carbones, y llamar a un magistrado. Entonces, la ambición de mi vida será asegurarme que usted sea juzgada y ahorcada por su crimen.”

La señora Lewis enseñó sus dientes amarillos.

“¡Malditos cerdos!”

Kenneth resopló, el manto que flotaba en el aire era bastante desagradable.

“Está equivocada, en ese sentido, señora.” No quería poner la vida de Freddie en mayor peligro, pero no estaba dispuesto a ceder, y permitir que esta mujer entrara en su casa, y comenzara a hacer demandas.

Por el rabillo del ojo derecho, vio las campanas de las llamadas. Usando un truco, que había aprendido cuando era niño, y que podía bajar las escaleras de servicio sin golpear la cabeza, les dio con el pie, haciéndolos sonar. Cuando la atención de la mujer cambió, Kenneth se abalanzó sobre el cuchillo, dobló su muñeca para alejarla de la garganta de Freddie, y luego le retorció el brazo por la espalda, haciendo que la daga cayera al suelo.

“¡Me romperá el brazo!” Chilló la señora Lewis.

Freddie se apresuró a tomar el cuchillo y la encaró, con las manos temblorosas, mientras apuntaba con el arma.

“Yo debo...”

“¡Silencio!” Advirtió Kenneth, guiñándole un ojo al muchacho. La tenía en una bodega de la que nadie podía escapar, a menos que realmente quisieran un hueso roto.

“Saldrá de mi casa y nunca volverá. Si alguna vez, vuelve a ver a Freddie, dará media vuelta e irá en la dirección contraria. Si alguien en toda Inglaterra me dice que ha maltratado a un niño o muchacho, sin importar cuán joven o viejo sea, haré que la arresten. ¿Está claro?”

“Pero, yo...”

Kenneth torció el brazo de la señora Lewis hasta que ella gritó de dolor.

“¿Está claro, señora?” Preguntó con los dientes apretados.

“¡Usted es un bruto vil y sin corazón!”

“Creo que de nosotros dos, soy el único que tiene un corazón que late.” Él la empujó. “Ahora váyase, antes que cambie de opinión.”

La señora Lewis tropezó hacia adelante, pero cuando recuperó el control, miró a Freddie y

entrecerró los ojos. El muchacho levantó el cuchillo y se alejó con todo el cuerpo temblando.

“¡Váyase!” Gritó Kenneth, dando un paso amenazador hacia ella.

La mujer tuvo el descaro de coger una barra de pan del mostrador, antes de salir corriendo por la puerta.

Freddie arrojó el cuchillo sobre las vigas, parpadeando, con el rostro contorsionado, como si estuviera a punto de romper a llorar.

“Lo-lo siento, milord. Por favor, no me despida.”

Kenneth tomó al muchacho en sus brazos y lo estrujó contra su pecho.

“Lo dije antes y lo diré de nuevo. Su hogar está aquí ahora. Nunca le daré la espalda.”

“Me comió a mí...”

“Ella es vil. Casi desearía que hubiera intentado apuñalarme, porque entonces podría enviarla a prisión, donde pertenece.” Kenneth sostuvo a Freddie con los brazos extendidos y aflojó la soga de cáñamo. “No quiero volver a ver más nunca una cuerda alrededor de su cuello.”

“Lo han dejado en carne viva,” dijo Welch. “Iré a buscar un ungüento, donde la señora Fielding, inmediatamente.”

Kenneth vio una jarra de agua y le sirvió un vaso a Freddie, luego lo instó a sentarse a su lado, en una mesa de las cocinas.

“Ahora, cuénteme... ¿Cómo terminó usted en las garras de esa mujer?”

Sacudiendo la cabeza, Freddie miró fijamente su regazo.

“No debí haberlo hecho.”

“¿Qué?”

“Nunca debí mostrarle el dibujo a 'enry el Tuerto.”

“¿Quién es él?”

“Es un perro tortuoso, ese es él.”

“Ayúdame a entender...” Kenneth giró la mano, solicitando una explicación más detallada.

“Este tipo hace que las cosas buenas desaparezcan, tal como hablamos. Como Crocky, pero no es tan astuto. Cuando lo vi cerca de Covent Garden, le pregunté si sabía sobre el anillo.”

“¿Respondió?”

“Sí, pero él fue quien me ató la soga, alrededor del cuello, y luego me arrastró hasta la esquina de mamá. Dijo que yo tampoco tenía por qué pensar en hacer preguntas.”

“¿Usted cree que tuvo algo que ver con el anillo?”

Freddie sacudió la cabeza y tomó un sorbo de agua.

“Si lo hizo, usted ya no tiene ninguna posibilidad de encontrarlo ahora.”

Kenneth pasó su brazo sobre los hombros del muchacho y le dio un apretón. Las palabras de Freddie sonaron ciertas. Sin duda, el anillo ya adornaba el dedo de un nuevo propietario, que no tenía idea que el hombre, que había comprado inicialmente el zafiro, había perdido la vida.

*¿Alfred murió a causa del anillo? ¿Por el incidente en el Derby de Epsom? Quizás, de hecho, se estaba codeando con gente como Ward Crockford. ¿Fue Crocky el asesino? ¿Murió el dueño de Waiter's, a causa de un ungüento de su propio veneno?*

\*\*\*

Modesty acarició la pintura negra brillante con las puntas de sus guantes.

“No sabía que tenías un faetón.”

Kenneth le ofreció la mano.

“Por supuesto, vino con el vizcondado. Normalmente conduzco un carruaje sencillo.”

“Bueno, gracias por la invitación para pasear, hoy.” Ella le permitió llevarla al banco.

“Mamá está muy emocionada.”

Él se puso al lado de ella, y tomó las riendas.

“¿Solo tu madre?”

“Bueno, sé que solo me estás cortejando para aliviar cualquier daño a mi reputación.”

Condujo hacia el tráfico.

“¿Lo sabes?”

“Sí, y sé que mamá y Martin se confabularon para animarte a que hicieras una buena actuación.”

“Te lo dije, ¿cierto?” Preguntó, arqueando una ceja.

“No había necesidad.” Modesty se dio unas palmaditas en el sombrero. “Me llevará algún tiempo crecer el cabello,” dijo. Después de todo, todavía alguien podría relacionarla con el jockey que sufrió el accidente, en la primera carrera, en Primrose Hill.

“Supongo que sí. Pero pronto regresarás a Escocia, ¿no es así?”

“¡Gracias al Cielo! Siempre pasamos el verano en el castillo Stack. Allá arriba, a nadie le importa un carajo mi pelo.”

“¿No organiza tu madre muchas fiestas en casa?”

Modesty miró la boca de Kenneth por el rabillo del ojo. Parecía muy fuerte y confiado al volante del coche. Si realmente se casara con alguien, él sería el tipo de hombre con el que podría estar contenta.

“Lo ha hecho en el pasado, para mis hermanas. Sin embargo, creo que la he convencido que no tengo interés en ningún tipo de fiesta.”

“¡Qué pena!” Dijo, golpeando con su látigo para doblar la esquina.

*¿Él está del lado de mamá y Martin?*

“¿Por qué dices eso?”

“Bueno, eres una bailarina bastante consumada.”

“Alhelí es más apropiado.” Modesty resopló.

“Y tú eres una conversadora muy hábil.”

“¡Ja! Incluso si no hablara con acento escocés, la mayoría de los caballeros me mirarían el pelo, y darían media vuelta, sin pronunciar una sola palabra.”

“Entonces, no te merecen.”

Esta vez, Modesty no ocultó su mirada, mientras examinaba al hombre a su lado. A menudo decía las cosas más asombrosas, aquellas que convertían sus entrañas en nubes levitantes, y la hacían sentir ingrátida. ¿Cómo podía hacerla sentir tan efervescente por dentro, cuando lo único que él deseaba era regresar al norte de Inglaterra y entretenerse con sus abejas y ovejas?

Kenneth condujo hábilmente el carruaje, alrededor de un carro cargado de barriles y tirado por dos bueyes.

“Por la forma en que manejas este coche, no pareces un conductor de carruaje rural.”

“No recuerdo haber dicho que no había conducido este faetón. Simplemente, antes no era su dueño.”

“Ya veo,” dijo cruzando las manos sobre su bolso, mientras Kenneth maniobraba en una esquina, haciéndola deslizarse hasta que su cadera la detuvo. Mirando hacia abajo, vio que la muselina amarilla de su vestido de día contrastaba con los pantalones negros de él. “Disculpa.”

Bajó la mano para alejarse y logró colocar la palma sobre el muslo de Kenneth. ¡Qué gloria! Sus músculos eran tan sólidos como el hierro. Él gruñó, cuando ella clavó sus dedos, un poquito.

“¡Och! No quise lastimarte.”

Él le lanzó una mirada astuta por el rabillo del ojo.

“No lo hiciste.”

“¿Entonces por qué el gruñido? Juro que tu pierna es tan sólida como el cuero de mi silla. No me sorprendería que fueras inmune al golpe de la fusta de un jockey.”

El comentario de Modesty no solo atrajo una mirada, sino que él sonrió y la miró, como si ella acabara de hacerle el mejor cumplido que jamás había recibido.

“Intentaré tener más cuidado al tomar las curvas para que no acabes en mi regazo.”

“¿Oh?” Miró hacia abajo y los recuerdos la hicieron sonreír. “Tu regazo no es un lugar en el que no haya estado antes.”

“Pero, no en público.”

“Sí, bueno, supongo que la primera vez no cuenta.”

“¿Primera vez?” Preguntó cuando entraron en Hyde Park.

Siendo esta la hora del día en la que los miembros de la alta sociedad acudían al parque para ser vistos, las cabezas se dirigían hacia ellos. Las mujeres miraban boquiabiertas, y luego chismorreaban detrás de sus seguidoras. A Modesty no le importaba esto.

“Cuando Crocky se cayó por la ventana. Por mi vida no puedo recordar cómo llegué allí, pero terminé en tu regazo.”

“Supongo que sí.” Kenneth se quitó el sombrero, ante un par de peatones. “Me preguntaba cómo ocupas tu tiempo, cuando no estás montando a caballo.”

“¿Cómo lleno mi tiempo o cómo prefiero ocupar mi tiempo?”

“Ambos.”

“Como sabes, estoy oficialmente fuera, lo que significa que mi madre está en gran medida a cargo de mi calendario social. Ella insiste en que vaya a todos los bailes, veladas, almuerzos, óperas, teatros, Vauxhall, compras, pruebas de vestidos...” Modesty respiró profundamente. “¿Continúo?”

Él le pellizcó uno de los rizos, que Randolph había peinado cuidadosamente para enmarcar su rostro.

“Creo que últimamente has tenido un pequeño respiro.”

“Se me permitió ocuparme de mis arrepentimientos, mientras me curaba, pero ya no.” Modesty le dirigió una mirada burlona. “¿No es por eso que salimos a montar hoy? ¿Porque mamá quiere que todos nos vean juntos, y supongan que me estás cortejando?”

“Eso puede ser un subproducto de nuestro pequeño paseo por el parque, pero te aseguro que este paseo fue únicamente idea mía.”

“Pero cortejarme no... Y tampoco lo niego.”

“Tal vez la duquesa viuda y Su Gracia me torcieron el brazo, pero...”

A Modesty no le importaba escuchar ningún cuento fantástico, en ese momento, sin embargo, había algo que le revolvía las entrañas desde que Charity y ella fueron las invitadas de Kenneth al almuerzo.

“Dime una cosa y lo dejaré así.”

“Muy bien, ¿qué quieres saber?”

“Ya que no querías cortejarme en primer lugar, ¿por qué siempre terminamos besándonos?”

Él detuvo a los caballos.

“Supongo que lo sabrías, si intentara ocultar la verdad.”

“Por favor dime la verdad. ¡Estoy en un conflicto!”

Después de soltar un enorme suspiro, la miró con expresión muy seria.

“Me avergüenza admitirlo, pero no puedo evitarlo.”

“¿Tú también?” Preguntó, mordiéndose el labio inferior. Quizás no sonó tan alegre.

Kenneth golpeó ligeramente las riendas.

“Supongo que es por eso que las jóvenes necesitan acompañantes.”

“Sí.” Modesty retorció los hilos de su bolso alrededor de su dedo. ¿Él no pudo evitar besarla, al igual que ella no pudo resistirse a besarlo? ¡Santo Moisés! Si esto no fuera una calamidad desastrosa para un hombre, que no estaba listo para casarse, y una mujer que quería seguir siendo solterona.

“Entonces,” dijo ella, cambiando de tema. “¿Has descubierto algo nuevo en la investigación?”

“Nada de utilidad.”

“¿Qué pasa con el detective del que me hablaste?”

“Bueno, puede que se esté gestando algo allí. Justo antes de salir de mi casa recibí una carta, pidiéndome que pasara por sus oficinas.”

“Entonces, ¿por qué diablos estamos deambulando por Hyde Park?” Modesty se acercó y tiró de las riendas, haciendo que los caballos regresaran hacia la ciudad. “¡Tenemos que visitar a un detective!”

## Capítulo veintidós

“Una vez que entremos, yo hablaré,” dijo Kenneth, bajando a Modesty del asiento alto de su faetón.

El dobladillo de su falda se enganchó en el escalón de hierro, dejando al descubierto un tobillo delgado y femenino, pero para consternación de Kenneth, ella rápidamente lo bajó, como si hubiera practicado la maniobra cientos de veces.

“¿Por qué debo guardar silencio? ¿Aún no confías en mí?”

Él suspiró. Después de todo, esta era la testaruda muchacha escocesa, que había llegado a adorar, no la recatada rosa que quería llegar a amar.

“La confianza no tiene nada que ver con eso. Soy el hombre que contrató al señor McGrath para que llevara a cabo una investigación, en mi nombre. Es natural para mí hacerme cargo de cualquier conversación que pueda surgir.”

Ella sacudió la cabeza, como si su petición no le sentara bien.

“Muy bien, si insistes.”

Juntos entraron, haciendo sonar la campana encima de la puerta.

Kenneth miró primero el sofá, algo sorprendido de no ver al hombre tirado encima de él. Mientras se levantaba, el señor McGrath se aclaró la garganta detrás de su escritorio.

“Veo que recibió mi misiva, milord.”

“En efecto.” Kenneth hizo las presentaciones, algo complacido que el detective estuviera peinado y se hubiera puesto una camisa planchada. Incluso su corbata estaba bastante anudada.

“La carta dice que tiene noticias.”

El tipo miró a Modesty.

“¿Cree que quiere escuchar con una dama presente?”

“Ella...”

Modesty habló más alto de lo habitual: “le aseguro, señor, que no soy una violeta encogida, como mis contemporáneas.”

Kenneth la miró fijamente, antes de controlar su expresión, y asentir al investigador.

“Por favor, continúe.”

El señor McGrath volvió a sentarse, y señaló las dos sillas que no coincidían frente a su escritorio.

“Veamos,” dijo, rebuscando entre trozos de papel.

Kenneth sostuvo una silla para milady, y luego tomó la silla más pequeña y de respaldo recto, que se parecía a la que su institutriz había usado para castigarlo, cuando era niño.

“¡Ah, sí! Parece que Evelyn Applewhite usó un alias. Su verdadero nombre es Mary Cole. Déjeme decirle que no fue fácil de encontrarla. Parece que prefiere llamarse Applewhite.”

“¿Dónde descubrió su verdadera identidad?” Preguntó Modesty.

El señor McGrath levantó la vista con el ceño fruncido.

“Nunca revelo las herramientas de mi oficio, de lo contrario me quedaría sin mi negocio.”

“Buen trabajo, descubriendo su nombre, pero, ¿y ella? ¿Dónde está ella?” Preguntó Kenneth.

“Bueno, esa es la pregunta del momento, ¿no?” McGrath levantó una nota entre un montón desorganizado de papeles. “Aquí lo tiene. Su madre era Agnes Toombs... El registro muestra que

fue arrestada y murió en Newgate de...” Miró a Modesty y frunció el ceño.

“Continúe, por favor.” Ella hizo rodar su mano por el aire.

“Viruela.”

“¡Oh!” Ella se llevó una mano al pecho y tosió.

“Parece que Mary tenía catorce años en ese momento, y fue puesta bajo la custodia de su padre.” El detective encontró otra hoja de papel al otro lado de su escritorio. “Aquí está, Josiah Cole. Era marinero de la Royal Navy.”

“¿Era?” Preguntó Kenneth. “¿Está muerto?”

“Bien podría estarlo. Fue herido en la batalla de Trafalgar y enviado a Bethlem.”

“¿El manicomio?” Preguntó Modesty.

“Ese mismo. Casi todo el mundo lo llama Bedlam.” El señor McGrath dio la vuelta al periódico. “Hace un par de años, el señor Cole fue trasladado a Haslar, el nuevo asilo que construyeron para lunáticos navales.”

“¿Qué le pasa a él?” Insistió Kenneth.

“¡Está loco! ... Esto es seguro. ¿Usted está consciente que muchos hombres de la marina se vuelven locos por todos los disparos de los cañones?”

Aunque ella se movió en la silla, el respaldo recto le resultó molesto, y Kenneth se le adelantó.

“¿Tiene algo más sobre Evelyn...? ¿O Mary? ¿Dónde vive ahora? ¿Ha sido condenada alguna vez por un delito?”

“Lo único que sé es que nadie en Londres la ha visto desde que abandonó la ciudad, después que Ward Crockford cayera por la ventana de Waiter’s. Pero eso también se aplica a varias de sus otras prostitutas. En cuanto a antecedentes penales, no se encontró ninguno.”

“¿Para Evelyn Applewhite o Mary Cole?” Preguntó Kenneth.

“Para ninguna.”

Kenneth no se sorprendió al escuchar que la amante de Alfred se había mantenido limpia.

*Pero alguien debe conocer su paradero.*

“¿Usted me dice que ha desaparecido sin dejar rastro?”

“Parece que así es.”

“¿Con quién se quedó, cuando su padre estaba en el mar?” Preguntó Modesty.

“Siempre puedo hacer averiguaciones, en los internados de la ciudad, aunque, dado el salario de un marinero, es más probable que una muchacha de catorce años se haya quedado sola.”

Todavía incómodo, Kenneth se puso de pie y empezó a pasear.

“¿Usted puede averiguarlo? ¿Y su madre? ¿Cuál fue el motivo de su encarcelamiento? ¿Deudas? ¿Prostitución? ¿Qué?”

“Haré algunas averiguaciones, pero mis honorarios...”

“Se le compensará de manera justa.” Kenneth examinó la colección de notas esparcidas al azar sobre el escritorio. “¿Usted cree que la señorita Cole todavía está en Londres?”

El señor McGrath amontonó los trozos de papel.

“No lo creo. Usted verá... El día después que Crocky murió, el carruaje de correo, que se dirigía a Basingstoke, se fue con cinco pasajeros... todas ellas, damas, y ninguna de ellas anotó su nombre en el manifiesto.”

“¿Por qué no?” Preguntó Modesty.

“Porque cada una firmó con una X.”

Kenneth tomó la hoja de papel superior, pero la letra del hombre era tan legible, como el

garabato de un niño pequeño.

“¿Le siguió el rastro?”

“¿A Basingstoke?” El señor McGrath resopló ruidosamente. “¿Leyó mis condiciones, milord? No acepto tareas que estén a más de una hora de viaje fuera de la ciudad. Además, ¿quién sabe adónde habrían viajado desde allí?”

Modesty se aclaró la garganta.

“¿Dónde está Haslar?”

“Tengo entendido que está cerca de la base naval más grande de Gran Bretaña,” respondió el señor McGrath.

“Portsmouth.” Kenneth miró de una pared sucia a la otra. “¿Tiene un mapa de Inglaterra?”

“Ciertamente.” Detrás de él, el investigador sacó mapa tras mapa, los desenrolló y frunció el ceño hasta que finalmente dijo: “¡ajá!”

Kenneth intercambió ojos en blanco con Modesty. Si el señor McGrath hubiera sido un poco organizado, debería haber podido ir directamente allí. El tipo podría ser capaz de encontrar personas, pero obviamente no cumplía con sus deberes, detrás de su escritorio.

Los tres se inclinaron sobre el mapa, pero Kenneth fue quien vio una pista al otro lado del puerto desde Portsmouth. Plantó la yema del dedo en la península de Gosport.

“Apuesto a que el asilo está aquí, cerca del malecón de Haslar.”

\*\*\*

“¿Crees que el señor Cole estará lo suficientemente bien como para hablar contigo?”

“¿Cómo lo sabré, a menos que lo intente?” Lleno de inquietud, Kenneth caminaba por el salón del duque de Dunscahy, mientras la duquesa viuda se sentaba cerca del ventanal, fingiendo estar obsesionada con su bordado, pero sin duda escuchando cada palabra que decían.

“¿Cuándo crees que irás?” Preguntó Modesty, fingiendo coser, aunque su aguja ni siquiera estaba enhebrada.

“No hay necesidad de esperar. Iré mañana.”

“Pero el baile de máscaras de Lady Northampton es al día siguiente,” dijo Su Gracia. “Mi querido Berwick, no hay ninguna posibilidad que regreses a tiempo de Portsmouth. Y es el último acontecimiento trascendental de la temporada.”

Modesty agarró el bastidor de bordar que tenía en el regazo.

“Su Señoría no se dará cuenta si Lord Berwick no está allí, del mismo modo que no se dará cuenta, si yo tampoco voy.”

La madre tarareaba, y lo hacía, cuando no estaba del todo convencida de algo.

“Pero pensé que sería una buena oportunidad para presentar tu nuevo peinado a la alta sociedad.”

“He decidido esperar hasta el año que viene para volver a dar la cara. Después de todo, el baile de máscaras de Lady Northampton marca el final de la temporada. Y esto garantizará que no haya posibilidad de crear un escándalo porque para entonces mi cabello será lo suficientemente largo.”

“Pensé que esta iba a ser tu única temporada,” dijo Kenneth.

Los ojos de la viuda se agrandaron, mientras bajaba la aguja y el hilo.

“Mi buen lord, ¿le has propuesto matrimonio?”

Modesty se puso de pie de un salto, agitando las palmas.

“No, mamá. ¿Por qué todo tiene que ver con el matrimonio?”

“Porque es por eso que nos tomamos todos los gastos y molestias para darte aires para la

temporada de Londres. Deberías poder recitar las razones, mientras duermes, cariño.”

“Sí, pero no quiero casarme. Quiero entrenar caballos de carreras.”

“Estoy consciente de eso,” Su Gracia cruzó las manos sobre su regazo con tanta serenidad, como si una mariposa se hubiera posado en su hombro. “Por eso Berwick es una buena opción para ti.”

“¿Le ruego que me disculpes?” Ambos lo soltaron a la vez.

Kenneth sacudió la cabeza y miró severamente a la viuda, mientras Modesty lo observaba boquiabierta. Nunca en su vida se había sentido tan expuesto. Si tan solo pudiera preguntarle a Su Gracia exactamente, qué estaba tramando, y reiterar que esta farsa de cortejo era una invención de ella, pero hacerlo heriría los sentimientos de su hija, y no se aventuraría tan lejos.

“¡Mamá!” Modesty abrió los brazos. “¿A qué te refieres?”

“Bueno, Kiedler Equine, por supuesto.”

Los labios de Modesty se abrieron con un grito ahogado.

“¿En Northumberland?” Susurró, como si de repente se diera cuenta que el sueño ecuestre de Alfred ahora pertenecía a Kenneth.

Ese rostro ardía, mientras su mirada oscilaba entre las dos mujeres. ¿Podrían las cosas volverse más incómodas? Aún no había decidido si iba a conservar la propiedad en el vizcondado. Kiedler había sido un placer para Alfred porque el hermano mayor era el entusiasta de las carreras de la familia. Y había convertido la finca en un renombrado y respetado centro de entrenamiento de caballos. Completamente sin palabras, la mente de Kenneth zumbaba. Era posible que Su Gracia lo hubiera inducido a pensar que estaba fingiendo cortejar a su hija, pero la mujer obviamente había estado conspirando todo el tiempo.

“¿Qué está sucediendo?” Preguntó Modesty, acercándose poco a poco a la puerta. “Mamá, ¿has estado entrometiéndote?”

La duquesa viuda parecía tan tranquila, como su retrato colgado sobre la repisa de la chimenea.

“Claro que lo hice. Es mi deber entrometerme para asegurarme que hagan una buena unión.”

Modesty agitó su dedo debajo de la nariz de Kenneth.

“¡Y tú! ¿Has estado involucrado en esto todo el tiempo?”

“No... Bueno, no es lo que piensas,” respondió, repentinamente lleno del deseo de arrodillarse y suplicarle perdón.

“¿Oh? ¿Entonces, qué es? ¿Se supone que debo enamorarme de ti? ¿O es al revés?” La comprensión cruzó por el rostro de Modesty, mientras lucía aturdida y miraba a su madre. “¿Cómo pudiste? ¿Soy tan horrible que no puedo encantar al caballero adecuado?” Giró sobre sus talones y corrió hacia las puertas del salón. “Olvídate de la mascarada porque no voy a poner un pie dentro de Carlton House. ¡Y tú, Berwick, no vuelvas a hablarme nunca más!”

“¡Modesty!” Gritó Kenneth, mientras la seguía por el pasillo, pero ella ya se había ido, subiendo corriendo las escaleras, dirigiéndose a las habitaciones, donde él no debía entrar.

“No importa la ira temporal de mi hija.” La viuda se acercó a él. “Ella piensa que hemos arruinado los planes que había trazado para su vida.”

“¿No es así?”

“Absolutamente no. Ella es ingenua. Solo una joven tonta desearía ser solterona, y pasar sus días entre una plétora de caballos malolientes.”

Kenneth consideró que los sueños de Modesty no eran extraños en lo más mínimo. Después de todo, él pasaba la mayor parte de su tiempo con las ovejas. Y con las abejas en menor medida.

“Ve a Portsmouth y encuentra al tipo con quien quieres hablar. Apuesto a que cuando regreses, Modesty habrá olvidado que esta conversación tuvo lugar.” Su Gracia flotó de regreso al salón. “Y supongo que no es una idea horrible perderse el baile de máscaras. Después de todo, mucha gente se olvida de sí misma, cuando usa una máscara.”

## Capítulo veintitrés

Modesty se sentó en el alféizar de la ventana y observó el tráfico, mientras Randolph revoloteaba por el dormitorio, empacando sus cosas.

“No entiendo por qué Su Gracia está tan ansiosa por partir hacia Escocia. ¿No tenía previsto asistir al baile de máscaras de Lady Northampton?”

“Le dije que no iría,” gimió Modesty, pensando en la imagen del rostro de Kenneth, cuando ella se dio cuenta que él se había confabulado con su madre. Aunque ella lo sospechaba todo el tiempo, le dolió que él lo admitiera. “Dudo que vuelva a aparecer en otro evento social de Londres, en todos mis días.”

“Oh, no puede ser tan malo como todo eso.” Randolph estaba doblando la ropa.

“Debe creerme, cuando su propia madre conspira contra usted, es muy malo y absolutamente desconcertante.”

“¿Pero qué hará? Ya sabe que la viuda insistirá en que vuelva el año que viene.”

Modesty colocó un cojín bordado sobre su regazo y lo abrazó.

“Tengo todo el verano y el otoño para convencerla de lo contrario, ¿no?”

Ya había decidido contar con la ayuda de su cuñada Julia. La esposa de Martin era muy trabajadora y progresista. Si alguien de la familia pudiera ayudarla a lograr sus sueños, sería la duquesa. ¡Maldita sea! Debió haber hablado con Julia, antes que Marty y ella se fueran al castillo Stack.

Abajo, un joven vestido con librea cruzó la calle corriendo, directo a la puerta de la casa de la ciudad. El reconocimiento le hizo cosquillas, en la nuca, mientras se inclinaba hacia adelante para verlo mejor, desde la ventana.

“¿Freddie?” Murmuró, mientras su doncella seguía haciendo las maletas.

*¿Le ha pasado algo a Berwick? Pero debió haber partido ayer hacia Portsmouth.*

Modesty se puso las zapatillas y salió por la puerta.

“¿Va a tomar un poco de aire, milady?” Preguntó Randolph, tendiéndole un sombrero. “Querrá esto.”

Aunque Modesty no estaba segura de si podría aventurarse afuera o no, tomó el sombrero.

“Gracias.”

Mientras caminaba de puntillas hacia la barandilla, la voz ansiosa y alarmada de un muchacho resonó desde la entrada de mármol. Ella aceleró el paso, y bajó corriendo dos tramos de las escaleras.

“Freddie, ¿algo anda mal con Lord Berwick?”

Giles se apartó de la puerta, mientras el muchacho pasaba junto a él, y se acercaba directamente a ella.

“No sabía a dónde más ir, milady. Un hombre llamado McGrath vino a la casa y dijo: ‘Su Señoría podría estar en grave peligro, si va a Portsmouth’, pero yo le dije que ya era demasiado tarde porque milord se fue ayer por la mañana.”

Modesty agarró al muchacho por los hombros.

“¿Por qué el señor McGrath cree que Berwick está en peligro?”

“Por culpa de la mamá.”

“¿La madre de Mary Cole? ¿Agnes Toombs?”

Freddie asintió con la cabeza.

“Esa es ella. Fue a prisión por fabricar veneno y venderlo a asesinos.”

La sangre de Modesty se heló.

“Acónito,” susurró, inquietantemente.

“¿Dijo acónito?” Preguntó Giles. “¿Qué sabe de eso, milady?”

“Sí, lo sé. Es con eso... El señor Ruthford MacDougall, de la botica, pensó que el ex vizconde podría haber sido envenenado... y también Crocky.”

“¿Pero no murieron por causas naturales?” Insistió Giles.

“Eso es lo que Kenneth está tratando de descubrir.” Modesty se puso el sombrero, se ató un lazo debajo de la barbilla y miró al muchacho. “¿Usted puede montar un caballo?”

El mayordomo se interpuso entre ellos.

“¿Le ruego que me disculpe?”

“Sí, creo que puedo,” replicó Freddie.

“¡No puede estar pensando en viajar hasta Portsmouth!” Exclamó Giles.

Al tomar su decisión, Modesty cuadró los hombros. No había sido criada en la casa de un duque para darle la espalda al más mínimo peligro.

“Eso es exactamente lo que voy a hacer.”

“No puedo permitirte salir de casa con un lacayo. Su Gracia seguramente me quitará el pellejo.”

“No, ella tendrá el mío.” Modesty agarró a Freddie del brazo. “Venga conmigo.”

“Le prohíbo dar un paso más,” expresó Giles, tratando de sonar, como si tuviera alguna autoridad.

“¡Y le prohíbo a usted que me detenga!” Señaló con el dedo las escaleras. “Voy a ir, lo apruebe o no. Y si quiere ayudar en algo, dígle a Randolph que necesito ropa de montar adecuada, y una cartera, que pueda colocar en la parte trasera de mi silla.”

Giles agitó los brazos.

“¡Pero usted quedará arruinada, milady!”

Mientras Modesty empujaba a Freddie hacia el pasillo, le sonrió a Giles por encima del hombro.

“¿No sería eso una pena? Aún así, traeré a este pequeño lacayo como acompañante. Cuando mamá regrese de jugar al whist con las viudas rebeldes, por favor, hágale saber a dónde he ido. No debería tardar más de uno o tres días. Ahora vaya, y dígle a Randolph que lleve mis cosas a las caballerizas.”

“¡Modesty Alice MacGalloway!” Gritó Giles, pero ella ya estaba en la mitad de la casa, y se dirigía a las caballerizas. Si Kenneth estaba en peligro, haría falta una bala de plomo de un mosquete para detenerla, y estaba segura que el mayordomo de la familia no llegaría tan lejos.

“¿Su madre está con una multitud de viudas nómadas?” Preguntó Freddie, mientras entraban al patio.

“*Rebeldes*... Y es un apodo que inventé para su reunión de amigas. Alégrese que ella no esté aquí en este momento, de lo contrario, sería necesario un milagro del Cielo para ensillar los caballos y viajar hacia el sur.”

\*\*\*

Kenneth pensó que conducir su ligero carruaje de dos ruedas hasta Portsmouth era una buena idea. Así podría guardar un pequeño baúl con sus objetos, en la parte trasera, y estar más cómodo, durante un viaje largo, en vez de usar una silla de montar. Además, si encontraba un

poco de clima, podría cubrirse, y permanecer razonablemente seco. Sin embargo, él se equivocó.

Después de conducir por Milford, se le soltó una rueda, y no había ni un herrero, ni un granjero en millas, a la redonda. Terminó montando su caballo de regreso a Milford para ir a una herrería. Cuando arreglaron la rueda, no le quedó más remedio que alquilar una habitación, en la única posada de la ciudad, donde estaba seguro de compartir cama con todo tipo de alimañas. Kenneth estaba acostumbrado a entornos agrícolas y pajares llenos de insectos, pero el colchón de paja, sobre el que intentaba dormir, debía tener cincuenta años y tenía colonias crecientes de plagas móviles, desde mosquitos hasta jejenes, escarabajos, y quién sabe qué más.

Mientras continuaba su camino, Kenneth se retorció, rascándose las innumerables ronchas y mordeduras, que había sufrido. Gracias a las estrellas, Lady Modesty no había ideado una manera de acompañarlo. Se habría sentido mortificado, si ella se hubiera visto obligada a soportar alojamientos tan chapuceros.

Antes de llegar a Portsmouth, tomó la carretera occidental, y luego continuó hacia el sur hasta Gosport, donde se encontraba Haslar Beach. No fue difícil encontrar el asilo Haslar. Era un edificio nuevo y enorme de ladrillos, en dirección al agua. Tampoco fue sorprendente descubrir que el hospital estaba atendido por monjas.

“¿Puedo ayudarle, señor?” Preguntó una hermana con velo, sentada en el vestíbulo, frente a un escritorio de aspecto bastante sencillo.

Kenneth le dio su tarjeta.

“Tengo entendido que tiene un paciente llamado Josiah Cole, aquí.”

Miró la tarjeta y la dejó a un lado, sonriendo.

“Eso es correcto, Lord Berwick.”

“¿Podría conseguir una audiencia con él? Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre su hija.”

“Ciertamente, puede ver al señor Cole, pero me temo que él no podrá responder a sus preguntas.”

“¿Oh? ¿Por qué?”

“Esa pobre alma no ha hablado desde la batalla de Trafalgar.”

Kenneth se frotó la nuca.

“Lo veo.”

“Pero sería muy generoso de su parte visitarlo. Aquí muy pocos pacientes reciben visitas.”

“¿El señor Cole alguna vez recibe visitas?”

“No a menudo.”

“Pero, sí lo visitan... ¿Quizás su hija?” Kenneth juntó las manos. “¿Usted la conoce?”

“No precisamente. Ella solo ha venido unas pocas veces.” La monja se levantó, mientras las llaves que colgaban de su cinturón tintineaban. “Venga conmigo y lo llevaré a la habitación del señor Cole. ¿Usted tiene un libro?”

“¿Libro?”

“Él parece disfrutar cuando le leemos.” Cogió un volumen de un estante detrás de ella. “Esto podría ser suficiente.”

Él aceptó el libro y miró el lomo, aliviado que ella no le hubiera dado una novela.

La monja abrió el camino, escaleras arriba, y estas parecían estériles y abandonadas. Ella lo condujo a una habitación con cuatro camas, donde los hombres estaban silenciosos y cadavéricos.

“Señor Cole,” le dijo al hombre más cercano a la puerta. Tenía una tira de gasa, atada alrededor de los ojos. “Lord Berwick ha venido a verlo.”

“Hola, señor,” manifestó Kenneth con bastante rigidez.

La única señal que el señor Cole lo había oído fue una ligera inclinación de su cabeza.

“Venga y tome asiento.” La hermana señaló una silla. “Él no muerde.”

Kenneth hizo lo que le pidió y abrió el libro.

“Me han dicho que le gusta que la gente le lea.”

Un poco de saliva se escapó de la comisura de la boca del viejo marinero.

“Vengo de Londres. Al menos vine de allí... Pero, en realidad soy del norte de Inglaterra. Me dedico un poco a la agricultura y a todo eso...”

La saliva cayó hasta la barbilla bien afeitada del hombre.

Incapaz de tolerar esto, Kenneth encontró un paño y le secó la baba.

“Ahí tiene. Apuesto a que es exasperante no poder limpiarse la boca.” Esperó una respuesta, pero cuando no la hubo, continuó: “mi hermano es... era Alfred Davenport, vizconde de Berwick. ¿Está familiarizado con su nombre?”

Nada... No hubo respuesta.

“Pensé que no,” murmuró Kenneth, preguntándose por qué diablos estaba en un manicomio, tratando de mantener una conversación con un hombre que se había vuelto loco. “¿Qué tal un poco de Byron?”

“*Ella camina en la belleza...*” Kenneth miró hacia arriba. ¿Cómo podría el señor Cole distinguir entre poesía y cualquier otra cosa?

“Bueno, parece que mi hermano conocía a su hija. Evelyn Applewhite.”

Nada... No hubo respuesta.

“Eso no es del todo correcto. Como hija suya, la nombró Mary Cole.”

Los dedos del hombre se movieron al igual que sus labios.

“La conoce, ¿no? ¿A Mary?”

Los espasmos cesaron, y Kenneth se inclinó cerca de la oreja del señor Cole.

“Estoy buscando a su hija, Mary. El nombre de su madre era Agnes Toombs.”

La saliva corrió por ambos lados de la boca del viejo marinero. Puede que no pudiera hablar, pero estaba claro que tenía poca estima por Agnes.

Sin estar seguro de si su visita al asilo había resultado útil o no, volvió su atención al libro, y leyó la poesía de Byron hasta que la monja regresó.

“Lo siento, pero es hora que los pacientes cenén.”

“Por supuesto.”

“¿Encontró lo que buscaba?” Preguntó ella, llevándolo de regreso al pasillo.

“Lamentablemente, no. Me temo que he venido desde Londres en vano.”

“Bueno, si eso puede ayudar, verifiqué en los registros la dirección de su hija. Teniendo en cuenta su rango de vizconde, creo que eso lo convierte en una especie de funcionario.” Ella le entregó una hoja de papel. “La señorita Cole se mudó recientemente a Portsmouth, al otro lado del puerto.”

*Quizás ser vizconde tenga sus beneficios, después de todo.*

## Capítulo veinticuatro

No habían salido de Londres, cuando Modesty se dio cuenta que Freddie era tan hábil montando a caballo como ella para atraer pretendientes. Cuando se vieron retenidos, debido a la congestión en el Puente de Londres, conectó una cuerda al caballo castrado del muchacho.

Llevarlo junto a su yegua resultó ser mucho más rápido, que esperar a que Freddie descubriera cómo controlar un caballo, y Modesty no iba a verse obstaculizada para llegar a Portsmouth o Gosport, donde debería estar ubicado el hospital.

Cabalaron hasta el anochecer, y se alojaron en una posada al borde del camino. Después de un segundo día de duro viaje, eran las nueve de la noche, cuando encontraron el asilo, momento en el que les dijeron que el horario de visitas había terminado, hacía bastante tiempo.

“Pero no queremos ver a nadie,” explicó Modesty rápidamente. “Lord Berwick debería haber estado aquí antes, buscando al señor Cole.”

Había suficiente sorpresa en la expresión de la monja, como para que Modesty se diera cuenta que efectivamente Kenneth había hecho una visita.

“No es nuestra política divulgar...”

“¿Le importa si su política hace que maten a un hombre?”

“¿Le ruego que me disculpe? Es tarde y...”

“Ella es una lady.” Freddie dio un paso adelante. “La hermana de un duque, así que será mejor que la escuche.”

Modesty se llevó las manos al corazón, decidida a continuar.

“Lord Berwick vino aquí porque está investigando el asesinato de su hermano, quien evidentemente estaba cortejando a la hija del señor Cole, Mary Cole, quien también usa el nombre Evelyn Applewhite.”

Freddy extendió los brazos.

“Y el detective que descubrió el verdadero nombre de Evelyn vino a la casa de Su Señoría, y dijo que estaba asesinando gente con acónito.”

Modesty miró al muchacho, sabiendo que se había desviado un poquito de la verdad. Hasta donde ellos sabían, Evelyn no había asesinado a nadie, pero su madre había hecho de eso una profesión.

“Usted verá,” Modesty instó al joven a ponerse detrás de ella. Esto era demasiado importante para decirle verdades a medias a una mujer del clero. “La vida de Lord Berwick corre grave peligro. ¡Debemos encontrarlo inmediatamente!”

La hermana apretó los labios, y miró por encima del hombro.

“Las direcciones de las familias de los pacientes son confidenciales.”

“Pero usted le dio la dirección de Mary Cole a Su Señoría, ¿no es así?” Insistió Modesty. “Por favor, no me haga viajar de regreso a Londres para buscar a mi hermano. Eso sí, el duque de Dunsaby es el séptimo en la línea de sucesión al trono, y también el par más poderoso de Escocia. Además, si Lord Berwick muere a causa de su negligencia, yo...”

La monja levantó las manos.

“Muy bien. Pero debo advertirle que no moleste a la señorita Cole. Supongo que vive en paz y preferiría que la dejaran en soledad.”

“Si realmente es así, estaré encantada de dejarla en paz.” Modesty se llevó una mano a la

frente.

*Ruego que no lleguemos demasiado tarde.*

“Bueno,” dijo la monja, guiándolos al interior. “Es tarde para tomar el ferry... El puerto ya está cerrado.”

“¿Lord Berwick usó el ferry?”

La mujer hojeó un diario, se detuvo a un cuarto de su contenido y agarró una hoja de papel. “No tengo idea de a dónde fue el vizconde, después de salir del hospital.” Ella levantó un dedo. “Aunque conducía un carruaje. El ferry es demasiado pequeño para cualquier tipo de transporte. Es solo para pasajeros a pie o a caballo, por lo que debe haberle dado la vuelta al puerto.”

Modesty miró a su joven acompañante.

“Entonces, no tenemos tiempo que perder.”

“No es seguro subir por Gosport Road, después del anochecer,” dijo la monja. “Si quiere mi consejo, se quedará aquí, y tomará el primer ferry, que llegue por la mañana. Para ser sincera, el viaje hasta la costa es tan largo, que no llegará más rápido, a la puerta de la señorita Cole.”

Modesty miró por la ventana, y vio una magnífica puesta de sol, en tonos naranja y fucsia. Puede que fuera atrevida, pero no tonta. Además, ¿qué bien podría hacer si ella y Freddie fueran atacados por bandoleros, y dados por muertos?

“Dijo que Berwick vino de visita, esta misma tarde, ¿no?”

“Eso es correcto. Durante el horario de visita adecuado, eso sí.”

*Entonces lo más probable es que esté llegando a Portsmouth, en este momento, demasiado tarde para una visita social.*

Modesty tomó una decisión, y se frotó las manos.

“Digo, dama, si le prometiera una donación considerable al hospital por parte del duque de Dunscahy, ¿podría considerar encontrarnos dos camas para pasar la noche?”

\*\*\*

Por segunda vez, en este viaje, Kenneth se arrepintió de haber conducido el maldito carruaje desde Londres. Esta vez no fue problema del aparejo, pero su caballo se quedó cojo. Afortunadamente, había visto una cabaña de un granjero, a unos cientos de pasos de la carretera, donde pudo comprar un caballo nuevo y llevar al viejo a pastar para que descansara. No culpó al caballo castrado. ¡Demonios! Si Kenneth tuviera que vivir en un pequeño puesto, y tirar de un carruaje por las calles adoquinadas de Londres, lo más probable es que también terminara cojo.

Cuando llegó a Portsmouth, ya era demasiado tarde para visitar a la hija del señor Cole. Una vez más, se vio obligado a pasar la noche, en una posada de carretera. Aunque encontró una encantadora pensión, en las afueras de la ciudad, con comida deliciosa y ropa de cama limpia. Incluso pudo pedir un baño.

Después de una noche de sueño profundo, Kenneth estaba listo para confrontar a la señorita Cole y, si el Cielo quería, esperaba llegar al fondo de la muerte de Alfred.

Excepto que él no estaba listo para eso. No precisamente. Al respecto, si quería descubrir qué había llevado al fin de Alfred, pero no le habían gustado algunas de las cosas que había descubierto sobre su hermano hasta el momento. Dejando a un lado su curiosa asociación con Ward Crockford, Alfred estaba cortejando a una joven, y al mismo tiempo, entretenía a una amante. Si hubiera sido por Kenneth, habría terminado las cosas con la amante, antes de entrar al mercado matrimonial.

Por supuesto, no le sorprendería ese comportamiento en hombres, como Bull Brummell, pero Alfred se había criado en una familia bien educada con valores sólidos. ¿Realmente se había

asociado con Crockford? ¿O se había enamorado de la mujer equivocada, y Waiter's era uno de los pocos lugares en los que se sentía cómodo, siendo visto con ella?

*Supongo que también en los establos de Primrose Hill.*

Después de recibir instrucciones de la patrona de la posada, Kenneth le pidió al mozo de cuadra que enganchara su caballo y su carruaje, y luego se dirigió hacia la cabaña de la señorita Cole. ¿Cómo debería dirigirse a ella? ¿La señorita Cole o la señorita Applewhite? Por supuesto, él debería actuar con delicadeza para no alterar su sensibilidad. Como amante de Alfred, la mujer podría estar muy triste por perderlo. ¿Será por eso que abandonó Londres abruptamente?

¿Estaba desamparada?

Dio la vuelta por Thicket Road, donde solo había una cabaña. En lugar de la pequeña choza, que Kenneth esperaba, la casa era bastante grande con dos pisos y techo de paja. Detuvo el vehículo delante de la cabaña, ató las riendas a la palanca del freno, y consultó su reloj de bolsillo. Habiendo calculado perfectamente su visita, saltó y comenzó a subir por el sendero de losas.

Un hombre salió por la puerta principal, poniéndose el sombrero. Y aunque el tipo pasó junto a Kenneth, no le prestó atención.

*Este tipo es extraño.*

Kenneth estaba acostumbrado a saludar a la gente con el sombrero, cuando pasaba. A menos que estuviera rodeado de gente, en cuyo momento, inclinar el sombrero se volvía ridículo. No obstante, ese hombre debería al menos haber asentido con la cabeza.

Dejando atrás el desaire, procedió a dar algunos golpes con la aldaba de latón, y luego sacó una tarjeta del bolsillo de su chaleco.

Esperando ser recibido por un mayordomo o una doncella, la mandíbula de Kenneth casi se golpea el pecho, cuando una mujer que vestía nada más que una bata, flojamente atada a la cintura, abrió la puerta, y se apoyó casualmente en la jamba. Su cabello castaño era un desastre desenfadado, parecía como si hubiera dormido con los alfileres, solo para tener una colmena de mechones, escapando de dichos alfileres. Su mirada se deslizó desde la punta de su cabeza, serpenteando hasta los dedos de sus pies.

“Cariño... Usted llega un poco tarde a la fiesta.”

“¿Fiesta?” Preguntó, mirando en dirección al hombre que se alejaba.

Ella empezó a cerrar la puerta.

“Vuelva esta noche a las diez. Ahí es cuando aparecen los ricos. Y traiga un jugoso saco de monedas. Ninguna de nosotras es tacaña.”

“Le pido perdón, dama.” Kenneth movió el pie hacia adelante para evitar que la mujer le cerrara la puerta, en las narices. “Pero creo que la forma correcta de abrir una puerta es permitir que la persona, que llama, diga su nombre y propósito, antes de despedirla bruscamente. Y fíjese, esta es una hora apropiada para llamar. Pero las diez de la noche no lo son.”

Esta vez, ella lo miró directamente a los ojos, y frunció el ceño.

“¿No está buscando una bola de nalga?”

Ese era un término que no había oído desde sus días en Cambridge. Hizo todo lo posible por no reírse. Después de todo, tenía una misión seria.

“No. Estoy buscando a una mujer llamada Evelyn Applewhite.”

Los labios de la dama se estrecharon, cuando se inclinó, y miró a ambos lados.

“¿Por qué usted está buscándola?”

“Porque tengo razones para creer que ella estaba asistiendo a un baile de glúteos, por así decirlo, con mi hermano.”

Ella le quitó la tarjeta de la punta de los dedos.

“Entonces, ¿usted es el nuevo vizconde?”

“Un título que nunca soñé heredar. ¿Está la señorita Applewhite? Me gustaría hacerle algunas preguntas, si me lo permite.”

“¿Por qué?”

“No estoy seguro, pero existe la posibilidad que ella sea la última persona que vio a Alfred con vida.”

Otra mujer escasamente vestida bajó las escaleras, tomó la tarjeta de Kenneth, y se quedó boquiabierta.

“¡Ay!”

Ambas lo analizaron sin un ápice de afabilidad.

“¿Cómo nos encontró?” Preguntó la segunda mujer.

“¿A ustedes? ¿Tal vez a cinco de ustedes?” Kenneth podía ser un poco tonto, a veces, pero después de haber sido desairado por el hombre fuera de esta casa, y ahora, al ser recibido por la tercera mujer, que no se preocupaba por el estado de su vestimenta, se dio cuenta que esto tenía que ser una bandada de prostitución, y él estaba a punto de perder la paciencia. “Les pido perdón, damas, pero estoy aquí simplemente porque no creo que mi hermano, que estaba vital y en forma, muriera por asfixia. Simplemente, deseo hacerles, una o dos preguntas, y luego seguiré mi camino.”

“Hazlo pasar,” dijo una mujer desde lo alto de las escaleras. Su voz era profunda y áspera, como si hubiera estado en una habitación llena de humo toda la noche, pero al menos llevaba un vestido.

Las otras dos mujeres desaparecieron.

“Señorita Applewhite, ¿supongo?” Preguntó.

“Eso es correcto.”

“¿O usted prefiere señorita Cole, ahora que se ha acercado más a su padre?”

Si Kenneth hubiera parpadeado, se habría perdido el destello de sorpresa, en los ojos de la joven. A la velocidad del rayo, ella transformó sus rasgos, en una expresión de tranquila afabilidad.

“La información de mis familiares más cercanos es confidencial.”

“¿Lo es?” Kenneth miró hacia el salón, notando los muebles llamativos y anticuados. “¿Nos sentamos?”

“¿Son modales lo que usted trata de demostrar?” La señorita Applewhite sonrió hermosamente, mientras señalaba un sofá. “Tome asiento, milord.”

Kenneth esperó a que ella se sentara en una silla, antes de ocupar el sofá. Aunque la sonrisa de la señorita Applewhite era asombrosamente hermosa, no había sentido de calidez alguna en ella.

“¿Puede decirme la última vez que vio a mi hermano?”

Ella cogió una rosa de seda de un jarrón, luego quitó la tapa de un cuenco de porcelana con forma de cisne, y golpeó suavemente el interior con los pétalos de la rosa.

“Me gusta mucho la fragancia de las rosas,” dijo, sin responder a su pregunta.

“A mí también.” Él estuvo de acuerdo, siguiéndole el juego. Quizás sería mejor si entablaran una pequeña charla, antes que él comenzara a hacer preguntas difíciles. Después de todo, ella también amaba a Alfred. “¿Eso es aceite de rosas? Puedo oler el ramo desde aquí.”

Ella agitó la rosa artificial en el aire.

“Lo es... Su sentido del olfato es bastante exigente,” dijo, moviéndose hacia el sofá a su

lado. “Extraño mucho a Alfred.”

“Yo también, dama. Murió mucho antes de su tiempo.” Kenneth jugueteó con la tapicería deshilachada del reposabrazos. “¿Usted sabía que él compró un anillo el día antes de morir?”

Esta vez, la señorita Applewhite cerró los ojos, antes de darle la oportunidad de observar su expresión.

“Primero, por favor, dígame, ¿cómo descubrió que yo era su amante?”

Kenneth frunció el ceño.

*¿Por qué ella está siendo tan condenadamente esquiva?*

“Me lo dijo un lacayo de Waiter’s.”

“¿Oh? ¿Cuál es su nombre?”

“No creo habérselo preguntado.”

“¿Qué más dijo sobre mí?”

“Solo que usted y un grupo de otras mujeres dejaron el empleo de Waiter’s, después de la muerte del señor Crockford.”

“Pero hice que fuera muy difícil que alguien me encontrara: no he usado el nombre Mary Cole, en más de una década, pero aquí está usted.”

Kenneth asintió, mientras el relleno del reposabrazos empezaba a sobresalir por el pequeño agujero.

“Ningún lacayo de Waiter’s conocía mi nombre anterior. ¿Cómo lo consiguió?”

Él empujó su pulgar encima de la pelusa.

“Para ser honesto, contraté a un investigador.”

“¿Usted lo hizo porque Alfred compró un anillo de zafiro?”

Aunque no había mencionado la piedra, en el engaste, Kenneth hizo una mueca, cuando ella usó el nombre de pila de su hermano.

“Porque faltaba el anillo.”

“¿No se lo dio a su prometida?” Preguntó, sonriendo fríamente de nuevo, mientras la rosa giraba en sus dedos.

“Supuse que sí, pero la joven fue la primera pista falsa que encontré.”

“Me imagino que usted tiene toda esta información bien documentada.”

Kenneth dio unas palmaditas en el bolsillo interior de su abrigo, donde guardaba sus notas.

“En efecto.”

“¿Quién es ese investigador? ¿Alguien de St. Giles, supongo?”

“En realidad, no.” Kenneth la miró, y decidió guardarse la identidad del señor McGrath. “Es un viejo amigo de la familia.”

“¿Bow Street Runners, tal vez?”

Él simplemente asintió.

“Entonces, dígame, ¿cuándo vio a Alfred por última vez?”

La señorita Applewhite sostuvo la rosa con firmeza y lo miró fijamente.

“No estoy segura. Después de todo, fue hace algún tiempo. Me mudé de Londres, y comencé de nuevo, desde entonces.”

“Pero...”

Ella le pasó la rosa por la nariz.

“Mi querido Lord Berwick, ¿no lo ve? Al venir aquí, no puedo permitir que se vaya.”

“¿Le ruego que me disculpe?” Preguntó Kenneth, con un hormigueo en la nariz. Sacó el pañuelo del bolsillo superior y lo secó. Y aunque fue poco caballeroso al hacerlo, explotó con fuerza. “¿Qué hay aparte del aceite de rosas en su flor, dama?”

Esta vez, una sonrisa tortuosa y astuta se dibujó en sus labios, una que cabría esperar de Medusa. “Bueno, milord, si aún no lo ha descubierto, diría que su poder de deducción es muy deficiente.”

Kenneth tragó saliva y su nariz crecía con cada tictac del reloj, que estaba junto a la chimenea. Sus mejillas ardían, mientras la señorita Applewhite se inclinaba hacia delante, quitaba la alfombra de las puntas de sus zapatos, y colocaba un orinal entre sus pies.

“Su hermano prometió casarse conmigo. Cuando descubrí que planeaba proponerle matrimonio a una mujer de alta cuna... me vengué.”

Kenneth se tambaleó hacia adelante y vomitó, perdiendo su desayuno. ¿Cuánto veneno había inhalado? ¡Cielos! Iba a morir. Un sudor frío le recorrió la piel.

La señorita Applewhite deslizó la mano dentro de su abrigo, y sacó sus notas.

“¡Chicas! Ayúdenme a escoltar al vizconde hasta su carruaje,” gritó.

“¿Qué pasa con Crocky?” Preguntó Kenneth con la garganta cerrándose, mientras sentía arcadas. “¿También lo asesinó?”

“Ese bastardo ladrón nunca nos dio lo que nos correspondía. Claro, también lo toqué con mi brebaje de aceite de rosas, justo después que me pagara por el zafiro de tu hermano.” Las dos mujeres, que habían estado por la puerta, aparecieron, y las tres levantaron a Kenneth. Casi lo arrastraron hacia afuera.

“¿Dónde está el anillo?” Lo dijo confundido.

“Lo tomé, por supuesto. Luego lo vendí de nuevo a...”

“¿Algún tipo tortuoso llamado Henry el Tuerto?” Kenneth logró murmurar, mientras la baba le corría por las comisuras de la boca.

Las mujeres gruñeron y gimieron bajo su peso, pero las tres lograron empujarlo al suelo de su carruaje.

“Cree que lo sabe todo, ¿no?” Dijo furiosa la señorita Applewhite. “¡Maldito tonto! Morirá igual que su hermano, y ningún forense, en toda Inglaterra, podrá rastrear su muerte hasta mí.”

El balanceo del caballo, que tiraba del carruaje, le provocó a él, un mareo insoportable y un violento ataque de arcadas.

## Capítulo veinticinco

“¡Ese es el carruaje de Su Señoría!” Gritó Freddie.

Modesty se clavó en sus talones, exigiendo un medio galope. A medida que se acercaban, la sangre en sus venas se enfrió al ver dos botas negras brillantes, colgando sobre el piso del carruaje.

“Kenneth!” Gritó, desmontando rápidamente, y luego arrojando sus riendas a Freddie.

“¡Kenneth!” Gritó de nuevo, subiéndose al banco junto a él y apretando su rostro, entre sus manos. “¡Por favor, lo imploro, que todavía estés vivo!”

Espuma blanca burbujeó de sus labios, cuando esos ojos se abrieron, y se pusieron en blanco.

“¡Santos misericordiosos, fuiste envenenado!”

Freddie empezó a desmontar.

“¿Va a estar bien?”

“¡Quédese dónde está!” Modesty tomó las riendas y las golpeó en la grupa del caballo. “Necesitamos encontrar un médico de inmediato.”

“¿Quiere que la siga?”

“¡Sí!” Gritó por encima del hombro. “Ha tenido casi dos días para descubrir cómo montar. Si no se quedará atrás, y se perderá para siempre.”

Modesty condujo el carruaje hacia el sur, sin perder de vista una cúpula de madera blanca. Situada en lo alto de una torre de piedra, tenía que ser la iglesia más grande de Portsmouth, y muy probablemente estaba cerca del centro de la ciudad. Todavía tirado, en el suelo de la plataforma, Kenneth gimió, el sonido era miserable, pero la llenaba de esperanza.

“Espera, cariño. Encontraremos ayuda pronto.”

Mientras se acercaba a la orilla del mar, vio a un marinero, atando el sedal de un barco pesquero.

“¡Hola, señor!” Gritó Modesty. “¿Puede decirme cómo encontrar al médico de la ciudad?”

Él levantó la vista de lo que estaba haciendo, y frunció el ceño, cuando vio los pies de Kenneth colgando sobre el costado del carruaje.

“Por mi palabra, ¿qué le sucede?”

“¡Envenenado!” Espetó ella. “Por favor. ¡El médico!”

Él señaló a lo largo del camino de la costa. “Vaya por Pembroke hasta que termine en High Street. Gire a la derecha y lo verá, una teja a la izquierda, antes de llegar al juzgado.”

Modesty golpeó las riendas y gritó un agradecimiento, cuando Freddie apareció a la vista. Al menos él vería hacia dónde se dirigía. Pero no estaba bromeando, cuando le dijo al muchacho que siguiera el ritmo. Por el amor al Cielo, Modesty nunca se perdonaría, si algo le sucediera a Kenneth. No debería haberse quedado en Haslar. No debería haber dejado que Kenneth viajara solo. Al menos podría haber llevado a Freddie, o a su ayuda de cámara. Si hubieran estado casados, él habría podido llevársela.

Conducía el carruaje, como si llevara un demonio sobre el hombro. Pero nada podría ser lo suficientemente rápido, ni siquiera Venom o Poseidón serían lo suficientemente rápidos. Si tan solo hubiera ido directamente a Portsmouth. Si tan solo el señor McGrath hubiera sido más minucioso, y hubiera descubierto la verdadera naturaleza de Mary Cole y su madre, antes que

Kenneth se apresurara a buscarla.

Cuando Modesty detuvo el caballo y accionó el freno, se sintió abrumada por todas las cosas que deberían haberse hecho. Ella era la que más se culpaba, por supuesto. Debería haber sido más inteligente, rápida y asertiva. Y ella nunca debería haber dudado de él. ¡Bendita sea! Si eso significara salvar la vida de Kenneth, ella habría tomado la iniciativa, le habría propuesto matrimonio, y se habrían apresurado a ir a Gretna Green.

Si él la hubiera aceptado, por supuesto.

Saltó del carruaje, corrió hacia la puerta y entró.

“¡Ayuda! Un hombre ha sido envenenado. ¡Ayúdenos, por favor!”

El médico salió de una habitación del fondo, secándose las manos con un paño de lino.

“Cálmese.”

Ella golpeó con el pie y apretó los puños.

“¡No me calmaré hasta que Su Señoría se encuentre bien!”

La mirada del médico se desvió por la ventana. “Envenenado, ¿usted dijo?”

“Sí. Apenas respira.”

“¡Matthew!” Gritó el médico, mientras Freddie detenía su caballo detrás del carruaje. “Ayúdame a llevar a este hombre a mi cirugía.”

Un tipo enorme se agachó bajo el dintel de la trastienda, con las mangas arremangadas y los antebrazos más grandes que las pantorrillas de Modesty.

“Gracias,” dijo ella, sosteniendo la puerta, mientras llevaban a Kenneth adentro con Freddie pisándoles los talones.

La expresión del rostro del muchacho era afligida, y ella se sentía igual.

“Será mejor que se queden aquí afuera,” dijo el médico, mientras abrían la misma puerta trasera por donde habían venido los dos hombres.

Modesty surgió tras ellos. “No me quedaré atrás.”

“Haga lo que usted quiera.” Después de que colocaron a Kenneth en un catre contra la pared, el médico la miró. “¿Usted es la señora...?”

“Berwick,” respondió ella sin dudarlo. Aunque Modesty estaba harta de mentir, era mucho menos probable que hacerse pasar por la esposa de Kenneth provocara un escándalo, que si admitiera su verdadera identidad.

“¿No están las tierras de Berwick, en el extremo norte de Inglaterra?” Preguntó, lavándose las manos en el lavabo del lavabo. “¿Cómo diablos hizo un conde...?”

“Vizconde,” corrigió ella.

“¿Un vizconde envenenado, precisamente en Portsmouth?”

Modesty intercambió miradas con Freddie, cuya librea estaba manchada de suciedad. En verdad, el disfraz de Modesty no estaba en mejores condiciones, aunque no era por eso que los pelos de advertencia se le erizaban en la nuca. Si le contaba a este médico sobre Mary Cole, la mujer podría enterarse, y venir a High Street para asegurarse que Kenneth encontrara su fin.

“El motivo es de carácter sensible y confidencial. Si se lo dijera, podría poner en peligro la vida de Su Señoría.”

“Les aseguro que su vida ya está colgando de un precipicio.”

“Correc...” murmuró Freddie.

“¿Y este joven es?”

“Nuestro lacayo, Freddie,” respondió Modesty, haciendo la presentación.

El médico miró al muchacho.

“Puede esperar afuera.”

Modesty asintió brevemente al muchacho, y él, de mala gana, dio un paso atrás, mientras el hombre grande lo seguía y cerraba la puerta.

El médico levantó los párpados de Kenneth y miró de cerca.

“¿Sabe con qué fue envenenado Lord Berwick?”

“Supongo que fue acónito.”

“¿Oh? ¿Conoce a la persona que administró el veneno?”

“No, no nos hemos conocido.”

“Por favor, dígame que usted no lo envenenó,” dijo el médico, moviéndose hacia estantes llenos de frascos y botellas de varios tamaños. “¿Tal vez fue un error?”

“¡Och! ¿Cómo puede decir tal cosa?”

Seleccionó un frasco y le quitó el tapón de corcho.

“No es raro que una mujer envenene a su marido. Sin embargo, lo que no entiendo es que si quería matarlo, ¿por qué me lo trajo?”

“No intenté matarlo. ¿No puede entenderlo? ¡Estoy tratando de salvarlo!”

El médico la miró.

“Me temo que necesitaré un poco más de verdad que eso.”

Modesty rápidamente se lanzó a explicar cómo encontraron muerto al hermano de Kenneth y por qué.

Mientras tanto, el médico dejó caer algunos trozos de carbón de la jarra, en un recipiente pequeño, añadió un poco de agua, y procedió a molerlos con un mortero.

Omitió todos los detalles excepto la visita a la botica y la información proporcionada por el señor McGrath, que llevó a Kenneth a Haslar. Cuando el médico demostró ser astuto y continuó haciendo preguntas, Modesty finalmente cedió, y le contó sobre el descubrimiento de McGrath sobre el veneno.

Dejó de moler.

“Si hay una asesina, viviendo en Portsmouth, debe ser denunciada ante el magistrado.”

“Le prometo que será así. Y tan pronto como Kenneth pueda levantarse de esta cama, le daré su nombre.”

“Si se levanta, él podrá darme.”

Modesty juntó sus manos, en una oración, debajo de su barbilla.

“¡Entonces, cúrelo!”

“Aparte de alimentarlo con carbón, no hay mucho que podamos hacer excepto esperar, mientras su cuerpo lucha contra el veneno.”

“¿Esperar? ¿No existe un antídoto? ¿Algo, cualquier cosa que pueda detener el progreso del acónito?”

El médico estaba de pie, sosteniendo el mortero y examinando a Kenneth, como si él fuera una especie de espécimen en un laboratorio.

“Parece estar en su mejor momento y en forma.”

“Claro que lo está,” Modesty se dirigió a los estantes, que contenían frascos de pociones, mientras su mente daba vueltas con la lista de remedios, que había aprendido de la señorita Hay, su institutriz, que había ayudado a Modesty a reunir lo necesario para su canasta de medicinas. “Seguramente, tiene algo que darle. ¿Aceite de hígado de bacalao? ¿Té de corteza de sauce? ¿Aceite de aves? ¿Raíz de malva?”

De repente, el hombre corpulento que ayudó a llevar a Kenneth a la consulta asomó la cabeza.

“Lamento molestarlo, señor, pero la señora Watson ya está de parto.”

El médico le entregó a ella el cuenco, ahora medio lleno de carbón negro y fangoso.

“¿Supongo que no ha hecho arreglos para encontrar un lugar donde quedarse?”

“No.”

“Entonces puede quedarse aquí hasta que yo regrese. Cepille los labios y la lengua de él con esto, aproximadamente cada cuarto de hora, y trate de animarlo a tragar. Si logra sobrevivir, esta noche, es probable que se recupere.”

“¿Probable? ¿Cuáles son las probabilidades?”

“¿Ahora mismo?” El médico tomó el abrigo y el sombrero de un gancho en la pared. “No más de una cuarta parte. Pero eso podría cambiar a la mitad, por la mañana.”

Modesty pasó el carbón por los labios de Kenneth. “Me quedaré con la mitad... Balas contra ese cuarto de las probabilidades.”

“Rezo para que usted tenga razón.”

\*\*\*

El señor Mason, el criado del médico que ayudó a sacar a Kenneth del carruaje, había traído cuencos de potaje y pan. Aunque Freddie comió hasta saciarse, Modesty no tenía apetito. Mantuvo una vigilia, junto a la cama de Kenneth, rozándole la lengua con cucharas de carbón, y estuvo rezando.

Una vez que Freddie se acurrucó frente al fuego y se quedó dormido, ella comenzó a hablarle.

“He decidido que no puedes morir. Vas a abrir los ojos, ahora mismo.”

Contuvo la respiración y esperó. Pero cuando Kenneth permaneció inmóvil, sus ojos se llenaron de lágrimas.

“Por favor, no mueras,” susurró con la garganta chirriando por la fuerza de su convicción. “Nunca me perdonaré por no haberte dicho que...”

Se mordió el labio inferior. ¿Por qué siempre tuvo que ser tan testaruda? ¿Por qué no podía parecerse más a su hermana, Charity, que era atractiva, encantadora y afable? ¿O por qué no podía ser como Grace, que era imponente, increíblemente hermosa, y muy segura de sí misma? Sin embargo, Modesty nació con un agudo sentido de competitividad. Era poco atractiva, autoritaria y demasiado habladora. ¡Y era muy ambiciosa!

*¿Qué tonto me permitiría ser jockey?*

“¿Decirme qué...?”

Por un momento, Modesty pensó que se imaginaba a Kenneth formulando la pregunta. Su mirada se fijó en su rostro. Tenía los ojos cerrados con la boca manchada de negro, y ligeramente entreabierta.

“¿Kenneth?” Ella lo sondeó. “¿Dijiste algo?”

“Dime...” Su lengua marcada por hollín se deslizó por su boca. “...Yo, ¿qué?”

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

“Tantas cosas,” dijo, besando su mejilla, su frente y sus ojos. “¿Cómo te sientes, mi amor?”

“Co-omo si alguien hubiera metido el co-ontenido de la chimenea en mi mi... boca,” farfulló, cada una de sus palabras era tensa, como si hablar le causara una agonía indebida.

“Es carbón... Ayuda a contrarrestar el acónito.”

Su asentimiento fue leve, pero definitivamente sí había asentido.

“Fui un tonto.”

Ella mojó un paño en un recipiente con agua y le limpió los labios.

“Tal vez demasiado confiado, pero ciertamente, no eres un tonto.”

Él tembló, cuando tomó su mano.

“¿Qué querías decirme?”

El corazón de Modesty casi se le salió del pecho. Ella no podía decirlo... no, cuando él no sentía lo mismo.

“Ya no importa.”

“A mí sí me importa.”

Apretando los labios, ella vio una mota negra, que se le había escapado, y la limpió.

“¿Por favor?”

“No puedo pronunciarlo.”

“Pero, t-tú puedes. Puedes decirme cualquier cosa, especialmente si eso me hace sentir mejor.”

Mientras ella respiraba profundamente, lo miró a los ojos. Aunque estaban inyectados en sangre y a medio mirar, había una intensidad en su mirada, que decía mucho más que mil palabras: la esperanza y la confianza estaban ahí, sin duda, pero la emoción más fuerte que impartía era la de amor.

Ella lo sabía.

Él también lo sabía.

Tomando sus mejillas entre sus palmas, rozó sus labios con los de él, con cuidado y adoración.

“¡Och! Tú sabes que te he amado desde nuestro primer vals.”

“Sin embargo, sabes que soy dueño de un establecimiento de cría, desde el día que visité a Venom, en la pista.”

“Sí...” Ella hizo girar un mechón de su cabello, alrededor de su dedo. “¿Qué estás diciendo, milord?”

Una lenta sonrisa apareció en las comisuras de su boca.

“Si aceptas casarte conmigo, eso será tuyo.”

Ella parpadeó, su corazón latía fuera de ritmo. ¿Cómo podía él decir semejantes tonterías, cuando colgaba al borde del precipicio de la muerte?

“¿Solo mío?” Susurró ella.

“Si eso es lo que deseas.” La empujó hacia sus labios y le robó otro suave beso. “Soy tuyo para que asumas el mando.”

“¿Qué pasa con tus abejas y ovejas?”

“Creo que estarán bastante contentas en Kiedler Equine.”

“¡Oh, te amo!”

“¿Lo suficiente para casarme conmigo?”

“Supongo que desde que le dije al médico que soy Lady Berwick, no puedo negarme.” Ella le guiñó un ojo con picardía.

## Capítulo veintiséis

Aunque cada fibra del cuerpo de Kenneth lo torturaba, mientras luchaba por superar el veneno, permanecer en cama, un día más, no era una opción. En primer lugar, si la familia de Modesty no derribaba la puerta del médico durante el día, seguramente lo harían al día siguiente. Ella había cruzado una línea frágil al perseguirlo, y él necesitaba arreglar las cosas rápidamente.

No obstante, primero, había que afrontar el asunto de la asesina.

Después de limpiarse, en el lavabo, y de un afeitado de un centavo, que le proporcionó el señor Mason, Kenneth logró vestirse. Aunque mientras intentaba atarse la corbata, sus manos temblaban, como las de un cachorro asustado.

“¿Estás listo?” Como si Modesty hubiera anticipado su necesidad de ayuda, abrió la puerta de la consulta y entró. “Me permitirás.”

Kenneth resopló.

“¿Tú?”

Ella deslizó el largo paño de lino de sus dedos.

“¿Te atreves a olvidar que me hice pasar por un hombre? Además, tengo cinco hermanos y soy muy observadora.”

Él estiró el cuello y le permitió hacerse cargo.

“Ahora que lo pienso...”

Él saboreó su cercanía y ese aliento fresco en su garganta, mientras ella cuidadosamente hacía un nudo en la corbata. ¿Cómo diablos alguna vez la consideró traviesamente linda? Ella era magnífica y multifacética, y muy probablemente el ser humano más inteligente, que jamás había conocido.

“¿Hay algo que no puedas hacer?”

Su sonrisa era omnisciente y madura para su edad.

“Me temo que no soy muy hábil para coquetear.”

Él deslizó sus manos hasta el tentador arco de la cintura de ella.

“Siento disentir. Has coqueteado conmigo sin piedad.”

Esos ojos de color azul cristalino brillaron con el reflejo de la luz de las velas, cuando ella encontró su mirada.

“¡Och! Sabes que no lo he hecho.”

“Mi querida mujer, basta con que estés en mi presencia para dejarme estupefacto de amor.” Había pasado tantas horas discutiendo consigo mismo sobre qué tipo de mujer creía que quería, que había pasado por alto el hecho, que Modesty MacGalloway era exactamente el tipo de mujer que realmente necesitaba.

Bajó la barbilla y la besó, observando sus ojos cerrarse, mientras su corazón se hinchaba con la enormidad de su amor.

Con una suave risa, ella le acarició la mejilla.

“¡Och! Si sigues haciendo eso, nunca terminaré.”

“Podríamos cerrar la puerta.” Él miró hacia la estrecha cama.

“¿Y si el magistrado la tumba?” Ella dio unas palmaditas al nudo completado. “Eso sí sería un escándalo absoluto.”

Él resopló. Quizás todavía no pensaba con claridad.

“Uno para aparecer en los titulares de *The Gazette*... Uno para darle a mi madre un hechizo gigantesco, que la enviaría a la cama, durante un año entero.” Modesty dio un paso atrás y le pasó las manos por los hombros. “Quizás eso no sería algo tan malo.”

Aunque Modesty estaba bromeando, Kenneth sintió la necesidad de reivindicar a la viuda. Después de todo, si ella no hubiera intervenido, él nunca habría cortejado a Modesty, y tal vez, ella no se habría apresurado a ir a Portsmouth para salvarle la vida.

“Tan pronto como este desagradable asunto termine, debemos ir con tu querida mamá y tranquilizarla.”

Modesty se pasó los dientes por el labio inferior y batió las pestañas.

“¿*Debemos?*”

“Ahí vas... ¡Coqueteando de nuevo!”

“¡Aquí estamos!” Gritó Freddie, entrando por la puerta sin tocar. “Este es el señor Ball, el magistrado.”

Sí, faltó poco para que la llegada del magistrado creara un inmenso escándalo. Uno que la alta sociedad no habría podido evitar, al difundirlo sin piedad.

Kenneth hizo una reverencia, y se ocupó de las presentaciones.

“Freddie me dio algunos detalles, pero, ¿puede decirme por qué esa mujer lo envenenó? ¿Y cómo diablos usted terminó aquí?” Preguntó el señor Ball.

Le llevó un poco de tiempo, pero Kenneth explicó cada detalle de su investigación, y el motivo de su estancia en Portsmouth, incluyendo el hecho que la señorita Cole le había robado sus notas.

“¿Tiene alguna prueba, además de su palabra?” Insistió el magistrado.

Freddie se quitó la gorra y se inclinó exageradamente.

“¡Él es un maldito vizconde!”

“Cuida tu lengua,” reprendió Kenneth al muchacho. “A su pregunta, señor, tengo muchas pruebas. Como mencioné antes, contraté al señor McGrath en Londres, como investigador privado. Además, tengo motivos para creer que la señorita Cole también asesinó a Ward Crockford, el antiguo propietario de Waiter’s.”

“¿El famoso infierno de los juegos?” Preguntó el señor Ball.

“Es notorio, yo diría,” añadió Modesty. “¿Sabía que él ‘arregló’ el Derby de Epsom?”

El señor Ball tomó una nota en su libro encuadernado en cuero.

“Parece que hay muchas artimañas, en marcha.”

Kenneth luchó contra su abrumador cansancio, tomó la jarra de su mesilla de noche, y se sirvió un vaso de agua, bebiendo la mitad, antes de responder:

“Sí, y tengo la intención que esto termine, aquí y ahora.”

“Muy bien, llevaré a mis hombres a Thicket Road, y veremos qué encontramos.”

“Me gustaría ir con ustedes,” dijo Kenneth, terminando de beber el agua.

“Podría ser peligroso.”

“Sé que lo es.” Refrescado, devolvió el vaso a la mesa de al lado. “La mujer es una asesina calculadora, entre otras cosas.”

Modesty se sacó los guantes del bolso.

“Freddie y yo también iremos.”

Kenneth se interpuso entre ella y el magistrado, como para protegerla.

“Absolutamente, no.”

“¿Eh, sí?” Ella lo rodeó. “¿Y vamos a quedarnos aquí, molestando al doctor y al señor Mason?”

“Lo siento, milady, pero el vizconde tiene razón,” dijo el señor Ball. “Dado que la señorita Cole ya ha asesinado con éxito a dos hombres, que conocemos, no sabemos a qué peligros nos enfrentaremos, cuando la arrestemos.”

\*\*\*

Tan pronto como los hombres se fueron, el médico regresó, luciendo cansado.

“Ah, Lady Berwick, ¿cómo le va a Su Señoría?”

“Parece que está bien... Aunque temblaba demasiado para atarse la corbata, se fue con el magistrado para detener a la señorita Cole.”

“¿La responsable del envenenamiento?”

“Sí.”

“Muy bien.” Avanzó por el suelo hasta la puerta de la consulta. “¡Señor Mason! Hay un niño en mi carruaje con un brazo roto. ¿Puede ayudarme?”

El médico volvió a mirarla.

“Perdóneme, milady, pero el deber me llama. Es bienvenida a quedarse aquí, aunque el ajuste de huesos no es para personas aprensivas.”

Modesty pasó su brazo por el codo de Freddie.

“Creo que nos hemos quedado más tiempo que nuestra bienvenida. Muchas gracias por su ayuda.”

“¿A dónde vamos?” Susurró Freddie, mientras se dirigían a los establos públicos.

“¿Acaso usted necesita preguntar eso?”

“Sabía que no se iba a quedar atrás.”

No pasó mucho tiempo, mientras ensillaron los caballos y cabalaron hasta Thicket Road. Modesty detuvo su caballo, a unos buenos cincuenta pasos de la cabaña.

“La casa está un poco más lejos,” dijo Freddie, deteniéndose junto a ella, ya que su habilidad en la silla había mejorado notablemente.

“Ya escuchó al magistrado, no es seguro. Nos quedaremos aquí.”

“Pero ni siquiera puedo ver a nadie.”

Modesty apoyó las manos en la cruz de su caballo.

“Me detuve para asegurarme que usted permanezca fuera de peligro.”

“Pero soy un muchacho.” Freddie golpeó sus talones, y se movió en círculos, alrededor de ella. “Usted es la que necesita protección, milady.”

Con un suspiro, indicó a su montura que siguiera caminando.

“Tal vez, pero Su Señoría le reventará el bazo, si cualquiera de nosotros resulta herido de cualquier manera, y no quiero que usted sea castigado. No hasta que él se sienta completamente bien.”

“Sí, pero no es difícil irritarlo.” Cuando se detuvieron de nuevo, Freddie se llevó la mano a la oreja. “¿Por qué todo está tan silencioso?”

El silencio trajo consigo un escalofrío inquietante.

“Ojalá lo supiera.”

“¿No cree que el señor Ball habría derribado la puerta, y agarrado a las damas?”

“Espero que haya sido así de simple.” Ella se sobresaltó, cuando un grito estridente atravesó el aire. “¿De dónde vino eso?”

“No lo sé.” Freddie se inclinó hacia un lado. “No parece que venga de la cabaña.”

Modesty avanzó unos pasos y vio otro tejado.

“Hay una cochera en la parte de atrás.”

Juntos trotaron alrededor de la cabaña, justo cuando un grupo de caballos, que tiraban de un carro, lleno de un montón de muebles, se acercaba a toda velocidad hacia ellos.

“¡Cuidado!” Gritó Modesty, dándole una palmada al caballo de Freddie con su fusta. El caballo castrado se hizo a un lado, y por poco escapó de una colisión.

Una hermosa mujer manejaba con una expresión decidida. Modesty había visto su rostro antes. Incluso esa mujer le había guiñado un ojo en Waiter’s.

*¿Esa es Evelyn Applewhite?*

“¡Quédese aquí!” Le gritó a Freddie, mientras frenaba su ejemplar para darle la vuelta. Inclinandose sobre la cruz de la yegua, fue necesario un golpe de su fusta para indicarle que galopara. Este no era un caballo de carreras y una silla de montar la obstaculizaba, pero Modesty no podía permitir que escapara la mujer, que casi había matado a Kenneth.

Un vehículo de cuatro caballos no era rival para un jockey entrenado.

“¡Deténgase!” Gritó ella, acercándose a Evelyn.

La mujer se burló, moviendo su látigo, y la púa silbaba en el aire, mientras apuntaba a la cara de Modesty.

Agachándose bajo el feroz golpe, la corriente de la fuerza del látigo le provocó un escalofrío por la espalda.

“¡Me ha golpeado un perro sin corazón antes, y no voy a permitir que vuelva a suceder!”

Solo tenía dos opciones para detener el carro. Lo primero era parecido al suicidio, y en lo segundo la azotarían sin piedad.

Por el rabillo del ojo, un jinete galopaba hacia ellos, como si lo persiguiera el fuego del infierno.

*¡Kenneth!*

Una vez tomada su decisión, Modesty saltó de su montura, extendiendo las manos y apenas agarrando el respaldo del carro, mientras sus espinillas chocaban contra el borde del suelo.

“¡No!” Gritó Evelyn, y echó el brazo hacia atrás para darle otro golpe.

Demasiado enfurecida para sentir dolor, Modesty se abalanzó, ordenando a cada fibra de fuerza de sus brazos, que se subiera al banco junto a la zorra. Agarrando la palanca del freno con ambas manos, rechinó los dientes y la tiró con fuerza, mientras la maldita señorita Applewhite la golpeaba con la punta de su látigo.

Las ruedas chirriaron, la yunta de caballos relinchó y sus crines se agitaron, pero gradualmente redujeron la velocidad. Incapaz de defenderse, Modesty mantuvo su control, hundiendo la cabeza entre los codos para protegerse del ataque de feroces golpes.

“¡Suficiente!” Gritó Kenneth, saltando de su caballo al banco, y arrancando el látigo de la mano de Evelyn. “¡Debería hacerla trizas a usted!”

“¡Hágalo!” La mujer se enfureció y le mostró los dientes de manera desafiante.

“Hoy no,” dijo el señor Ball, parándose junto al carruaje. Con la ayuda de Kenneth, derribó a Evelyn, y luego la encerró con grilletes junto con las otras dos mujeres.

Kenneth rodeó a Modesty, en sus brazos, su respiración aún era un poco superficial.

“Por favor, dime que no estás gravemente herida.”

Ella hizo una mueca sin importarle el dolor.

“Simplemente, unos pequeños moretones.”

“Gracias al Cielo. La forma en que saltaste a ese carro me asustó muchísimo.” Él acunó su cabeza contra su pecho y besó su frente. “Te dije que te quedaras atrás.”

“Lo sé, pero te sentías muy mal, y el médico regresó para arreglar el brazo de un niño... Freddie y yo no teníamos a dónde ir.”

Los hombros de Kenneth temblaron con su risa.

“¿Eso es todo?”

“Sí, y es la verdad, sí.”

Cuando bajaron del carro, Evelyn los miró de frente, con las manos atadas a la espalda, y no parecía tan feroz ni tan hermosa, como Modesty había pensado anteriormente.

“Sé que no tengo motivos para preguntar, pero la única persona en mi vida que alguna vez me mostró una pizca de amabilidad fue mi padre.”

“¿Y Alfred no?” Preguntó Kenneth con líneas blancas formándose alrededor de sus labios.

“¿Alfred?” Repitió ella con su voz llena de tristeza. “Dijo que quería casarse conmigo, convertirme en su vizcondesa. Pero eso no fue más que una mentira dicha, en medio de la pasión.”

Berwick se acercó, cruzándose de brazos.

“Dime la verdad, ¿mi hermano estuvo en connivencia con Ward Crockford para cambiar el resultado del Derby?”

Evelyn resopló con una risa arrepentida.

“Aparte de mentirme, no creo que Su Señoría haya tramado alguna vez un complot desafortunado en todos estos días.”

“¿Qué pasa con el jockey de Venom?” Preguntó Modesty.

“Él es uno de los hombres de Crocky.” Evelyn mantuvo su mirada enfocada en el rostro de Kenneth. “Digo, aquí y ahora, no soy ninguna tonta, y nunca he estado cerca de ser una santa. Encontraré mi fin tal como lo hizo mi madre. Mi padre es un buen hombre. Lo perdió todo por su servicio al rey y al país. No merezco la compasión de ustedes, pero mi padre sí. Solo le pido que cuide del anciano.”

“Le gustan las historias,” dijo Kenneth, extrañamente compasivo, dado que la mujer asesinó a su hermano, y casi lo envía a él, a una tumba prematura.

“Lo hago... Dígle que me he ido al extranjero... Dígle a papá que siempre lo amaré.”

“¿Usted cree que él entenderá lo que le diga?” Preguntó Kenneth.

“Lo hará. Entiende mucho más de lo que nadie cree.”

“Ya basta de charlar,” dijo el señor Ball, llevándose a Evelyn.

Modesty se quedó desconcertada.

“¡Cielos! Parece que la mujer realmente posee un corazón.” Modesty observó cómo el magistrado y sus hombres encerraban a las tres mujeres en un carro con barrotes. “Me pregunto qué pasó con las otras dos damas con las que se suponía que Evelyn se fue de Londres.”

“Tal vez las envenenó,” dijo Freddie, cabalgando junto a ellos y guiando a la yegua de Modesty.

Kenneth le dio unas palmaditas en el hombro al caballo.

“Me gustaría pensar que siguieron sus sueños, y ahora se encuentran en situaciones mucho mejores, que las que soportaron bajo el empleo del señor Crockford.”

Modesty le tomó la mano y se la apretó.

“A mí también me gustaría pensar lo mismo.”

## Capítulo veintisiete

Tuvieron la suerte de tomar el ferry hacia Haslar sin tener que esperar mucho. Los tres visitaron al viejo marinero. Modesty le leyó, Freddie se sentó a su lado, en la cama, y Kenneth le transmitió el mensaje de su hija. Después, Kenneth hizo arreglos para pagarle a alguien para que le leyera al marinero todos los días.

“Tú lo sabes, no tenías que hacer eso,” dijo Modesty, mientras subían al carruaje, ahora tirado por dos caballos con Freddie cabalgando al lado. “Aunque fue bastante filantrópico de tu parte hacerlo.”

Kenneth parecía muy cansado, cuando tomó las riendas. “Ese hombre luchó en una guerra contra un tirano. Si no fuera por tipos como él, muy bien podríamos haber sido anexados a Francia, y gobernados por un déspota. No es culpa suya que su esposa y su hija sean asesinas.”

Modesty todavía se preguntaba cómo la hija del señor Cole podía ser tan cruel, y al mismo tiempo tener tanta ternura por su padre.

*Seguramente debe haber pasado por una educación traumática.*

“Me pregunto cómo habría sido Evelyn, si hubiera crecido en mi familia.”

“¡Que el Cielo nos libre!” Kenneth se rió entre dientes.

“¿Eh?”

“He visto y oído suficientes cosas sobre las mujeres MacGalloway, como para saber que no hay que subestimar a ninguna. ¡Que el Cielo nos salve a todos, si una de ustedes resulta ser una asesina!”

Modesty se acercó más a él, y le pasó el brazo por el codo.

“Eres un hombre inteligente, Kenneth Davenport, muy inteligente.”

“Tal vez.”

Él golpeó las riendas, su expresión era agradable pero lejana.

“¿Qué estás pensando?” Preguntó ella.

“Alfred ahora puede descansar en paz.”

La satisfacción la invadió a ella, mientras apoyaba la cabeza en su hombro.

“¿Porque sabes que era un buen hombre?”

“Sí. Un colega con principios que puede haber tomado algunas decisiones desafortunadas, pero que honró el título. Al seleccionar a Lady Philomina como su esposa, creo que estaba tratando de arreglar el vizcondado.”

“Aunque debió haberse separado de la señorita Cole primero.”

“¡De acuerdo!” Kenneth besó su mejilla.

El resto del viaje del día transcurrió rápidamente con pocas paradas. Incluso el clima estuvo razonablemente bueno, aparte de una llovizna o dos. Sin embargo, cuando tomaron la carretera de Londres, olvidaron toda su dicha.

Modesty estaba lo suficientemente familiarizada con el carruaje del conde de Brixham, como para reconocerlo de inmediato, cuando el mismo se acercó con su equipo de bayos emparejados.

“¡Oh, no!” Murmuró, deslizándose en el banco.

“Por favor, no me digas que es Su Gracia,” dijo Kenneth.

“No, Marty y Julia ya se dirigieron, para pasar el verano, en el castillo de Stack, al norte.

Ese es el carruaje del conde de Brixham. Sin duda mamá, Harry y Charity están adentro.”

“¿Y Kitty?”

“Ella también puede estar allí.” Modesty señaló un lugar de paso al costado de la carretera. “Será mejor que nos detengamos allí.”

“Rezo para que Brixham no me dispare a mí primero,” expresó Kenneth, frenando a los caballos.

“Las pistolas no son su arma preferida.”

“¡Oh! Es cierto. Él era boxeador.”

“Uno muy talentoso.” Modesty se encogió de hombros.

Después de indicarle a Freddie su intención de detenerse, Kenneth puso el freno, y el carruaje se paró.

“Supongo que será mejor que yo hable.”

“¿Sí?” Modesty miró a su pretendiente, como si le hubieran crecido dos cabezas. “Eso es como si ser envenenado por Evelyn Applewhite no fuera suficiente, y quisieras que te golpearan hasta quedar a una pulgada del fin de tu vida.”

Kenneth la miró por el rabillo del ojo.

“Brixham puede darme un reloj para cosas insignificantes, pero, ¿no temes las repercusiones?”

“Soy pariente. Lo peor que mamá podría hacer es encerrarme en una torre, y alimentarme con pan y agua.”

“¡Maravilloso!” Kenneth le hizo un gesto a Freddie para que se acercara a ellos. “Parece que es la familia de Modesty... Le sugiero que permanezca en la parte trasera del carruaje hasta que hayamos hablado.”

“Pero fui yo quien la acompañó de camino a Portsmouth. Creo que deberían tener problemas conmigo.”

El vizconde puso su mano sobre el hombro del muchacho.

“No permitiré que destrocen sus huesos. Sus acciones fueron más que heroicas, muchacho. Ahora haga lo que le digo, y espere detrás del carruaje.”

Modesty estaba junto a Kenneth, mientras el carruaje de Brixham se detenía. Por supuesto, dos lacayos saltaron desde atrás y colocaron un taburete en el suelo, antes de abrir la puerta. El conde salió primero. Aunque era un hombre corpulento, Modesty había olvidado exactamente cuán grande era.

Mientras avanzaba, se cernía sobre Kenneth por unos buenas dos pulgadas. Brixham se golpeó la palma con su puño carnosos.

“Será mejor que lo explique rápidamente, Berwick, de lo contrario no tendré más remedio que golpearlo hasta dejarlo sin sentido, junto al camino como forraje para buitres.”

Modesty se interpuso entre los dos hombres, y tocó al conde en el hombro.

“¡Te pido perdón, Harry, pero esa no es forma de hablarle a tu futuro cuñado!”

“¿Cuñado?” Preguntó la madre, mientras un lacayo la ayudaba a bajar del carruaje. “¿Es eso cierto, Lord Berwick?”

Charity siguió:

“¡Lo sabía!”

Kenneth sostuvo la mirada de Harry, su expresión era grave, como si no se atreviera a desviar la mirada.

“Lady Modesty arriesgó su vida y su reputación al viajar a Portsmouth para advertirme que la amante de Alfred era una asesina.”

“¿Asesina?” Repitió Kitty, quien fue la última en salir del carruaje.

“Sí.” Modesty se deslizó junto a Kenneth y agitó los dedos, instándolo a que le tomara la mano. “La mujer usó un ungüento de acónito para matar a sus víctimas, y este es un veneno que no mata a los perros del forense, cuando los alimenta con el contenido del estómago del difunto.”

“¡Oh! Eso es completamente vulgar.” La madre se abanicó.

“De hecho,” dijo Kenneth. “No es un tema de conversación aceptable, cuando se trata de oídos delicados.”

Brixham se alejó un paso, y su gruñido se suavizó hasta convertirse en una sonrisa afable.

“Entonces, ¿tenemos una boda que planear?”

La madre dio un paso adelante. Miró a Modesty y luego a Berwick.

“Dadas las circunstancias, no creo que sea aconsejable soportar un compromiso prolongado.”

Modesty se mordió el interior de la mejilla. Kenneth no había mencionado nada sobre la duración del compromiso. Ella simplemente lo había asumido...

“No tengo necesidad de esperar en absoluto,” manifestó, gracias al Cielo. “¿Nos apresuramos todos para llegar a Greta Green?”

“Por supuesto que no,” respondió la madre. “Nos apresuraremos a Newhailes. Le avisaré a Martin para que él y Julia puedan bajar del castillo Stack. Por supuesto, necesitaremos enviar invitaciones y...”

“Su Gracia.” Kenneth apretó la mano de Modesty con mucha fuerza. “Con el debido respeto, preferiría una boda pequeña y familiar.”

“Y yo también.” Modesty estuvo de acuerdo.

“Creo que sí, ya que mi hija salió galopando de Londres, persiguiendo a un vizconde sin importar si sus razones eran virtuosas o no.” La madre le dio unas palmaditas en el hombro a Kenneth. “Tendremos una boda familiar en la iglesia familiar con apenas ciento cincuenta invitados, aproximadamente. No debería llevar mucho tiempo fijar una fecha, enviar invitaciones y hacer que le confeccionen el vestido a Modesty.”

Kenneth palideció un poco. Después de todo, todavía se estaba recuperando del ungüento acónito de Evelyn.

*Quizás él se sienta un poquito mejor, si intento frenar el entusiasmo de mi madre.*

“¿Por qué no invitamos simplemente a la familia inmediata?”

“¡El Cielo nos libre!” La madre regresó al carruaje. “Vengan todos. ¡Todos tenemos mucho trabajo por hacer!” Ella aplaudió. “Modesty, dado que Lord Berwick conduce un carruaje abierto, puedes continuar viajando con él.”

## Capítulo veintiocho

La boda fue un asunto grandioso, parecido a una coronación real. Y a pesar que Modesty intentó controlar a su madre, esto resultó ser un acto inútil. La viuda insistió en que, dado que Modesty era su última hija, que se casaba, se aseguraría que fuera el espectáculo más magnífico que Escocia había visto, en décadas.

Cuando llegaron a la finca de los Newhailes, la lista de invitados se había disparado a quinientos, y Modesty había dejado de intentar disuadir a su madre, lo que hizo enormemente feliz a Kenneth. Mientras Su Gracia procedía a organizar la boda, él y su prometida pasaron tranquilos días de verano, buscando conchas marinas, a lo largo de la costa del fiordo de Forth, y dando largas caminatas desde Newhailes hasta las pequeñas ciudades de Musselburgh y Leith. Fueron al teatro de Edimburgo con el duque y la duquesa de Dunscahy. Entretuvieron a Lord Richter, cuando visitó a la señorita Kitty, aunque ella estaba bastante decepcionada porque él no le propuso matrimonio. Por desgracia, parecía que la amiga más querida de Modesty estaba preparándose para su segunda temporada.

Kenneth habría mentido si hubiera dicho que no era pura tortura estar tan cerca de Modesty, mientras mantenía las manos quietas. De hecho, una semana antes de la fecha de la boda, temió perder la cabeza. Pero al final, la impresionante y monumental pasión, que disfrutaron en su noche de bodas, demostró que valió las semanas de agonizante abstinencia.

Y ahora tuvo el placer de llevar a su esposa a Kiedler Equine.

Modesty inclinó la cabeza por la ventanilla del carruaje.

“¡Cielos! Puedo decir que los establos son muy bonitos.”

“Debería haber sabido que comentarías sobre las instalaciones primero.” Kenneth se movió hacia el banco opuesto para poder contemplar la finca con ella. Después de todo, solo había visitado el lugar media docena de veces. “Solo las martas miden veinte mil pies cuadrados, y hay tres filas enteras de establos para caballos. Por supuesto, hay una cochera detrás de la mansión, pero no se puede ver desde aquí.”

Ella aplaudió, moviéndose arriba y abajo.

“¡Todo eso y también un circuito de carreras!”

Simplemente ver su emoción llenó a Kenneth de satisfacción. Él besó su mejilla.

“Pero tú lo sabías, mi amor.”

“Sí, aunque nunca soñé que sería una pista de tamaño completo.”

“A Kiedler no le falta nada para el criador serio de caballos pura sangre.”

Ella le rodeó el cuello con los brazos, llenándole la cara de besos.

“No puedo creer que esto sea real.”

“Créelo. No hay nada que te negaría.”

Sentándose, él controló su entusiasmo y cruzó las manos.

“¿Y qué pasa con tus ovejas?”

“Ya están aquí. Aunque he contratado a un supervisor para que cuide de las abejas.”

“¿Por qué no me hablaste de las abejas? Pensé que la apicultura era tu elixir para relajarte.”

“Lo es, por eso, ya compré nuevas colmenas para establecer una colonia de abejas aquí.”

“¿Tuviste tiempo de hacer todo eso, en medio de todos los preparativos de la boda?”

“¡Ah! Pero lo olvidas, la duquesa viuda de Dunscahy no es mi madre. Tampoco tuve que

permanecer de pie, por horas, durante las pruebas de vestidos.”

Ella se rió entre dientes.

“Supongo que vamos a estar tan ocupados con nuestros esfuerzos, que nunca tendremos tiempo de visitar a mamá.”

A Kenneth le agradaba la madre de Modesty, pero la idea de no verla, durante mucho tiempo, no le provocaba ningún remordimiento.

“Tal vez, ella nos visite después que estemos instalados.”

El carruaje se detuvo frente a la enorme mansión de ladrillo rojo, mientras Modesty estiraba el cuello.

“Se parece mucho a Newhailes.”

“Lo es, aunque es más grande.”

“No necesito una casa más grande que Newhailes.”

Cerca de la esquina este, Kenneth vislumbró a los sirvientes que salían a recibirlos.

“Puede que no la necesites, pero es tuya.”

“Pensé que los establos eran míos.”

Le dio un último beso fugaz.

“Lo que es mío es tuyo, mi amor.”

Freddie saltó desde su posición en la parte trasera del carruaje. El muchacho había crecido al menos cuatro pulgadas, desde que Kenneth lo conoció en los mercados de Covent Garden. Era sorprendente lo que una buena alimentación podía hacer por un joven.

“¡Por fin estamos aquí!”

“Estamos.” Kenneth llevó a Modesty al camino de la entrada. Ahora todos los sirvientes de la mansión estaban firmes, en una fila larga y ordenada. “Permíteme presentarte a la señora Wilking, el ama de llaves.”

La mujer hizo una reverencia.

“Es encantador tener a una señora en la casa, milady.”

Los labios de Modesty se torcieron.

“Eso espero, aunque puede que me encuentre poco convencional.”

Por supuesto, Kenneth sabía que esto era quedarse corto, pero los sirvientes llegarían a amarla con el tiempo. Juntos deambularon a lo largo de la cola de sirvientes, algunos expresando tardías condolencias, y otros entusiasmados por comenzar un nuevo capítulo, en la vida de la mansión.

Freddie ya había tomado un lugar al final de la fila y se inclinó galantemente, como el señor Welch le había enseñado a hacer.

“¿Aquí también voy a ser lacayo?”

Cuando Kenneth abrió la boca para responder, Modesty levantó la mano.

“Muchacho, después de correr al rescate de Su Señoría, creo que usted debería decidir. ¿Preferiría aprender las complejidades de una gran casa o le gustan más los caballos?”

Los ojos del chico se abrieron de par en par.

“¿Caballos? Pero usted dijo que yo cabalgaba como un saco de harina.”

“Lo hiciste al principio, pero aprendiste rápidamente.”

Freddie miró a Kenneth.

“¿Le decepcionaría mucho, si probara los establos?”

Ella pasó los dedos por el pelo del muchacho.

“Su Señoría dijo que la elección es suya, y estoy totalmente de acuerdo.”

“¡Vaya, vaya!” Gritó el muchacho, saltando y golpeando sus talones.

“Un poco menos de entusiasmo,” lo reprendió Welch. “Después de todo, usted es inglés.”

“¿Quiere que le haga un recorrido por la casa, milady?” Preguntó la señora Wilking.

“¡Oh, no!” Modesty tomó la mano de Kenneth.

“Primero los establos, luego echaremos un vistazo a la casa.”

Kenneth se encogió de hombros, ante el ama de llaves, a modo de disculpa, mientras seguía felizmente a Freddie y su esposa a los establos.

\*\*\*

Tan nerviosos, como un frailecillo en su nido, enjambres de mariposas danzaban en el estómago de Modesty. No había estado tan ansiosa, desde aquella vez, en que le presentaron a la reina. Ahora, después de una mañana agitada, necesitaba encontrar a su marido.

Era difícil creer que hubiera pasado un año desde su frenético viaje a Portsmouth. Su vida había cambiado mucho desde entonces. ¿La mejor parte? Todos los cambios habían sido enteramente para mejor.

Kenneth y ella habían realizado varias modificaciones en la finca, incluyendo la construcción de un corral para ovejas, y una dependencia para realizar pruebas científicas. Para la alegría de ambos, ahora, todos los granjeros arrendatarios estaban criando ovejas de lana larga de Northumberland, que estaban destinadas a ganar popularidad en todo el reino. Y aunque la mayoría de sus colmenas todavía estaban en su propiedad, a veinte millas al suroeste, en Rothbury, él disfrutaba poniéndose su traje de apicultor y cosechando miel en la docena de colmenas, que habían instalado, en un prado lejos de los caballos.

El jardinero había plantado numerosos polinizadores en las flores, y nadie se atrevió ni una sola vez a arrancar un solo diente de león de los céspedes.

La mayoría de las mañanas, Modesty se dirigía directamente a los establos, después de desayunar, aunque hoy no lo había hecho. En lugar de eso, eligió un hermoso vestido de muselina blanco, se puso un sombrero de paja, y se dirigió a las colmenas.

Excepto que mientras pasaba por la biblioteca, el susurro de un periódico llamó su atención.

“¿Que estás haciendo aquí?” Kenneth la miró por encima de *The Gazette*.

“Se acerca la lluvia, así que pensé en tener una mañana tranquila, como la mayoría de los aristócratas. Además, mañana la miel seguirá ahí. ¿Te importaría acompañarme?”

Una nueva oleada de mariposas empezó a pulularla.

“Me gustaría.”

Ella caminó de puntillas por el suelo y se paró frente a él, juntando las manos. Sin embargo, su ceño se arrugó.

“¿Está todo bien?”

“Sí.”

Como ella no se movió, él dobló el papel, y lo puso sobre la mesa auxiliar.

“¿Por qué siento que tienes algo que decir?” Preguntó, tomando sus manos y acercándola a su regazo.

Ella se acomodó cómodamente sobre sus muslos, quitándose el sombrero.

Kenneth jugó con su cabello, y sus ojos brillaban.

“No es propio de ti responderme con monosílabos. ¿Por qué siento que algo anda mal? ¿Es uno de los caballos?”

“No... y,” susurró ella, entrelazando sus brazos alrededor de su cuello, volviéndose más audaz, mientras inclinaba sus labios hacia su oreja. “¡Vas a ser padre!”

Jadeando, él le sujetó las mejillas entre las palmas, y su sonrisa dividió su hermoso y

siempre tan cariñoso rostro.

“¿Padre?”

Ella asintió, retorciéndose, y estaba demasiado emocionada para quedarse quieta, un momento más.

“¿Cuándo?”

“¡Antes de la Navidad, estoy segura!” Modesty se puso de pie de un salto, y arrastró a su marido con ella. Juntos bailaron, en círculo, en medio de la alfombra persa.

Él la llevó a hacer una pirueta debajo de su brazo.

“¿Estás segura? ¿Te sientes bien? ¿Deberías ser tan revoltosa? ¿No necesitas acostarte en la cama?”

“¡Una cosa a la vez, querido!” Riéndose, Modesty cayó en sus brazos. “El médico acaba de irse. Dijo que me veía bien, y que solo necesitaba hacer algunas modificaciones, en mis tareas diarias.”

Kenneth la levantó en sus brazos y la besó.

“¿Qué tipo de modificaciones?”

“Bueno, no debo montar a caballo.”

“¿Cierto?” Él parecía más desconsolado que ella, cuando el médico le dio esa noticia. “¿Cómo sobrevivirás en este período de...?” Mirando al techo, se detuvo por un momento. “¿Siete meses?”

“Sé que es un sacrificio monumental, pero simplemente hay que hacerlo.” Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

“¿Oh...?”

Ella se acurrucó en el suave lugar donde su cuello se encontraba con su hombro.

“Verás, mamá tenía razón. Ella me dijo que después de casarme, recordaría mi temporada y me preguntaría, a qué se debían toda mis inquietudes.”

“¿No me digas que estás de acuerdo con la duquesa viuda de Dunsaby?”

“Quizás en este caso.”

Él le besó la nariz.

“¿Y por qué el cambio de opinión, querida?”

“Porque te quiero. Porque quiero una familia.”

Con Modesty todavía en sus brazos, giró lentamente en círculos.

“¿Y qué hay de tus sueños de criar caballos?”

Ella se dio unas palmaditas en el vientre.

“¡Creo que puedo criar caballos tan bien como a los niños!”

“Sí, puedes, ¿y qué más sabes hacer?”

Modesty, mirando fijamente los amorosos ojos de su marido, sacudió lentamente la cabeza. No respondió y dejó que su esposo terminara la conversación.

“Estaré a tu lado para siempre. No solo eres mi vizcondesa, eres mi diente de león más asombroso, bastante trabajadora y sorprendentemente radiante.”

**El fin.**